

CARLOS DROGUETT

# PATAS DE PERRO

Z · I · G · - · Z · A · G

*Patas de Perro*

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

© Empresa Editora  
Zig-Zag, S. A., 1965.  
Derechos reservados  
para todos los países.  
Inscripción N.º 30.604.  
Santiago de Chile.  
1965.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

*A mis hijos,*

Carlos, que busca una vida pura,

Marcelo, que pide un tema puro.

...y ahora dicen algunos que yo me estoy volviendo loco y que el niño jamás existió. Los padres de Bobi se ríen de mí cuando les converso y un día hasta me mostraron la libreta de matrimonio donde constan todos sus hijos, muertos y vivos, pero ningún monstruo, bramó el borracho con miedo u odio. El profesor, con el que me suelo encontrar, me mira sin saludarme y se lleva la mano a la garganta en un vago gesto de dolor. El teniente, cuando me ve en la calle, me saluda con extraña amabilidad, ya que jamás fuimos amigos, y me pregunta con insistencia, con demasiada insistencia, que cómo me he sentido. Escudero, con el que hablo algunos días, recuerda perfectamente aquel sermón que él disparó a los fieles un domingo del invierno de 1951; dice que Bobi estaba cerca del púlpito bebiéndose sus palabras, comiéndoselas, más bien, como un perro que caza al vuelo su pitanza. Estuvo aquí esta mañana y, respondiendo a mis dudas, me dijo que no les haga caso a Cruz Meneses ni a los padres del niño. ¡Era un gran muchacho!, suspiró...

ESCRIBO para olvidar, esto es un hecho, necesito meter un poco de tranquilidad en mi alma, necesito descansar, necesito dormir, Dios sabe, sólo Dios sabe que hace diez meses que no duermo, aunque él tampoco dormía, bien lo recuerdo. No puedo dormir, no puedo olvidar, no puedo olvidarlo, sólo por eso escribo, para echarlo de mi memoria, para borrarlo de mi corazón, tal vez después decida morirme o no vivir, porque él, su figura menuda y pálida, con ese aspecto sucio del sufrimiento, era lo único que me ataba a este mundo, a esta silla, a este trozo de madera en que escribo, pero lo olvidaré, escribo para olvidarlo, sé que lo destruiré totalmente, como él me destruyó sólo con salir corriendo aquella tarde. El bien sabía que yo lo necesitaba, sabía, como lo sé yo y me lo digo a veces, que él me necesitaba, que yo era su mundo, como él era el mío. ¿Por qué salió huyendo, entonces, sin siquiera entregarme su mano, sin rozar su rostro fugaz, su puñado asustado de pecas contra mi barba canosa? Yo sabía que él estaba llorando ahí afuera, lo presentía, más bien, mientras sentía mis propias lágrimas, días más tarde creía oírlo sollozar todavía en el suelo frío de la cocina, ahí, en ese rincón amable que él limpió con el roce de sus piernas durante muchas noches. Llegó como se fue, sin motivo, sin explicaciones, casi sin lágrimas, sin sollozos, una soledad lo trajo y otra soledad se lo llevó, me he quedado solo, completamente solo, porque ahí está el gastado rincón de baldosas donde dormía, pues nunca quiso usar la cama que juntos fui-

mos a comprar a la feria, ahí está su plato, duro y hostil de puro inservible, como si él jamás hubiera pasado por el pasadizo, golpeado la puerta de la calle, echado por la ventana su risa, esa risa áspera y desolada, sin embargo alegre, cuando le advertía: ¿Sabes? ¡Mañana es sábado! Entonces se desgranaban sus risas desde lo alto de las ramas y yo veía revolar y estremecerse sus piernas que rodaban con él por el suelo, ahí está su ropa, sus tejidos de lana para el invierno, sus gorras, sus bufandas, Dios, qué modo de comprarle ropa, qué empecinamiento de conservarlo tibio y preservado junto al fogón, en pleno fuego de la fiebre, qué horror al frío, al espantoso y solitario frío, al horrible invierno abierto, y comencé a comprarle ropa a montones y él se reía cuando me veía llegar con los enormes paquetes que no cabían por la puerta y se trepaba en ellos y se zambullía en las lanas y los algodones y surgía coronado de listas y de flores de género y de un olor industrial y triste, y aullaba, aullaba como un verdadero perro y me daba miedo y me tornaba asustado y pensativo y pensaba que estaba procediendo bien al comprar todas esas frazadas y esas colchas y esos ponchos y esas batas y esas camisas afraneladas y esas gorras de bruja y esos gorriones de pensionado, y cuando miraba súbitamente sus piernas el terror me golpeaba el pecho y sentía verdadero pavor cuando lo sentía reír, reírse de mí, olvidado de todo, felizmente olvidado de todo, de su situación, de mi situación, especialmente de su cuerpo, al que no se acostumbraba del todo, al que yo temía comenzara a tomarle horror, verdadero pánico y ese como miedo desprendido, desprendido de las manos y de la boca, ese miedo que se evapora por el pelo y nos deja solos, solos ya con la soledad total, con la muerte trepando fríamente por las piernas. Ahí están sus zapatos, esas botas que busqué con tanto cariño y pesadumbre cuando estuve en el norte y que desataron un drama entre los dos y él se negaba a ponérselas. Lo sentía llorar afirmado en los ladrillos, llorar más que con dolor, con vergüenza y humillación, y como yo me asomara por

la ventana para llamarlo, él estaba vuelto de espaldas, pei-  
nándose con furia y dejadez el llanto, y emanaba de él esa  
soledad frágil que nunca nos dejó desde que me lo entregó  
su madre aquella mañana en la calle Salesianos y él se  
cogió rápidamente de mi mano, se aferró a ella como un  
nudo y me encogió el corazón y no lo quería mirar y mira-  
ba los ojos de la madre y veía ese alivio destapado en sus  
grandes pupilas cuando oía que yo le aseguraba que me lo  
llevaba inmediatamente, sin esperar hasta la tarde ni hasta  
mañana ni hasta el próximo domingo; cuando caminamos,  
él se estremecía despacito, aferrado siempre a mi mano,  
y yo le miraba los pies. Tal vez desde aquel mismo mo-  
mento había decidido comprarle un par de zapatos, sin  
preguntarle nada, sin insinuarle nada, quería hacerle un  
verdadero regalo, un inolvidable obsequio, quería darle  
una sorpresa y yo la tuve, él me la dio. Vi que me miraba  
con odio, con tajante y relampagueante odio y al mismo  
tiempo con sorpresa, con miedo, con desconfianza, apreta-  
dos sus labios, alargaba su rostro hacia mí, hacia la pa-  
red, hacia el barrio donde correteaba cuando niño, donde  
lo levantó ensangrentado aquella tarde su padre y el padre  
olía a vino, a cuero y a carne muerta de vacunos y él, más  
que pena, más que susto, tenía asco, deseos de vomitar,  
quería respirar aire puro, salir corriendo hacia los potre-  
ros, más allá de la línea del tren. Alguna tarde, sentados  
en la penumbra, me contaba aquello y yo no lo olvidaba,  
pero tampoco podía olvidar su mirada aterrorizada cuan-  
do fui sacando de la caja las altas botas invernales y en mi  
gesto y mi fanfarrona sonrisa comprendía que no podían  
ser para mí sino para él. ¿Cómo se me había podido ocu-  
rrir aquella barbaridad? ¿Cómo no se me había ocurrido,  
en cambio, que ocultar aquello era un insulto, una cruel-  
dad, una cobardía, una vergonzosa fuga de la soledad que  
nos correspondía? Lo sentí abrazado a mis piernas, lo sentí  
derrumbado junto a mí mientras el dolor roncaba en su  
garganta. Oh padre, padre, me decía y no lo olvido, ¿por  
qué fuiste a comprarlas, por qué lo hiciste? Y la idea de

él era que, materialmente, yo, mi cuerpo, mis piernas, mi boca, mis manos, mis pensamientos, mis monedas, mi voluntad, mi amor, mi odio, todo yo completamente, había caminado hasta la zapatería de don Cosme para comprarle las botas, ¡esas botas para esconderme dentro!, sollozaba y tornaba a remecerme las piernas. ¿Por qué tengo que esconderme, qué tenemos que esconder tú y yo? ¿No es hermoso todo esto, no tenemos tú y yo, padre, que hacerlo hermoso? ¿No es ése nuestro pacto? Sí, hijo, sí, *la Naturaleza no produce nada superfluo*, decía yo débilmente, lleno de dudas, recordando mi remota y breve época de aspirante a profesor de filosofía, y tú no lo eres, no puedes serlo, tienes que enfrentarte al mundo, tienes que vencer al destino, conformarlo con tu cuerpo y con tu alma, no dejarte sorprender, tienes que estar alerta frente a la vida, no dejarte coger, los que se olvidan son cogidos, viene la muerte y los atropella, los tritura. Eso le decía vagamente, sin mucha convicción, pero con un grande deseo de nutrirme yo mismo con aquella debilidad, sacar fuerzas de esa maldición y esa burla y dejándolo apoyarse en mí, apoyarme yo en él para seguir caminando, pero ahí estaban las botas, tan compactas y altas que oscurecían la pieza, tan grandes que él, sollozando, empezó a trepar por una, y como se volcara ella, gateaba escurriéndose hacia adentro. Tenía razón, lo recogí del suelo, le pedí perdón por mi extravío y le prometí no destruirlas sino dejarlas colgadas tras la puerta, al alcance de mi vista para que, teniéndolas presentes siempre, no olvidara ese momento de ruina, de vergüenza y de debilidad. El decía: Sí, sí, sí, aguzando las palabras, sacándolas pulidas e hirientes y desconfiadas, al mismo tiempo gozosas, de su garganta, pero en seguida se quedaba triste. ¿Qué soy yo?, me preguntaba avergonzado, humillado y rencoroso, ¿qué soy yo, pues? Y me urgía una respuesta, me tironeaba del abrigo, pues yo tiritaba de frío en medio del cuarto, sintiendo todavía el viento que azotaba mis piernas en la estación de La Calera. ¿Qué eres, qué eres? Dios, ¿y qué soy yo? Ahí están los zapatos todavía

y ahí los dejaré para que pase a través de ellos el tiempo indicándome los años transcurridos desde que él se fue. Pero no han transcurrido años, sólo meses, y ahora escribo para olvidarlo o para hacer que vuelva, aunque estoy seguro de que no ha de volver. Cruz Meneses decía al principio que habrá muerto, pero muerto no lo han encontrado, ni vivo tampoco. Y vivo, vivo, estaría aquí naturalmente, ahí, en su rincón, leyendo, rastreando música en la radio, mirándome para preguntarme: ¿Qué soy yo, por qué estoy aquí, qué he hecho? Confieso que al principio tuve esperanzas de que volvería, más aún, tuve la seguridad de que lo sentiría, cualquiera tarde, llegar corriendo por el pasadizo, pero fue inútil que en la noche dejara entreabierta la puerta, aquella misma noche, mientras los pitidos de los carabineros y la bocina de la ambulancia atravesaban mi sueño desvelándome, sentí caminar a alguien en el patio y sonar las ollas en la cocina, verdad que había viento después de la intensa lluvia, verdad que se iban por la avenida los techos de las casas que resonaban, serán los gatos, serán los gatos, pensaba yo a medias despierto, a medias asustado y lleno de esperanzas, si habrá vuelto esta criatura, me reía en la oscuridad con la certeza, apretada mi boca contra la almohada, lo sentía reírse con una risa suave, adulta y cínica, tenía ahora un pelo desteñido y tieso, un pelo vividor y corrompido y unos labios rojos y ávidos, y me miraba con repulsión, con odio, echando sus piernas, sus hermosas botas engrasadas, recién engrasadas, en medio del cuarto, pero si él es morenito, pero si no es él, si me lo habrán cambiado los pacos, deben andar ladrones en la cocina, me repetía, y estaba tendido bajo la noche y las nubes cálidas, familiares e inocentes pasaban al alcance de mis manos, yo cogía las ropas y suspiraba, ladrones son, pero ese niño no es él, él tiene el pelo crespo y una cabeza hermosa y potente y esas piernas de explorador o colono bestial no son de él, esas piernas encueradas no son las suyas, me reía, me hundía en el sueño, me sentía mojado, llovió toda la noche.

ESTOS SON simples apuntes hilvanados para olvidar una terrible historia que no he podido destruir del todo, porque el sueño no me acompaña, el sueño se fue tras esa criatura en ese anochecer lluvioso y desde entonces sufro de insomnio, estoy flaco, muy flaco, tanto que Cruz Meneses me dice que cuando uno empieza a peinar canas debe cuidarse del cáncer que desea peinarlo a lo último, pero Cruz Meneses no sabe lo que habla, no tengo cáncer, sólo soledad, ni mucha ni poca, la que tenía antes de aparecer él en mi vida, la misma soledad, ni más ni menos, nunca fui un exagerado y, si fuera cáncer, habría comenzado estos apuntes diciendo el día y la hora en que sentí los primeros alfilerazos en el vientre, pero a mí no me come el gusano todavía, sólo la soledad, la misma soledad de siempre, un poco más exacerbada, un poco más subrayada por su ausencia y por las circunstancias que la acompañaron. Y escribo, en primer término, para tratar de conciliar el sueño, meses que no duermo, apenas unas horas los días sábados, los días en que íbamos a la feria o tomábamos el autobús hacia San Bernardo y nos veníamos ya de noche, él pegado a mi cuerpo, como queriendo ocultarse en él, no avergonzado de que lo miraran sino furioso de que lo miraran con sorpresa cuando ya comenzaba a adquirir la certeza de que él, tal como era, tal como era su hermoso cuerpo original, era un ser singular, de singular destino, y que por eso había sido echado al mundo por el Dios Creador. Eres el único, el único, le decía yo, sonriendo, echando mis manos en sus hom-

bros y haciendo que me mirara a los ojos. No hay otro como tú, criatura, ¿te das cuenta? De ti solo depende hacer de este accidente de la Naturaleza, de esta brutal injusticia de Dios, una cosa notable. Sí, podría ser, agregaba sin mucha convicción, no con desconfianza pero con dudas, dudas que venían de ese pasado reciente y doloroso que no olvidaba y que a veces me iba contando. Apegado a mí, hundía en la noche sus ojos y cuando nos bajábamos del autobús me iba conversando. Hablaba sin mirarme, como si les hablara a las nubes, a los árboles que se iban rectos hacia arriba, hundidos en el sueño, como si le hablara a su cuerpo, como si quisiera que lo escucharan especialmente sus piernas. Alzaba un poco la voz, lo que no era necesario porque la noche estaba silenciosa, remecida imperceptiblemente por una leve presencia de lluvia y nadie pasaba por los jardines y los automóviles se deslizaban raudos y misteriosos hacia la neblina que se algononaba a lo lejos. Cogido de mi brazo había en él una extraña seguridad que me hacía mirar con optimismo los días futuros que nos verían siempre juntos, porque los dos estábamos solos, él dejado por sus padres en mis manos, sin asco, pero con certero alivio, yo abandonado por la mujer que debía casarse conmigo cuando supo mi decisión de llevar a vivir con nosotros a esa criatura y, lo peor, que había decidido adoptarlo como hijo. Recordando esta escena suspiré, mientras él, subiendo conmigo los peldaños, se afirmaba en su idea: Mis padres se deshicieron de mí porque los humillaba mi presencia; no porque fueran pobres, pobres son, pobres fuimos desde muchos años, pero nunca faltó comida en la mesa. Claro es que yo puedo hablar mejor de la comida que andaba por el suelo, dijo bajando suavemente la voz, la garganta firme pero velada. Lo miré y no quería preguntarle nada, pero él aclaró: Cuando nací y empecé a caminar, mi padre se deshizo de los dos perros, uno, el Rial, amaneció envenenado, hinchado y como amorado o verduoso, como si lo hubieran pintado por fuera malamente, la lengua enorme que no hubiera podido caber

en el hocico si él resucitaba. Al Guaina lo mató a patadas, lo recuerdo porque no estaba borracho entonces, sólo furioso y triste, yo estaba sentado en la solera y él, antes de entrar a la casa, llamó al Guaina con voz potente y el Guaina se arrastró cariñoso hacia él y mi padre se agachó y le acarició el vientre buscando el lugar donde plantar sus patadas y el perro se quedó ahí y como que se tendía para esperar a la muerte y se le habían secado los aullidos en el hocico y mi padre lo miraba y me miraba después a mí, me miraba largamente y yo lo veía tan desamparado y sabía que si lloraba sería malo para mí, ¿qué crees tú? Cuando el Guaina estuvo bien muerto, salieron mis hermanos Augusto y Chepo y lo cogieron en silencio y, como yo estaba pálido y asustado, para olvidarme un poco me acerqué a ellos y quise coger el hocico del perro para ayudarlos, pero el Augusto me empujó, me empujó firme hasta la pared, y así se fueron sin hablar por la calle, arrastrando al perro como un saco un poco reventado y Ramón los miraba. No, no jugaban conmigo, conversaban, sí, claro que conversaban y me contaban sus cosas y yo les contaba las mías, pero a medias palabras, sin decirlo todo, sin mostrar todos sus deseos y sus intenciones. No puedo decir que no me querían, me querían, sí, un poco, no mucho, si me moría no me echaban demasiado de menos y seguro que respiraban mejor y era evidente que fue una insolencia mía venir al mundo en aquella familia, en aquel barrio. ¿No querrás creer que se enfermó la matrona cuando fueron apareciendo mis piernas entre las sábanas y la sangre? Me ayudó un poco la falta de luz porque había habido un incendio la noche antes en la barraca y todo el barrio estaba sumido en la oscuridad y tenían las dos lámparas en el suelo y la de doña Manuela en la mesa del comedor y con los quejidos de mi madre y los gritos escandalizados de la matrona me dejaron en el suelo y ahí me estaba olisqueando con tiento el Rial y como que me quería reconocer. Llegó la ambulancia y la matrona seguía desmayada y se quejaba después asustada y enfurecida y mi padre estuvo bebiendo una

semana, sin querer mirarme, sin querer entrar a la pieza, sin querer hablar con mi madre. A nadie le miraba la cara y después, mientras yo crecía y mostraba bárbaramente mis piernas y se veía de una vez que no eran las piernas de un cristiano, del hijo de un honrado obrero, él llegaba en la noche, silencioso y lúgubre, echaba la sombra por las paredes y me alzaba las ropas de la cama, de la cama pobre de mi hermano Augusto, y ahí estaban mis piernas insolentes cayendo desde mi cintura como otra persona. Se estaba un rato largo mirándome y cuando se iba de ahí era porque mi madre sollozaba adentro hacía rato y mis hermanos reían avergonzados y felices diciendo que me habían visto. Yo era una vergüenza para mis viejos, ¿sabes?, y sólo tengo trece años. Me contó que en sus primeros años no tuvo dificultades que le dolieran ahora, que recordara con horror o humillación, su madre era cariñosa, a veces más cariñosa con él que con sus hermanos, lo que lo afrentaba, su padre llegaba tarde, cuando ya las luces de la calle estaban encendidas y temblaban en las ventanas las luces de las velas y de las lámparas a parafina. Su padre no lo odiaba, lo ignoraba simplemente, no hablaba casi, sólo hacía cosas, cosas que él no podía olvidar. Hay muchos perros en esta casa, rezongó una noche y al otro día fue que amaneció envenenado el Rial. El no olvidaba el hocico ansioso del perro, ávido de carne y de leche, un poco sediento, un poco regocijado y babeante, volcado como un mueble, bocabajo en el suelo y tan pesado, como si la muerte fuera un montón de piedras, y estaba asustado y miraba con humildad, con un poco de sorpresa y extrañeza sus propias piernas. Ellas son yo, pensaba y se llenaba de vergüenza, pero sabía que ellas lo ignoraban, que ignoraban todos los dolores, los horrores, las humillaciones e informes tragedias que estaban trayendo hasta la casa. Comprendía que debió morir al nacer o después, cuando su madre lloraba por las noches, pero nada de eso había ocurrido, crecía incluso rápidamente y tenía demasiado apetito, un insaciable y escan-

daloso apetito, a menudo sentía hambre e iba a rastrear en los platos amontonados en la cocina y sentía un particular deleite en comer esos restos de comida fría, los pingajos de carne deshecha, de grasa, de nervios y huesos que se amontonaban, precisamente, para los perros. Se los echaba al bolsillo, se iba a la pieza, se aislaba en un rincón y los miraba con curiosidad antes de echárselos a la boca y mastincarlos y no sentía náuseas sino fruición, un verdadero gozo líquido al estar masticando largamente aquellas sobras, sentía un agradable escozor en la garganta y palpitaciones de angustia gozosa le ascendían por la garganta hacia los dientes y los labios que hormigueaban de calor, tenía deseos de reír, de salir corriendo, sentía que sus piernas se apartaban un poco de él mismo y se alzaban en su cintura, desprendiéndose para salir huyendo, pero no podía salir, le habían prohibido que se asomara a la puerta y el día en que, olvidado, jugaba con un trompo en la vereda, su padre, de dos bofetadas, lo echó rodando hacia el pasadizo. Decía que para acercarse más a mí, para que no hubiera dudas en su vida a mi lado, me contaría todo y por eso trató de explicarme, pero sin ser demasiado claro, que cuando su padre le pegaba, o azotaba a los perros, especialmente cuando mató al Guaina, sintió un hervor en el pecho, un estallido sollozante que pugnaba por salir pero que no salía, decía que tuvo presentes sus piernas, sus propias piernas, en la mesa y que sentía que su boca, su propia boca, se aguzaba, se henchía y alargaba su nariz husmeando alrededor, oliendo desde luego sus piernas que estaban ahí, alertas y erguidas un poco abajo, como escuchando, y que ese sollozo lo buscaba a él, o buscaba a sus piernas y se metía alargando su boca, su hocico dijo él pero yo no le corregí la expresión, y remeciendo su nariz que se azotaba furiosa en medio de las palabrotas de su padre y cuando lo veía alzarse sobre el Guaina y reventarlo a patadas, su hocico, su nariz, sus piernas, sentían, olían, palpaban eso, parecía que estaban contando los golpes y él adivinaba aterroriza-

do que un leve, un imperceptible sollozo, en forma de ladrido, de humillante e impúber ladrido, un abandonado despedazado ladrido se ahogaba en su garganta y tenía mucho miedo y quería echar a correr y no se atrevía a hablar y no quería decir papá, papito, mamá, mamita, por temor de que ahí, donde estaba él temblando, bajo sus pantalones, bajo su camisa que flotaba floja en el aire del verano, fuera a surgir el hocico, el verdadero hocico furioso, encadenado y hambriento al cual él mismo tenía mucho miedo y que en las noches sentía en sueños, transpirado y hambriento, que le hurgaba las caderas. Ese sentimiento, ese irreprimible deseo de ladrar y aullar, lo sintió muy pocas veces y sólo en fugaces momentos de desesperación y soledad. En general se comportaba tímido y atemorizado, temeroso de algo informe, desconfiado de los demás, de sus hermanos, de su madre, de su padre, de su tía Micaela y de su tía Rosalía, unos lo miraban con repulsión, otros con curiosidad, otros con creciente furia, como si él fuera un tramposo y estuviera tratando de abrirse camino por medios vedados y por procedimientos inmorales y canalleros. Por eso era callado, no hablaba si no le hablaban, no se movía de su rincón si no lo llamaban y no salía a la calle porque se lo tenían prohibido. Esto no era un sufrimiento para él, sino un alivio, me confesó que comenzaba a pensar mal de su familia, que especialmente de su padre se sentía distanciado, ajeno y ausente, lo conocía por los pasos al caminar sobre la vereda de la calle, sobre los ladrillos del pasadizo y sobre las tablas de las piezas, y cuando sabía que venía sudaba de miedo, les temía a sus golpes y también a sus sarcasmos y a sus intenciones, sabía que lo odiaba, que no le perdonaba haber nacido y, por eso, estaba seguro de que si hubiera sabido que la prohibición de salir no era para él un castigo sino una bendición, a empujones lo habría echado a la barriada para que, al momento, una manada de chiquillos estuviera rodeándolo, mirándole las piernas, hincándose en el suelo para cogerle los pies y mirarlos escandalosamente. Recordaba que, muy

pequeño todavía, cuando alguna vez lo mandó su madre al almacén a comprar azúcar negra o un litro de parafina o a la botica a comprar una tira de aspirinas o alcohol alcanforado, eran tumultos los que se formaban en la puerta del negocio para mirarlo. Decía que en esas ocasiones, lo que él achacaba a su corta edad, no se había sentido asustado ni humillado por la curiosidad de la chiquillería del barrio y por el pasmo y extrañeza de los adultos, sino en cierta forma orgulloso y malvado. Recordaba perfectamente que en la botica, como ya estaba atardeciendo y era el invierno, las luces neón de la entrada lo iluminaron completamente y, a causa del grito de la muchacha que atendía el mostrador, surgió de detrás de la cortina, con una tufarada de ácidos y álcalis, la figura de Marmentini el boticario, quien se inclinó delicadamente, con sospecha y duda, hacia él y, doblado de cintura, lo cogía con holgura de la cabeza y lo daba vuelta ampliamente para mirarle todo el contorno de las piernas. ¡Un perfecto monstruo!, dijo Marmentini echando hacia afuera la lengua como si fuera a paladear una nueva bebida aromática y cogiéndolo con delicadeza y asco lo dejó instalado en el sillón de mimbre, junto a la vitrina con irrigadores, polvos de talco, guateros y alimentos para guagua, y le pidió a la señorita que trajera una coca-cola. El se puso encarnado porque pensó que Marmentini se estaba compadeciendo demasiado pronto de él e iba a advertirle que no deseaba tomar nada porque a la hora de once había tomado té de yerbas con un poco de leche y tenía miedo a las diarreas, pero la coca-cola ya estaba lista, servida en un alto vaso, detrás de la caja registradora, y Marmentini diluía ya sus labios en ella y lo miraba con asquerosa simpatía y le preguntaba cómo se llamaba y que dónde vivía. El dijo unas palabras temblorosas, en esos momentos ya tenía deseos de sollozar porque la gente oscurecía la entrada y todas las manos se tendían hacia sus piernas que estaban acurrucadas junto a él, no bajo él, porque el sillón era grande y él lo sentía enorme y Marmentini le hizo cariño en la cabe-

za y le dijo que era un hermoso desgraciado, un maravilloso monstruo, un magnífico escándalo de la Naturaleza y que eso que parecía una desgracia podía ser la suerte y la fortuna de una familia en la miseria. ¡Porque eres muy pobre, desgraciado, tú y los tuyos no valéis nada y tenéis este par de piernas pudriéndose de vergüenza en el fondo de la cocina o en el water, y no saben que esto es un negocio que está pidiendo a gritos una gira de exhibición! ¡Niño, vales una millonada o dos! ¿y dónde está el borracho de tu padre y dónde está la puta de tu madre que no te venden? El se había puesto a llorar y se descolgó del sillón y abriéndose a brazadas paso por entre la gente echó a correr y corrió en la oscuridad y parecía que en la oscuridad sus piernas eran luminosas y como que iban echando chispas y calor y lo iluminaban y subían hacia él con urgencia, y él no sabía qué era lo que ellas pretendían que él hiciera, tenía miedo, mucho miedo, y cuando llegó a la casa su madre le pegó porque se había demorado tanto y no había traído las aspirinas y el alcohol. En la noche su padre trajo dos botellas de vino, el compadre Ansaldo estaba con él y lo llamaron hacia la luz, el compadre Ansaldo cogió la lámpara de la mesa y la acercó hacia él y el padre le gritó que se estuviera quieto y él podía ver el pelo duro, como carbón, del compadre Ansaldo cuando éste lo cogió por los brazos y lo alzó hacia su padre y su padre tenía ahora la lámpara en la mano y estaban silenciosos su hermano Augusto y su hermano Chepo y afuera, en la oscuridad, se veían ojos, se ondulaban respiraciones y él sentía vaciar las botellas, sentía los vasos que sonaban y las risas sonaban adentro del vino, las risas sonaban afuera entre los ojos que se iban por el vino, caminando despacio por el patio, por arriba, entre las ramas y los alambres, iba la luna, parpadeando su luz enferma, echando humo, echando nubes para que a él lo cogieran por los brazos y lo sentaran en el tejado de la escuela y las nubes se iluminaban y su padre estaba ajado y sonriente, echando una lumbre amarillosa y rojiza y el compadre Ansaldo estaba sentado

ahora, completamente sentado y hasta había abierto las piernas y ahí, en el vientre delgado, se bamboleaba la cadena y él estaba ahora en el suelo, callado y mustio, todavía no asustado pero en espera de su susto, y ellos vaciaban vasos para llenar el silencio y la madre se movió para que él supiera que todos estaban ahí, en la oscuridad, sólo por él y que él no debía moverse, porque es una desgracia que es una felicidad, sólo que hay que manejarla bien, hay que cuidarlo bien al niño, dijo el compadre Ansaldo dulcificando la voz, adelgazándola hacia él, buscándolo en la oscuridad, y ahí donde estaban un par de piernas peludas, abandonadas y solas, ahí estaba él, y entonces trajeron la gran sopera y a él lo alzaron hasta la altura de sus hermanos y de su tía Micaela y de su tía Rosalía y él estaba en medio de todos, pero sus piernas estaban ahí abajo, en la penumbra, y él les tenía un poco de envidia, al mismo tiempo que les tenía desconfianza y desdén y su madre empezó a sacar de la sopera grandes cucharones de humo y a él le sirvió una gran humareda y él miraba al compadre Ansaldo y el compadre Ansaldo lo miraba con verdadero desapego y cierta distancia, como si recién lo viniera conociendo, y él quería decirle que era el mismo, que ahí abajo, en su cintura, estaban esas piernas amarradas a su cuerpo, sin quererse separar de él, y cuando le sirvieron un vasito de vino se lo fue bebiendo a pequeños sorbos y cuando nadie lo miraba entonces se atrevió. Apartó el tenedor y la cuchara, puso el trozo de pan junto al plato de su hermano Ramón y, bajando la cabeza, echó la lengua en el plato y sabiendo que no lo miraban y que si lo miraban ya no importaba, comenzó a beberse el caldo y sentía que sus piernas se regocijaban de ello y que en cierto modo estaban orgullosas de él y él lo sabía y también lo sabía su garganta y lo reconocía y se alargaba en agradecimiento y felicidad y conociendo que deberían venir días tristes, estando seguro de que vendrían fatalmente, estaba formando un clima imperceptible, pero que él ya conocía, para plantarse ahí, en medio de la pieza, abriendo

las patas muy abiertas, abriendo el hocico ávidamente para aullar hacia la luminosa noche del verano que empezaba a refrescar. Se quedó dormido en la misma mesa y se sonreía mientras dormía de bruces sobre sus dos brazos cruzados y sobre él planeaba la tranquila y fría voz del compadre Ansaldo y la voz de su padre era más sombría, lenta y temerosa, y él, para enojarlo porque ya no le tenía miedo, comenzaba a aullar despacio, aullaba en dirección de sus tías Micaela y Rosalía, que habían empezado a sollozar primero y a rezar después en voz alta, y su madre se quejaba allá adentro del dolor de vientre y gritaban las mujeres en el barrio, en el gran patio de la cité San José y en las calles que desembocaban en la Gran Avenida, gritaban porque no venían la ambulancia ni la matrona y la matrona estaba en el bar bebiendo con su padre y su padre estaba calmado mirándolo a él dormir y aullar suavemente en el comedor y al final del pasadizo estaba el bar y la matrona se había puesto a sollozar porque su padre se había desliado la correa y no era para pegarle a él sino para pegarle a la matrona, que no quería ir a atender a su madre, cuyos gritos desgarradores echaban a volar, en medio de un gran silencio, las hojas de los árboles. Debí dormirme así toda la noche porque hacia la madrugada despertó tiritando y me explicaba que ya se había acostumbrado a dormir en el suelo, echado junto al fogón de la cocina o en unos sacos, detrás de la puerta de calle. Ahora, en el comedor, sobre la silla, se sentía enfermo y enfriado. En los días siguientes comió también en la mesa del comedor y, aunque su padre no lo hablaba mucho, comprendía él que deseaba hacerlo, que en cierto modo quería acercarse a él, a su amistad. No quería él a su padre, casi lo odiaba, pero, al mismo tiempo, le tenía un poco de lástima, se le caía el pelo, el bigote se le llenaba de canas, los años lo estaban destruyendo y él, seguramente, había contribuido a ello. Siempre los avergoncé, siempre pesé mucho sobre sus vidas, ahora habrán comenzado a dormir

tranquilos y a mirar de frente a todo el mundo, me explicaba.

Su padre tuvo dificultades en la fábrica, hubo una huelga, un desfile de manifestantes en la avenida, tropa de carabineros, balas, el viejo se derrumbó ensangrentado, pero no eran heridas de bala sino puñaladas, lo hospitalizaron y él iba con su madre a verlo dos veces a la semana. En el hospital su padre lo miraba primero con odio, con vergüenza después y al final con angustia, los otros enfermos lo acogían con simpatía, lo llamaban a su lado, le regalaban frutas, dulces, cigarrillos, alguna moneda, muchas monedas, el dinero se lo pasaba a hurtadillas a su padre y guardaba las monedas nuevas para su madre, se acordaba del boticario y comprendía vagamente que su cuerpo podría servirle para hacerse rico, deseaba decírselo a su padre para que, teniendo esa seguridad, recuperara más pronto la salud, pero no se atrevía, además tenía miedo, comprendía vagamente que eso podría ser también la maldición de su vida, especialmente si su padre, siempre ávido de dinero, descubría que de las piernas fantásticas de su hijo podría hacer una mina de oro; deseaba hablarle, pero no se atrevía. Cuando salían del hospital, un día apretó la mano de su madre y le hizo la pregunta que tantas veces me repetiría a mí después: Madre, ¿qué soy yo? ¿Por qué nací así, qué hemos hecho, qué hemos hecho, además de ser pobres? Su madre no contestó y caminó ensimismada, pero él comprendía que si no la había herido, le había mostrado su propia herida y presentía de un modo vago que no debía haber hablado, que era una desgracia para él, incluso enfrentado a su madre, mostrar su debilidad, sabrían que tenía miedo y si lo sabían pronto sería deshecho por una gente o por otra. Por lo demás, él jamás estuvo seguro de que su madre lo amaba. Le tenía compasión, desde luego, se consideraba humillada por su nacimiento, pero sabía que él también se sentía avergonzado, como si hubiera puesto un poco de voluntad, y quizás de arrogancia, en nacer de aquella manera y él estaba seguro

de que en cierto modo esa voluntad y esa arrogancia existían, pues a veces se sentía orgulloso y feliz de tener esas piernas y no otras. Desde luego, no era un muchacho deforme, no, su cuerpo era firme y esbelto, delgado y duro, casi atlético, a pesar de lo mal que se alimentaba, y sus piernas eran un par de soberbias piernas de perro, robustas y orgullosas, enhiestas y casi fieras y en la cintura se juntaban de un modo tan natural que parecía que él había nacido de una generación muy antigua y refinada, de una maravillosa familia de seres humanos con patas de perro. Cuando su padre salió del hospital, los médicos estuvieron conversando con él la tarde en que lo dieron de alta y él, alto y espigado, flexible y seguro de sí, lo estuvo esperando en el hall, hasta que fue llamado por los doctores. Lo pasaron a la sala de primeros auxilios y tendido en la camilla, desnudo totalmente, se prestó con evidente complacencia a ser examinado por esos médicos rubios y sonrientes, de manos suaves y ágiles, cortantes y cínicas como cuchillo, médicos sin nervios, casi sin oídos, sólo con ojos, con montones de ojos y muchísimas manos. Le hicieron preguntas, lo que no dejaba de extrañarle, pues pensaba que más debían preguntarle a su padre que a él, lo expusieron a los rayos X y él desde la oscuridad los atisbaba y sentía un arrastrado, un lejano deseo de aullar, tuvo miedo y terminó por reírse, lo hicieron callar, lo miraron con delección en la cintura, echaron sus dedos en el comienzo de las piernas como si buscaran algún anillo, alguna llave que se les hubiera caído mientras examinaban a la chica de grandes pechos de la cama 2, ahí estuvieron, donde comenzaba la pelambre, donde comenzaba el perro, donde comenzaba yo, decía ahora sonriéndose, y él los miraba ansioso, como expectante, como deseoso de que encontraran algo, algo que le hubiera servido, no para justificarse ante su padre, ante el mundo y la vida, sino para contestarse esa angustiada pregunta que tenía siempre a flor de labios cuando se sentía desesperado o solitario. Su padre cojeaba visiblemente y le temblaban las manos, se veía

mustio, indefenso y lleno de amargura, con repulsión se dejó coger del brazo por su hijo y así caminaron, él muy orgulloso sobre sus dos firmes e insolentes patas de perro y el antiguo obrero, lleno de odio, de pesadumbre y de temor, cogido humillantemente de ese ser que él había engendrado. Hacía calor y la avenida estaba llena de gente, gente que los conocía, gente que se había detenido en la calle a mirarlo alborozada cuando era pequeño, gente que lo había visto en la botica cuando su madre lo envió a comprar aspirinas y alcohol alcanforado, gente que conocía a la matrona o había bebido semana a semana con su padre en el bar y restaurant La Paloma. Repentinamente, con premura, antes de que oscureciera, mientras él miraba los afiches de una película de Gary Cooper, su padre estiró la mano en una actitud que parecía en él una larga costumbre y él, lleno de estupor y avergonzado, veía cómo las monedas caían en el viejo sombrero. Su padre se quejaba no con fingida voz de fingido pordiosero sino con una verdadera voz de dolor y aflicción y se cogía cada vez más fuerte de su brazo, de manera que la gente que pasaba, la que se bajaba de los autobuses y la que venía de la cárcel, la policlínica o el regimiento, tenía, instintivamente, que dirigir la mirada a ese muchacho mitad perro que sustentaba a un viejo que olía a podredumbre y a desinfectante. Eso fue una noche y otra noche, una mañana y otra mañana. Recorrieron todo el barrio San Miguel, llegaron hasta San Bernardo y Nos, estuvieron en Lo Espejo y se subieron al tren que bajaba de Rancagua, tomaron después un victoria y se hicieron llevar al cerro San Cristóbal, en la subida, junto a la caseta del funicular, pululaba la gente ávida de atracciones y de novedad. El se dejaba llevar, se dejaba exhibir, casi deseaba que su padre estuviera verdaderamente enfermo y que fueran reales y auténticos los quejidos que echaba cuando pedía dinero, lo pedía de un modo especial, dirigiendo las voces, las quejas, los estremecedores gritos y lamentos hacia las piernas de su hijo; como no le bastaran o lo fatigaran demasiado sus lamentos y gritos,

optó por no lamentarse tanto y sólo estiraba una mano y señalaba con la otra las piernas del chiquillo, él se aburría con tanta bajeza, no sentía vergüenza ya, ni deseos de llorar, sólo parecía extrañado, estupefácto, comprendía todo eso, veía mejor las caras de los curiosos y los ojos ávidos o despavoridos que se abrían hacia él, no chillas, papá, no grites tanto, no te quejes, yo soy tu lamento, yo soy tu queja, optó por decir en voz baja, pero el viejo le había oído y desde entonces no se quejaba, odiaba a su padre, pero lo despreciaba más, comprendía que no podría librarse ahora de él, antes lo tenía cogido por los golpes y como abrumado, ahora lo tenía anestesiado con su enfermedad y sus dolores, porque, por lo demás, el viejo estaba realmente enfermo, tosía a menudo y la herida del vientre jamás le había cicatrizado, lo había dejado un poco doblado sobre sí mismo y le provocaba vómitos, vahídos y momentos de estupor y delirios. En el bar, cuando tosía, echaba unas pintas leves de sangre en el pañuelo, miraba a su hijo y le daba las gracias, unas gracias particulares que, en la intención y en el tono, estaban impregnadas de inseguridad, de odio y de rencor. Cuando llegaba el invierno no concurrían a los paseos públicos, abandonaban la Quinta Normal, el Parque Forestal, el cerro Santa Lucía y se metían en los bares de las calles San Pablo o San Diego. Como no era negocio sentarse a jugar una partida de póquer o escalerilla, se instalaban cerca del mesón, junto a la mampara o en los pasillos que daban al toilet, y ahí el viejo estiraba una mano y con la otra señalaba descaradamente, con maldad y miedo, las piernas de su hijo. Ese fue el año en que yo lo conocí. El muchacho estaba estirado y flaco, tenía, sin embargo, un hermoso delicado aspecto de adolescente soñador y sus piernas, sus auténticas piernas de perro fino, mostraban también la alzada y el pedigree de una buena raza. Se había acostumbrado a su cuerpo, no se humillaba con él, no se avergonzaba de tener que vivir toda la vida, toda mi vida, decía, junto a ese extraño ser que Dios Creador, la Naturaleza y la naturaleza

de su familia y de sus padres, le habían otorgado. No se consideraba un monstruo, no era jorobado, no era enano ni albino, no era sordo, ciego ni mudo, no sufría de gigantismo ni del mal comicial, no, tenía una arrogante estampa, una doble bella estampa, la mitad de hombre, la mitad de perro, dos mitades que se habían juntado caprichosamente y que al comienzo habían amenazado ahogarlo entre sus distintos valores, pero que ahora, ya crecido, ya seguro de sí y de la vida, podían salvarlo, a pesar de su padre, a pesar de los golpes sufridos en el barrio y en la escuela. El me contó lentamente la historia de su vida, pero no me la contó de un solo trazo, sino a trechos, según como iban sucediendo los días de su existencia a mi lado, según las cosas que le sucedían o las que a mí me sucedían y que yo le relataba sin adornarlas, pero de manera que él sacara una buena o mala consecuencia, no para maldecir de la vida, sino para amansarla y moldearla bajo los brazos y con los dedos.

Cuando lo conocí, yo andaba por el barrio en busca de una buena casa, pues iba a contraer matrimonio antes del invierno. Mi familia no es mucha, somos dos o tres hermanos, uno anda viajando en vapores del litoral y no ha cambiado de patrones, jamás se alejó demasiado de la costa y presiento que tiene cierto temor de asomarse al sol de otros países, temor no de vivir lejos de la tierra sino de morir solo, sin nadie que lo favorezca, sin una tos conocida que suene al otro lado del tabique. Mi otro hermano es empleado en la Municipalidad y ha pasado su vida entre planos de construcciones de casas, de alcantarillado y alumbrado, redes de gas y de luz eléctrica, su rostro tiene ese aspecto fugaz, nocturno y fosfórico de la gente que ha consumido sus rostros en las oficinas copiatoras de expedientes, en los subterráneos de la calle Bandera. Mi hermana es jubilada del telégrafo, casó dos veces y dos veces enviudó, primero de un auxiliar de la aduana y después de un oficial del registro civil, se acostumbra a sus cartas de luto y a sus velos con crespones, es alegre y es curioso verla,

vestida de negro riguroso, mostrando la ancha sonrisa de su boca de dientes albos y naturales. Al reírse se le forman hoyuelos en la cara. Cuando caía el crepúsculo en el pasado otoño, recién de regreso a casa después de cobrar mi cheque a la una de la tarde, me encontré repentinamente solo, completamente solo en la pieza, en el comedor, en la cocina, en el baño, en el pasadizo, en la calle, en la ciudad, alargué mi mano hasta el cajón del velador y busqué un billete, me fui al cine de la calle Franklin y me zambullí en la oscuridad hedionda a orines y a naranjas, sonaban balazos, sonaban sollozos y cajas de madera y pasaban banderas, pasaban humos por la pantalla, no diré que me dormí pero estuve dormitando, casi diría que me sentía triste, pero no estaba triste. Al otro día estuve leyendo en cama los avisos del diario ofreciendo casa o departamento a persona sola. Eso era yo, eso soy yo. Persona sola, sin nadie, sin hijos, sin sobrinos, sin ahijados, sin yernos, sin compadres, no hay peinetas finas en el lavatorio, no hay polvos en la cajita de madera, tampoco hay cortinas en la casa, la casa es demasiado grande, en ella se nota demasiado mi soledad, a veces hablo en voz alta para escuchar el timbre de mi voz, me llamo yo mismo de un dormitorio al otro, del baño al recibo, me abro de pies frente a la mampara y grito hacia adentro: ¡Viejo, viejo! Nadie me responde, evidentemente, estoy solo. Esto soy yo, pues, un ser completamente solo. Cuando camino por las tablas del pasadizo sólo mis zapatos suenan en lo alto, cuando tengo esos ahogos que no me sueltan y que el Dr. Van Diest dice que no son gran cosa y que no son operables, y se ríe con su sonrisa delgada y blanca, esa tajante sonrisa de cirujano helado, nadie me pregunta que cómo estoy, yo contestaría que estoy bastante bien, pero un poco afiebrado y un poquito adormecido, me siento con lejanos deseos de sollozar, pero no sollozo, sería un poco ridículo que a esta altura de mi vida, con mis familiares muertos o lejanos, enterrados bajo la tierra o bajo la lejanía, yo, más bien alto, un poco encorvado, fácilmente sonrojable y al mismo tiempo audaz, un poqui-

to audaz, como se verá después, me pusiera triste, tuviera un largo ahogo y un comienzo de llanto. Eso me ocurrió en el cine, fue cuando ellos llegaron a la puerta de la casa y él encendió la linterna en el diván y entonces, sólo entonces, se vieron las caras y la pantalla acercaba sus rostros, el silencio y la intimidad acercaban sus facciones, y ahí estaban ellos, llenos de ojos, llenos de bocas, llenos de manos y además de paquetes, mirándose, mirándose, conociéndose pero encontrándose tan distanciados, tan distintos y como defraudados y cambiados y las cámaras y las luces estaban presentes frente a ellos, rodeándolos y echándolos uno en brazos de la otra y los ojos se buscaban o más bien se huían y las manos se crispaban para acariciar paquetes olvidados hace veinte años en el desván o en la vieja maleta de la abuela y no encontraban nada, estaban verdaderamente cercados por ese comercial olor a cuero y por las risas en la estación, por el agradable campechano humo del tren, por los velos de las amigas y las corbatas de los primos, estaban recién casados, recién acercados para siempre, les quedaban treinta, cuarenta años de estar juntos, juntos codo a codo en el desván, en el dormitorio, en la cocina, en el trabajo, en la vereda, bajo la lluvia, en el hospital, cuando les entregaran un horrible diminuto paquete hediondo a yodo y a jabón fresco y se miraran con un agradable asco, con un incorruptible recuerdo, y no se pudieran olvidar de ese momento del cual yo era el único testigo en la sala casi vacía del cinematógrafo y entonces la pantalla se apartó de ellos, la luz los barrió hacia dentro y llenos de desesperanza atravesaron el umbral, se hundieron para siempre en el matrimonio y yo sólo alcanzaba a ver los restos náufragos de los zapatos, de la bufanda, de los peines que cayeron suaves sobre el piso recién encendido. Esa escena había sido melancólica y descarnada, bárbaramente planeada, escrita con odio, fotografiada con saña y venganza y era tan verdadera, tan rematadamente verdadera, era la imagen misma de la soledad, podría en una exposición de cuadros haberse titulado: Soledad total o

Los últimos muertos del invierno. Sin embargo, era la reciente primavera la que me había empujado aquella tarde a ver esa historia de amor y abandono en el cine de la calle Franklin y de repente me sentía angustiado y de repente me puse de pie y me fui caminando por el pasillo oscuro y tenía lágrimas en los ojos. Los ojos me lloran fácilmente, tengo las lágrimas a flor de piel, me basta con saber por los diarios que un ministro neozelandés ha hecho encerrar a unos negros, por ejemplo, para que las lágrimas caigan de mis ojos con absoluta facilidad y cuando es el día de los muertos en todo el mundo y llegan en los diarios las noticias de distantes cementerios en la Europa septentrional o en las islas de Oceanía, o cuando es la Navidad y cae la nieve en Copenhague y hay temporales de viento en Arizona y se quemán bosques en el Mato Grosso, y siempre hay muertos, muertos ahogados en las llamas, muertos rellenos por la muerte en el mar, devorados por el cocodrilo o desintegrados por las hormigas, yo lloro siempre, más bien dicho mis ojos lloran, sin rubor saco el pañuelo en el tranvía o en el autobús y simplemente barro mis lágrimas, nadie me mira extrañado, nadie me contempla con lástima o estupor o sarcasmo, lloro limpiamente y es como si no llorara, sólo yo conozco y comprendo mis lágrimas, pero ahora todo eso era distinto, no tan distinto tampoco, como cuando leía que los boys rubios habían palomeado a un negro en Alabama, por ejemplo. Al negro lo sentía yo, por ejemplo, bajo mi piel, lo sentía palpitar en mi sangre y correr dentro de mis zapatos, sentía su respiración asustada y desagradable, ácida, brillante y rítmica, un tanto musical, cargada de edad africana y de whisky, azotarme la cara, lo veía verdaderamente acorralado y, en especial, seguro de que iba a morir. Le palpitan las sienas, veía alzarse levemente la piel, estirada por la angustiosa espera, por la larga espera de los perseguidores cuyos pasos sonaban en la avenida, y sabía que ése era el negro, que no había duda alguna de que era él el que buscaban y que de todas maneras lo encontrarían, aunque se escond

diera muy bien escondido, sólo que ¿cómo se podía escon-  
der un negro dentro de la piel de un blanco? No podía, las  
balas venían rectas, sin premura, y al chocar con la piel ti-  
rante, como que se hacían pedazos y yo veía correr la san-  
gre como si fuera sangre de las balas, las pobres han muer-  
to reventadas, me decía, y su sonido reventado había sonado  
como disimulados besos, como postreros lúbricos besos  
de adiós y despedida. Hubo besos también aquella tarde  
en el cine, vi posarse lentamente la mano en la cintura, vi  
cómo los dedos iban concienzudamente desatando las cin-  
tas de una trenza, sentía el olor impregnado de las trenzas  
y entonces el chorro de luz se apartó violentamente de  
todo eso y empujó la puerta, me puse de pie con el pañuelo  
en la mano y caminé por el pasillo. Decidí que estaba cada  
vez más solo, decidí que lo conveniente y lo correcto y lo  
sensato, antes de encanecer del todo, antes de acumular  
recetas médicas en mi cartera y talones de cheques ya co-  
brados y gastados y olvidados, levemente añorados a veces,  
era contraer matrimonio. No soy especialmente feo, no  
soy viejo todavía, tengo algunos muebles, alguna ropa y li-  
bros, muchos libros, montones de libros, novelas, novelas,  
novelas largamente tendidas a través de los siglos, a tra-  
vés de los países, novelas que atraviesan por debajo los  
continentes, como túneles, llenas de hombres, de mujeres,  
sudorosos, lacrimosos, alegres, demasiado alegres, robus-  
tos, insolentemente robustos, y niños, niños blancos, ne-  
gros, niños amarillos de los hospitales, niños verdosos de  
la selva y todos desnudos y asustados, vestidos y extraña-  
dos, jugando o llorando, con granos o con mamaderas,  
rompiendo muñecas, rompiendo a sus madres, comiéndose  
a sus padres y yéndose por el medio del río, por arriba de  
las copas de los árboles entre el invierno, navegando en su  
barquito de madera de forma lúgubre, de madera lúgubre  
y silenciosa, y mujeres, millares de mujeres, collares de se-  
nos, de cinturas recién creadas, crearé el dolor, dijo Dios,  
crearé el sueño y el ensueño, dijo Dios poniéndose huraño,  
poniéndose mustio y cada vez más habiloso, y tenía las

manos hundidas en el barro, voy a joder al hombre, dijo Dios y se reía para sí, se reía hacia adentro de su grandeza y tenía un montón de barro en sus bellas enormes manos, voy a crear el mal y el bien, el arte y la crítica, dijo Dios y estaba silencioso, como que se había quedado asustado porque el silencio lo rodeaba como un círculo de barro, y ahí estaba en su mano, tendida, púdica, doliente y un poco inconclusa y dormida la primera mujer, mujeres abnegadas, mujeres trágicas que llenan la novela de América, cántaros de sollozos, cántaros de lágrimas, cántaros de sufrimientos, la mujer es admirable, me decía el otro día el padre Escudero en el convento, sentados los dos en el jardín, rodeados de flores y martillazos, tapados por el sol y por el polvo que echaban los obreros que rompían los edificios de la calle Estado, la mujer es totalmente admirable, me decía, pero lo estaba diciendo para él mismo, para su infancia, para su madre y su abuela y su bisabuela, los mejores alumnos, los más inteligentes, los más generosos, los más llenos de inquietudes que han pasado por mis manos, por estas manos, se cogió las manos y me las pasaba para que las mirara, durante treinta años, durante cuarenta años, han sido mujeres, la mujer lo llena todo, justifica el mundo, empuja el arte con sus manos y sus grandes ojos, justifica la Creación, Dios Creador tenía derecho a su mal genio porque era un creador, pero también tiene derecho a nuestra profunda admiración por haber creado a la mujer, sí, ahí en el suelo estaba amontonado, recién creado y ya cansado, ya lleno de dudas y de deseos de conversar y de criticar y de huir, de comenzar a huir, el hombre Adán, pero Dios Creador se rió para sí hacia dentro, imaginando una de sus enormes fantásticas argucias que él presentía y no conocía y los dejó a los dos dormidos y él mismo se sentía un poco lánguido y soñoliento, como deseoso de caminar, pero faltaban todavía dieciocho horas para el día séptimo. Al padre Escudero le conté que deseaba casarme. Fui al cine, vi una historia desolada y quiero contraer matrimonio, dije, me sentía duro al decirlo,

pero no sabía por qué estaba decidido a hacerlo, como cuando es el invierno y la avenida está tapada por el agua y podría muy bien esperar hasta el día siguiente, o por lo menos dos días, para atravesar hasta el quiosco de diarios a comprar diarios, precisamente, y algunas revistas que crujen y velas y fósforos, pero de repente, como está lloviendo y el viento sopla desde abajo, de repente digo: Aquí está el agua, estiro el pie y me hundo en eso, ya mojado, ya en medio de la corriente, y pienso que toda mi vida habré podido estar atravesando calles anegadas en tierras demasiado invernales. Por eso fui al barrio a buscar una casa que me conviniera. Primero la casa, después la mujer, me decía metódicamente, sentía que todo eso era ridículo, pero lo estaba haciendo, lo estaba haciendo de un modo que se notara más lo totalmente inadaptado que estaba resultando mi método de buscar quien acompañara mi soledad. ¿Por qué una mujer? ¿Por qué matrimonio, precisamente? Si estaba enamorado era correcto que me casara, pero si no lo estaba, ¿por qué tenía que traer a otro cuerpo que se sentara a mi lado o enfrente mío, que durmiera ruidosamente, estomacalmente, o que hablara a solas en sueño, que llorara a gritos en el sueño, que se quejara de un lado, del otro, que se sentara con los grandes ojos despavoridos y buscara mis brazos, buscara mis brazos porque ellos también estaban casados? Me quedaba callado y no comprendía, pero ahí estaba la soledad cayendo sobre mi ropa, descendiendo sobre mis libros, formando imperceptibles tejidos de basura en la entrada del dormitorio y en los pedanos de baldosa que bajaban al patio. Ahí estaba el cinematógrafo de la calle Franklin, aguardándome, esperando para caminar a mi lado, para sonreírme feamente con su cemento viejo, con sus puertas cariadas y desdentadas: Cásate, cástate, cástate, acuérdate del otro día, esa soledad era para ti, ese chorro de luz espectral para ti sólo era barrido, a ti sólo te buscaba. Me casaría, no había duda, buscaría a alguien con quien casarme, ya me lo habían dicho antes, el ser humano se compone de un hombre y una

mujer, por eso Dios creó después a Eva. Casas sin niños a matrimonio solo. Casa en barrio residencial a persona sin hijos. Sin niños arriendo hermoso chalet. No se admiten pájaros. No se admiten niños. No se admiten perros. Sin perro, pero con patio. Amable, pero sin niños. Solo. Solo. Solo. A persona sola. A caballero solo. Sin hijos. Sin perro. ¿Tienes canario?, me preguntaba el cinematógrafo de la calle Franklin. ¿Tienes hijo?, me tornaba a preguntar, tosía detrás mío, me rogaba que no caminara tan apurado porque a él lo construyeron en 1918 y no puede dar pasos muy firmes, demasiado largos. ¿Tienes hijos?, me preguntaba, se plantaba en medio de la vereda para no dejarme pasar si no le contestaba francamente, se inclinaba un poco hacia mí para encontrarme la mentira en la cara. Carlos, dime la verdad, ¿tienes hijo?, ¿alguna vez has dejado olvidados maletas, paquetes, niños, niños chicos, maletas sin abrir, paquetes sin uso en los hoteles? Se tornaba bondadoso sentándose en la vereda, las ventanas bajaban hasta el suelo, sus vidrios me miraban. Aquella vez en Curicó, ¿te acuerdas de esa mujer que tenía nombre de ciudad? Bajaba la voz. ¿Y aquella chica mustia que se reía para asustarse, que era tan buena dibujante y que deseaba viajar en avión?, viajar en avión en 1930 era cosa seria, faltaba mucha guerra, montones de revoluciones, asesinatos políticos ensagrentando todo el mapa, Africa sudando sangre negra, Asia transpirando sangre amarilla, mirando a la muerte avanzar por entre los arrozales vestida de kimono blandiendo cuchillos blandos de arroz o mimbre, aviones, aviones, aviones sobre Abisinia, sobre las costas asoleadas de España, sobre la catedral de Colonia, sobre Nuestra Señora de París, en 1930, me decía, recuerda el año, ahora tendría veinte años, ¿o no los tiene?, recuérdalo bien y sé franco. Sin niños quieren las casas, casa con patio, pero sin niños, con jardín, pero sin perros. Necesito una casa y tú eres una mala sala de películas anticuadas, hedionda a sopaipillas y a hospital, eso es lo que eres, decía yo furioso y él se quedaba ahí, en la esquina,

riéndose con su ancha risa de viejo que ha visto mucha miseria y mucho sufrimiento, que ha visto correr muchas lágrimas y muchas risas en la oscuridad de sus pasillos. Eso es lo que eres, repetía yo furioso, pero sabía que lo decía para mí mismo, para, de algún modo, apoyar con un descomedimiento mis dudas. Sí, no quería ser una ruina, como ese viejo edificio, lleno de risas ajenas, de lágrimas ajenas. Me casaría. En realidad debí casarme muchos años antes, cuando estaba en la universidad y tenía dieciocho años, pero la carta no llegó a tiempo, su padre tuvo un ataque después que supo lo que había hecho su hijo mayor, una hermana se vino a vivir a la cordillera, ella se fue donde una tía que se arrugaba a la sombra de unas higueras en Quillota y las cartas me iban siendo devueltas como piedras que pasaran sin ruido a través de una ventana rota. Me empleé en el juzgado, estuve siete años copiando decretos, exhortos, diligencias, citaciones a viejos delincuentes, a viejas alcahuetes, a niñas pintarrajeadas apresuradamente por el susto, a adolescentes huesudos y altos que peinaban fieramente su cinismo y que se iban delgados y púdicos por las calles sombreadas del barrio estación, entregué notificaciones y compulsas, pegué estampillas de impuesto, iba prendiendo, sembrando sellos en ellas, llevaba con delicadeza los expedientes de un escritorio a otro como recién operados que pudieran vaciarse, afuera, hacia los vidrios altos de la galería, sonaban palmadas, los porteros llamaban a los litigantes, se escuchaban mesurados gritos, risas cuidadas y legales, pasaban fríos, aires que se cortaban de filo por las mamparas, que bajaban en el ascensor privado del presidente del tribunal, sonaban relojes, sonaban relojes a cuerda, despertadores, viejas máquinas de acompasado péndulo, corrían tacos femeninos, se apresuraban botas de agua, afuera estaba lloviendo, se veía desgranarse el barro en los anchos pasadizos, entre el aserrín, la lluvia sonaba libre arriba, los expedientes se entreabrían con un marcado olor a humedad y a antigua hembra, sonaban impermeables, sonaba un ministro, co-

rría una rata, corría un secretario, chillaba una dactilógrafa y sollozaba una mujer gorda vestida de luto, pasaban gendarmes trayendo presos que olían a cadenas y a cordeles, huasos miserables deslumbrados y abiertos, pijes lentos y desvaídos brillando tenues entre sus zapatos y sus bigotes, aristócratas furiosos y desolados esgrimiendo guantes, sacando grandes apellidos del bolsillo, sacando fondos, chacras, sementeras, aserraderos, escándalos, caídas de agua, engranajes, suegras, amantes que sollozaban, queridas que lanzaban carcajadas, silencios, silencios, la voz del Santo Padre clama en el Vaticano por la paz entre los hombres, el camarada Stalin pregunta que cuántas divisiones de asesinos tiene el Papa, ríe el camarada Stalin, enciende la radio en la gran pieza sombría y siente caer las bombas sobre Londres, Londres aúlla como perro, Londres está abierto de patas entre las llamas ladrando hacia Berlín, lejos, por los suburbios de Moscú o Leningrado pasan Gruchenka tosiendo sangre y Ras-kolnikoff escondiendo la destal bajo el abrigo delgado, proletarios de todos los países del mundo, uníos, asesinos de todas las cárceles del mundo, uníos, tísicos de todos los sanatorios del mundo, uníos. Tosía el secretario y miraba a través de sus anteojos. Son las seis y media, decía. Se levantaba. Mañana será otro día. Se iba caminando por el largo pasadizo. Yo colocaba un expediente encima del otro, como bostezos, como chillidos callados hasta mañana, como mentiras que ahora estaban dormidas para tornar a vociferar mañana, miraba mis manos, alguna vez quise ser profesor de filosofía, alguna vez me quise casar con una muchacha que vivía en Curicó, tiene razón el viejo cinematógrafo de la calle Franklin. Pero no tengo ningún hijo. Estoy demasiado solo. Desde lejos huelo a soledad, voy chorreando soledad, silencio sin hijos, sin cuñados, sin ahijados a ambos lados de la calle. Cómo han pasado los años, pienso. Pero si el otro día no más yo tenía veinte años. ¿Por qué no me habré casado a tiempo? Tiene razón él. Buscaré casa. Me casaré. Estoy tranquilo.

No tengo hijos. No tendremos hijos. Colocaremos nuestras soledades juntas, yo estrecharé el silencio que está en sus manos y sabremos los dos que estamos casados. ¿Qué habrá sido de esa mujer que tenía nombre de ciudad? ¿Y qué ciudad era, Dios mío? No recuerdo, no recuerdo nada. Buscaré casa. Después buscaré mujer.

Fue su misma madre la que me habló de la casita cuando yo le dije que andaba caminando a ver si encontraba una buena casa para un matrimonio. Acercó su sonrisa cansada, se ponía maliciosa y viciosa, se acomodaba el pelo con las manos que antes fueron hermosas. Ella fue joven, pensaba yo, antes del año 30, antes de que se topara con su hombre, antes de que él empezara a beber la misma tarde de la boda. Mujer triste que había sido alegre. Se me acercaba para que viera cómo se la había comido fieramente el matrimonio. ¿Para una pareja?, me preguntaba y quería bajar la voz para pasarme algún secreto. Una mujer así me habría salvado de la soledad, pensaba yo, pero yo sería ahora el borracho, yo sería ahora el que golpea a su hijo y el que lo lleva a pedir plata en la cantina, el que ha comprado una linterna nueva para iluminar sus piernas. El me contó esto después, mucho después, una mañana en que yo me estaba arreglando para tomar el tren del norte, y me lo decía de un modo especial, sin insistir en ello, pero pronunciando las palabras lentamente, pensando que de aquella manera yo las olvidaría menos y deseando, al mismo tiempo, que no las olvidara en absoluto, que las tuviera siempre presentes mientras andaba en Los Vilos y en La Calera, no me estaba mirando y no deseaba que yo lo mirara, pero lo decía todo lentamente, especialmente, como si cada palabra fuera un elemento importante de la confianza que me estaba haciendo, de modo que si yo, al recordar aquello, olvidaba una palabra, una sola, lo olvidaba a él, olvidaba la esencia de su sufrimiento y esa capacidad, sobre todo, de absorber el sufrimiento como una esponja el agua e ir dándolo después gota a gota, sin derramar demasiado, sin desperdiciar nada, ni un suspiro

ni un portazo, y otorgando sólo lo absolutamente necesario. Parecía que lo esencial en esta historia era la linterna. Me agregó que cuando su padre la compró él estaba a su lado, lo había ido a esperar a la fábrica, como hacía todos los sábados al mediodía, y de ahí se iban a la cantina cercana, comían empanadas, se servían chicha, se reían, de repente Mandiola lo miraba con fijeza, sentado a su lado, se hacía un poco hacia atrás y lo quedaba mirando, deseando decirle algo con urgencia, extrañado tal vez de que estuviera ahí, sentado con ellos y no en el suelo, como debiera ser. No olvides que a la tarde compraremos la linterna, dijo su padre con tranquila furia, torciendo el labio con dolor o sed, sin mirarlo, ya, tan temprano. Era sólo la una y media, faltaban seis horas para que el sol se empezara a caer, para que los hombres estuvieran totalmente borrachos, para que su padre estuviera totalmente furioso. El había cogido la empanada y la miraba antes de comerla y entonces Mandiola acercó su rostro limpio, como barnizado, hasta el suyo y le fue agradable sentir que no olía a licor todavía, sino, precisamente, a barniz, a maderas recién rajadas, a clavos nuevos, a malla. Su padre estaba vaciando chicha en los vasos, los miraba a todos, contando las caras una a una, mirando también la suya, también la tomaba en cuenta, es mi padre, yo soy su hijo, decía para sí entonces, alegre y esperanzado, pero Mandiola le sonreía, tu empanada está en el suelo, y no sonreía ya, su sonrisa se había helado en su rostro que empezaba a ponerse encarnado, como avergonzado y deseoso de pedir disculpas, pero advirtiéndole que ése era el tiempo de proceder y extrañándose de no haber hecho lo que había hecho antes de ese día. Tantos sábados que vienes con el Bobi y nunca lo habíamos advertido, dijo. Los demás rieron. Una ráfaga helada soplaba desde la calle. El se puso de pie. No podía sino ponerme de pie, me recordó, mis piernas son para caminar, las sillas no son para mí, tampoco las camas, yo nunca tuve catre, colchón, somier, en la casa, mis hermanos se iban a acostar cantando, ha-

blaban de sus camas blandas, de las sábanas nuevas que les habían regalado las tías Micaela y Rosalía en la última Pascua, me miraban y se lanzaban a sus lechos como los perros se tiran al agua, con verdadero goce, con verdadera ansia, llenos de sueño y no de maldad, estaban sus cuerpecillos verdaderamente repletos de cansancio, de deseos de dormir, recuerda que éramos muy pobres, su riqueza era su cama y cuando veían que yo no tenía nada, que no podía tener, que no era culpa de mi padre ni de mi madre ni de ellos ni de las tías, que no era culpa de nadie, sino tal vez mía, misteriosamente mía, decían con creciente e hiriente alegría que se iban a sus camas. Una noche me hicieron acostar en una de ellas, me empujaron para que lo hiciera, yo no me atrevía, tenía miedo y vergüenza, miedo de mi padre, desde luego, él me había advertido una mañana, antes de irse a la fábrica, que mi lugar era el suelo, tu lecho el suelo, tu familia el suelo, eso dijo, que no era culpa de él ni de nadie, sino de Dios o del diablo, que se lo preguntara al cura o al pastor o le escribiera al Papa, al patriarca o al arzobispo, que a él no le importaba, que él se había casado cristianamente para tener hijos con verdadera forma humana, no con una vergonzosa, asquerosa e insolente figura como era la mía. Se deslió la correa para pegarme, pero mi madre se interpuso y le gritó: No, Dámaso, ahora no, esta noche, si quieres, esta noche pégame si te es necesario, llegarás cansado, llegarás rendido, Dios te lo perdonará porque la fábrica te entrega deshecho y nosotros te mandamos nuevo y ella te muele a palos para que tú muelas al Bobi. En la noche no me pegó, llegó contento, estaba hermosamente bebido, trajo dulces para mis hermanos, fruta para mi madre y un trozo de carne para mí. Cuando abrieron los paquetes, gritaron mis hermanos al ver los pasteles, se sonrió soñadora mi madre al arrugar entre sus dedos el papel de seda de las manzanas y cuando vieron el trozo de carne se quedaron callados. Yo me reí en voz alta, aunque tenía lágrimas en los ojos, lágrimas de contento, no creas, estaba verdaderamente fe-

liz porque mi padre se había acordado de mí, porque me había traído la parte que me correspondía y además, pensaba, que al ir a comprar la carne, él pensaba realmente en mí y aceptaba, por lo tanto, mi destino y el suyo, tal vez ya no me pegara más, yo comprendía, pues, no estaba nada triste sino contento, me extrañaba el silencio de mis hermanos, un silencio duro que me amortajaba, y les agradecí que no me ofrecieran pastel, me fui a mi rincón y empecé, sentado en el suelo, echado no, no creas, a comerme la carne cruda. Me gusta la carne así, cruda, completamente viva, no es como esa carne muerta de las cazuelas y de los estofados, carne apagada, asesinada, hervida vilmente para estar seguro de que está inerte, indefensa, definitivamente perdida y terminada, desdoblé mi papel y lo fui estirando, sonaba como el de las manzanas, no los miraba a ellos pero sabía que me estaban mirando, estaban silenciosos, vueltos hacia mi rincón, echado yo en mi jergón, sentado ahora sobre mis piernas de perro, ignorantes ellas de todos mis problemas y de los de mis padres. ¿Sabes?, yo presentía entonces que ellas también me estaban mirando y que sentían el suave crujido del papel y que estaban felices de sentirlo y agradecidas, al mismo tiempo, porque yo estaba comiendo por ellas, para ellas. Cuando mis hermanos terminaron sus dulces me llamaron a la pieza y me dijeron que me acostara en la cama, me miraban derechamente a los ojos, con voz firme, sin amenazarme pero lo bastante firme para que yo entendiera perfectamente lo que me estaban diciendo y para que también lo oyeran mis padres, estoy seguro de que, por lo menos, mi padre lo estaba oyendo, había apartado un poco el plato y la copa, hizo a un lado a mi madre, que se ocultó en la penumbra, y me señaló la cama: Si te dicen que te acuestes, ¿por qué no lo haces? Verás lo fácil que es. Me señaló las piernas, no creas que te han de dar impedimento, tú sabes, suavizó la voz para destacarla más, habrás leído en los libros, habrás visto en las películas que los perros suelen dormir en la cama con sus amos. Tragué un sollozo, pero

no lo dejé ver y me tendí en la cama señorialmente y no me parecía raro hacerlo, me parecía hasta natural y como si lo hubiera hecho noche a noche, desde noches muy lejanas y tranquilas y no ahí en el jergón, junto al brasero de la cocina o en el patio abierto al cielo en las noches del verano, esa extraña sensación me acompañó muchos días, los miraba sonriente, no tanto desdeñoso como satisfecho, desde luego estaba casi contento, había comido, había comido carne que me gustaba y que ellos creían que me repugnaba y ahora estaba acostado, acomodando las dos almohadas para estar más cómodo. Has de saber que como somos pobres, no tenemos más que una almohada en cada cama, pero yo estaba furioso y vengativo y me sentía también seguro, además ellos tenían sueño y el sueño trepaba por mi cintura y me sentía amodorrado, bostecé largamente, arrastradamente, y mis hermanos se rieron, yo no reí porque me sentía cansado, pero estaba contento y olvidado, cogí las ropas, que no eran muchas, y me tapé hasta el pescuezo, ellos se rieron y llamaron a mi padre, él vino demasiado pronto, parecía que estaba impaciente de que no lo hubieran llamado antes, me cogió del pelo y ya tenía el cinturón con hebilla en la mano, yo sentía los golpes y lloraba mi madre, parecía que le estaban pegando a ella, al lado una mujer llamaba en la oscuridad, ¡vecina, vecina!, los golpes me hicieron dormir, dormí toda la noche pensando que mi padre me golpeaba siempre en la espalda, en la cara, en plena cara, pero jamás en las piernas. Era curioso, me odiaba por ellas, las odiaba, se tornaba furioso cuando me veía caminar o correr, me gritaba que me estuviera quieto, que era una vergüenza lucir esa roña, que era un descreído y un endemoniado, pero cuando me golpeaba se apartaba de mis piernas, creo que les tenía miedo y recelo, jamás las tocó y así crecieron ellas, a plena libertad, limpiamente tranquilas, sin ser molestadas, sin sufrir golpes ni insultos porque ahí estaba yo para recibir por ellas. Las quiero y sé que ellas me quieren, nacieron conmigo, pegadas a mi carne y jamás nos separaremos, an-

daremos siempre juntos, cada vez más juntos, somos los palos de una cruz, somos una sola carne con distinta piel, pero esto ocurre sólo para que se vean mejor nuestras personalidades y me gustaría tenerlas completas, desarrollarlas totalmente si tú me ayudas, quiero ser, por ejemplo, el perro más diestro, hábil y ágil de la ciudad, quiero ser, si puedo, si se puede, decía bajando la voz humilde y temblorosa, el muchacho más inteligente y bueno de la ciudad, y enseguida se ponía alerta y se acercaba a mi mesa, a esta misma mesa en que escribo estos recuerdos: ¿O la inteligencia odia a la bondad? ¿No hay algo de blando en la bondad, no estás retrocediendo cuando eres bueno?, y sin esperar respuesta agregaba, seguro de sí: Hay algo de ferocidad en la inteligencia. Yo vi esa ferocidad un poco asustada cuando surgió del fondo del patio aquella mañana en que lo llamó su madre, mientras me sonreía feliz, feliz de que la estuviera mirando, feliz de que adivinara, como adivinaba, que había sido una mujer bella y cuidada, alegre y llena de esperanzas antes de ser arrinconada por la vida entre un marido borracho, una artesa llena de lavaza y unos tiestos de flores pobres. Ven, Bobi, Bobi. . . , dijo ella arrastrando las sílabas y estirando hacia mí sus labios para que los mirara. Habrá sido deseada por otra boca, desnudada por otros ojos y ahora está ahí el vino, en sus ojos, el naipe en sus ojos, el terrible y presente sudor en sus ojos y los golpes, las palabrotas hinchadas tumefactas como golpes, los llantos, las enaguas rotas, la vida carcomida. Sí, mamá, dijo Bobi y caminó por el patio y me estaba mirando a los ojos con insolencia. Yo lo miraba con naturalidad, con toda la naturalidad de que era capaz un hombre solitario y callado, no joven, no demasiado solo, pero demasiado sin esperanzas, él miraba mi ropa para herirme porque, por supuesto, jamás he sido un elegante, yo miraba todo su cuerpo, su rostro altivo, casi fiero, sus profundos ojos de soñador y de audaz, su boca dispuesta al llanto y al insulto, sus hermosas piernas de perro, soberbias patas de perdiguero o de rastreador o de

cazador de las estepas y los bosques, y no me parecía raro, lo encontraba natural, esperaba que fuera completamente natural. Como todo el barrio, había oído hablar de él, lo supe en la parroquia a la hora de la misa, lo supe en el hospital cuando me tuve que ir a poner esas inyecciones, lo escuché casi con fruición en la bodega de frutos del país de los hermanos Escobar. ¿Saben lo que le pasó al maestro Dámaso? ¿Vieron los diarios? ¿Escucharon la radio? Lo van a exhibir los bomberos para una función de beneficio. Las Naciones Unidas han pedido información completa y ahora andan las máquinas filmadoras por el barrio y un helicóptero. El Partido Comunista llama a las bases a cerrar filas en defensa del hogar proletario. El arzobispo lanzará una pastoral. Fue visitada la infeliz madre por una comisión de señoras de la Cruz Blanca. ¿Saben lo del maestro Dámaso? Al pobre nadie lo saca de la cantina. Dice que se morirá de vergüenza. Dice que matará a su mujer. Carabineros del sector vigilan la casa con dos radiopatrullas. Exámenes médicos a la madre. El padre será despedido de la fábrica. El Partido Comunista llama a un mitin en defensa del hogar proletario. Subieron los zapatos. Subieron los zapatos. Subieron los zapatos. Viva el Partido Comunista. Pobre maestro Dámaso. Viva la gloriosa Unión Soviética. Los alemanes avanzan sobre Sebastopol. Mujiks ametrallados en el Cáucaso. No pasarán. No pasarán. No pasarán. Hace veinticinco años que murió asesinado García Lorca. Pobre Dámaso y ahora lo echan de la fábrica. Pobre mujer, tanto que le decían que no se casara con ese desalmado. Señora sola arrienda pieza amoblada a matrimonio sin niños. Ojalá extranjeros. Ojalá extranjeros. Buenas tardes, Bobi, dije yo. Me llamo Roberto, dijo él, sin mirarme. ¡Bobi!, gritó su madre. Buenas tardes, Roberto, dije yo. Buenas tardes, contestó él. Bobi, el señor busca una casa para arrendar, ¿sabes tú de alguna?, preguntó ella. Yo no arriendo casas, rezongó él y me miraba con verdadero odio. Yo decía por si habías visto algún aviso en las ventanas, agregó yo. Yo no ando por las ventanas, advirtió despre-

ciativo. Es un buen chico, un poco raro, explicó ella, mirando con misericordia sus piernas. Ya lo creo que es un magnífico muchacho, dije yo y me quité el sombrero, pero no creo que sea raro ni enfermo. Si te refieres a mis piernas, madre, dijo lentamente, ellas no son una desgracia ni una enfermedad sino una simple realidad que yo soporto con firmeza. Ahora miraba suplicante a su madre y me había, en realidad, suprimido de su vista y de su memoria. Sabes, madre, agregó, que compro muy caro mi derecho a tener estas piernas, a pesar de que no puedo usarlas porque está prohibido. Bobi, Bobi. . . , dijo su madre en voz baja y estaba a punto de llorar y yo adivinaba que se sentía desnuda en mi presencia y tan humillada. El niño tendrá diez años, ella unos treinta, ha sido una magnífica mujer, seguramente, el muchacho es de ella, su exclusivo hijo, ese rostro, ese pelo son de su misma carne, estaba mirando una misma cara separada por veinte años de distancia, rostro de juventud, de duda y de esperanza, rostro de añoranza, de vergüenza, de desesperación y también de furia. Pobre Bobi, pobre Roberto, pensaba mientras caminaba de regreso, esta noche te irán a doblar a golpes cuando llegue el maestro Dámaso. Tiempo después, cuando ya estaba conmigo, le pregunté si la noche de nuestro primer encuentro le habían pegado, pero me dijo que no recordaba y me miraba a la cara como diciéndome que lo disculpara que no hubiera conservado el recuerdo de aquel día. ¿Arrendó la casa?, me preguntó bastante curioso y un poco deseoso de meterse en mi vida, de saber el origen de mis primeras canas, la historia de mi ropa vieja, el contenido de aquellos papeles que se amontonaban en una mesita junto a la cama, por dónde había caminado yo, por qué calles, a través de qué puentes, qué muertos habían quedado detrás mío, qué odios, qué esperanzas llameaban consumiéndose solas en medio del campo. Me quedaba mirando y esperaba una respuesta, pero no había respuesta, no sabía yo qué podía decirle, sólo que de repente un día había decidido contraer matrimonio porque, por ejem-

plo, la casa era demasiado grande y mis pasos sonaban demasiado solos, demasiado asombrados en las largas tablas. ¿Sólo por eso?, preguntó y yo lo veía desilusionado, despectivo y despreciativo. ¿Sólo por eso se casa uno, porque hay casas demasiado grandes, zaguanes inmensos y sombríos, pasadizos interminables? No le contesté porque no le podía contestar, no le contesté que ya no me casaría, que no podía hacerlo porque la mujer a la que le había hecho esa petición lo había visto a él, aunque él no la viera a ella, y cuando yo le explicaba que aquél era mi hijo, que aquél era el muchacho que yo quería adoptar, echó sus manos al rostro, se tornó de espaldas y empezó a caminar. No la sentí sollozar, no la sentí caminar tampoco, sólo vi abrirse los edificios a su paso, apartarse en silencio los árboles, abrirse las calles y alejarse llevándola encima, llevándola por el aire, por la luz del crupúsculo que borraba ya todas las cosas, que hacía treinta años venía borrando los caminos ya borrados, las casas ya derrumbadas, los papeles desparramados de las mesas. Roberto, no me caso, no me casé antes, no me caso ahora, dije y no quería explicarle a él ni explicarme a mí mismo el silencio de aquella cara derrumbada en dos manos, de aquel cuerpo que se dirigía recto hacia la lejanía sin que temblaran los hombros, sin que vacilaran las piernas. Decididamente, no había llorado. Yo lloro naturalmente, casi sin esfuerzo, la soledad, tal vez, me ha dejado una sensibilidad de superficie y, por lo tanto, profunda, y me basta sólo leer las noticias de vulgares accidentes del tránsito, de triviales hechos de policía para que abundantes lágrimas fluyan a mis ojos. Tengo alma de artista de drama, también fácilmente río, pero de repente, en medio de la risa, fluyen las lágrimas a mis ojos, y por eso no llamo la atención, tengo suelta la sensibilidad y lloro ahora casi sin sufrir, pero ella, al irse caminando, al echar sus manos sobre su cara, al mirarlo como lo miró, al mirarle las piernas como se las miró, con repulsión, con miseria y odio, debió llorar si creía que aquel ser era hijo mío, hijo de mis

sueños y de mis deseos, hijo de una devastadora juventud estragada y corrompida que ella no alcanzó a divisar a través de las cartas. Yo, al rogarle ahora que se casara conmigo, le había contado incluso lo que me había ocurrido en el cine de la calle Franklin, cuando estaba por terminar mi relato me di cuenta de que a ella no le gustaba que le estuviera contando aquello, abrió inmensos los ojos verdes y creía yo que los abría de lástima y piedad y me conformaba con ello, me conformaba con todo lo que viniera a aposentarse junto a mi soledad, con todos los pasos que sonaran en los pasadizos y en las piezas, quería ya otro ruido que el de la lluvia cuando comienza el invierno o el de los gatos cuando aparece la primavera tras los vidrios todavía helados, pero cuando la vi tornarse de espaldas y echar a caminar, pensé si se queda parada es que no se va, si deja su espalda esperando ahí es porque quiere que yo camine hacia ella, me casaré con esa espalda, verás cómo no tienes que tomar más esas fotos ni dibujar esos croquis, verás cómo estaremos muy bien los tres juntos y haremos del Bobi una magnífica cosa, pero ella ya iba como a media cuadra y no me atrevía a llamarla ni a llamar a Bobi para mostrársela, pero ¿cómo podía llamarlo si ella me había dicho algo, una palabra, dos palabras, mucho antes, un buen rato antes, cuando recién le servía Bobi el té y las tostadas y las mermeladas y hasta le ofreció un trozo de kuchen en su mano? En un plato, Roberto, dije yo, y él caminó y fue a traer el plato y ella le dio unas gracias cortantes y él tal vez no se fijó en el tono de su voz, pero yo escuché la voz y miré la boca, la boca con la que me iba a casar, espantosamente crecida, horriblemente leporina y excluyente, alargada en una mueca desdeñosa y lastimosa, absolutamente enjuiciadora y definitiva. Alzó su mano pequeñita, siempre tuvo pequeñas manos, gráciles, sabias para manejar los pinceles y las agujas, después las echó a perder un poco con el grabado en madera y con las clases de guitarra, viajó por mar, regresó su hermano del extranjero, la Rebeca está presa en Panamá.

Presa, presa, se horrorizaba y parecía triste y su boca tendida, abierta, desolada, clamando a la madre desolada de Jesús, clamando a María Magdalena y a Santa Isabel, pero ahora no, alzó su mano y dijo: ¿Eso, eso es tu hijo? Sí, dije lentamente y no sabía entonces que en ese momento estaba decidido que no me casaría, decidido por ella y aceptado esforzadamente por mí, tenía la obligación moral de proceder como procedía, Bobi era una llamarada plena y confiada, llena de vida, de ansias de altura y profundidad, no dejaría que la apagara un viento extraño, no dejaría que la lluvia del próximo invierno, de los próximos diez inviernos la apagara, no pondría mi pie sobre esa llama para aplastarla, no lo haría, no, no me casaría. Sí, es mi hijo. completamente mi hijo, dije lentamente, sin alzar la voz, sin necesitar alzarla porque ella estaba ya pegada a mí, pero de inmediato se puso de pie, alzó las manos, bajó su rostro y sin abrir los labios, sin mirar siquiera, se fue caminando y la calle se hacía más ancha y las casas se apretujaban al infinito para que desapareciera luego. Raras las mujeres, dije yo y él vino desde la oscuridad y estaba a mi lado. Me cogió del brazo, sabía que necesitaba que lo hiciera, comprendía, seguramente, pero no me preguntaba y yo se lo agradecía. Raras las mujeres, Bobi, repetí y comencé, sentado otra vez en la misma silla, a comerme una tostada. El no dijo nada. Así oscureció y después yo le estaba advirtiendo como en sueños: Te llamé Bobi. Sí, dijo él, me llamaste Bobi. No te llamé Roberto, dije yo. No, dijo él, no me llamaste Roberto, pero ahora no es lo mismo. Entonces supe que se acordaba. Nos levantábamos en la mañana temprano, antes de que el sol empezara a escurrir por la pared, y tomábamos desayuno juntos. Era una larga sobremesa. Yo no trabajo ya, no tengo especial obligación de estar en una parte determinada a determinada hora, como antes, cuando quería primero ser vagamente abogado y después profesor de filosofía. No, suelo ir a la ciudad a comprar libros y revistas, paso por la tienda, pago la cuota mensual y pregunto cuándo llegarán los im-

permeables, pregunto por el precio de dos, antes preguntaba por el precio de uno, miro gorras, camisas, sweaters, miro las zapaterías y me pongo a soñar. Pero no, no sería lo mismo. Todo sería malo y horrible de otra manera. Si así ha sido por algo bueno tiene que ser. Hay que averiguarlo, somos dos para averiguarlo. Tenemos que investigar, habrá que rastrear papeles, golpear infolios polvorientos, preguntar a los viejos, a los eruditos viejos, a los sacerdotes muy ancianos, a aquellos que han conocido a multitud de pecadores, a un fraile que confesó a algún fusilado, si conociera a algún suicida frustrado quizás podría empezar a averiguar algo, tal vez gente que haya sufrido me pueda indicar un derrotero. Tenemos que averiguarlo, Bobi, me decía a veces desvelado, sin poderme dormir, lo sentía que roncaba a mis pies, no en la cama, no en el colchón que habíamos traído entre risas, encaramados ambos en la carretela, pero que él no quiso usar. No puedo hacerlo, me decía, si mejora un poco mi vida no quiero sacrificarlo a él, él está contento de dormir en el suelo, el suelo es noble, es la misma tierra, la atmósfera, el cielo, el hermoso cielo desplegado, cuando me muera hazme hacer una figura para mi sepulcro, la figura de un perro, desde luego, mirando la tierra donde yace su amo. Si tú mueres antes yo haré lo mismo, pero yo quiero la figura especial de un perro, un perro único, un perro como yo, un perro que no es perro pero que tampoco es persona. Tú tienes un valor que es una trampa, decía yo sonriendo, no eres hombre ni perro, pero lo eres dos veces, eres hombre y perro al mismo tiempo, yo soy uno, tú eres dos, Bobi. Tal vez por eso no me querían ellos, suspiraba él. ¿Quiénes?, preguntaba yo. Abarcaba con sus manos lo alto del tejado y decía: Todos, todo el mundo, acuérdate lo que pasó en la escuela, el profesor Bonilla me odiaba no porque yo fuera lo que era sino porque consideraba que mi figura era en sí misma una insolencia, una falta de respeto y de cortesía, decía que yo no era humilde cuando debía serlo, que no me ocultaba como debiera hacerlo, sino que ostentaba mi cuerpo

con cierta desenfadada impudicia que lo tornaba razonablemente furioso. Furioso lo tornaba, me pegaba a menudo, me cogía de las orejas y me echaba al suelo, rogándome con voz humilde, pausada y dolorida que me pusiera de pie. Me ponía de pie y yo sabía que me volvería a pegar. Me lanzaba una bofetada y quedaba mirando sus manos, se me ocurría que a ellas le dolían esos golpes, las veía como avergonzadas o atemorizadas, tal vez pensaban que yo deseaba morder al profesor y ellas eran también el profesor. Se quedaba callado y en seguida me preguntaba: ¿Crees que soy insolente? ¿Crees que debiera ser más humilde? Insolente, no sé si lo eres, contestaba yo, pero a veces muestras una seguridad en ti que es insoportable, Bobi, a mí no me molesta, pero comprendo que a otros, deformados espiritualmente, gente de comedores y de cocina, gente de plato y taza, tiene que dolerles, porque tú no eres un ser deforme sino todo lo contrario, porque tu forma es nueva y total y ellos no lo son, son medio hombres, un cuarto de hombres, tres cuartas partes de mujer y qué cobardes, sobre todo, cómo pretenden pasar bajo bandera cambiada esa mercadería de contrabando, quieren pasar por hombres cuando ellos sí que son alimañas, bestias domesticadas e infectas, voraces y calculadoras. Tú tienes patas de perro, luces una hermosa estampa de animal, lleno de salud y fuerza, podrías lucirte en un circo y que ésa fuera tu profesión, eres inteligente. Sí que lo soy, dijo rápidamente, no tanto para subrayar la afirmación mía de que había mucha seguridad en él, no, no era por eso, era para ocultar su emoción, estaba contento, estaba satisfecho, tenía una seguridad su vida que pronto sería rota, más pronto de lo que él y yo imaginábamos, pero no se trataba de eso ahora, yo quería hablarle, además, de eso, de las patas de perro. El pie, Bobi, es una de las maravillas de la creación, mira los pies de la gente, mira los pies de los mendigos, de los fugitivos, de los atletas, de los héroes, de los vertiginosos deportistas, el pie es mucho más sabio que la mano, mucho más inteligente, no tiene ojos pero ve,

tiene su propia seguridad, Bobi, la seguridad de lo que se sabe sustentador, sostenedor de esta maravilla de arquitectura que es el ser vivo, el animal bestia y el animal hombre, el pie muestra toda la formidable capacidad creadora de aquel que lo inventó, paciencia, minuciosidad, sentido práctico, todas cualidades de Dios. Sí, dijo él, sí, es verdad, y se quedó largo rato pensativo y después lo sentía yo moverse en el suelo, tal vez sin poderse dormir, desvelado como yo mismo, pero por distintos motivos. El, lleno de fe en su porvenir, no olvidado de su actual condición sino aliviado de ella porque le veía un motivo y un destino, yo, desesperado porque éramos pobres y porque de lo que se trataba ahora era de comprar una casa, porque no podía estar llevando a Bobi de un barrio de la ciudad a otro. Siempre encontraríamos los mismos avisos. Arriendo casa sin niños. Arriendo casa sin niños. Y Bobi desde luego lo era. Pero además estaba lo otro. La señorita Estefanía había venido en la tarde, mientras Bobi estaba en la escuela, a conversar conmigo. Por mí no se preocupe, decía ella, yo le dejaría estar en la casa, pero es Gándara el que no quiere, él dice que en la casa no se admiten perros.

TENIA QUE actuar, tenía que obrar rápidamente si quería hacer no ya la felicidad de Bobi, no, ya no se trataba de eso, ya no podía ambicionar tanto, sólo se trataba de hacer que se olvidara todo y, especialmente, que el mundo, la calle, el barrio, Cruz Meneses, el profesor Bonilla, el abogado Gándara, se olvidaran de él, pero parecían deseos todos de no olvidar, de estirar las manos para asegurarse en la oscuridad de que estaba ahí, de que todavía estaba ahí, de que aún podrían herirlo más, de que aún era tiempo de hundirlo del todo. Tenía, además, que obrar por mí mismo, contra mi falta de seguridad, contra mis dudas y sobresaltos. Ya he dicho que he sido un hombre solo, siempre he sido solo, muy poca gente ha dejado huellas en mi corazón, pocos pasos ajenos resuenan en mis oídos, pocos rostros conserva el recuerdo de mis ojos, a veces antes, ahora, hoy mismo más que nunca, ahora que él no está a mi lado, todo esto ha vuelto a presentarse con más nitidez, con furiosa y cruel exactitud; afuera pasan pantalones y polleras, uniformes, sotanas, pies desnudos, alegres pies desnudos que recién se enfrentan a los primeros pedruscos del camino, pies que caminan alborozados, completamente optimistas y salvajes, pies que pasan cantando y olvidando y también esos pies que hace cincuenta años dan la vuelta a la ciudad, que han transitado bajo el lodo y la lluvia, bajo el sol de diciembre que quema como ceniza, que se han hundido en las arenas de la playa, pies deformados ya, envejecidos ya, ni siquiera su-

dorosos o llagados, duros, endurecidos, vueltos vegetal o mineral, espantosamente solos y callados, ahí pasan, ahí van, se habrán topado con Bobi, habrán rozado su cuerpo al cruzarlo en una esquina, en algún charco, entre algunos fierros, y han ignorado su historia porque con la de ellos mismos tienen bastante, millares de pies por los caminos, millares de pies bajo la desolada mirada del invierno, ahí afuera, todos ahí afuera, ignorantes y lúcidos, egoístas y cerrados, abotonados hasta arriba. Debo apresurarme, me decía, mirando todavía en la madrugada el rostro feo y asustado de la señorita Estefanía. Una buena mujer, una pobre mujer solterona o viuda, botada por la vida, apegada a su eterna falda floreada, azul y como transparente, una pollera huesuda, translúcida, como el cutis de su largo cuello, como sus ojos apresuradamente desteñidos y ansiosos; se sentó lentamente junto al reloj antes de hablarme, echó sus manos hacia la silla, se sentía incómoda y se estaba acomodando, yo la miraba sin querer mirarla, como ella estaba callada, esperaba y sabía que lo que esperaba no sería bueno. Vengo porque Gándara quiere que venga, dijo y se derrumbó lentamente en la silla y su respiración venía por el vientre, un vientre plegado y ajustado a su miedo, a ese miedo que se revuelve en sus ojos y flamea suave en las comisuras de sus labios. Se sonrió horrible y casi lloraba, pero no era llanto, se estaba riendo. Se pasó la mano por el pelo, un pelo incluso cuidado y perfumado escuetamente. Le agradecí que se pusiera sólo unas cuantas gotas de perfume, pero al moverse tímida, tufaradas delgadas de ese ambiente desteñido se desprendían como escamas de sus pliegues. ¿Bobi está en la escuela?, preguntó con voz lenta y pausada, significándome que yo conocía ya el estado de la conversación, la necesidad que tenía ella, aunque no lo deseaba, de conversar estas cosas que, aunque pudieran parecer insignificantes, eran importantes y, tal vez, graves. Sí, claro, no faltará ninguna mañana ahora, dije yo y me sentía corto, pero estaba tranquilo, tan tranquilo que cogí una silla y la arrastré junto a la señorita

Estefanía, la coloqué entre yo y la puerta y no me senté, no me sentaría todavía, eso estaba bueno, pensaba, pero me sentía intranquilo. Ella se callaba, buscaba en su cartera para sacar, seguramente, algunas palabras duras de Gándara, alguna amenaza, alguna pequeña extorsión. Si era dinero lo que quería, podría conseguirlo para el sábado. Estábamos a jueves, las nueve y media de la mañana. Es un muchacho inteligente, muy capaz, pocos tan capaces como él, agregué para darme ánimos yo mismo. Sí, claro, contestó ella, el pequeño Bobi es único, ¿verdad? La última palabra me asustó, no era de ella evidentemente, no tenía tanta imaginación la señorita Estefanía como para colocarla al final de una frase deslavada y estúpida, una frase muerta, como su vestido, como su pelo, como ese perfume que desfallecía en su nuca. Gándara, Gándara se la ha dado, se la ha pasado envuelta en papel de estraza, para que al desenvolverla el ruido la despierte a la pobre, le dé coraje y a nosotros, a mí, especialmente, temor. Me quedé callado, no la miraba, estaba callado, quería empujarla a ese silencio y lo haría. Me senté, ella me miró sentarme y se refugió en sí misma, recogiendo sus pudores y los pliegues de su mirada y sus labios. Sí, dije, sí, y con ello no estaba diciendo nada. Se puso encarnada, es decir se puso levemente sucia, una suciedad que estaba cuajando con los primeros rayos del sol que manoteaban ya la cortina. Ese resplandor me salpicaba y tal vez sería conveniente que hablara ahora, ahora mismo. No se atrevía a repetir la palabra, tenía mucha vergüenza de que la sorprendieran usando una expresión que no era de su breve círculo, de su alhajero pobre, de sus costumbres célibes, Gándara, Gándara solamente. Tuve ese pensamiento cruel. ¿Vivirá con él?, pensé con fruición. Querida. Es su querida. Ha de ser tristemente lasciva en las tinieblas. Es una bonita casa la suya, señorita Estefanía, dije y la miré ampliamente, como si ella fuera la casa, recién pintada, recién mal entablada y con un horrible tejado nuevo de madera norteña. Ella se ruborizó, pero tuvo valor para sonreírse.

Recuerdo de familia, explicó, la construyó mi abuelo el año de la revolución. El fue balmacedista y peleó en Placilla, ¿sabe?, de allá se trajo una cojera. Yo miraba el desolado campo de batalla que era el enjuto rostro de la señorita Estefanía, un terrenito de desmonte, asoleado y pelado, tostado por el sol y por las balas, un campo que había visto a la muerte caminar por su cintura, que había tocado los huesos de la muerte, que la había visto sentarse satisfecha en una piedra a esperar que se sosegara del todo aquel tenientito imberbe. Entonces se entró del todo el sol y detrás de la luna se sentía galopar de caballos. Y humos, disparos. Todavía se veía en los ojos de la señorita Estefanía al abuelo agachándose para coger la cojera. Gándara dice que usted arrendó la casa porque iba a contraer matrimonio, balbuceó. Exacto, contesté, yo me iba a casar, un día martes decidí casarme y lo pensé durante dos noches. No soy joven yo, señorita Estefanía, no soy rico, tampoco muy sano, razones todas que me debieron impedir pensar en esa locura. Pero tal vez todos la tengan, tal vez usted, señorita Estefanía, alguna vez deseó contraer matrimonio, ¿cierto?, y ni a Gándara se lo habrá confesado. Sueños, sueños, sueños, musitó ella, yo dejé de soñar hace veinte años. Pero Bobi sólo tiene trece y yo velaré por que no deje de tener la porción de sueños que le corresponde, me puse furioso y de repente me incliné hacia ella hasta casi tocar su intocado pecho: ¿Por qué esta visita a las nueve de la mañana, por qué esta pregunta si me caso o no me caso? Sentí que gritaba y eso no estaba correcto, pero la señorita Estefanía no se intimidaba, se puso encarnada abiertamente, ya no tenía miedo de sonrojarse: ¡La casa es mía y yo tengo derecho para preguntarle en qué la usa usted y por qué la usa de este modo! ¿De qué modo?, pregunté lúgubre y me sentía empequeñecido. Ella no respondió, se dio el gusto de no responderme. Mujer bárbara, por eso se habrá quedado soltera. Hasta puso una pierna sobre la otra, esas piernas guardadas, y lució sus zapatos. Hermosos zapatos, indudablemente, no para

la señorita Estefanía, ni para su hermana, tal vez mejor para alguna dudosa clienta del abogado Gándara, pero no eran zapatos de fiesta, nada de brillantes, ni tapados de abalorios, dignos, esbeltos, lisos, un poco silenciosos, un poco aferrados con afán, casi con misericordia al pobre empeine soltero. La señorita Estefanía abrió la cartera y echó su cabellera sobre ella para que yo no mirara lo que había dentro. Yo la contemplaba, tan delgada, casi impalpable y con esa maldad finita, estilizada en su boca desganada. Sacó un papel, una hoja grande de diario. Me la pasó con deleite. No era necesario que yo la mirara, pero la miré. Ahí estaban los avisos de las casas que se arrendaban en los siete barrios de la ciudad. En el sector sur estaba la casita elegida por mí para llevar a vivir a la que había de ser mi mujer, la mujer con nombre de ciudad. Hacía una semana de todo eso y me parecía que eran años, años de juventud y de esperanza, no estaría entonces tan flaca la señorita Estefanía con su nombre de la Edad Media. Yo tenía el papel en mis manos y quería leer toda la página, pero sentía que el rostro de la señorita Estefanía se tendía en el silencio hacia mí, se diluía entre los avisos, las advertencias y las llamadas. A matrimonio extranjero. Pieza con teléfono en sector central. Departamento independiente a caballero solo. Señorita alemana busca pensión en casa honorable. Con patio, pero sin niños. Sin niños. Los niños no sirven para nada. Los niños se robaron la chapa de la puerta. Los niños arrancaron la rosa black-boy, los niños se trepan al farol y arrancan las bujías con los dientes. Los niños rompieron la tina del baño. Y dice que sólo son dos niños. Dos niños. Dos niños. Diez niños para un patio grande. Las casas envejecen sin niños, los vidrios se rompen solos porque no vienen los niños. Al gato se le cae el pelo porque el niño. Se arrendaba la casa a matrimonio solo, ¿ve usted?, esta casa, esta casa es de mi familia, todos los pobrecitos han muerto en ella, con los saqueos del 91 no se atrevieron a terminarla, además andaban bandas de desalmados en las noches, esta casa, sí, ella,

nuestra herencia. A matrimonio solo, solo, ¿comprende? Yo comprendía. Ese matrimonio solo era yo. Yo me iba a casar. Yo entonces era joven. Era joven y no tenía casa. Era joven y tenía hermosos dientes. Dieciocho años. Era millonario. Le dio un ataque al corazón esa misma noche cuando leyó la carta. Pero ella a mí no me escribió más. Tuve que esperar un poquito. Veinte años. Veinticinco años. Treinta años. Esa casa era lo que yo quería, ese matrimonio solo era yo, señorita Estefanía, recalqué, pero ella no me comprendía. Mire usted el aviso, casi gritó. Lo leí para sonreírme, pero pensaba en Bobi, estará en el recreo, jugando todo el curso, pero él no, él no puede salir al patio, tiene que estar en la sala, sentado en el pupitre, sin mirar hacia afuera, sin salirse de su lugar, se lo han marcado con tiza, creo. Tendré que ir a la escuela. Ese era el aviso, un aviso sencillo, para que no saliera muy caro. Casa chica a matrimonio solo en barrio tranquilo, a una cuadra de la Gran Avenida. No se admiten perros. Era mi voz, mi propia voz. La habría escuchado Bobi en la escuela. Ahora habrá terminado el recreo. Buen alumno, muy despierto, distinto a todos, distinto. Eso decía el aviso. Eso era lo que decía el aviso, precisamente, estaba escrito para él, para Bobi realmente. Estaré ya endemoniado, seré un portavoz del infierno, ¿habré sido señalado para entregarlo? ¿Me habrá oído? Oh Bobi. Le pasé el papel a la señorita Estefanía. ¿Vende usted la casa, señorita?, pregunté con insistencia, ¿necesita usted dinero?, recalqué con burla, con verdadero frenesí, óyeme, Bobi, ésta es mi voz, ésta es mi verdadera voz, la estoy usando para que tú la escuches, estaba gritando y ella no se ponía de pie, mejor, quería aplastarla, cogí el ruedo de su vestido. Se ve a la legua que ustedes necesitan dinero, sólo tendrán un solo vestido usted y su hermana y se lo ponen un día una y el otro no, y ese perfume, ese pobre debilitado sarcástico horrible cruel perfume de solteronas de la calle larga de Quillota, y ese pelo de colgar cebollas en la verdulería y esos zapatos de la mujer del dueño del hotel La Playa, señorita Estefanía,

dígame de inmediato cuánto dinero necesita usted para comprarse unos kilos de pasta de dientes y tal vez pintura para las uñas y pintura para los ojos, dos tachos de tintura azul para los ojos, cuatro ojos, dos para ella, dos para la hermana, véndame la casa, véndame la casa, la compro entera, con ustedes dos adentro, en un frasco de alcohol, y Gándara en una pipa de aguardiente, oh Dios, préstame dinero para comprar un poco de tranquilidad para Bobi. Me senté, estaba transpirando. La señorita Estefanía se puso de pie, estaba dura y digna, no me miraba, miraba el horrible papel de la pared, habló hacia arriba como si estuviera pidiéndole a Dios Padre que le desalojara la casa, como si dijera Dios Padre con perros no te arrendé mi iglesia. Detrás del golpe de la mampara sentí el llanto y un rato después el papelito bajo la puerta. Mis clientes le notifican que debe desalojar la casa el 30 del mes. Atentamente, Gándara. El papel no lo recibí yo, lo encontró Bobi al regresar de la escuela, me lo pasó en la noche mientras nos bebíamos una taza de té y conversábamos antes de escuchar música. Bobi parecía tranquilo, no sospechaba nada y no podía sospecharlo. El papel, por lo demás, no agregaba datos que pudieran ponerle sobre aviso. Dios sabe que durante el tiempo que pasó a mi lado, que fueron sólo unos meses, tan pocos que Cruz Meneses y Bonilla el profesor y el mismo Gándara y hasta Marmentini el boticario dicen que jamás existieron, Bobi lo pasó tranquilo. Pero ellos dicen que él jamás existió. El Dr. Van Diest me ha repetido lo mismo en la penumbra de su consultorio mientras mirábamos los automóviles raudos por la avenida soleada. Van es pálido, muy pálido, exangüe, bastante delgado, tiene un aspecto de ser muy preocupado y muy nervioso, pero no lo es en absoluto, vino del sur a estudiar medicina, no eran ricos ni pobres, desde niño se formó un concepto duro de la vida, un propósito de no exigirle más de lo que ella podía darle. La vida no es generosa, dice, y uno no debe tratar de romperla, si la rompes te queda la sangre entre los dedos. Sus dedos lentos, como

anestesiados, manejan ágil el bisturí, las pinzas, las tijeras, me ha operado dos veces, la primera de una hernia que me tenía empaquetado el bajo vientre, andaba angustiado, erizado, tienes la hernia en la mente, me decía sin apenas sonreír, y después, esas venas se hinchan en tu cabeza, las vamos a zajar, verás qué bien duermes. No dormí bien antes ni después de la operación. El no se ríe, sólo se sonríe y baja la voz para dar su veredicto exacto, como un reloj de sol que estuviera un poco a la sombra, descolorido por el tiempo y por el uso, cada día más pálido, cada día más desteñido. Le conté el caso de Bobi. Un monstruo, dijo, después de explicarle sucintamente la historia. Le expliqué las magníficas condiciones del niño, lo bien formado que veía yo su cuerpo, tanto su porción humana como su parte netamente canina, las dos perfectas, las dos espléndidamente terminadas. Un monstruo espléndido, resumió. De ahí no lo pude sacar. Yo soy cirujano, me decía, yo sólo corto lo superfluo que da la vida o entrega el uso, por eso es exacta la cirugía, porque no agrega nada, no es como el arte, este oficio tuyo de agregar cosas, la cirugía no, es casi negativa, va suprimiendo, cortando, criticando, va dejando sólo lo escueto, únicamente lo necesario, la cirugía avasallará a la medicina, la ocupará totalmente, porque cuando ya la medicina no tenga virus que atacar, cuando sepa cómo terminar con el cáncer, la leucemia y la polio, siempre la cirugía tendrá su ocupación en las grandes ciudades, su presencia es reclamada en el matrimonio, en la política, en la vida social y gremial, siempre habrá atropellos, choques, revoluciones, adulterios, suicidios, duelos, guerras, guerras, guerras, la cirugía no detendrá su curso jamás, la medicina, ya lo han dicho, se está matando ella misma al entregar a los hombres nuevos y fantásticos recursos para combatir las dolencias, al suprimir las enfermedades se suprime a sí misma, nosotros no, los asesinos y los cirujanos acompañarán siempre a la civilización. En resumen, no es operable, si eso es lo que quieres saber, me explicó el Dr. Van Diest. Lo comprendía

perfectamente, comprendía, además, que de ser operado, si aquella intervención fantástica fuera posible, destruiríamos a Bobi, si salía con vida de la terrible operación, sería otro Bobi el que se levantaría de la mesa de operaciones, la vida con sus padres, sus experiencias en la calle, en la casa, ahora en nuestra casa, ahora en el colegio, todo se iría con el pentothal y con los algodones, dejaría de ser él mismo, tal vez se pondría estúpido y totalmente normal, perfectamente, insípidamente normal, así, tal como era, era extraordinario, necesitaba paz y tranquilidad, otro ambiente, otros rostros a su alrededor, una civilización no de seres humanos sino de seres como él, me aclaró brutalmente Van y me vaticinó: Bobi no será nunca feliz, nació deforme como los artistas y, como la de los artistas, su deformidad es perfecta. Esa es su maldición. Me acompañó hasta la puerta y me dijo que de todas maneras le llevara al niño para hacerle tomar unas radiografías. Me lo recordó después cuando yo acudí una tarde a su consultorio a decirle que Bobi había desaparecido. ¿Existió Bobi?, me preguntó lentamente, casi sin mirarme, sin enfado, sin premura, sin absolutamente nada de desconfianza, porque Van es así, mira casi sin mirar, parece que no tiene ojos sino en los dedos, aunque sus dedos son más bien torpes, con esa lúcida torpeza intacta de los ciegos. Le recordé mi larga conversación con él acerca del niño y de la posibilidad, muy remota, desde luego, de someterlo a una operación. No se acordaba. ¿Qué operación?, me preguntó. No se acordaba en absoluto y para disculparse me advirtió que había efectuado unas treinta mil operaciones en su vida y que todavía era un hombre más o menos joven, que era natural que no lo recordara, especialmente si él, como yo se lo aseguraba, jamás había visto al niño. Por eso me preguntaba, sin desear molestarme, sino más bien interesándose como amigo en mis problemas y como médico en mis cuadros psiconeuróticos. Le repetí la historia, agregando lo que había ocurrido después de mi última visita. Se interesó por el caso, no como médico, real-

mente, sino con el deseo de salirse de esa vida de rutina, de los mismos olores y los mismos miasmas y los mismos colores y las mismas formas que llenan la vida del médico, una vida sin horizonte, limitada siempre por la pollera almidonada de las enfermeras, por las tocas almidonadas, las mentes almidonadas y los corazones almidonados de las siervas del Señor, se sonrió. Me preguntó más, le conté, le expliqué, pero él me miraba a mí y no miraba la historia, la escuchaba, desde luego, porque de cuando en cuando me interrumpía para hacerme una pregunta que no me habría hecho si no siguiera el hilo de la narración, pero los episodios, los incidentes, las fechas, las palabras, las conversaciones, los gritos, los silencios, le iban sirviendo, yo lo veía y me ponía inquieto, para irse formando un cuadro de mi actual estado de salud. De salud total, dijo. Me preguntó que qué edad tenía, si estaba contento de haber jubilado ya, de no concurrir ya más a esa oficina pública en que había perdido los mejores años de mi vida, si dormía bien, si comía con apetito, cuánto pesaba. Le contesté que no me sentía lo bastante viejo por cuanto sólo hacía algunos meses había querido entretejer de nuevo una historia de amor, muy breve y muy escueta, comenzada cuando tenía dieciocho años y estaba recién en la universidad, le conté por qué no me había casado y se quedó callado, desmenucé esa historia con todo detalle, con toda sospecha y todo silencio y todo movimiento de manos y de respiraciones, le dije dónde estaba yo en ese momento y dónde Bobi, él en la penumbra, después vino rápidamente hacia la luz, recordé en voz alta, le expliqué, traté de explicarle que ella había creído otra cosa, no sólo que era hijo mío sino que era un testimonio cierto y tangible de la sucia vida que llevaba yo en Santiago cuando ella, en los lluviosos inviernos del año 30, se perecía por la llegada de mis cartas a Curicó. Las iba a buscar un inquilino a caballo a la estación de Tricao, un pueblito hundido en el barro. Nos quedamos callados, casi diría yo que Van estaba conmovido, por lo menos sentía que me estimaba, pero

eso no me servía de mucho ahora y le tenía rencor por dudar de la existencia de Bobi y para tranquilizarlo un poco le aseguré que hasta los padres del niño negaban que él había existido.

Aquella misma noche le dije a Bobi que dejaríamos la casa, que buscaríamos una más pequeña, ya que éramos una familia tan corta. ¿El aviso era por eso?, me preguntó sospechoso. Sólo por eso, Bobi, le dije para acercarlo a mí, tú sabes, en el hecho arrendamos la casa con engaño, yo dije que la quería porque iba a casarme, pero no me he casado y no me voy a casar, ahora somos dos personas, creo que dos piezas nos bastarían, así no nos andaremos desparramando, tú hacia la calle, yo hacia el bar, hacia el matadero. Bien sabes que yo no salgo mucho, murmuró con amargura, me hicieron odiar detenidamente la calle, con lo hermosa que es. Suspiró. Lo quedé mirando. Bobi, ¿ese papel estaba realmente en el suelo cuando tú llegaste de la escuela? Claro, ahí estaba, dijo rápido y corrió hacia el pasillo y se hincó en el suelo para indicar el sitio exacto, ¿dónde querías que estuviera? En verdad, mi pregunta era estúpida y en cierto modo demasiado clara. Es decir, expliqué, cuando tú llegaste ya estaba ahí, ¿no es cierto?, es decir, nadie vino a golpear la mampara y te lo pasó personalmente. No, de ninguna manera, dijo, y en seguida, ¿así tenía que ser?, ¿me lo tenían que entregar a mí personalmente? Y agregó bajito: Me atrasé un poco en el colegio, pero no era mi culpa, tú sabes. Yo no sabía, pero comprendía, comenzaba a sospechar. Su madre me había hablado vagamente de las dificultades que se le presentaban en la escuela a Bobi, no me contó nada concreto, sólo estuvo generalizando, diciendo que él no se sentía bien ahí y que si yo quería hacer realmente algo bueno debía cambiarlo de colegio, que parecía ser un niño aprovechado pero que le faltaba tranquilidad, que los otros muchachos lo molestaban seguramente porque él era el primero del curso y esto los sublevaba al verlo como lo veían. Me agregó que le estaba prohibido salir en los re-

creos de la sala de clases, que debía permanecer sentado en su pupitre todo el rato que duraban los recreos, pero era una suerte, tal vez, porque así el pobre niño estaba seguro de no ser víctima de algún accidente más o menos intencionado. No agregó más, pero al darme las gracias de que quisiera verdaderamente quedarme con Bobi, dijo que no dejara de llevárselo alguna tarde para que lo viera su padre. Una tarde, al regresar de la escuela, se lo llevaré, pensaba yo con odio. Al profesor y al padre, a los dos visitaremos juntos, Bobi. Estábamos ya acostados, yo en la cama y él en el suelo. Siempre en el suelo. A veces, en el día, se tendía atravesado en mi cama, pero se negaba a dormir en ella o en la suya, era como si les tuviera, más que distancia, asco, verdadero terror. Me gusta estar pegado a la tierra, me decía, con una voz que le temblaba no sabía yo si de dudas, de incertidumbre ante su porvenir o el mío o de sospecha que todo eso no tendría arreglo, no por él ni por mí, sino por los otros. Es hermosa la tierra, murmuraba en voz alta para que yo lo oyera y agregaba con alegría, como recordando cosas antiguas y locas que tenía hasta entonces olvidadas: Hasta cierto punto, los perros son felices, tienen una vida simple, sin complicaciones, sin preocupaciones si no es andar a la vera del amo oliéndole los zapatos y lamiéndole la mano, pero también se sentirán solos, inmensamente solos, por eso aúllan en las noches, para transmitirse pedazos de su terror, los perros son profundos, suspiraba. Desde mi lecho alcanzaba yo a divisar el revuelto pelo de su cabeza, que siempre llevaba demasiado largo, ve a la peluquería esta tarde, Bobi, le decía y le pasaba un billete, él no decía nada y en la noche ahí estaba su cabellera larga dando vueltas en la penumbra sin poderse dormir. ¿Fuiste a la peluquería? Sí, fui, pero no entré. ¿Por qué, Bobi? Había tanta gente, tú sabes, es viernes, mañana es sábado, mañana habrá más gente, los obreros de la hilandería, los de la fábrica de sacos, los matarifes, Cruz Meneses se está atornillado una hora larga en el sillón, se le ve avejentado cuando recién

se instala, pero después se va rejuveneciendo y poniéndose enjuto y convaleciente, como apretado, como temeroso de los que pasan por la calle y deseoso de sacar su cuchillo para no tener más miedo, es hombre malo Cruz Meneses, ¿crees tú? Yo no contestaba, hacía sonar el diario y luego sentía que Bobi estaba durmiendo, con un respirar sano y tranquilo, adolescente y seguro, un respirar que no había sido jamás perseguido, humillado, golpeado, echado al suelo, a los rincones, un sueño, en cierto modo, que era de ser humano, jamás lo vi dormir de otro modo, diría que era un verdadero muchacho el que dormía, le miraba la cara de rasgos tranquilos y suaves, no esos rasgos que se huyen solapadamente de la gente que esconde ideas lúgubres en la mente, palabras abyectas, intenciones torcidas, mentiras entre medias verdades, hipocresías, trapacerías, testimonios, delaciones, no, él era un sano muchacho de trece años que dormía después de una agotadora jornada. Aquella noche estaba bien tapado, lo que no ocurría a menudo, su jergón casi pegado a mi cama, a los pies de ella, me levanté en puntillas a mirarlo, me senté en el suelo para no hacer ruido y lo estuve contemplando, lucía un golpe en la mejilla izquierda, se habría caído en la escuela, habría salido al patio, habría tenido tal vez un accidente en la clase de gimnasia, eso debía ser, pero él no me había dicho nada, nada me había contado, parecía tranquilo, completamente tranquilo, sólo preocupado, aunque no mucho, por el recado que me había enviado la señorita Estefanía. Dejaremos la casa, Bobi, murmuraba yo en un susurro, nos iremos más hacia la ciudad, tal vez podamos comprar una casita, te haría bien a ti y a mí me daría todo esto un poco de sueño, tengo mucho sueño, pero no duermo, no puedo dormir, nos iremos, Bobi, nos iremos muy lejos, caminaremos toda la ciudad, nos marcharemos, si es posible y necesario, de ella, no nos dejaremos aplastar, no nos dejaremos vencer, seremos tú y yo tenaces, criatura, ganaremos la vida, se la ganaremos a la vida, nada queremos con la muerte, no seremos sus clientes to-

avía, jamás seremos sus clientes, estamos vivos y viviremos la vida, verás, Bobi, cómo ganaremos. Me movilicé lentamente y levanté la frazada que cubría sus piernas. Estaba todo el cuarto en penumbra. El reloj en el velador marcaba las tres treinta de la madrugada. Encendí un fósforo y lo acerqué a la vela y estuve mirando las piernas de Bobi, unas bellas y cuidadas piernas de perro fino, alzadas y duras, de pelaje rizado, oscuro y sedoso, de un café oscuro desteñido, a trazos rubios y palpitantes, él se dio vuelta en sueños y pude mirar la cintura, la línea perceptible en que se juntaban el hombre y el perro, el niño que él era todavía, el perro niño que era el otro al que apenas yo conocía y por el cual Bobi sufría y penaba, era un ser silencioso y ahora estaba dormido, tendido de lado, cansado de andar, de vagar un poco, de estar sentado, extrañado, sobre todo, de que a un perro no lo dejaran correr o jugar en la calle y por los parques; yo, muchas veces, había querido conversar esa materia con Bobi, pero adivinaba que él se negaría a ello, había crecido acostumbrado a mirar su cuerpo como una lacra, como una abyección y una maldición y había criado una especie de pudor alrededor de ese tema y por eso se negaba a conversar conmigo sobre su vida transcurrida antes de ahora y la cual estaba marcada por ese sello indeleble que dormía apegado a él, que dormía con mucha más tranquilidad que él, aquel perro incorporado a la cintura del niño. Me disponía a taparlo nuevamente, pues una angustia llena de presagios me atenazaba, cuando Bobi despertó y se sentó violentamente, se vio destapado y lloró: ¡Me estabas mirando! Oh Bobi, dije yo presa de creciente angustia, estaba mirando si tienes más heridas y le señalé el rostro: ¿Cómo te hiciste eso? Bobi empezó a sollozar acurrucado en el suelo, a medias tapado por la ropa, se veía solo, completamente solo e inerte, lloraba sin desembozo, sin vergüenza, tal vez con persistente rabia, señalando en su llanto la injusticia, no tenía sueño ya, sólo deseos de llorar, deseos que había reprimido en la tarde y parte de la no-

che, si yo no me hubiera levantado de la cama nada habría sabido, pues se habrá visto en estos apuntes que la información, la poca información que yo obtuve de la vida de Bobi fue obtenida de boca de otras personas más que de él mismo, él no hablaba mucho, se negaba a hablar y cuando lo hacía no agregaba comentarios, sólo exponía los hechos. Me contó que el profesor Bonilla había dicho en clases que la degeneración provocada por el alcoholismo es perturbadora de la herencia, de padres alcoholizados nacen hijos idiotas, monstruosos, los borrachos, en los últimos períodos de su enfermedad, ven visiones repugnantes, bichos inmundos, alimañas espantosas. El profesor se había quedado callado entonces y había agregado con voz casi triste: Otros los engendran y los botan al barrio, a la ciudad. Eso había sido todo. Bobi me contaba que mientras hablaba el profesor Bonilla no lo miraba a él, no, no miraba a nadie en particular, pero él comprendía que esas palabras le estaban dirigidas y sentía también, sin alzar la vista de su pupitre, mientras se pasaba las manos, las dos manos, por las piernas, por tus piernas que temblaban, Bobi, criatura, que los ojos de todos sus compañeros estaban fijos en él. No me dijo nada más, eso fue todo lo que me contó. En el reloj eran las cuatro diez de la madrugada, Bobi estaba sentado en el suelo, afirmada la cabeza en la pared y mirando vagamente. Yo me paseaba por la pieza. No me atrevía a mirarlo, estaba avergonzado por mí, por la ciudad, por el gremio de profesores, por Chile, esta línea de luz que es Chile y que permite silenciosamente que estos hechos se produzcan bajo su límpido cielo de primavera. Bobi temblaba, tendría frío, me acerqué y le eché una lana sobre la espalda, él, sin mirarme, se la quitó con dulzura y la colocó sobre sus piernas, las había estirado y estuvo un rato largo acomodando en ellas la ropa. Encendí el anafe e hice un poco de café. Bobi me sonrió en la penumbra: Nos cambiaremos de casa, ¿no es cierto? Sí, Bobi, le dije, nos cambiaremos, buscaremos una casa agradable y pequeña, en una calle tranquila, hacia Recoleta o Bellavista, cerca del

cerro, ¿te parece? O quizás nos vayamos a vivir a la cordillera, hasta tengo pensado que compremos unos canarios para que chorreen un poco de música. Se sonrió y dijo sin amargura: No necesitaremos comprar perro. Bobi, dije, no tienes que revolver demasiado esas ideas en la herida, no comiences a pensar como ellos, como tu padre, como el boticario, como el profesor Bonilla, no veas la cosa como la ven ellos, debieras mirarla como una cualidad, como una maravillosa cualidad, piénsalo así y convéncete de ello mirando tú mismo tu cuerpo desnudo, no, no es producto de una degeneración, es la tentativa de una nueva creación, de una estupenda creación, porque tú estás unido a uno de los seres más admirables que ha creado la Naturaleza. Un perro vale muchos hombres, Bobi, y rastreando la historia moderna y la historia antigua encontrarás estampada su huella, la singular huella breve de su pie en muchos episodios de la vida pública y privada, creo, criatura, que no debieras avergonzarte de ser un poco perro sino de no serlo completamente. Este es todo tu drama, éste es el drama de ellos, de los otros, de no comprenderlo; antes de averiguarlo, de buscar por qué el destino te ha hecho como te hizo, se aterrorizan, te miran a ti como si tú fueras el engendro que son ellos; el borracho de tu padre, sí, Bobi, es tu padre, pero es un borracho, te odiaba porque a través de la imperfección que es él, naciste tú, una creación totalmente perfecta, imaginada por una mente lúcida y audaz, nada de alcohólica, que tuvo un fuerte poderoso motivo para imaginarte, debieras gastar tu vida, Bobi, en buscar este motivo. Mira en cualquier espejo tu cuerpo y encuéntrale defectos, míralo con odio y búscale erratas, Bobi, y mira después ese cuerpo silencioso que te sigue fielmente, que te acompaña sin quejarte y que te está tan agradecido, él es el que consume, tú el que paga, él lo sabe bien y por eso está contigo y es cada vez más esbelto y hermoso, no con el deseo de avasallarte un día y echarte afuera, sino con la intención muy pura, rectamente mantenida, de serte, tarde o temprano, aunque esté lejana

esa hora, completamente servicial y completamente leal, él quiere ser como eres tú, Bobi, vivo, despierto, orgulloso, incluso insolente y tan serio y tan poco hablador, tan llenos de hechos tus movimientos, tan poco usados tus labios. Bobi, ¿conoces la historia del medio pollo? Pudo haber sido imaginada para ti, algún día la conocerás, pudo, por lo demás, con toda seguridad, tener su origen en una criatura como tú, que no nació completa, pero más desgraciada que tú, porque su problema y su tragedia y el resumen de su vida estaban en que él debía completar su cuerpo, tenía que buscar y encontrar la otra mitad que le faltaba. Es una fea historia, dijo con desprecio, sin profundidad, sin amargura, captándola ya sin conocerla, no me gusta, no me gusta nada. No te gusta porque comprendes que es una suerte para ti que no seas tú esa historia, tú eres completo, tú estás completo, demasiado completo, Bobi, éste es tu drama. Ellos hacen el drama, dijo él señalando hacia la calle, pero por la calle no pasaba todavía el mundo, yacía todavía en sábanas, en ventanas, en puertas, clausurado, tapado, sepultado brevemente, oscuramente. Ellos lo hacen porque tú eres débil y permites que lo hagan, Bobi, no seas tonto, no te dejes coger, si ellos te pican no te rasques tú, que eso es lo que quieren. Por lo demás, no eres el único, ni es nuestro país el primero que da seres extraordinarios. Recuerda lo que afirmaba aquel francés que amó tanto a los animales, Francis de Miomandre, un gran espíritu, un gran corazón. Al recordar las especies gigantescas que vio la primera edad de la tierra, decía él que se adivinaban en esas sucesivas criaturas, todavía informes, cambiantes y cambiables, los titubeos del creador que no encuentra todavía la forma definitiva y perdurable de sus magníficos sueños. ¿Has oído hablar de la historia de Egipto? Ahí todos los dioses eran animales, eran venerados en forma de animales, y en Grecia, en Mesopotamia, en Cartago, en Chipre, en la India, verás siempre, siempre, Bobi, a los dioses asumiendo formas de animales y a los animales pidiendo prestadas formas humanas para acercarse a los hombres,

Isis, el Minotauro, Pan, Anubis, todos, todos los dioses antiguos, dioses inventados por el hombre para acercarse al origen de la vida, adquieren siempre figuras de animales, seguramente porque el hombre, el infecto hombre, el cobarde hombre, el calculador hombre, el ser que inventó el negocio y la política, ha descubierto que hay en los seres que él llama irracionales más condiciones morales que las que tiene toda la humanidad. No recuerdo cuánto rato estuve hablando, con titubeos, con vacilaciones, impulsado más por los presagios que por la memoria, pues tenía miedo de que Bobi fuera a intentar algo contra su vida; el mismo hecho de que no hablara demasiado, de que ahora mismo no se mostrara tan herido ni tan amargado, me hacía poner desconfiado y temeroso. Mañana hablaría con el profesor Bonilla, mañana hablaría con el padre Escudero, mañana hablaría con el Dr. Van Diest. Debía haber una solución y a través de lo que ellos me dijeran de favorable o de desfavorable la encontraría. Por lo pronto, buscaríamos una nueva casa, trataríamos de comprar una y no de arrendar más casas chicas en barrio honorable a familia sola. Cuando miré a Bobi, él dormía hacía rato y yo había hablado, pues, para mí mismo, para tranquilizar mis temores.

El profesor Bonilla no era un tipo agradable. Comenzó por decirme que, desde luego, yo no era el padre de Bobi, porque él conocía perfectamente bien a todos los borrachos del barrio y mi cara no le recordaba nada, ningún bar, agregó que ya era una insolencia tener al muchacho en una escuela que había sido abierta para recibir a seres humanos y no a engendros vomitados por la infraestructura del país. Le pregunté si Bobi era un mal alumno, un imbécil, un malvado. Me contestó que dónde estaban las piernas del niño llamado Bobi, que si se había matriculado a un alumno debía enviarse al colegio cuanto antes a la otra mitad, que por ahí le habían enviado a un perro y que ésa no era escuela de perros ni circo ni zoológico ni museo ni exposición. Se dulcificó un poco, los granos de su rostro

se calmaron y palidieron, parecían pulverizarlo. Me agregó en voz baja que el reglamento no contemplaba el patético caso y que a él le extrañaba que se hubiera pasado por claras e implacables disposiciones para admitirlo como alumno regular en la sexta preparatoria. Ha hecho las cinco aquí, repliqué yo. Mucho peor, dijo él y tenía ahora como deseos de pedir que lo sacaran de aquel sufrimiento, parecía pedir un sufrimiento más agradable para su carne, algo menos vago, más fácil y reglamentario. En las salitreras, recordó, donde estuvo once años, había visto cosas espantosas, pero nada como esto. Es un hermoso muchacho, dije. Es un horrible perro, se quejó y abrió los ojos espantado como si fuera a aparecer en la puerta entreabierta. Confesó francamente que le pegaba, que era un muchacho díscolo e irrespetuoso, que a menudo promovía desórdenes en clase y fuera de ella. ¿No está siempre en la sala, no le está prohibido salir en los recreos, jugar como todos?, pregunté. Efectivamente, le estaba prohibido, porque él no era como todos, ¿lo había mirado yo a las piernas? Era una especie que, atropellando los reglamentos y disposiciones ministeriales y estatutos del magisterio, había saltado por la ventana hacia la sala de clases y ya hacía mucho en aplicar a su favor un tercio de las disposiciones. Le dije que en la noche había visto yo una herida en la cara del niño. Me contestó que él se la había inferido y que si quería detalles me los daría gustoso, pues disponía aún de algunos minutos. Se fue arreglándose los puños y estirándose la corbata de tonos violentos. La escuela estaba sola, allá al fondo un portero barría un pasillo, se golpeaban unos ventanales con el viento, hacia la parroquia pasaron volando unas palomas, un muchacho estudiaba en voz alta sentado en un banco de piedra. Cuando pasé a su lado me quedó mirando, se levantó, quería hablarme, lo quedé mirando. Cerró el libro, miró hacia la oficina del director, estaba oscura y cerrada la puerta. ¿Tienes miedo?, le pregunté. No contestó. Eso era una respuesta. Salimos hacia la calle, caminamos hacia

la línea del tren, la tarde estaba agradable, por la avenida corrían los autobuses llenos de personas que bajaban de la ciudad, pasaban los suplementeros voceando los diarios de la noche, los delantales albos de las chicas de la escuela vocacional, una tropilla de vacas hacia el matadero, el grito del hombre que las guiaba se extendía ancho y campestre por el asfalto, olía a guano, a bencina, a un tiempo plácido y sin maldad, la vida olía a peluquería y también a bondad, una pequeña bondad frágil y sin ambiciones y tan generosa. Pasamos por la peluquería, precisamente. Ojalá venga a cortarse el pelo mañana. Ojalá se arregle el problema de la casa. Sí, me gustaría cerca del San Cristóbal, ahí la ciudad se abre animosamente hacia el campo, está rota la ciudad en ese punto y el campo entra por el cementerio, trepa las cruces y se arroja de bruces sobre las camas del hospital de los tísicos y salta hacia la calle, es bonito ese barrio, en las noches de verano las estrellas son más grandes y más tranquilas en un cielo delgado y silencioso, le hará bien al Bobi, nos mejoraremos, ganaremos la partida, Bobi, ésta es una pelea, hay que poner los dos pies en el charco y saltar hasta la orilla. Saltaremos. Tú y yo saltaremos. Le pegan por nada, dijo el niño a mi lado. Sí, dije, le pegan y no lo podemos impedir. ¿Por qué no lo saca del colegio?, me preguntó con tono temeroso y urgido en la voz. ¿Crees que debo hacerlo? Yo no soy su padre, no sé si debería. Usted es más que su padre, usted puede hacerlo, usted debe hacerlo, lo van a matar si no, dijo rápidamente y ahora me miró. Un rostro gordito, voluntarioso, ingenuo y agradable, unos ojos límpidos que se le velaban, un traje cuidado, casi elegante. ¿Eres su amigo? No, nadie es su amigo, pero yo lo quiero, es un muchacho extraño. Los otros lo han hecho extraño, dije sombrío, pero comprendía que no debía haber dicho eso. El otro día salió la figura de un perro en la lección, me explicó, y al punto toda la clase se estaba riendo. Me quedé callado. Caminó en silencio, se sentía incómodo y yo comprendía que deseaba decirme algo más. Yo también me reí,

dijo, y entonces el profesor Bonilla se acercó al pupitre, lo agarró a él de las orejas y lo arrastró hacia afuera. Benítez, un narigón enfermizo cuya madre es viuda, ladró primero rápidamente y aulló después bajito, muy bajito y muy lejano, como perro herido o extraviado, y eso puso más furioso al profesor y vimos cómo se agachaba en el pasadizo para descargar más bofetadas sobre Bobi, que estaba quieto y no lloraba. Siempre se esfuerza por no llorar, ¿sabe? Ahora no lo dejan hacer gimnasia ni jugar fútbol. Esto es para seres humanos, dice el profesor con retintín, como si mascara las palabras antes de tragarlas. A veces lo habla, le dice que vaya al pizarrón, él coge la tiza, pero el profesor no dice nada, se limita a mirarlo, lo mira directamente a las piernas. Eso fue ayer, él apretaba los dientes y no lloraba, se nota siempre que no quiere llorar, el profesor seguía mirándolo hacia las piernas, se ponía de pie, encendía un cigarrillo, echaba el humo y a través de él lo miraba lentamente, hasta que conseguía que toda la clase, silenciosa y estupefacta, estuviera mirando las piernas de Bobi. Nadie se reía, todos estábamos quietos, algunos temblábamos como de frío, estábamos muertos de piedad y miedo, sabíamos que él estaba sufriendo, pero no decíamos nada, no podíamos decir nada, yo, cuando me senté, sentía que me dolía el estómago y tenía deseos de vomitar. Comprendo, niño, le dije, comprendo todo perfectamente, puse mi mano en su cabeza y lo dejé ahí, parado en la vereda. No le pregunté su nombre. Nada habría agregado con conocer un nombre más de un muchacho más, de un muchacho que había visto humillar a Bobi, que lo había visto ponerse de pie en la sala de clases, caminar en silencio hacia el pizarrón, coger la tiza y esperar las palabras. Pero las palabras no lo iban a buscar, sólo las miradas, sólo los ojos anduvieron toda la vida detrás de Bobi, los ojos violentos, malvados, llenos de duda y de miedo de su padre, los ojos tristes y avergonzados de su madre, los despiertos ojos cínicos, prácticos, jamás dormidos, jamás insolentes, pero nunca sosegados ni indiferen-

tes del compadre Ansaldo, los ojos humildes y perseguidos de la señorita Estefanía, los ojos enojados, impregnados de antigua rabia, de una rabia que databa de veinte años, de aquella mujer que tenía nombre de ciudad y por culpa de la cual ahora deberíamos cambiar de casa. No se lo perdonaría jamás, jamás tampoco lograría encontrarme de nuevo con ella, pero que si estos deshilvanados apuntes caen en sus manos, sepa que de algún modo ella es la principal culpable de todo lo que ocurrió después. Ella había echado una breve y sumaria mirada a Bobi aquella tarde en que fue a tomar el té con nosotros y, sin despegar los labios para decir una palabra de duda o de odio, esos labios que jamás desplegó para decir una palabra de amor, de estímulo o de esperanza, creyó abarcar toda mi vida de pocos hechos y pocos sufrimientos, de pocas voces, de poco dinero, de pocas luces y también de pocas sombras. Al irse caminando sin volver la cabeza, ella, sin saberlo yo entonces, estaba sentenciando a Bobi y eso no ha de tener perdón en esta vida. Como no perdonaría a Gándara tampoco. El dice que es abogado, tal vez lo sea, debe serlo, merece serlo, abogados he conocido yo en la universidad, en el juzgado, en el registro civil, en la cárcel, en las casas de remolienda, en el matadero, en la aduana, en el cementerio, en los asesinatos, en los robos, en las quiebras fraudulentas, en las estafas, en las extorsiones, en los incendios, en los fusilamientos, siempre encontraré, siempre encontrarás una parte agusanada, llena de incisos, de otrosíes, de decretos, de autos, de sentencias, de edictos, de exhortos y de abogados. Sí, Gándara quería la casa, la señorita Estefanía quería la casa, debíamos irnos, ahí estaba el contrato, claro, explícito, como el reglamento de la escuela, como el aviso del diario. Nos iríamos. Buscaríamos casa en el barrio del cerro. Encontramos una casa pequeña, con terraza y un patio lleno de flores, una cocinita minúscula, un baño limpio y sencillo. Casita agradable cuyo dueño vivía en el campo.

Nos cambiamos una tarde de sábado, en la mañana

habíamos ido a comprar un colchón nuevo, un somier, una almohada, dos almohadones. Bobi no me dijo nada, no me advirtió que no quería tener cama, yo comprendía vagamente que debía comprarle todo, todo lo que necesita un muchacho de su edad, especialmente en su caso, él no había tenido nunca nada demasiado. Por eso fue que tiempo después, al viajar al norte, le traje aquel par de botas que el viento remece ahora suavemente, pues tengo la ventana abierta. Aunque él jamás se las quiso poner y las miraba con verdadera furia, yo consideré siempre que ésas eran sus botas, verdaderamente de él, como si él hubiera llegado por primera vez a vivir a mi lado y las trajera puestas, como si las hubiera llevado a la escuela, por ejemplo, o al matadero. Ahora, en ese barrio tranquilo, donde sólo llegaba un tamizado y limpio rumor de la ciudad, me parecía que la vida cambiaría para nosotros. Claro que cambió y violentamente, pero no del modo que yo en esos momentos esperaba. Parecía, en realidad, que el destino no esperaba sino que nos cambiáramos de casa para hacer lo que hizo y como lo hizo. Le propuse a Bobi que, ya que estábamos en nuestra nueva casa, si quería podía faltar algunos días a la escuela para que juntos pudiéramos conocer el barrio. Me interesaba, en realidad, tenerlo algunos días a mi lado y quizás, seguramente, yo trataba, sin darme cuenta de ello, de aprovechar aquellos pocos días que nos quedaban para conocerlo más a fondo, para conversar con él, para comprarle todas las cosas que adivinaba le gustaría tener y que me ayudarían, así lo esperaba yo ingenuamente, a mejorar para siempre el estado del muchacho. Cuando me oyó decirle que si quería no iba a la escuela, me quedó mirando con violencia, se apretó los labios y empezó a revolver con furia la cucharita en la taza de chocolate. Yo esperaba que me mirara. Me miró más rápidamente de lo que creía y me franqueó sus pensamientos, fruncido un poco el entrecejo. ¿Sólo es por eso que no quieres que vaya a la escuela, nada más que por eso? Me parecía que su voz temblaba, pero no podría ju-

rarlo. Lo veía pálido y evidentemente más delgado, tendría que llevarlo donde el médico, por lo demás, ya había quedado de volver con él donde el Dr. Van Diest, para que lo conociera, precisamente, y también para que le tomaran esas radiografías en las cuales, no sabía yo por qué, cifraba tantas esperanzas. Pensando en todo eso no le contestaba y tenía ahí su cara angustiada, pero no asustada todavía. ¿Sólo por eso, nada más que por eso? ¿No me mientes? No, Bobi, yo no te mentía, así te lo dije entonces, así te lo repito ahora, no había nada más, tú todavía estabas en la escuela, todavía eras alumno de la clase sexta, todavía tendrías que acudir al pizarrón cuando te llamara el profesor Bonilla y tú, como siempre, como desde hacía años, esperarías la pregunta de gramática, de geografía, de aritmética, la esperarías siempre, la esperarías toda la vida, sólo las miradas venían hacia ti, no te buscaban a ti, sino al otro, lo buscaban a él, a tu compañero silencioso, a tu infaltable compañero que, amándote como te amaba, te estaba despedazando. Bobi, le dije, sé que tú no querías que yo fuera a la escuela, pero tenía que ir, tengo que hacer muchas cosas referentes a ti porque tú no me ayudas, porque jamás me cuentas nada, nunca me comunicas tus esperanzas, tus proyectos, tus deseos, tus dudas y problemas, tú debieras venir a mí siempre porque yo soy ahora tu familia y me duele demasiado, Bobi, que dejes tus problemas para ti solo, comprende, debieras comprenderlo, que si hay sufrimiento en esta casa, debemos compartirlo ambos, repartírnoslo los dos, como hacemos con el pan, la fruta y la ropa. Yo no sé todavía si he hecho bien o mal en ir a la escuela a conversar sobre tu caso con el profesor Bonilla. Has hecho mal, creo, dijo superficialmente, pero yo sabía que él tenía miedo de emocionarse, estaba intranquilo y quería tornarse tranquilo solo, fuera de mí, sin mi ayuda. En todo caso, Bobi, creo que es mejor que el profesor Bonilla sepa que tú no estás solo. ¡Dios mío, lo saben demasiado, y eso no ayuda!, suspiró con cansancio. Al oír la palabra Dios en sus labios una lejana idea

me iluminó lentamente. El padre Escudero, él me ayudará con este muchacho, tendría que hablarle, tendría que ir a verlo ahora mismo o mañana antes de las diez, siempre le confidencié todos mis problemas, todas mis dudas de estudiante y de hombre, y ahora tendría que presentarle este problema que me había echado encima, que me desesperaba y que, sin embargo, me acompañaba. Sabía perfectamente que sin Bobi en mi casa, en mi mente, en mis ocupaciones, que no eran muchas, en mis preocupaciones, todas avasalladas por él, estaría mucho más solo, tal vez enfermo, tal vez más viejo, tal vez desesperado, ahora no, estaba preocupado, extraordinariamente preocupado y como perseguido, pero eso era saludable, ya se encargaría Van de recetarme píldoras para dormir cuando fuera necesario dormir, ahora no, era una bendición sufrir de insomnio, era un regalo del cielo tener que levantarme en la madrugada y caminar por la pieza en puntillas, en pantuflas, a veces tiritando de frío, pero más bien de temor, de temor de que ocurriera algo, de que vinieran a llevarse a Bobi, pero ¿quién había de venir y por qué? Yo no lo sabía, pero me parecía que tarde o temprano eso había de suceder y, más aún, estaba seguro de que nada podría impedirlo. Me paseaba aquella noche por la pieza, me asomaba al patio, las nubes volaban alto echando tufaradas de frío hacia los techos, el cielo era negro y denso, un poco alejado, un poco indiferente y ciertamente extraño, sonaban voces hacia el cerro, sonaban carretelas, carretas, caballos, se sentía, tal vez, el ruido de alguna hoguera, se reían, en el fondo de la oscuridad, rostros iluminados que yo no veía, se reían alegres, pasó una lechuga graznando sombría y arropada, se agitaron con suavidad los árboles, un gato se irguió tenso y curvo en la muralla del fondo, era espectral y blanco y estaba mirando despectivamente hacia acá, hacia el patio, hacía frío, un frío pesado y sucio, parecía que el cerro se venía hacia la casa, hinchándola, tras las rocas y los árboles aullaban las fieras, desesperadas y tímidas, su llanto se venía por

el cielo, se desmenuzaba sobre la casa, me acerqué al jergón donde dormía Bobi, encendí un fósforo para mirarlo. Bobi me estaba mirando. Tenía los ojos abiertos. ¿Te gusta la noche?, preguntó por decir algo. Sí, Bobi, pero no la noche de este lado, es demasiado sombría y trágica, demasiado enemiga, casi material, llena de otras cosas, el cielo es como piedra, me gusta más la noche de allá abajo, donde están tus padres y la escuela, aquel barrio es sórdido y cruel, pero de noche se transfigura y transparenta, casi te diría que me quisiera cambiar a otra calle. Sentí que se reía en la oscuridad. Alzado sobre los codos, me estaba mirando. Me senté en la cama. ¿Quieres que encienda la luz, Bobi? No hace falta, dijo, la luz separa a veces, por eso la gente es mala, porque está sumida la mayor parte del tiempo en ese líquido duro, brillante, resbaladizo, egoísta, perfectamente superficial y exterior que es la luz, por eso es malvada la gente, porque vive poco en la oscuridad, porque tiene miedo de permanecer en la oscuridad, porque no hay nada que ilumine tanto como ella, ni nada que nivele tanto ni que una tan férreamente. No contesté nada, no hacía falta porque todo eso era verdadero. Además, era curioso, me parecía que con esas palabras Bobi me estaba contando sus dudas, sus problemas, sus sufrimientos. Si fuera perro de verdad, completamente perro, aullaría ahora o ladraría en voz baja en la oscuridad, ahora está ladrando, ahora está aullando y creía de repente ver que Bobi estaba realmente transformado, en aquellos momentos, en un auténtico perro, en un formidable perro de gran alzada y suaves flancos, un perro de bosques y de aguas y que quería darme la sorpresa de que lo viera realmente como era y que por eso no quería que encendiera la luz todavía. No la encendí, pues, y después debí dormirme, porque desperté, ya alto el sol, tendido en mi cama, bajo las ropas. Bobi mismo debió acostarme antes de salir. No me preocupé mayormente, porque supuse que se había ido a la escuela. Seguía en la misma escuela, pero como nos habíamos trasladado al otro extremo de la ciudad, él debía

salir muy temprano para no llegar atrasado a la primera clase. No subía a los tranvías ni a los autobuses, no habría subido quizás al automóvil si hubiéramos tenido automóvil, le gustaba caminar, caminar lentamente horas y horas bajo las hojas del parque, a través de las calzadas interminables de las avenidas. Cuando los sábados íbamos de compras o nos metíamos en un cine o nos alejábamos un poco hacia la estación para mirar pasar los trenes, yo lo obligaba a que subiéramos a un tranvía, lo hacía a regañadientes, no decía nada pero no estaba contento, entonces se apegaba un poco a mí en la pisadera porque yo, por respeto a él, no quería tomar asiento. Siempre pensé que su cuerpo lucía mejor de pie, enhiesto y seguro de sí, casi insolente, que sentado, doblado, quebrado en dos, un poco expuesto, un poco derruido y derretido como están todos los cuerpos sentados. Yo le decía que lucía elegante cuando estaba de pie y él contestaba que así debía de ser porque la gente lo miraba tanto. ¡No lo habían de mirar! Tenían enfrente un espectáculo terrible, maravilloso y espantoso al mismo tiempo, una historia de la cual habían hablado los diarios amarillos a su debido tiempo y que habían vociferado a través del aire de la ciudad las quince radio-emisoras capitalinas. Cuando nació Bobi, su padre fue expulsado de la fábrica, su madre estuvo a las puertas de la muerte y tuvo que cambiarse de barrio, abrumada por la vergüenza y los insultos. En el almacén le cerraron la cuenta, en el dispensario le cortaron la ración de leche, el compadre Ansaldo dijo que otro que no fuera él habría acudido a los tribunales a reclamar por la humillación y la estafa de que había sido víctima, para, mediante engaño, obligarlo a apadrinar a aquel chiquillo monstruoso. El compadre Ansaldo se perdió de la casa junto con el padre de Bobi, fueron detenidos, borrachos, despeinados y sangrientos, dos meses después en la estación de Temuco. Allí fue a buscarlo su mujer y en la misma estación el viejo Dámaso se deslió el cinturón con hebilla de bronce y con él le cruzó el rostro, ante la mirada seca, sorprendida, pero

no escandalizada, de los huasos de altos tacones y de cintura ajustada, el compadre Ansaldo entregó en la comisaría el cuchillo que el viejo, sollozante y soñoliento en la oficina helada, había querido hundir en el pecho de su mujer. De manera que Bobi no era una novedad para el barrio ni para la ciudad; como eran pobres, anduvo los primeros años de su niñez desnudo y sucio correteando por las veredas empapadas, chapoteando en las pozas de agua y resbalando por los suelos sanguinolentos del matadero; no se preocupaban de él, no era todavía un escándalo, parecía más bien un pequeño inválido de pelo crespo, labios delgados y rojos y ojos profundos, con esas piernas delgadas, peludas y deformadas a las cuales él no les daba importancia alguna porque la gente todavía no se la daba. Fui bautizado, naturalmente, y sin engaño, me explicaba él, mi madre se portó honesta y no engañó al cura, tampoco engañó al compadre Ansaldo. Aquella mañana de otoño, cuando lo habían llevado a la parroquia, peinada y perfumada su madre, donosamente embutida en una blusa de encajes albos, afeitado, recién afeitado su padre, con su traje azul que crujía y que brillaba con irreverencia, lo puso en el cojincito que le señalaba don Lucho y lo desnudó lentamente para que el cura lo mirara bien y supiera lo que hacía. No hubo engaño. Don Lucho miró sin premura, sin escándalo, no rezongó en griego ni en latín, no respiró más esforzadamente, caminó con blandura sobre su ciática, agitó sus mangas y llamó al monaguillo, lo llamó tal vez con un poquito de nerviosidad y cansancio, nada más. Tienes un hermoso hijo, Micaela, Dios Padre y Dios Hijo lo están mirando, ellos lo bendigan y lo conserven. Hubo agradables risas, hubo monedas en el suelo y después el padre de Bobi estaba callado en el rincón del comedor, junto a la ventana, aguaitando a las visitas, esperando que el hijo creciera para zurrarlo. Cuando le ofrecí a su madre llevármelo a vivir conmigo, ella no opuso obstáculos, no lloró ni se lamentó, se puso un poco pálida, creo que de sorpresa, me habló algo de Dios que no recuerdo,

y me explicó entonces que el niño estaba bautizado y que si algún día la suerte de ellos mejoraba, tal vez podría el Bobi, si quería, si espontáneamente quería, volver a vivir con ellos. Como me preguntara que cuándo quería llevarme, le contesté que al momento, me tornó a explicar que el niño no tenía muchas cositas que llevarse, que yo sabía seguramente que su padre bebía, que lo habían echado de la fábrica a raíz del nacimiento y que era verdad que más bien no lo quería mucho. Entonces lo llamó en voz alta y yo vi, por primera vez, una herida que cruzaba el ojo derecho de Bobi, un corte que había pasado el párpado, que estaba hinchado y caído y que parecía lagrimear. Sí, me dijo, no lo quiere mucho. Ya no dejaría yo de ver heridas en el cuerpo de Bobi, mientras dormía, mientras salíamos y lo miraba a pleno sol, mientras estaba sentado ahí en el parque mirando a los perros. Cuando esto ocurría no lo interrumpía, me apartaba para dejarlo solo, comprendía que eso le haría bien y que si él se diera realmente cuenta de que yo estaba a su lado, me pediría o me daría a entender que me apartara un poco. Claro que en momentos de calma, en las tardes antes de comer, los domingos por la mañana cuando regresábamos del matadero, me contaba su preferencia por los perros, por mirarlos, por verlos caminar, por observarlos cuando, al encontrarse una piara de perros vagabundos en la calle, se huelen con fruición, con verdadera ciencia y verdadero arte, abarcándose totalmente, reconociéndose, recordándose, sin gruñir, sin mostrarse los dientes, sólo esgrimiendo los olfatos como una lupa para buscarse y encontrarse y recordar calles, plazas, basurales, conventillos, zaguanes, cementerios, huertas, mendigos, ciegos, refugios, hospitales, líneas de tren, orillas de río, casas cerradas, puertas cerradas, ventanas cerradas, cerrojos, candados, cadenas, alambradas, espinares, collares, lazos, bozales, balas, botas, laques, cuerdas, horcas, insultos, escándalos, maldiciones, trozos de pan duro, toses, llantos, aullidos, nubes, lloviznas, barro, ciudades, aldeas, humos que se van volando, humaredas, llamas

que se arrastran, gritos, insultos, alaridos, rezos, procesiones, banderas, lavaza, ollas, huesos, huesos, huesos, hocicos abiertos, colas que se van huyendo, patas que se van cojeando, tarros, vidrios, sangre, ropas mojadas, ropas duras, esqueletos, arañas, gallinas, gallos violentos, hombres furiosos, mujeres lúbricas, dormitorios, espejos, leche, leche, leche, papeles, papeles oliendo a carne, papeles oliendo a pescado, papeles oliendo a remedio, vino, borrachos, pacos, pitidos, sirenas, bomberos, escombros, derrumbes, ayes solitarios, gritos sin boca, cuerdas sin perro, balas sin revólver, zapatos, zapatos, zapatos, pies desnudos, gatos, gatos engrifados, viejas engrifadas, escobas, moribundos, camisas de dormir, duelos, guitarras, bailes, guaguas en el suelo, guaguas en medio del agua, guaguas en el cementerio, frailes, frascos, luces, campanas, campanillas, palmatorias, velas encendidas, velas apagadas, cerros, cerros, cerros, calles solas, árboles, árboles rotos, árboles aplastados, potreros, ahí se separan, unos tornan a la ciudad, otros tornan a las patadas y los gritos, se van aplastando, se van solos, siempre solos, me explicaba Bobi y decía que los comprendía y que comprendía también que, no obstante lo tristes y desesperados que parecían, no cambiaran de vida. Me confesaba que un día, antes de conocerme, había seguido a un perro por la línea del tren, era una tarde de diciembre, él estaba sentado en la misma línea, aburriéndose, ya no había escuela, ya estaba cerca la Navidad, era en aquellas calurosas tardes que preceden al mes de María, él pensaba ir precisamente a la parroquia porque le gustaban las luces y las flores y las voces de las chicas que cantaban en el coro. Entonces llegó el perro oliendo los durmientes, no lo miró, no lo quiso mirar, prescindió de aquel muchacho inmediatamente, pero empezó a oler las piedras, la basura, los trozos de fierro, parecía hasta oler el aire, había un gastado olor a primavera, un suavizado olor que impregnaba de tranquilidad la tarde, el perro empezó a trotar por la línea, él lo seguía a unos cuantos pasos, cuando el perro se detenía él se detenía

también, miraba las nubes iluminadas y se preguntaba qué hora sería. Tenía hambre, tenía sed, tenía también deseos de caminar, todavía no habría abierto la iglesia Lincoyán, el sacristán. Tendría tiempo de volver. El perro iba ya en la esquina de la calle San Ignacio cuando tornó a seguirlo otra vez. No caminaba rápido, cojeaba, cojeaba visiblemente, no obstante parecía llevar un rumbo fijo y definido, parecía que en alguna parte lo estaban esperando, caminaba sin detenerse, sin descansar, oliendo sumariamente las piedras, los postes del camino, sin detenerse demasiado, sin hacer rodeos, parecía que no quería que la noche lo encontrara en el camino, él seguía caminando, se cansaba, se veía cansado y no se detenía, algo le impulsaba adelante. Lo llamó, pero el perro no le hacía caso. En el cruce de una esquina había un montón de piedras con unas velas encendidas dentro, el perro se acercó a oler aquello y al ver las velas que en el viento se doblaban y humeaban, husmeó malhumorado y ladró con rabia hacia ellas. Desde un rancho una vieja atisbaba, como el sol estaba horizontal se puso la mano abierta sobre los ojos para mirar sin reparo y él vio que se santiguaba con escándalo. La tarde estaba púrpura, llena de luz y de ruidos, el cielo palpitaba y los automóviles y autobuses pasaban raudos como quemándose suavemente, sintió voces tras él, gritos, gritos de gente, el perro ladraba y corría ahora, él empezó a correr también, tenía un poco de angustia, estaba demasiado lejos del barrio, no alcanzaría a llegar a tiempo a la parroquia, ya venían las campanadas volando, ya se remecían suavemente colgadas del cielo y se derramaban como agua, cuando vio que los hombres blandían carabinas y corrían tras él, tras él y no tras el perro, tuvo verdadero miedo y echó a correr por una calle atravesada, vio una iglesia abierta, toda iluminada ya, en las rejas las mujeres sacaban velos, se los echaban sobre las cabezas y entraban, la gente lo miraba, lo miraba a las piernas, lo habrían visto en los diarios, habrían estado en el matadero, oía silbidos, llamadas, el perro lo seguía con humildad, él le agradecía que

lo acompañara, no obstante, no estaba callado ni tranquilo, gruñía sordamente, lo seguía a distancia, con desconfianza, sin querer acercársele. Atravesaron unos potreros, pasaron junto a unas casuchas que se hundían en las veredas rotas y después estuvieron bajo los árboles del parque, veían luces, fogatas, caballos que se dirigían hacia la ciudad hundiéndose en las últimas luces del crepúsculo, pasaban vestidos violentos de mujer, risas entreabriéndose en ellos, carcajadas siniestras, algo metálicas, voces insolentes y humildes de suplementeros. Se sentó en el pasto y el perro, cerca de él, lo miraba y gruñía. Un perro feo y descarado, con cierta desvergüenza y cierto desparpajo que le brotaba en el hocico anhelante y en los ojos tristes que se torcían en la cabeza temblorosa. Él se tendió de espaldas y sentía al perro olerle los pies, lo sentía gruñir con tiento, con desconfianza, deseoso de preguntar o de averiguar, de repente aulló hacia el cielo, como urgiendo luces o preguntas, como llamando a otros perros, él se sentó y estiró la mano para cogerlo, el perro aulló lastimeramente y tenía el pelo erizado, ahora ladraba con furia, él lo miraba con estupor, sin querer entender, y el perro lo seguía ahora con escándalo, ladrándole con verdadera ferocidad, él se agachaba para que le pudiera mirar la cara, la verdadera cara, pero el perro, hundiendo el hocico en la tierra, ladraba hacia sus pies, airado y desilusionado, parecía estar insultándolo y reconviniéndolo. Suspirando, él caminó bajo los árboles hacia las luces, el perro lo seguía ladrando, de repente se detenía y aullaba bajito, tornaba a correr cojeando y ladraba más. Cuando vio venir a los otros perros, dos mastines hermosos, enormes y fieros, que se abrieron de patas para mirarlo de alto a bajo y que se pusieron a aullar, como tornándose repentinamente melancólicos y domésticos, se atracó a la muralla y comenzó a caminar rápido, no se atrevía a correr. No, los perros no lo querían, se sentía triste y desolado, pero comprendía que reaccionaran así, él se salía visiblemente de lo normal, él horrorizaba hasta a su misma familia,

sin ser deforme o monstruoso, sólo con ser distinto, de modo que era natural que los perros se aterrorizaran y enfurecieran cuando se encontraban con él, como él, sin quererlo, los había engañado, como había, sin quererlo también, engañado a sus padres y al profesor Bonilla. Me contaba, además, que una tarde, cuando llegó la señora Emilia a ver a su madre para entregarle unas ropas finas que deseaba le lavara con premura, trajo a su gran dachshund, un soberbio perro, poderoso e impecable. Al verlo a él, que estaba sentado en la penumbra, en el comedor, la señora Emilia palideció y llamó a Rex, que ya husmeaba el aire y movía lenta la cola. El tenía susto y no se movió, el perro no podía verlo porque estaba sentado, apretadas las piernas contra la pata de la silla, se quedó quieto esperando que se fuera, pero no se iba, echó su hocico por encima de la mesa y olfateaba con desconfianza, la señora Emilia chillaba llorosa diciendo: Micaela, Micaela, el perro cogió el mantel, un pobre mantel manchado con vino, y lo batía con furia, lo echó al suelo y contra él revolvía su hocico, le miró las piernas, se plantó en medio de la pieza a ladrarle y cuando él se puso de pie para huir, le saltó a la espalda y le clavó los dientes. El se desmayó y me contaba que al verlo en el suelo, pegada la cara al suelo, el perro lo soltó, se acercó ahora con timidez a olerlo, a olerle las piernas, lo recorrió lentamente y cuando llegaba a la cintura dejó de oler, se apartó con miedo o con duda y salió por el pasillo trotando con pesadez y aullando. Al regresar en la noche su padre, al sentirlo que caminaba hacia él quitándose el cinturón, cerró los ojos y apretó los dientes, pegó la cara al suelo y respiró hondo. Respiraba hondo al contármelo, sin hacer comentarios, sin quejarse, mostrándome sólo hechos, hechos que lo habían herido y que él iba coleccionando sin poder olvidarlos, deseando tanto olvidarlos. Agregaba que la primera vez que fue castigado en la escuela fue precisamente a causa del perro de la señorita Encarnación, la profesora de primera preparatoria, una

mujer insignificante y menuda, de boquita fea y sola, en las mañanas frías llegaba tapada con unas pieles usadas pero cuidadas, entre las cuales se veía agradablemente desencantada y solterona, llevaba en brazos a su perrito, atado con una cadena plateada, y lo dejaba en el pupitre mientras recibía las lecciones, cuando ella trepaba a la tarima el perro le ladraba con furia como gritándole que no trepara más arriba, pero cuando le echaba su mano regordeta y le sonreía arrugándose y se sentaba a su lado, el perro ladraba corto, se hacía un ovillo y empezaba a roncar. Aquella tarde, cuando la señorita Encarnación llegó, Bobi estaba en el patio, era durante un recreo y todavía no le habían prohibido que saliera, como todos los alumnos, al terminar cada clase, no estaba jugando ni corriendo, venía caminando sencillamente, venía saliendo de los urinarios, miró a la señorita y vio al perro, el perro saltó de los brazos y empezó a aullar y a ladrar, él se fue caminando rápido hacia la sala, cerró la puerta y se sentó en su banco, el perro seguía aullando al otro lado de la muralla, la señorita Encarnación sollozaba histérica, llamaba al director, a Munita y a Bonilla, llamaba furiosa a José del Carmen, el portero, los alumnos se estaban formando, el perro corrió aullando hacia la calle, sonaron bocinas y frenos, la señorita Encarnación se derrumbó en la puerta, el perro acababa de ser atropellado. Fue entonces cuando el profesor Bonilla lo golpeó y lo expulsó por primera vez de la clase. El no lloró y debió de haber llorado porque decían que en eso se notaba que era un insolente y un sinvergüenza, incluso una vez el profesor Bonilla, después de haberlo golpeado y expulsado de la clase, una vez terminada ésta y antes de despedir a los alumnos, lo llamó, lo hizo entrar, él se estaba sonando y le salió un poco de sangre en el pañuelo y cuando vio eso, el profesor Bonilla le lanzó dos bofetadas a la cara, lo lanzó al suelo y ahora sí que caía un hilito de sangre de las narices. ¡Con razón, dirás ahora, con razón!, rezongaba. Bobi opinaba que cuando el perro de la señorita Encar-

nación fue atropellado era justo que a él lo castigaran como lo castigaron, no me aceptó disculpas ni explicaciones, decía que el profesor Bonilla no era tan malo como parecía, que a él, desde luego, no lo quería nada, pero que con los otros muchachos no era malo, que a veces era bondadoso y hasta generoso. A fines de mes, cuando los profesores recibían su sueldo, les llevaba caramelos, iba de banco en banco dejándoles pastillas sobre los cuadernos, él recordaba que las primeras veces a él también le daba su ración, la misma cantidad que a los otros, pero desde que el perro murió ya no le dio más dulces, lo ignoraba totalmente, pero en el último tiempo, cuando repartía los caramelos en los pupitres y tornaba a su mesa, miraba a Bobi, se trajinaba en los bolsillos, extraía un papel, sacaba un trozo de carne y se lo lanzaba, a veces al pupitre, las más veces al suelo, Bobi lo recogía, siempre lo recogía, se lo echaba a la boca y lo mascaba con fruición, no con alegría sino con naturalidad, no quería enojar al profesor. Me advirtió al contarme este detalle que a él le parecía entonces, desde que le lanzaba el trozo de carne hasta que él lo recogía, lo mascaba y lo tragaba, que Bonilla lo miraba con simpatía, sí, creía que no era malo del todo, Bobi hubiera dado cualquier cosa por estar seguro de esta idea, me preguntaba con insistencia que cómo podría averiguar él si el profesor Bonilla lo estimaba un poco, un poquito solamente. Yo me quedaba callado, nada le contestaba, nada habría podido contestarle. Ahora, después de tanto tiempo, he deseado caminar hasta la escuela y preguntar por el profesor Bonilla y darle este recado de Bobi, pero no me atrevo, no es que tenga miedo, pero no me atrevo, no, no quiero remover más estas viejas ascuas, no quiero hacer sangrar las heridas que quizás empiecen a cicatrizar. Además, he oído decir que el profesor Bonilla está enfermo, muy enfermo desde hace algunos meses, que sólo va a la escuela a cobrar su sueldo, que tiene que ir acompañado porque apenas puede caminar, nadie ha podido confirmarme estos rumores, yo no

he intentado aclararlos tampoco, y después de todo, ha pasado tiempo, ha venido esa enfermedad terrible y lo más probable es que si yo voy donde el profesor Bonilla, el pobre hombre, seguramente con sus dolores y sus inyecciones de morfina, quizás no recuerde. Por lo demás, tal vez a mí tampoco me recuerde. No vale la pena aclarar nada y sólo dejo consignado este detalle porque al relatar lo que Bobi me contara en aquella ocasión viene a mi mente nítidamente aquella duda que ponía un poco de esperanza en su alma infantil, eso es todo. Y lo he recordado porque ya eran las dos de la tarde y Bobi no aparecía en la casa. Aunque se hubiera ido a pie hasta el barrio, aunque se hubiera venido a pie, ya debería haber llegado. Comenzaba a inquietarme, lo veía despierto en la oscuridad la noche antes, anoche mismo, Dios mío, me dijo que le gustaba la oscuridad, me lo dijo como un reto, como dejándome conocer claramente sus gustos, sus preferencias, sus odios, para que me pusiera en guardia, para que comenzara a odiarlo yo a mi turno. Como no hablábamos mucho, quizás pensaba Bobi que algún día yo pudiera cambiar de modo de vida y dejarlo a un lado o de modo de ser y que él prefiriera entonces retornar a casa de sus padres, pero no sabía y no se lo dije, no tuve tiempo de decírselo, él no me dió oportunidad de decírselo, que yo iba a adoptarlo como hijo, me lo habían dado completamente, enteramente, sin asco, pero con alivio, lo recordaba, debería habérselo dicho, lo habría herido pero también lo habría tranquilizado y no estaría entonces, como estuve, caminando por la pieza, como había caminado en la oscuridad de la noche, pero él entonces estaba en la casa, tendido en el suelo, durmiendo, aunque no dormía, pero ahora, ahora, ¿dónde estaba Bobi? Sentía necesidad de que hubiera otra persona a mi lado, otro cuerpo que se preocupara como yo me preocupaba, alguien que pudiera ir a hacer un llamado por teléfono, alguien que se atreviera a subir hasta el retén de carabineros, si algo había ocurrido ya debería haber tenido noticias yo, pero ahí estaba el

reloj, marcando las dos y veinticinco minutos de la tarde y Bobi no aparecía, daban las doce menos cuarto cuando salió de la escuela, seguramente no tuvo tropiezos porque optó por ir de todas maneras a clase en circunstancias que yo le había advertido que si no quería ir no fuera por algunos días y así conoceríamos el barrio, treparíamos el cerro, bajaríamos a la laguna, nos hundiríamos en la hojarasca del bosque, tal vez camináramos a pie, si tú quieres, Bobi, por el camino que serpentea hacia el mar. Bobi me había escuchado en silencio, frunció tal vez las cejas en la oscuridad y ante mi pregunta se puso alerta. ¿No tenía yo motivos para desear que no fuera a la escuela, no le ocultaba nada, no había ocurrido algo, si no en la escuela, en el barrio? No, nada le ocultaba, nada había ocurrido, no todavía, Bobi, nada pasaba, nada me sucedía, sólo un vago temor de perderte, un extraño solapado presentimiento. Sí, lo mejor sería salir, coger un automóvil y volar al barrio, la escuela no vuelve a abrir hasta las dos y media, precisamente en estos momentos está rechinando la reja a través de la cual escapó aullando el perro de la señorita Encarnación y en la cual se apoyó ella antes de caer al suelo. Si estuviera ella en la oficina podría preguntarle, debe ser una buena mujer, no debe querer mal a Bobi, después de todo él comenzó a pagar su terrible derecho a la vida precisamente aquella tarde en que el perro fue arrollado por el camión. Yo no uso sombrero, hay varios en la percha y en el ropero, pero no me gusta esconderme bajo ellos, son exteriormente ridículos y caricaturescos, es la prenda más divertida y abyecta del ser humano, una prenda un poco sospechosa y mentirosa, esconde lo que no se quiere que se vea, disimula con arroboamiento las marcas, cicatrices, huellas que dejó el galope desatado de las pasiones y que él atrapa, escamotea y esconde con servilismo, no, la última vez que usé sombrero fue una tarde de veinticinco años atrás, cuando yo buscaba una boca que se me huía en las balaustradas del puente, todavía siento el gusto a fresas, el olor a rosas y claveles,

la cintura agradable, cerrada, clausurada, expectante, la boca que se entreabría y se huía, el sombrero cayó al río, ahí iba entre las ondas, veinticinco años después sacaría otro sombrero del ropero, lo quedé mirando y caminé hacia la puerta. El rincón donde dormía Bobi estaba limpio, él había cogido las dos frazadas, había doblado las sábanas y todo estaba en la silla afirmada en la pared, todo parecía natural, todo demostraba que Bobi se había ido sin pesadumbre a la escuela, que nada temía ni esperaba. Agarré la perilla de la puerta y la sombra se borroneó en los vidrios. Casi me di de bruces con la cara del hombre. Me puse pálido, pero él ya sonreía. Lo hice pasar, le mostré la silla, no se sentaba, crujieron suave las botas, sonó el sable o la cartuchera, se quitó la gorra y empezó a enjugar su interior con el pañuelo. Iba a salir, le expliqué para que no creyera que iba huyendo, alzó las manos y mostró unos dientes sanos, crédulos. ¿Bobi? Sí, Bobi. Está preso. ¿Incidente? ¿Accidente? Sí, incidente hubo, un verdadero escándalo, ¡criatura loca! Me senté respirando hondo. Escuchaba sus palabras, palabras nítidas, firmemente clavadas, totalmente esculpidas, palabras claras, como monedas, como clavos, como balazos. ¡Criatura loca! Entonces era que estaba vivo y nada más importaba. No es loco un muerto, un asesinado, un baleado, un muerto a golpes. No, no lo es, empecé a reír. El hombre se sonreía con timidez, ahora estaba derrotado, había perdido toda su gallardía, ahora estaba en paz su carne con su uniforme, ahora lucía humilde, acorralado, dudosamente feliz. ¿Su hijo?, preguntó y antes de responderle, aunque no le respondí sino con señas, empezó a reírse. Se rió con ganas y yo con él, no sé cómo tuve en mis manos una botella y serví dos copas de vino, una para él, otra para mí. Sí, su risa provocaba el deseo de beber, una risa campesina, fiera, libre, una risa llena de robustez y de ansias. Cogí mi copa y lo quedé mirando. El se barría los labios con la lengua, me miraba con hambre, no, no podría servirle nada, otra copa tal vez, otra copa. ¿Está herido?, pregunté. En cierto modo, sí, dijo,

es que, en todo caso, es un loco suelto, ¿sabe? No, yo no sabía. El se puso de pie, de pie bebió la segunda copa cuya huella se borró con la manga. Mientras me contó, caminábamos ya por la calle. No, Bobi no había ido a la escuela, había ido a caminar por el parque y más allá, bordeando el río, en realidad lo encontraron en el suelo, sangrando, sollozando pero de rabia, de impotencia, un perro le tenía cogida una mano y el otro ladraba furioso, extrañado o asustado. Había gente, un alemán alegre y tostado que lamentaba lo ocurrido al muchacho y el criado ceniciento de un diplomático que cogía con insolencia por la manga a los carabineros para gritarles que se llevaran preso al muchacho porque seguramente no había entrado a la quinta a soltar a los perros sino a robar. Bobi sollozaba y llamaba suavemente al perro, estiró su mano para soltarla del hocico y la sacó sangrando, el perro estaba mirándole la cara, torciendo un poco el hocico, como recordando algo, como si quisiera significar que ya Bobi había entrado antes en la quinta, que cómo eran tan estúpidos de no darse cuenta el criado y los pacos. De hecho, no había pasado nada grave, sólo que el muchacho pudo haber sido baleado legítimamente por los propietarios de las casas o degollado por los mastines. Caminamos en silencio. Lo grave es, decía él, que no es un muchacho como todos y usted sabe cómo es la ley, que busca siempre al pobre para romperlo. Sí, no es un muchacho como todos, dije yo, es magnífico por muchos conceptos. El se quedó callado, esperando que se alejara mi opinión, y se detuvo para preguntarme: ¿Qué tiene el niño en las piernas? Nada, le dije, son piernas como cualesquiera otras piernas, lo único que a él no le corresponden y todas las complicaciones vienen de ese trueque. Lástima, dijo, es un bravo muchacho, y en seguida, ahora no pasó nada, pero puede pasar. Bobi estaba en la enfermería del cuartel comiendo un trozo de queso y bebiendo leche, al verme se sonrojó y no dijo nada, el teniente se puso de pie y me tendió la mano sin palabras. Has cambiado de casa, dije yo. Sí, pudiera ser, dijo la

voz del teniente mirando hacia la calle. Bobi estaba amenazador y apartó las manos para mirarme, con ello quería apartar a los carabineros, a los frascos con desinfectante, al ruido de los caballos en la cuadra, al teléfono que sonaba al otro lado de la puerta, al cabo de guardia que estaba siendo llamado a gritos. Podría ser, Bobi, dijo el teniente, caminando hacia él, como si quisiera pasar a través de su cuerpo. Se detuvo ahí mismo, al alcance de sus ojos, de sus labios, casi los tapaba, casi los suprimía, ahora comprendía yo que aquel teniente delgado y joven podría ser malvado y fiero si quería y aunque no lo quisiera, si la ocupación se lo exigía. Además, Bobi, dije yo y quería decirlo ante testigos, ante esos testigos que sonaban tanto, para que Bobi recordara, tú me has dicho que los perros no te quieren. ¿Por qué habían de quererlo?, preguntó el teniente. Esos perros, Bobi, no quieren a nadie, no se quieren ni entre ellos, su profesión no se lo permite, son como nosotros, son asesinos, desalmados matones a los que no hay que soltar, tú los soltaste. ¡Pobres!, dijo Bobi, y en esa simple palabra de piedad veía yo no sólo eso, porque no sólo eso había, sino una leve amenaza, una persistente idea de que la acción de Bobi obedecía a algo más, algo que no estaba relacionado siquiera con la historia de su vida ni con los golpes sufridos en su hogar, en la escuela, en el bar o en la calle, no, Bobi me estaba diciendo que, de ser posible, esta misma tarde o la tarde de mañana o la tarde del lunes, cuando yo debería ir a cobrar el cheque, él caminaría otra vez a través del parque, hacia las quintas, a poner en libertad a los perros encadenados. Bobi, la comisaría, la cárcel, son como el hospital, cuando se vuelve a ellas es siempre peor, muchacho. Cuida lo valioso que tú eres, esa fiera tuya debe tener empleos más suaves y más permanentes. ¿Había multa que pagar? No, por ahora no. ¿Había de quedar alguna anotación en los libros? No, sólo el nombre y la dirección, por ahora. Por ahora, Bobi, le dije, ¿oíste? Ha dicho por ahora y lo ha dicho porque

tú has dicho pobres perros, y, como yo, él sabe que tú estás amenazando. Yo no amenazo a nadie, dijo con amargura, bien sabes que yo no puedo amenazar, ¿cómo no comprendes? Nos fuimos caminando en silencio, no había que insistir, no había que preguntar nada. ¿Por qué no había ido a la escuela? ¿Iría mañana? No podía preguntárselo tampoco, yo mismo le había dicho que si quería podía faltar a ella algunos días. Ahora había faltado. Su conducta casi era correcta. Por lo demás, recordando la soledad, la angustia que sintiera cuando avanzaba la tarde y Bobi no regresaba a casa, ahora me parecía poco precio lo hecho por él ante su vuelta definitiva. Sí, trataría de amoldar mi carácter a lo que él era, trataría de vivir exteriormente para él, trataría de satisfacer todos sus caprichos y vigilarlo sin que él se diera cuenta, si no hacía más locuras todo se arreglaría y de repente yo encontraría a Bobi convertido en un muchachote de veintiún años mientras yo amontonaba mis papeles y mis libros en los pasadizos y hasta en la tina de baño. ¿Veintiún años?, me pregunté, mientras lo vi acercarse a mí, cogermé las manos, las dos manos, apretármelas e ir a tenderse después a su jergón. Yo no le extendí su cama, él cogió las sábanas y las frazadas y acomodó su lecho, mejor era eso, era necesario que se acostara cansado, el cuerpo cansado no sufre, el cuerpo cansado no siente que está sufriendo. ¿Veinticinco años? ¿Qué sería de Bobi a los veinticinco años? ¿Estaría todavía ahí, en esa cama sencilla y animal que él tanto buscaba y que prefería? ¿Sería sencillo, agradable, servicial, alegre, soñador, callado, callado como ahora? A los veinticinco años se está en lo alto de la vida, se sigue subiendo o se derrumba uno entre los escombros de su cuerpo y de su alma. ¿Trabajaría Bobi? ¿Qué trabajo podría cumplir su maravilloso cuerpo lisiado? El era como un tenor, como un tenor genial y desconocido cantando arias famosas en el desierto de Atacama. Su destino era una maldición, yo bien lo sabía, él lo mascaba con amargura, pero calladamente, lo comprendía, sabía que

su enfermedad no tenía mejoría. No es operable, decía sonriendo con su sonrisa delgada, casi cruel, el Dr. Van Diest. Exacto, pero ¿había de enviarse al matadero, por eso, a Bobi, había de entregársele a las manos vengativas del profesor Bonilla? ¿Había que arrojársele a los mastines de la avenida Costanera, como él lo había hecho, por lástima? ¡Pobres perros!, dijo él. ¡Pobre Bobi!, ¿quién lo había dicho? Muchos querían verlo, si no muerto, encadenado o exhibido como un atractivo monstruo que vende su monstruosidad por un cupo de monedas. Su padre lo odiaba, pero pedía limosna para mostrarlo y hasta había comprado una linterna para las noches demasiado oscuras, para los sitios demasiado sórdidos, para los ojos demasiado incrédulos. Yo sabía que había asumido un terrible destino al hacerme cargo de esa criatura, ahora comprendía el suspiro de alivio de su madre, no era un suspiro de agradecimiento sino de descanso, Bobi no se había muerto, tenía buena salud, alguien se lo quitaba de la espalda y de la mente, bendita fuera esa persona y mientras, ella, mujer que tuvo un cuerpo pretencioso, que soñaba con mejor y ambiciosa suerte y que estaba hundida en la pobreza y en el vino, supiera que ese hijo deforme estaba bien, dormiría tranquila, dormiría tranquila después de muchos años, porque en sus ojos había visto yo la ansiedad de los ojos de la miseria que siempre está atisbando hacia la vida, hacia la vida que pasa rauda dentro de automóviles, dentro de vitrinas iluminadas, dentro de restaurantes de lujo, dentro de películas, dentro de conversaciones, mientras ella está hundida en las tinieblas, palpando su humedad, oliendo su insoportable miasma, oyendo sus crueles irrefrenables voces, porque no hay nada más obsceno que la miseria, nada más impúdico, nadie más elocuente para herir hasta lo último, hasta la desesperanza, que la muda miseria. ¿Qué sería, pues, de Bobi cuando, ya crecido, ya formado, fuera un hombre, un verdadero hombre? Yo no sabía, pero deseaba verlo todavía a mi lado. Ahora dormía, dormía verdade-

ramente, estaba demasiado cansado, demasiado golpeado para no hacerlo; de espaldas a mí, yacía casi bocabajo en el suelo, hundido con cierta entrega, con cierta soltura y desesperanza definitiva, parecía sumirse en las tinieblas o, más bien, en la tierra de la cual no deseaba separarse, a la cual se sentía unido fatalmente, sin remisión, como a las dos mitades de su cuerpo. Su camisa se veía manchada en la espalda, seguramente por los golpes y mordeduras sufridas a manos de los perros allá en las quintas cercanas al río, era sangre, sangre seca ya, en la premura de traerlo de nuevo a casa no había reparado en ello, ni siquiera le había preguntado cómo se sentía, si había perdido mucha sangre, si realmente no lo habían golpeado en la comisaría, si había comido algún alimento caliente, si le habían ofrecido cigarrillos mientras lo interrogaban. Bobi fumaba, desde hacía mucho tiempo fumaba, yo lo sabía y él no lo ocultaba. Recuerdo vagamente, pero con cierta evidente seguridad, que en aquel tiempo en que yo andaba buscando casa, y haciéndolo llegué hasta la suya y conocí a su madre y a él mismo, al acercarse hacia mí desde la penumbra del patio y al hablarme, sus palabras seguras y altaneras salieron impregnadas levemente de olor de tabaco, no reparé en ello porque, en verdad, en aquella casa todo parecía oler un poco a tabaco y a licor y a ese mezclado y confuso, abigarrado, claro, tóxico olor de la miseria que se ha ido amontonando durante años en los rincones, en el empapelado, en las pantallas, en los bordes de los vidrios rotos, en los tiestos de la cocina, en el miserable, frío, hostil y desfallecido cuarto de baño, en el pelo de la gente, en la ropa de la gente, que se agarra a las manos y a los ojos, que desborda por las mejillas y pintarrajea con escarnio las frentes, las orejas, preparándolas apresuradamente para la irremisible desesperanza y para la apresurada improvisada vejez. Por lo demás, al entrar algunas noches a la casa, al venir caminando por el pasadizo, Bobi no estaba, pero estaba su presencia, estaba su silencio, su propio silencio, impreg-

nado también en un tenue acre olor a cigarrillos. No lo había visto fumar nunca, él no me lo ocultaba, yo no se lo preguntaba y habría sido ridículo hacerlo, pero había en esta costumbre suya, de la cual había hecho cierto misterio, una predisposición a reclamar, subrayar, dejar categóricamente establecido, aunque no se hubiera dicho, que había en su vida, en sus costumbres, en su personal modo de ser, algunos hechos y circunstancias en los cuales nadie entraría jamás, en los cuales él quería permanecer absolutamente libre y solo, en los cuales quería conservar, frente a todos y a todo lo que le podría deparar de duro y triste la vida, una absoluta y total independencia; alguna vez, al entrar yo a la casa, apenas había tenido tiempo de divisar una brasita brillar en los labios de Bobi, cuando él ya la había arrojado al suelo, donde la aplastaba con leve rabia, con evidente melancolía y desasosiego, no la aplastaba con el pie, no, se agachaba apresuradamente, la cogía entre los dedos y la hundía retorciéndola en la tierra, no me miraba, sabía que estaba ahí, sentía mi presencia, pero me ignoraba hasta que había hundido ese trocito de fuego, esas hilachas de humo, de esperanzas, de ensueño, en el fondo de la tierra, yo veía hundirse su mano con afán, como si deseara que aquella fuera una materia fácil y blanda en la cual pudiera sumergirse él mismo. Un día me senté en una piedra grande del patio, junto a la pileta, todavía con el cuello del abrigo alzado, todavía con la bufanda colgando del cuello, y lo miré mientras él desmenuzaba el cigarrillo en la tierra. Lo quedé mirando. Es agradable fumar, Bobi, antes, antiguamente, yo fumaba mucho, cuando trabajaba en la imprenta, cuando nos daba la una de la madrugada corrigiendo pruebas en la calle Agustinas. Suspiré con alivio al recordar aquel tiempo lejano, que ahora, bajo aquel cielo otoñal, nublado y revuelto, sentía tan cercano. Olía a lluvia, el viento potente sonaba arriba, me habría agrado recordar y conversar de aquello. Bobi no me contestó, me miró sumariamente y se sentó en la tierra, alzó

las rodillas y alzó las manos alrededor de ellas. ¿Crees que algún día me casaré?, me preguntó. La pregunta era insólita, no correspondía a lo que él estaba haciendo un minuto antes, fumando y soñando, o deseando ideas o atrayendo ideas, solo en la casa, a lo que yo pensaba hacía diez segundos, el tiempo en que era un muchacho de veinte años y recién empezaba a trabajar, a probar contra mi carne la dureza de la vida. Es una pregunta que no puedes responder sino tú mismo, es una pregunta que más bien yo podría hacerte, Bobi, contesté. Pero ¿es que nací hecho para el matrimonio yo?, preguntó sin amargura, más bien con sorpresa y novedad, era, indudable, una pregunta que recién se le había ocurrido. Todo ser humano está hecho para el matrimonio, Bobi. ¿Soy yo un ser humano?, preguntó rápidamente, como si hubiera deseado no preguntar aquello o como si hubiera querido hacer la pregunta de otro modo o incorporar otras preguntas en ella. Tenía derecho a hacer esa pregunta, tenía perfecto derecho a estar lleno de dudas y desconfianza, porque hasta ahora la vida se le había presentado como una cualidad que no le correspondía y el mundo como un sitio al cual él había llegado sin tener derecho a ello, sin probar que tenía derecho y que lo trataba en consecuencia. ¿Qué soy yo?, me había preguntado muchas veces hasta entonces y todavía quedaba tiempo para que me repitiera dos o tres veces más la pregunta, porque siempre, siempre, se había encontrado con gente que lo miraba o con lástima o con terror, con duda o con asco, con creciente furia o desconfianza.

Recuerdo, por ejemplo, que al ir un sábado a Puente Alto, al estar almorzando juntos en el rincón menos llamativo de un restaurante que se abría a la plaza, habiendo comido tranquilamente, sin molestias ni sobresaltos, mientras charlábamos alegres y sentíamos el aire seco, lleno de ecos, que bajaba asoleado de la montaña, al preguntarle yo si le gustaría irse a vivir a ese pueblo provinciano, silencioso, apegado a la tierra, asentado suavemente en

la tierra, entre las altas montañas y junto a los ríos modestos y apacibles, él me quedó mirando lleno de alegría y me dijo que siempre le había sorprendido que yo quisiera seguir en Santiago, cuando en la gran ciudad hostil no tenía nada que hacer sino ir al banco a cobrar mi cheque cada 30 de mes, que sí, que le gustaría mucho vivir ahí, que creía que ese ruido sin ruidos, casi sin gente, nos haría bien a los dos, a él para olvidarse de muchos malos recuerdos, no muchos, en verdad, dijo sonriendo mientras bebía un vaso de vino claro, y a mí para leer un poco de historia medieval, de la cual quise siempre ser profesor. Dejó de beber, me miró a través del vidrio del vaso y finalmente me dijo: Me gustaría realmente, ¿sabes?, aquí nadie me ha mirado, eso es bueno. En efecto, tanto en el pequeño y desvencijado trencito que nos había llevado, lleno de pequeños comerciantes, de canastos con carne, bolsas con frutas, de géneros brillantes, honestos y chillones y de enfermos del pulmón pizarrosos y descoloridos, nadie había mirado despectivamente, con creciente furia, con avaricia metódica, con desvergonzada y abierta malicia y conmiseración a Bobi. Nadie lo había mirado realmente, los ojos de los demás, si lo miraron, habían resbalado limpiamente por su cuerpo sin choques y sin adherencias. Cuando pasó el inspector revisando los boletos nos echó media mirada para los dos, apenas abarcándonos en su lento trabajo, miró a Bobi, lo miró, casi diría yo que se estuvo contemplándolo no con delectación sino con apacible, clara y abierta comprensión, sin extrañeza, sin escándalo, tal vez con un poco de costumbre, como si desde muy antiguo viajaran regularmente en el tren muchachos cuyo cuerpo estuviera formado la mitad de ser humano y la mitad de perro, y al pasar al asiento de adelante no tornó la cara para mirar de reojo, no hizo un solo comentario, no echó las manos hacia el techo vociferando y ponderando, había ignorado totalmente a Bobi. Quise en aquel momento decirle si se había fijado en la conducta de aquel hombre, que lo había mirado como

me había mirado a mí, sin reparar en nada que le pudiera chocar como individuo o como funcionario, como si él realmente fuera un ser normal, exteriormente normal, pero no quise hacerlo si no me preguntaba, quería evitar por todos los medios que Bobi creyera que su estado, el estado de su cuerpo y el de su ánimo, consecencialmente me tenía a mí también ya en clima de neurosis. Si él me hablaba de eso, yo le haría la observación y ahora había llegado la ocasión. Aquí nadie me ha mirado, eso es bueno. Parece que la gente no tiene ojos. Eso había dicho y, al decirlo, se le habían abierto muy grandes los suyos y recibían a raudales la luz tibia de aquella tarde otoñal, la recibían con ansias, expandiéndose y echando temblorosos relámpagos por la piel de Bobi, que se veía tensa y sonrosada. La vena del cuello le palpitaba y el pelo alborotado en su frente parecía retener aquel aire, cogerlo a puñadas para dárselo después cuando él lo necesitara. Bobi, le dije, en verdad, la gente de este pueblo no tiene ojos o sus ojos son como los de los peces, pulidos largamente por el mar, ojos sin aristas, que no duelen, ojos llenos de edad sumergida y de sabiduría, que ya no lanzan miradas de odio, de furia, de soledad. ¿Viste al conductor del tren? Te miró con una escueta mirada profesional, desteñida y vaga, te miró minuciosamente, por lo demás, con ágil duplicidad, pero no te encontró contrabando sobre tu cuerpo, llevabas lo que todos los demás, no llevabas nada que llamara la atención ni atrajera el caos y la conmoción. El no me contestó, pero se estaba sonriendo con placidez, seguramente estaba recordando otras cosas, otras coincidencias, otras posibilidades para él bajo el cielo cordillero. ¡Sería hermoso!, dijo con solemnidad y su exclamación me conmovió y entonces recordé su para mí sorprendente pregunta. ¿Crees que algún día me casaré? Estábamos sentados en la plaza, derrumbados un poco en los asientos, disolviéndonos en la paz y en el silencio, no había, por lo demás, silencio, por ahí mismo pasaban bufando los autobuses que bajaban a Santiago y subían rechinando

los camiones cargados de leña, de carbón, de sacos de cereales, había humo, humo fabril y sano, había gritos, gritos ambulantes y sueltos, gritos sin rostro, gritos que se impregnaban al sol y al aire de la altura, que se aferraban a la pollera, que recién salían de la escuela comunal y que atravesaban hacia la plaza para comprar barquillos o helados. Bobi se puso de pie y compró un cucurucho de barquillos. Entonces lo miraron los niños, lo miraron con curiosidad, pero sin sorpresa, con una mirada nueva y en cierto modo alegre, se cuchichearon cosas y se apretujaron alrededor del hombre de los helados. Este miraba pausadamente a Bobi, lo miraba el vendedor de barquillos, con insistencia, pero sin insolencia, lo miraba el cochero amodorrado en el pescante de su alta victoria, lo miraba el carabinero clavado en su tarima en medio de la calle, pero eran miradas sin dureza, sin altanería, también sin lástima o rencor, simples miradas levemente curiosas, agradablemente sorprendidas, como si aquel muchachito santiaguino hubiera sido el primero en llevar hasta la plaza del pueblo algún novedoso modelo de pantalón de estación, de mameluco otoñal, nada más. Bobi se sonrió halagado y se sentó, puso una pierna sobre la otra, lo que las hacía mucho más notorias, y empezó a devorar sus barquillos. El ruidito de madera carcomida con suavidad se diluía en el sol. Entonces fue que llegó el cochecito. Un coche de guagua, sin toldo, circular, como un carrusel, y sentado en él, depositado limpiamente en una tarima de seda o de satén, un enanillo de enorme cabeza, de cutis violado y grasoso y ojos planos amarillentos, la piel carcomida a trechos, hendía una boca ancha y abierta por la que se escapaban ruidos, roncós ruidos, antiguas voces, estertores, lejanas y desfiguradas vocales y consonantes, ideas embrionarias, como aterrorizadas, sustos deformes, deseos acuosos y tumefactos, y ahí estaban las piernas, dos piernas secas, como cintas de hierro oxidado y unos zapatitos de enano enormes, endiabladamente enormes. El enano se sujetaba de una baranda

que circundaba todo el asiento en el que iba dando botes como si galopara, botes de furia, de urgencia, de odio, pero se reía, se reía con una risa espectral y harinosa entre las que salían como golpes de tos enterrados las palabras que cazaba al vuelo su madre, que empujaba el coche y se inclinaba solícita, con una placidez cansada y exangüe. Bobi se puso de pie para mirar aquella cabezota hinchada y tumefacta que lo contemplaba llena de estupor y envidia. La madre hizo rodar el coche dejándolo de espaldas al sol para que el pequeño monstruo pudiera contemplar a Bobi a sus anchas. Bobi estaba pálido y parecía no mirarlo. Yo veía temblar sus manos, dejó el cartucho con los barquillos en el banco y quiso acercarse pero no se atrevía, se pasó las manos por el rostro, con un gesto conocido que yo vi hacer una vez en alguna parte y que entonces no recordaba, y después se las pasó suavemente por el pantalón, sin atreverse a tocarse, sin desear tocarse, queriéndose asegurar solamente, eso creía yo, que él era el que estaba ahí, de pie en la plaza, y no clavado con histeria y desesperanza en aquel coche, que su cuerpo era ése y no el otro, que sus piernas eran esas piernas que sus manos presentían y adivinaban y no esas otras piernas, alborotadas como cintajos descoloridos, violentas y al mismo tiempo desfallecidas, muertas ya, enterradas ya entre aquellas arrugas de seda vieja. Mirándolo, mirándolo, el enano se reía y lloraba, alzaba sus manitos y miraba a todos, a las chicas de la escuela, al vendedor de barquillos y al vendedor de helados, al carabinero borro-neado en medio de la resolana, y parecía llamar pidiendo auxilio porque se ahogaba o porque había visto un escándalo, un robo, una abyección, porque le habían robado las palabras, los gestos, los helados, los barquillos, el sol, ahí estaba llorando y riendo, echando sus voces torpes que escurrían como sudor, su madre, junto a él, lloraba entera y humilde, mientras había dejado suelto el coche que se deslizaba con suavidad impulsado sólo por los gritos, mientras ella se tornaba de espaldas, se echaba a lo

alto sus antiguas manos para ajustarse una cabellera perfectamente peinada y lisa. Estuvimos un rato ahí todavía y después nos pusimos de pie y nos fuimos a la minúscula estación, sin conversar, sin tener necesidad de conversar ya. No hablamos en realidad hasta que descendimos en la plaza Italia, bajo una noche cerrada, agradable y húmeda. Bobi caminaba a mi lado y parecía emocionado y pensativo. No quería hablar, yo no deseaba hacerlo hablar, no era necesario, jamás habíamos pasado una tarde más tensa y hermosa y, en cierto modo, que nos fuera tan útil para pensar que todo podría cambiar en la vida de Bobi, que aún había en la tierra, en la enorme provincia, posibilidad para que él tuviera una existencia sin sobresaltos, sin odios ni humillaciones. Bobi, le dije al despedirnos, pues me dijo que tenía sueño y que al día siguiente iría a la escuela, Bobi, ¿dudas todavía que algún día te puedas casar? No me contestó, parecía apesadumbrado o quizás lleno de dudas o contradicciones. El mundo le mostraba demasiadas caras ahora y Bobi estaba verdaderamente cansado. Al rato lo sentía roncar con placidez. Yo me sentía nervioso, pero al recordar la escena del tren, me vino un repentino deseo de reírme, de sentarme para reír con comodidad, quise hacerlo y me vi tumbado en el banco, en la plaza de Puente Alto, pero no me podía reír, ahí, bajo la luna que salía entre las nubes, estaba de pie Bobi, chupando un trozo de helado y mirando con estupor el cochecito que había visto en la tarde, estaba vacío y el enano monstruoso no yacía en él, las lágrimas me caían por la cara. Hacia la madrugada desperté tiritando de frío, estaba totalmente tapado pero sentía mucho frío, sentía la presencia inmóvil de los cerros cubiertos de nieve, como la había sentido mientras almorzábamos en Puente Alto, pero ahora estábamos en Santiago. Había una luz en la pieza, Bobi tenía una palmatoria en la mano y la paseaba sobre su cuerpo, más bien dicho sobre sus piernas, acercaba la luz a la pelambreira rubia y contemplaba eso con fijeza, no con rabia ni con emoción, yo lo podía ver muy

bien, estaba ahora enteramente despierto, los escalofríos me estremecían el cuerpo, pero estaba seguro de lo que veía. Bobi inspeccionaba con frialdad, casi con fijeza técnica y anatómica, sus piernas, llevaba la vela desde la cintura hasta el pie, las sombras bailaban a su alrededor, pero él no se cuidaba de que había alguien más en la pieza y que lo miraba, dirigió la luz hacia el pie pequeño y abierto, pie que había caminado mucho, alegre y triste, apurado y soñador, asustado o seguro de sí, miró después el otro, los juntó, se pasó una mano por la pierna, la apretaba en ella como si quisiera deshacerla o acariciarla, su rostro estaba tenso, sus ojos fijos, casi severos, pero no desesperados, más bien ansiosos, miró su cintura, bajó la luz hasta la línea en que los dos cuerpos se juntaban e hinchó el pecho, abrió la boca, mostró los dientes, trató de estirar la boca, todo el rostro, empezó a aullar despacito, pero lo hacía mal, se rió y poniéndose de pie de un salto, sin soltar la palmatoria, se acercó a mi cama con andar felino y se puso a ladrar con furia. Me extrañó su conducta, pero realmente no demasiado, su actitud obedecía, lo más probable, a un juego. Bobi, le dije, aúllas muy mal, ladras mejor, creo que tú naciste para ladrarle al mundo. Le ladraré el sábado próximo, me contestó sentándose en la cama, me voy a disfrazar, el profesor Bonilla me preguntó el otro día si me gustaría participar en el desfile de disfrazados del colegio, me lo preguntó de verdad, se acercó a mi banco para preguntármelo, al principio su pregunta me dio deseos de llorar de rabia y no de agradecimiento, pero como todos los niños me estaban mirando a la cara, diciéndome algunos sí, sí, sí, Bobi, de repente le pregunté, bien es verdad que humildemente, si me podría disfrazar de perro. Es el disfraz que te corresponde, Bobi, me contestó. Tú dirás que es el mismo malvado de siempre y que no pierde ocasión de herirme, pero si hubieras escuchado el tono de su voz, sabrías que el profesor Bonilla no es del todo malo. Además, dicen que está un poquito enfermo y ya faltó varios días a la escuela. Desgraciadamente fueron

los días en que yo tampoco fui a clases, suspiró con desaliento. Como yo me quedara callado, agregó rápidamente echando sus manos por delante como para sujetar su convicción: Además, fíjate en sus palabras, cuéntalas, por favor, no dijo, como otras veces, ve al pizarrón. No, ahora se dulcificó su carácter, en realidad me sonreía desde sus palabras si no desde su rostro. Fíjate, él dijo: Es el disfraz que te corresponde, Bobi. ¿No crees tú que esa palabra final, Bobi, estaba llena de amabilidad y simpatía? Hasta podría decir yo que en ella el profesor Bonilla me estaba pidiendo que lo perdonara por todas las acciones injustas que ha cometido conmigo.

Los incidentes de las fiestas no fueron muchos. La ciudad es más bien triste y el desfile de disfrazados deja un relente de melancolía, de vaciedad, de inutilidad de todas las cosas de la vida. He visto durante años las caras de las madres que esperan diariamente a sus hijos a la salida de la escuela, esas caras de miradas enmarañadas y perseguidas, esos rostros huidos, evaporados, esos gestos temblorosos y espantadizos, ese pelo alborotado que el viento otoñal, salaz e irreverente, revuelve como si fueran cabecitas soñadoras de dieciséis años. Son madres gastadas, como se gasta el ruedo de un vestido o el taco de un zapato, madres rotas, pulverizadas por la vida, traspasadas por los sobresaltos, los sinsabores, las ilusiones muertas, madres deshechas, descoloridas por tantos inviernos y veranos de inútil y bárbara espera, pies que van y vienen del matadero, de la vega, de la carbonería o la verdulería, pies que entran insomnes al hospital llevando un montón de ropa enjuta bajo el cielo del invierno y que salen silenciosos, secos los ojos, secas las gargantas, rotos el vestido y el corazón, tras un carro pequeño que lleva un ataúd de madera pobre y una corona barata. Madres del barrio que miran llenas de lágrimas hacia el calendario, hacia sus hijos, hacia sus maridos enfermos, borrachos, presos o sepultados, madres que sienten rechinar la puerta, sonar el pitido de los pacos y la sirena de los bomberos y la

bocina de la ambulancia, ojos que se van rodando bajo las ruedas de los autobuses y hacia el humo del tren, madres que, sin embargo, se amanecieron toda la noche para cortar apresuradas, desesperanzadas, hambrientas y afiebradas, el trajecito de colombina, el pantaloncito de pierrrot, las golas con campanillas, los vuelos de la reina de la fiesta, los zapatitos dorados. Bobi tenía también su madre y de repente, mientras se despedía, me dijo que en la tarde pasaría a avisarle que él también participaría en la fiesta. Se veía contento, yo miraba sus ojos iluminados, listos para alegrarse y reírse. A lo mejor tenía razón y el profesor Bonilla no era tan malo como yo lo creía. Por mi parte, sabiendo que Bobi no vendría a almorzar, no tenía por qué preocuparme. Decidí salir, iría a la biblioteca, iría a un cine, no tenía deseos de leer ni de revisar mis apuntes ni de escribir alguna carta. Tal vez iría dentro de dos días a la escuela para ver a los disfrazados, desde luego Bobi contaba con que lo fuera a ver desplazarse entre los otros niños, él no esperaba mis aplausos ni mis parabienes, aun más, creo que ni siquiera me los hubiera agradecido, sino que por el contrario le hubieran parecido cosa falsa y forzada, empleada sólo para no dejarlo solo frente a los otros, frente a los ojos de los otros. No, no puedo decir que yo estaba conforme, mucho menos feliz, pero, no sabía por qué, algo me indicaba que todo se arreglaría, que todo se podría arreglar más rápido de lo que Bobi y yo esperábamos y de la manera que ninguno de los dos imaginábamos. Fui a un cine, regresé tarde, llovía suavemente, una lluvia desagradable, insistente, superficial. Bobi estaba dormido, ahí en el suelo yacía roncando profundamente, bien tapado, con una mano extendida fuera de las ropas, se mostraba abierta y a la luz del fósforo vi que había en ella huellas de sangre. Encendí la vela, cogí esa mano, pero no estaba herida, miré la cara de Bobi, roncaba, roncaba con tranquilidad, no parecía herido, ni enfermo, ni golpeado, ni apesadumbrado, miré su cuello, la porción de cuello y espalda que alcanzaba a

abarcas sin moverlo, y me tranquilicé, pero la sangre que mostraba en la mano me dejaba pensativo. ¿Dónde había andado, qué había hecho, qué le había sucedido? Me acosté, dormí sobresaltado, dando vuelta a conjeturas en mi insomnio, prendía los fósforos y miraba la hora, diez para las dos, las tres veinticinco, las cuatro menos dos minutos, las cinco menos dieciocho y, de repente, afuera, entre la luz difusa y espectral, gallos que cantaban ateridos, las ocho y media de la mañana y un recado de Bobi, bien visible en la mesa del comedor: En la tarde iré donde mi madre, todo va bien. ¿Qué era lo que iba bien? Lo que fuera me tranquilizaba, debía tranquilizarme, pero estaba lleno de dudas, me acerqué a las ropas de Bobi, que él había dejado dobladas en la silla, miré especialmente las sábanas, en las dos había manchas de sangre, no mucha, pero era sangre, él no se había cuidado de ocultarlas, de lavarlas, de borrarlas, ya se explicaría todo, nada grave debía de ser, nada grave le sucedía, dormía profundamente cuando llegué y de repente pensé: ¿No saldrá de noche esta criatura? ¿Por qué lo pensé? ¿Por qué había tenido ese miedo? ¿Y esa sangre? Me fui caminando hacia la comisaría, no sabía por qué, pero lo supe cuando sentí el relinchar de los caballos y vi brillar opacos los primeros uniformes verdes. ¡Cabo de guardia! Sí. Mi teniente. Sí. Una silla. Sí. Mi teniente se estaba afeitando. Máquina eléctrica, sonrisa amable, recién afeitada, una sonrisa sin uniforme, una sonrisa que debe de tener madre todavía. ¿Se acuerda de Bobi? La sonrisa se acentuó, se abrió de par en par. Tiene padre seguramente también, un padre que no es borracho. ¿Bobi? Nadie puede olvidar a un muchacho como aquél. Respiré hondo. Debe de vivir en Puente Alto el teniente. Comencé a reír con risa nerviosa y perseguida. Le conté, se lo conté todo. El se sentó para asegurarme que debía creer en sus buenos sentimientos y en sus deseos de ayudarme. Yo no necesito ayuda, señor, dije encogiéndome instintivamente las piernas en un gesto desprendido e infantil, es a Bobi al que hay que ayudar,

a mí me quedan en realidad pocos años de vida, en cambio, Bobi recién empieza a darse golpes contra el mundo. El me explicó que la profesión que tenía no era de su agrado, que en ella él era uno de los que asumían, en nombre del mundo, la obligación de ir golpeando las cabezas, los pulmones, los estómagos de aquellos que transgredían, según el mundo, las leyes, los reglamentos, los cónclaves y conciliábulos de los vientres e intestinos que elaboraban esas leyes, que en el caso particular de Bobi él estimaba que se cumplía el destino trágico de los precursores, de los fundadores de religiones o de nuevos sistemas de vida, Bobi, no me quería vaticinar nada, estaba destinado a llevar sobre su frente joven la corona del martirio, lo que era conmovedor porque se trataba de un niño, pero las tragedias, con un tono reminiscente y soñador, se alimentan desde la más remota antigüedad con la carne de la juventud, me agregó que consideraba providencial mi visita, porque precisamente había aquella noche, o más bien aquella tarde, enviado a un carabinero a mi casa para decirme que tuviera la bondad de pasar a conversar con él porque había algo concerniente a Bobi que me deseaba comunicar y que, por su parte, deseaba hacerme algunas preguntas. Le contesté que seguramente a la hora en que él envió al recadero a mi casa Bobi dormía, porque durmiendo plácidamente lo encontré, aunque en realidad eran pasadas las once de la noche cuando saqué las llaves para abrir, de manera que si él creía que Bobi estaba enredado en algún hecho delictual, podía descartarlo desde luego, pero que si quería interrogarlo se lo traería antes de la noche, pues no lo vería hasta esa hora. Le mostré el papelito que me dejara Bobi y me miró a la cara. ¿No vive con sus padres el muchacho, verdad? La palabra muchacho se endureció en sus labios, como si en esa frase llena de un pasable sol se oscureciera de repente y amenazara llover. ¿Creería realmente un delincuente, o aliado con delincuentes, a Bobi? ¿Me estaría diciendo todo lo que sabía? ¿Sería, en verdad, tan humano, tan claramente

cristiano y odiador de su oficio el teniente? Le pregunté que si había alguna denuncia concreta en contra de Bobi y que si la tenía, por caridad me lo dijera. Hablé de caridad, pero de hecho mi tono era ya violento. Se ve que usted quiere mucho al muchacho, dijo el teniente desenchufando la máquina y lanzándola con un gesto violento al fondo del cajón abierto, que no cerró. No, dijo, no tengo denuncias en contra de él, ninguna clase de denuncias, no las tengo todavía. Y me agregó que desde hacía algunas noches gente desconocida estaba entrando a las quintas de la avenida Costanera y a las que bordeaban el cerro y soltaban a los perros, rompiendo las cadenas, forzando los candados, cortando los cables de cuerdas trenzadas de acero que los mantienen encerrados. Me preguntó que qué me parecía aquello. Me sentí nervioso, pero no mostré mis nervios, me sentía duro al mismo tiempo, porque no lo creía, porque nada me haría creer que era Bobi el autor de aquellas visitas nocturnas. ¿Había huellas, huellas tangibles, digitales?, sentí que preguntaba con ira. El teniente tenía una sonrisa suave pero helada. Me hacía recordar el aire cortante de la cordillera. No, dijo, no hay huellas, no hay absolutamente huellas, por eso Bobi anda todavía suelto. Todavía anda suelto. Eso había dicho. ¿Estaría suelto en estos momentos? ¿Estaría en la escuela? Eran las diez de la mañana y veintisiete minutos. Dios mío, haz que Bobi esté en el colegio, aunque haya ido a la escuela el profesor Bonilla, aunque lo tenga frente al pizarrón, aunque lo haya golpeado, aunque lo haya herido, aunque lo haya dejado sangrando. ¿Sangre?, balbuceé, pero ahora en voz alta, miraba a Bobi sangrando de la cara, pero también de las manos, estaba desangrándose sobre las sábanas, bocabajo, hundiéndose en su propia humedad hacia la tierra. Me serené lentamente, saqué un pañuelo y me sequé la transpiración. Sonreí, traté de sonreír, pero no lograba hacerlo. En realidad, expliqué, Bobi es un gran muchacho, incapaz de hacer daño a nadie, a un ser humano ni a las bestias, si él ha hecho esto, si él está haciendo esto, no comprendo por qué

lo hace, tampoco comprendo cómo lo hace ni a qué horas, porque ha estado yendo a clases, porque lo veo temprano en la noche y ayer todo el día, estuvimos en la cordillera toda la tarde, tomamos el trencito cerca de las once. Sí, sí, sí, dijo desagradable el teniente y ahora parecía que le había crecido la barba, se iba hacia la sombra para que le creciera y salía de ella transformado y viejo, eso está muy bien, pero ahí están las rejas rotas, los candados abiertos, las cadenas mordidas y partidas. Me quedó mirando, bajó la voz hasta ponerla al alcance de mi miedo. ¿Se acuerda de la otra noche? ¡Ahí, ahí, en ese rincón estaba tendido Bobi, mordido de perros, salvajemente mordido por los hocicos que él había soltado! ¿Por qué lo hace? ¿Por qué nació con dos patas de perro? Yo no lo sé, no es mi oficio andar averiguando cosas sino proceder de acuerdo con lo que ellas muestran. ¿Y si ellas le muestran que Bobi es un delincuente que viola rejas de mansiones y deja sueltos a los mastines para que le salten al pescuezo? ¡Tendría que estar loco!, bramé. El teniente estaba plácido y blando, casi mujeril, sentado en su sillón muelle, se echaba un poquito hacia atrás para volatilizarse. ¡Debe estarlo!, dijo suavemente, debe estarlo y no nos damos cuenta, Dios mío. Me estremecí y le agradecí al mismo tiempo esas palabras que me parecían exóticas en aquella boca y en aquel lugar, lejos, no muy lejos, bajo tierra, se quejaba un hombre, parecía que lo estaban extrayendo a tirones de lo más profundo, sus quejidos se estiraban en la noche y quedaban tensos entre el rostro del teniente y el mío, afuera la noche estaba alerta, como hacia abajo, allá al fondo, más allá del hombre que se quejaba, cuyos quejidos venían de muchas partes al mismo tiempo, sonaban huascazos, relinchos leves de caballos, se peinaban contra esas huascas los relinchos y los quejidos se iban alineando ahí en el suelo junto a las pezuñas brillantes, junto a las botas y los saules delgados y brillantes, la noche se rajó en un grito y los quejidos del hombre se fueron más hacia el fondo, como derrumbe. Me puse de pie con cansancio, me dolía el

cuerpo, parecía que el cuerpo me dolía desde una semana. Ahí estaba yo, grande y deshecho, y el teniente, pequeño y fino, allá en la tierra seca del verano, resaltando nítido sobre las baldosas recién enceradas. Me quise mover para caminar y el teniente gritó: ¡Siéntese, señor! Me senté, estaba esperando lo que había de venir, el hombre, allá dentro, muy adentro, había cesado de quejarse, la noche se había cerrado completamente como una herida cicatrizada y eso me parecía de mal agüero. ¿Por qué tengo que sentarme?, pregunté con voz que me pareció ridícula, pero el teniente no escuchó mis voces, pidió papeles y agua, como si debiera vaciar el agua sobre los papeles y ambas cosas debieran ser capitales, de vida o muerte. El teniente se bebió el agua de un sorbo y había cierta indudable amargura en aquel gesto desolado de echarse el líquido helado de una vez, con desesperación, como envenenándose, como cumpliendo un rito mortal o suicidas órdenes superiores. Todo eso era malo para Bobi, pensaba yo, no quería pensar, sabía que todo, todo era ridículo, pero sabía también que no estaba equivocado. Usted desea cambiarse de barrio, usted no está contento del barrio, usted tiene miedo de seguir viviendo en el barrio, dijo el teniente mirando los papeles, como si me estuviera dando instrucciones para mi frugal método de vida en las próximas dos semanas. Usted quiere salir de la ciudad, irse lejos, llevarse a Bobi, naturalmente, se llevará a Bobi, se lo llevará a Puente Alto, por ejemplo, ¿no es cierto? El vio que me había puesto pálido, pero eso no me importaba, me importaba lo otro, que él lo supiera. ¿Cómo lo había sabido? Yo no se lo había dicho, no tenía por qué decírselo, porque tengo más de dieciocho años y no constan antecedentes penales en mi hoja de vida ciudadana, en verdad tengo cuarenta y cinco años y cinco meses exactos y tengo, por lo demás, un leve antecedente de índole que pudiera llamarse ligeramente criminal, pero Dios sabe que aquel incidente o, más bien dicho, aquel accidente fue producto de una ofuscación mental sobradamente pasajera y de la

cual rolan certificados médicos, es verdad que hasta cierto punto contradictorios, que motivaron que, después tres noches de detención preventiva, fuera yo dejado en libertad. Aun más, Gándara dejó perfectamente sentado en el alegato que precedió a mi excarcelación que los disparos hechos por mí, sólo dos y no seis, fueron en defensa propia y en circunstancias de que yo estaba caído en tierra, de ello se sirvió su señoría ilustrísima para decretar mi libertad incondicional sin más trámite. Suspiré recordando hechos tristes que ahora, a través del tiempo, me parecían hasta hermosos y las quejas, incluso las del pobre Florencio, me parecían mesuradas y dignas, absolutamente distintas a sus palabras y a la indignante carta que me remitiera aquel malhadado 15 de octubre. Tengo buenos antecedentes, teniente, dije con frialdad, además cuento con un buen abogado y con dinero en el banco. La verdad era que Gándara ya no era mi abogado y que en el banco tenía solamente trescientos once pesos con dieciocho centavos, que no aumentarían mientras no cobrara mi cheque del mes. Faltaban once días para el día 30. No, no, dijo el teniente con voz incolora, no es necesario, por ahora, pero sería de todas maneras conveniente que usted trajera a Bobi a conversar con nosotros. Con nosotros, dijo, y para neutralizar la amenaza que podrían significar esas palabras pluralizadas, echadas al galope, como una tropa y no como un caballo solo, agregué yo que vendríamos ambos al día siguiente. Es decir, dije sonriendo con malignidad, vendremos los dos, teniente, Bobi y yo, así seremos cuatro. Buenas noches, teniente, dije, y él ahora no me dijo que me sentara. Tenía un rostro opaco y apresuradamente gastado el teniente, horribles orejas, cuello corto y poco apropiado para respirar, le sería un esfuerzo particularmente doloroso andar mucho a caballo y todavía más caminar a pie y rápido. Me fui caminando a buen paso y llegué a la casa muerto de cansancio y de calor. No encendí la luz, adiviné que Bobi dormía a los pies de la cama y me tendí en seguida bajo las ropas. Me di vueltas en la

cama para tratar de dormir, me sentía molesto, no apesadumbrado, no desesperado ni asustado, sino sorprendido, desconcertado, pero estaba muy cansado para despertar a Bobi, para preguntarle, para referirle mi conversación con el teniente. A ratos me parecía que no habíamos hablado en absoluto el teniente y yo, que habíamos estado sentados uno frente al otro desde muy temprano mientras afuera estaba el sol tendido en el patio, achicharrando a los caballos y al carabinero de guardia, hasta que las primeras brisas perfumadas empezaron a rodar hacia el barrio y a golpearse suaves en la puerta, me parecía que cuando había llegado al cuartel había visto a un hombre sentado junto a una mesa, en el pasadizo sombrío, bebiendo un poco de vino fresco y eso me sorprendía, después, mientras el teniente y yo estábamos ahí, sintiendo el calor, sintiendo el patear de los caballos y las tufaradas de guano que subían hacia el sol, el hombre había seguido bebiendo y los carabineros le servían vino, le cambiaban las botellas y se veían con él, él contestaba duro primero y despectivo después y los dos, el teniente y yo, nos mirábamos con cierta preocupación en el cuarto de techo bajo y vigas desnudas, entre las murallas de adobe que olían a carburo, en una de cuyas murallas colgaba el retrato del presidente de la república y en otra el retrato del general. Sentíamos las risas de los carabineros y las palabras airadas del borracho, un vaso se reventó en el suelo y se hizo el silencio y en él gorgoreó de repente la botella que se vaciaba. Es un jarro, pensé yo y veía tan lejano a Bobi. Es un jarro, pensaba el teniente y veía roto el candado, rota la cadena, se ponía no furioso sino triste, como aterrorizado, me miraba y me quería decir lo preocupado que estaba, los carabineros afuera estaban serios, hubiera podido decir yo que estaban tristes también, más apenados que el teniente que se difuminaba en la penumbra sin querer encender la lámpara, el vino se vaciaba con ruido ronco, como furioso, sentía yo cómo saltaba con rencor hacia la garganta del hombre y lo tornaba enloquecido, sentimos el teniente y

yo brotar la palabrota, saltó como una llamarada que hace explosión y se prende lejos, entre las sombras, sentíamos el chisporroteo, no, no era chisporroteo, eran los susurros de los carabineros, caminaban en puntillas ahora. Miré al teniente con satisfacción y con innegable orgullo, yo lo sabía antes que él. Estaban caminando en puntillas. El se puso de pie súbito para decirme lo mismo que yo ya le había dicho en mi mente, se me acercó, pensé que se me quería echar en los brazos muerto de susto y me gritó, pues me había puesto de pie también con la sonrisa en mi cara. ¡Siéntese, señor! Ahí estaba Bobi, a los pies de la cama, ahí está el teniente, murmuraba, como si el teniente pudiera oírme, y no tiene sangre en las manos el niño, se acostó a las siete. Quise ponerme de pie para sacudirlo por los hombros y preguntarle a qué hora se había acostado, pues era importante saberlo y me sentía angustiado. ¿Habrá sido Bobi, Dios mío?, me preguntaba abrumado de compasión y miedo, miedo y compasión por mí mismo y no por Bobi, pues si era él, él no lo sabía, pero algo me decía que no había sido él en absoluto, pero también me decía que la persona que estaba haciendo eso quería seguramente que el teniente creyera lo que creía, que Bobi era un poco desalmado y persistente, un pequeño criminal. Yo estaba seguro de que no lo era, creía en la completa inocencia de Bobi, pero no me atrevería jamás a transmitirle los temores infundados del teniente, las sospechas y amenazas que encerraban sus palabras de la tarde, no le diría nada, a no ser que ocurriera algo. Pero ¿qué había de suceder? ¿Es que era necesario que ocurriera algo? Mañana será sábado, mañana hablaremos, murmuré para mí y me tendí de lado para atraer un poco de sueño. Tuve un sueño superficial y nervioso, sabía que estaba durmiendo y sabía también que Bobi dormía a los pies de la cama, no tiene sangre en las manos, no tiene sangre en las sábanas, me repetía, duerme tranquilo, pues, ahora es sábado, ahora es la fiesta de los disfrazados, tendrás que ir a la escuela, es muy importante que vayas a la escuela, mucho más im-

portante de lo que crees tú, y veía en la escuela al teniente vestido con la ropa del profesor Bonilla y todos los alumnos se reían porque el teniente tenía buena figura, era alto y más bien delgado, mientras que el profesor era rechoncho, como echado hacia los lados, un poco desmoronándose y hacía ese gesto conocido, no de subirse los pantalones sino de subirse él mismo, de subirse él mismo sobre la vida, sobre el mundo, sobre la tierra, pues era notorio que se estaba deshaciendo, cayendo unos centímetros cada semestre, unos milímetros cada semana, cada día, cada noche, entonces él hacía un gesto a Bobi, Bobi corría, es decir caminaba lento, muy lentamente hasta el pupitre, se demoraba por lo menos una semana en subir la pequeña grada y en ese tiempo el desgraciado profesor tenía tiempo de caerse otro poquito, por lo menos medio milímetro cada vez que llamaba a Bobi al pizarrón, por eso lo odiaba, porque Bobi se demoraba cada vez más para defenderse ofendiéndolo, como si fuera él quien lo empujaba y el profesor cada vez deseaba no llamarlo, pero ahí estaba Bobi, ahí estaban las patas de perro arrogantes y fanfarronas, cada día más esbeltas, cada día más seguras de sí, llenando todo el pupitre, saliendo ya un poco hacia los tinteros y los cuadernos, para que él las alcanzara a ver y no se atreviera a llamarlas, él tenía miedo, tenía miedo y odio, sentía una agradable amargura, sí, veía sus pies desnudos en el barro, sus pies deformes de niño de barriada popular y se mordía la lengua, Bobi le sonreía con dulzura, con humildad, pero era para engañarlo, era una trampa que le tendía, los perros saltan vallas y vallados, saltan murallas y pupitres, él hacía el gesto que no deseaba hacer y sentía, no sentía pero adivinaba que ahora se había caído otro milímetro, Bobi también lo sabía y por eso apretaba los labios, para no decirlo, para que el profesor no supiera el peligro en que se encontraba. Es Bobi el que está en peligro, me dije, y me dormía, pero ahí estaba Bobi, Bobi realmente mostrándome el hocico de perro. Estaba sentado en la cama. Mira, es del mismo color, se diría que

es del mismo perro, dijo sin amargura, con verdadera alegría y sin mirarme, mirando hacia la vida, hacia aquella mañana de sábado, agregó: ¿No es maravillosa mi madre?, se metió la máscara de perro en la cabeza y empezó a aullar con suavidad y después ladraba. Desde dentro me dijo: Mi padre me ofreció dinero. Y después: Hace varios días que no bebe. Antes de irse agregó unas extrañas palabras que después me parecieron más extrañas todavía: ¿No crees tú que todo se junta? Todo se junta, Bobi, contesté desganado. Más tarde recordaría yo esas palabras. Se fue corriendo. Bobi corría pocas veces, ésta fue una de ellas. Nada he olvidado de aquel día plácido.

DORMI COMO un narcotizado, como un poseído, cuando desperté tenía la cabeza pesada y me sentía vacío, vacío de ideas, de palabras, de ruidos, no atiné a salir de la pieza, de las ropas revueltas de la cama sino hasta muy tarde, cuando me sentí ahogado, pues la puerta estaba cerrada, la ventana estaba cerrada y el pasadizo sumido todavía en las tinieblas, esas tinieblas hostiles, furiosas y solas de un día que va a ser de mucho calor. No almorcé, no tenía deseos de nada, miraba con desconfianza la luz del sol, el cielo ceniciento y caluroso, sentía voces sueltas, pregones de vendedores hacia el cerro, risas amontonadas, pulverizadas, de niños, carreras, carreras de zapatitos, cornetas, música ingenua y pobre, olor desparramado de helados, de flores recién cortadas, lejos, hacia lo alto, músicas marciales, recortadas y aplastadas, algo incómodas, algo melancólicas y aburridas, me acordaba de alguien que me hablaba con tristeza, con sorpresa, con abandono, sentía a alguien furioso preguntarme. ¿Qué ha sido de Bobi? Bobi, hoy es sábado, hoy es el desfile de disfrazados, hoy debíamos ir a alguna parte, temprano en la mañana, con Bobi, pero Bobi ya se había ido cuando desperté, ya no estaba, miré limpio, barrido, el rincón donde dormía, no me dejó recado escrito, no me despertó para despedirse, no, no importaba, Bobi nunca me despertaba, tendré que ir a la escuela, pensaba, tendré que ir a la escuela, el ruido del río se rompía con suavidad ahí abajo, entre las frondas sonaban mis pasos cada vez más solos, los árboles

susurraban echando un poco de misteriosa frescura en el sopor. Me senté en un banco, soñoliento y apesadumbrado. Entonces miré al hombre. El se estaba sonriendo, sonriendo para sí mismo, pero sabiendo que era yo el que estaba ahí, yo mismo, después de tantos años. Horacio el ciego. Lo había conocido en la universidad, después en el diario. Rubio, colorado, robusto, atlético, todavía conservaba, después de tantos años, algunos de aquellos atributos, ahora estaba pobre y olvidado, echado un poco hacia la resaca, reseándose al sol, rumiando sus recuerdos, recuerdos que emanaban de tantos episodios, de tanta gente, políticos, intelectuales, emigrantes, aventureros, mujeres, mujerzuelas, escándalos, aquí estaba ahora con esa piel rojiza, despellejada y manchada, como de serpiente, y esa sonrisa cruel, la misma sonrisa de hacía veinte años, flotando en sus labios cortos, apretados, destilando ironía, vaga ironía. Movía sus labios con rápida nerviosidad, buscando la pipa, los fósforos, algún antiguo recuerdo. El ciego está construyendo el mundo a su manera, tiene las manos lentas, imprecisas y el aire frágil, como de vidrio, como llamas nuevas de nuevo fuego, el mundo a su alrededor está cerrado como un anillo, como una poderosa rueda carcelaria, el ciego no se atreve a dar un paso, el ciego no sabe caminar, no se atreve a alzar la mano más allá del límite debido, si lo hace rompe la taza, el plato, la vidriera, la mampara, rompe el cielo junto a su pipa, a sus papeles, a sus pies rodarían rotas las estrellas, el cielo hecho pedazos, despedazados los ángeles informes, las suaves y castas doncellas celestiales clamando avergonzadas de esconder tanto escándalo en sus cuidados velos. El ciego no se atreve a moverse en su rincón luminoso, frente a este mundo contingente tan callado, está rodeado de vidrios, de vasos, de cristales, el ciego está sentado en una enorme frágil esfera, si se mueve la rompe, si respira la rompe, cuando calla y recuerda siente que está crujiendo, que el mundo temeroso se calla, espera sus gritos, sus golpes, sus sarcasmos. Como Dios Padre está sentado el ciego a

la vera del mundo, haciéndose a un lado cuidadoso, cada vez más lejos, cada día, cada hora más hacia el fondo, el mundo se desliza más allá de las rejas, de las puertas, de las columnas, las columnas se yerguen a su lado, se multiplican, se alzan en desfile, vienen hacia él, hacia sus manos, hacia su recuerdo, hacia sus ojos cerrados como un libro, el ciego siente el ruido y lo queda escuchando, ahí va el mundo, ahí van ellos, los vivientes, los vendedores de frutas y de sopaipillas y de empanadas domingueras, las copiosas familias en recreo, los diputados, los regidores, los alcaldes, los deudos que arrastran carros de flores para enterrar en una tumba, los amantes avergonzados y lúcidos que llevan ya el suicidio en sus carteras, apretado entre los dedos como un guante, el mundo ve de lejos al ciego y lo distingue, lo deja alzado y aparte, lo rodea con su anillo de hierro infatigable, lo deja solo brillando como diamante en su cintajo, a dos cuabras pasa el mundo alborotando en voz baja, conversando con flojedad, con somnolencia, recordando cosas del año 30, de 1936, cuando asesinaron al poeta en España o al joven socialista en la avenida Matta los nazis de don Jorge. El ciego calla y se apaga, se va hacia adentro por el pasadizo, se lleva la luz como un noctámbulo su vela, se aleja como los ríos subterráneos, como las constelaciones en el profundo cielo, guarda su luz en cajas de tabaco inglés, en botellas de whisky, en antiguos libros de cuero rojo, de ediciones bilingües apenas recordadas, la luz circula por sus venas como la sangre por los ministerios de ultramar que buscan la guerra, la guerra está escondida en la cabeza disecada de un indio ecuatoriano, junto al lecho del río Guayas, entre las piedras pulidas de la orilla, justo cerca de la fogata y la hamaca, el caimán saca sus patas a la playa y lo mira suavemente a través de las manchas de petróleo, el ciego está sentado en su trono de cuero, en su silla de paja, hundiéndose en los meses, en las semanas, en las lluvias de este terrible invierno, hace dos semanas que llueve interminable, el agua golpea poderosa en los vidrios, quiere

meterse en ellos, él la siente caer y pasar a su lado, bajo sus pies, entre los diarios de izquierda desparramados en el suelo, que redactaba con sus amigos comunistas y masones hace diez años, hace doce años justos, los graves masones que cultivaban una sesión secreta, una úlcera secreta, una querida imbécil, sin ovarios, que extendían en el altar del templo un desaliñado plan para reformar el mundo o el país, por lo menos, un plan foráneo para traer una revolución fría hasta esta pobre América, como quien trae un tractor o un arado o una nueva máquina para sellar los tarros de conservas, ya no vienen, dejaron de venir hace dos lustros, antes del accidente, ya no tienen motivo de visita ni de charla, el ciego es para ellos un extranjero, un extraño, un epiléptico, un leproso, o tal vez un loco tranquilo y asoleado, está mas alto que todos ellos, cada vez más alto y más distante, como un árbol medido y tempestuoso derrumbado en la chimenea, junto a las cenizas apagadas, frías ya, no necesita hablar, dejó de hablar hace diez años, muchas gracias, dijo entonces, hace diez años, muchas gracias, y estaba emocionado, agarrado a la puerta, junto a los eucaliptos, y no dijo más, se fue hacia dentro palpando las tinieblas como rostros de gente conocida, ya olvidada, luchando a solas con ellas, empujándolas, lanzando los brazos como un boxeador, apartándolas como nubes, como rocas, como recuerdos informes e imprecisos, y desde entonces, sentado ahí espera, rodeado de luz, vertiéndola, echándola de sí como una atmósfera. ¿Busca a Bobi?, me preguntó. No, no precisamente, contesté, Bobi no se ha perdido ahora, sé donde debe estar, por lo menos eso creo. Se sonreía con su espantosa sonrisa demasiado pegajosa. ¡Gran muchacho!, dijo para sí, completamente para sí ahora, arrojándome al lado afuera de sus tinieblas, que yo, por lo demás, veía como cegadora luz que me rechazaba. Alargó la mano que sostenía la pipa hacia donde yo estaba y su rostro fino y duro se recortaba en la fronda asoleada. ¿Sabía usted que es muy amigo de nosotros los ciegos? No, dije, no lo sabía, y mis palabras

me sonaban a mí mismo como un poco desilusionadas, como sorprendidas, y alcé la voz hacia él para que me informara. ¿Vive usted entre ellos? ¿Entre quiénes?, preguntó rápido y su voz estaba sarcástica, casi diabólica. ¿Con quién, si no? Sus palabras se quedaron ahí, en el banco, para que yo viera lo desoladas y, al mismo tiempo, lo enteradas, lo posesionadas de su destino que estaban. Un día llegó caminando a este mismo banco, se me acercó y me preguntó si yo era Horacio el ciego. Le sonreí con simpatía. Me dijo que sabía que usted y yo nos conocemos desde antiguo. En efecto, él es un testigo de mis sueños ansiosos, por lo menos de mis más inexpertos años juveniles. Marxista, artista, renacentista, ateo, frívolo, generoso, egoísta, culto, brutal, enamorado, apasionado, atlético, con un espíritu lírico y sarcástico, vivía apresuradamente, machucándose las manos en una vieja máquina de escribir en el diario, estrujándose la mente hasta la madrugada, queriendo, siempre, ser siempre incisivo, siempre original, siempre despiadado, y allá, a lo último, lo más alejado de la parte simplemente intelectual, humano, bondadoso, cordial, sencillamente humano, era un gran tipo, admirado y detestable, de esos que, sin quererlo, forman la dura y maleable adolescencia de un estudiante que tiene sueños informes, vagos deseos. Fuimos hasta la escuela, me dijo, caminamos rápidamente, se sentía cómodo, libre, estaba alegre, se reía a carcajadas, hermosa risa. Cuando llegamos a la vieja casa me cogió del brazo para subir los peldaños. Respiró fuerte, con admiración, cuando estuvo en el enorme vestíbulo iluminado, una luz que sólo él podía ver pero que yo sentía en la punta de mis dedos, una luz que me tocaba con suavidad, con tacto sensual y lúcido los párpados, estos ojos vaciados, sucios, una luz que pugna entrar por ellos para iluminarme, pero las tinieblas son muy hermosas y muy leales y la luz bestial y dura no lo sabe. Me agradó después Bobi, cuando lo sentía caminar por ese espacio abierto, casi sin muebles, viejo grande espacio que vio fastuosos bailes a principios del siglo, pero que

después sólo ha soportado el caminar vacilante y acobardado de los ciegos, de los bastones blancos atemorizados de los ciegos que se cruzan en las sombras y chocan brevemente, con un ruido claro, las columnas. Me dijo que le gustaría vivir entre nosotros, que no se sentía bien en el mundo de ahí abajo, que no lo dejaban tranquilo. ¿Por qué?, le pregunté. Tal vez porque soy un tipo particular, contestó. ¿Particular por qué?, insistí, pero él se quedó callado. Creí que se habría ido caminando en puntillas, pero luego lo sentí respirar a mi lado, me estaba mirando seguramente, me miraría casi con delectación o más bien dicho con ensueño, de hecho me estaba envidiando, casi podría decir que adivinaba la pregunta que vendría en seguida. Me preguntó si era muy duro ser ciego. No, le contesté, no es duro, el mundo del ciego es un mundo cabal, completamente cerrado, pero también completamente abierto, no tenemos amarras, estamos completamente liberados. Reflexione usted un poco ahora, los ojos no sirven sino para tropezar, son un arma para herir más bien, más mata el odio que la mano, el odio entra por los ojos, no sólo el amor, el ojo busca enfocando maldades, traiciones, vesanias para pasárselas al cuerpo y que odien los hombres, asesinen, roben, extorsionen, mientan, hagan guerras, formen una paz levemente perdurable con la última carne asesinada en el campo de batalla. Es un mal tipo el ojo, le dije, a nosotros no nos hace falta, desde luego, son hermosos, insolentemente hermosos, pero en esa belleza está su perversidad, la conocen y se sirven de ella, un mundo de ciegos sería un mundo de paz porque lo que te hace odiar a la gente es que puedes mirarla a tu gusto, mirarla toda, su cuerpo, su alma, ellas hacen lo mismo, te miran, te odian. ¿No lo crees tú?, le pregunté. Bobi le había dicho que no le podía contestar, que él mismo, Horacio el ciego, podría coger la respuesta con sus manos. Horacio no comprendía, empezó a enfurecerse, pero Bobi, con dulzura, con extrema dulzura, le explicó que si tenía la bondad de tocar su cuerpo, de tocar por lo

menos su cuerpo, se daría cuenta por qué él deseaba venir a vivir entre los ciegos, no por simple simpatía hacia ellos, quería serle franco, aunque podría serles útil, sino porque odiaba al mundo, el que no sólo lo odiaba también sino que deseaba verlo muerto y desde hacía meses no buscaba sino eso, nada más que eso, su muerte, una muerte cómoda, algo limpia, cuya sangre no manchara al mundo, una muerte que no pesara en la conciencia del mundo. Horacio estaba furioso, furioso con Bobi y su blandura para sufrir, además no deseaba saber nada de llantos, nada de sufrimientos en ese mundo al cual había pertenecido pero del que no formaba ya parte. Allá estaba mi casa, hacia la cordillera, dijo vagamente. ¡Pero si estuvimos por allí el otro día!, exclamó Bobi alegremente, pensando que si conversaban de ello podría Horacio ser su amigo y admitirlo en la casa. Allá, hacia el oeste, bajo los cipreses, están mi madre, mi padre, ya no recuerdo dónde, y también María a los pies de una gran piedra sin nombre, pero todo eso no me concierne ahora, dijo Horacio como diciéndole a Bobi que su dolor no le correspondía. Sin embargo, se sentía emocionado y no quería que el muchacho se diera cuenta de ello. ¿Qué eres, quién eres?, preguntó sombrío y Bobi le contestó que esa pregunta la había hecho él mismo a menudo, en su casa, en la escuela, en la parroquia, mientras le susurraba despacito a Dios todos sus deseos como mostrándole pobres juguetes rotos y descoloridos. Lo que pasa, señor Horacio, dijo, es que no soy como toda la gente, si usted pudiera ver mi cuerpo sería formidable. Si todavía fuera periodista podría ser formidable para mí, contestó el ciego, pero ahora no, no tengo ojos, no tengo lengua, los periodistas no son más que eso, ojo y lengua. Yo no soy un niño normal, soy un monstruo en cierto modo, dijo desfallecido Bobi, enojado y triste. Nosotros también lo somos, contestó, somos monstruos cerrados, abiertos sólo hacia adentro, verás lo extenso y sin aristas que es el mundo para nosotros. Sentí que estaba llorando cuando me cogió la mano derecha y llevándola hasta su cintura, me

hizo que lo tocara, entonces lo sentí, sentí su cuerpo y también los estremecimientos de Bobi, sus lágrimas me caían sobre la mano, sabía que no me mentía, que no me estaba gastando una broma, recuerdo que me arrodillé en la tierra para tocarlo completamente, él se estaba quieto, ausente, verdaderamente ausente, no sollozaba, temblaba apenas y tenía sus manos sobre mi cabeza, pero lo sentía distante, sentía sólo el viento que me rodeaba, que se descolgaba desde lo alto de las copas de los árboles y caía sobre nosotros por la ventana para acariciarnos, no se sentían pasos de gente ni conversaciones, no pasaban carruajes, ni siquiera se sentía el conocido y agradable olor de la bencina que flota en el paseo frente a la casa. Me puse de pie, Bobi me pasó sus manos para que me cogiera de ellas, pues usted verá que no uso bastón, nos sentamos uno junto al otro y así estuvimos largo rato, él no me miraba, estaba yo seguro de ello, miraría seguramente hacia el final de la avenida o hacia los cantiles del río, miraría el cielo que se entraba por la ventana, estaba atardeciendo. Bobi permanecía a mi lado, esperando, esperando no una respuesta sino una decisión, quería vivir con nosotros, odiaba al mundo, pero a mí me interesaba decirle otra cosa y se la dije. Le afirmé que lo que él consideraba una desgracia era una maravilla y una bendición, que debiera estar feliz de poseer esa fuerza y estar orgulloso de ello. Yo soporto, yo soy paciente, yo espero, dijo con desaliento, pero ellos no esperan. ¿Quiénes? Ellos, los otros, los ojos, el mundo, está lleno de ojos, ¡odio los ojos!, dijo finalmente. Desde entonces ha venido a menudo a visitarnos, a veces salimos a dar una vuelta por la plaza que está aquí enfrente, a veces, en la penumbra, junto a las ventanas, jugamos al naipe, él se ríe mirándome con rapidez casi delictual lo bien que manejo las cartas, me dice que soy un ladrón y un estafador, que no es verdad que soy ciego, pero en ese momento me mira, yo me doy cuenta, se le quiebra la voz porque, sí, ha visto al ciego, a este ciego desolado que se asoma con sus ojos turbios, enloquecidos, espantosos, en

mi cuerpo, encarcelado en esta cárcel de carne que es mi cuerpo. Sí, le digo, tienes razón, yo no soy nada de ciego, pero él sí, Bobi, míralo, aprovecha de mirarlo ahora que está asustado mirando hacia afuera, después estará borracho, hediendo a whisky, roncando junto a mis zapatos. Nos hemos hecho amigos y hace veinte años, si este muchacho hubiera estado trabajando en el diario, lo habría echado a empujones escaleras abajo, ¿no es cierto? Sí, le digo, así era usted, ¿no tiene miedo de recordarlo ahora? Se rió sin contestarme y raspaba los fósforos para encender la pipa. Es curiosa la Naturaleza, es caprichosa, en cierto sentido autónoma, ajustada a sus límites y sus posibilidades, pero de repente los salta, se olvida, se torna espantosamente loca y crea con saña a Baudelaire, teje y desteje con maldad los pulmones débiles de Mozart, arroja un puñado de frascos de botica y saca de entre sus trozos al infeliz, al magistralmente herido Nietzsche, imagina con religiosa maldad a Van Gogh y lo arroja a la neblina del norte, al sol del mediodía hasta que la sarcástica sagaz locura asoma sus facciones enrojadas entre los girasoles, y te sacó a ti ahora, Bobi. Eso me contó Horacio el ciego que le había dicho, para consolarlo, a Bobi. Bobi le contó que él era de una familia pobre. También Beethoven, le contestó brutalmente. Mi padre es un borracho, mi madre es una mujer débil, he ido poco a la escuela y en ella he recibido más golpes que lecciones, no he aprendido mucho las cosas escritas sobre el mundo, no es una cosa buena para nosotros los deformes. ¿Conoces al albatros?, le preguntó de repente el ciego. Bobi, sin contestarle, le preguntó a su vez si él amaba a los perros. El que yo tenía, le contó, se tendía a mis pies toda la tarde mientras escuchábamos solos, él y yo, en la gran casa, música, así nos dormíamos, así sentíamos llegar la noche, hasta que volvía Juanito del trabajo, susurró con dulzura el ciego. Ahora está allá, a un metro de tierra, bajo los castaños, al fondo de la quinta. Bobi le dijo que él también amaba mucho a los perros, que les tenía mucha piedad y lástima, pero que no era co-

rrespondido, que los perros lo miraban con sorpresa, lo olfateaban con desconfianza y después se iban corriendo, aullando con verdadero terror. Al verlos huir así, él también se sentía aterrorizado. Sin embargo, dijo, no podía soportar ver a un perro encadenado, siempre, desde niño, había sentido horror a las cadenas, a los bozales que mantienen incomunicados a los perros en los patios enormes y fríos de las casas señoriales, en los corrales de las parcelas, en los túneles de las fábricas, y le dijo a Horacio, vagamente me lo repitió éste, que cualquier día se fugaría hacia los barrios, sin armas, sin más ropa que la que llevaba puesta, sin cinturones, sin palos, para no darles miedo, y soltaría a todos los perros que divisara encerrados y encadenados tras las rejas. Le contesté que ese vago deseo que Bobi le había participado lo había estado cumpliendo seguramente porque ya había sido llevado herido, en calidad de detenido, a la comisaría una vez y otra, y tal vez tres veces, ya no recordaba yo, le había encontrado sangre en las manos cuando al llegar a la casa lo veía dormido a los pies de la cama. Horacio le había preguntado por qué si sabía que los perros le tenían miedo y desconfianza, podría decirse que odio, él deseaba libertarlos, le preguntó finalmente si no tenía miedo. Le contestó que sí, que tenía miedo, pero que eso, precisamente, era lo que le daba valor a lo que él quería hacer, aun más, que no lo haría si supiera que los perros no lo iban a atacar, agregando que no perdía la esperanza de que, alguna noche, un perro desconocido, un gran danés, un pastor alemán grandioso y feroz, lo descubriera a él, a Bobi, tal como era, como él sentía que era, decía que tenía fe en el olfato de los perros, en el aguzado oído de ellos, y agregaba, riéndose extrañamente, respirando fuerte, que en eso él se parecía a ellos, que estaba en eso más cerca de los perros que lo que los mismos perros, o su padre o el profesor Bonilla, hubieran sospechado. Dijo que si lo mordían los perros al día siguiente vendría a mostrarle las heridas. ¡Te las tendré que tocar, Bobi!, contestó Horacio sonriendo con humildad y

ahora con un poco de melancolía. Me dijo que hubiera dado la mitad de su biblioteca por poder mirar en ese momento a ese admirable muchacho y en seguida se puso huraño al preguntarme con sospecha: ¿Por qué no ha venido? Hace varios días que no viene Bobi a casa. ¿No lo han herido los perros? ¿No estará sangrante y desfigurado allá en el barrio donde usted lo tiene? Le contesté que no, que hasta anoche Bobi estaba completamente sano y vivo, por lo menos que en la comisaría sospechaban que él estaba haciendo extrañas y peligrosas excursiones a las quintas de la avenida Costanera, pero que yo no creía lo que el teniente decía y menos temía sus amenazas, que en esos momentos Bobi debía estarse divirtiendo mucho al otro lado de la ciudad, usted sabe, el desfile de disfrazados, Horacio, y que conversaría con él cuando lo viera en la noche, porque a mí lo que principalmente me interesaba era la seguridad del niño, la felicidad y tranquilidad de su mente, que si deseaba venirse a vivir con él, con Horacio y los demás ciegos, yo no sería un inconveniente para ello y si era verdad que no me alegraría, me consolaría saber que estaba en un medio en el cual no sería herido por las miradas de la gente. Error, dijo el ciego con voz lejana, con voz neutra, casi fría, creo que el muchacho no debe ser depositado entre nosotros, nosotros somos armas melladas, carne inocua que ha sido retirada de la circulación, cuerpo sin ojos no es cuerpo, no, no, es preferible que Bobi desaparezca entre el mundo de ojos vivientes y no que desfallezca entero pero inútil entre estas paredes de córneas frías y muertas. Ahora está en ese mundo, todo el mundo lo mira, no sólo le mira las patas de perro, Horacio, sino también la cara, la auténtica cara, su madre le hizo una hermosa máscara de mastín fiero y vengador, creo que a Bobi le gustaría que ésa fuera su verdadera cara, dije pensativo. Sí, dijo el ciego, eso es bueno, y sus palabras parecían también estar traspasadas por los mismos tristes pensamientos. Lo invité a irnos juntos caminando bajo los árboles, pero el ciego me dijo que prefe-

ría quedarse ahí, sumido en la fresca brisa de la tarde, que tal vez Bobi pasaría por el parque antes de que saliera la luna y que seguramente tendría la bondad de acompañarlo hasta la casa. Le dije buenas noches. Horacio no me contestó. Me fui caminando, tomé un tranvía, me adormecía de dulzura y de cansancio, pasaba el tranvía a través de mucha gente, gente enfiestada y olvidada, sonaban ruidos alegres, carcajadas, voces, voces sueltas, chistes que se entreabrían, conversaciones amistosas que se entretejían entre los vestidos y los encajes, miradas, miradas intensamente negras, miradas verdes, miradas azules en las últimas luces de la plaza, pitidos de trenes, golpear de campanillas de tranvías delante de nosotros, detrás de nosotros, aviones arriba, en el calor, botas, botas de militares, de marineros, de bomberos, carabinas, caballos, hocicos lentos de caballos cabeceando en las esquinas, el tranvía se escapó deslizándose entre las luces y las sombras, hacía calor, tenía calor, ahí arriba los aviones, me dolía la cabeza, era curioso cómo había envejecido el ciego, pero no poniéndose visiblemente viejo sino sólo ceniciento, sólo un poco más duro y esparcido, sólo un poco más cínico dentro de su ropa holgada, la misma camisa de seda que usaba en la universidad pero ahora arrugada y descolorida, el mismo vestón de tweed amplio y confortable, exótico, un poco lejano y viajero, pero ahora deshilachado en las mangas y ribeteado de persistentes leves manchas, los mismos zapatos color arena moldeando el pie atlético, audaz, insolente, pero ahora gastados, derrotados, los tacones torcidos, el cuero quebrándose, abriéndose sobre los calcetines pulcros y fantásticos. Había sido siempre muy inteligente y muy egoísta, valiente, muy valiente, audaz, con una audacia suicida y tersa, heroica, al mismo tiempo segura de su fuerza y de su maldad, hacía versos, versos ceñidos y medidos, marmóreos, nada de sentimentales, un tanto soñadores pero conscientes, demasiado alertas, demasiado despiertos. La voz era la misma, calculadora y vaga, musical y cálida, un poco declamadora, con un dejo de

desconfianza en sí misma y en los otros, una voz que siempre lo estaba escrutando a uno, esperando en la garganta, lista para saltar como un felino. Me extrañaba que Bobi se hubiera acercado a ese ser egoísta, que le hubiera rogado lo llevara a vivir a esa casa de ojos secos, me extrañaba también, y me hería un poco, que no me hubiera dicho que se había encontrado con Horacio y que habían anudado una amistad en el punto donde yo había dejado trunca la mía. Amigos, no, no lo habíamos sido, yo admiraba su enorme capacidad intelectual demoledora, ese foco poderoso de su inteligencia que él arrendaba a los grandes consorcios periodísticos, despilfarrando torrencialmente una fuerza que clamaba por entregar una obra estética de profundidad y permanencia, pero él había preferido gastarse entre las máquinas de escribir del diario y las cinturas de las mujeres que finalmente lo abandonaron deshecho y ciego, caminando un poco de lado y encorvado, conservando sólo de su recia y corta juventud aquella cabeza inflamada de pelo corto alborotado y sedoso y aquella voz todavía sensual, todavía cruel, esa voz que era sus verdaderos ojos. Cuando el tumulto de la gente estaba en la misma plaza, en la bocacalle que enfrentaba a la escuela, desperté de mis pensamientos, veía pasar grupos de disfrazados, pierrots, colombinas, filibusteros, arlequines, dominoes, sentía el ruido insoportable de las cornetas, el olor de la alegría pobre, de la esperanza que se enfriará esta noche en la misma miseria sin horizonte, oí risas, risas inocentes, risas malvadas, risas temerosas, como enfermas, risas alegres oliendo a fruta, a agua fresca, flores, flores, serpentinas que cruzaban el aire asoleado del crepúsculo, y vendedores, vendedores de frutas, de bebidas, de helados, de papel picado, de chaya, de agua de colores, de máscaras y cucuruchos, y carabineros, carabineros, frente a la escuela había una buena tropa, me extrañaba ver las grupas de algunos caballos sacudiéndose levemente en el zaguán, más allá de la mampara, donde estaban el reloj y el piza-

rrón y donde a menudo yo esperé a Bobi, se escuchaban gritos, risas rotas, se entreabrían ojos, ojos desmesurados y espectrales, me bajé del tranvía, me sentía un poco enfermo, pero era el ruido, era el calor, además, la presencia del ciego me había hecho recordar malos tiempos ya felizmente idos, es curioso que Bobi no me haya dicho nada, murmuraba, pero por qué tantos caballos y tantos pacos, en el mismo zaguán, hace frío ahí, sí, ahí me resfrié aquella tarde cuando lo esperé inútilmente, ¿por qué inútilmente, qué quieres decir, qué me quiso decir el ciego?, y los disfrazados corrían, se arrastraban los humos, era el agradable humo de la bencina, frente a la casa del ciego hay una estación de servicio, se sentía el ruido de la ambulancia, el conocido ruido de la ambulancia, su bocina lúgubre derramando tristeza y miedo y presentimientos por las calles enfiestadas del suburbio, se detuvo frente a la iglesia, pero no, no se detuvo, no se detenía, se estaba yendo, recién se estaba yendo, la gente estaba pálida, muchos disfrazados se habían sacado las máscaras para mostrar los rostros blancos asustados, se hundía su carne entre las sedas y los botones dorados y las campanitas minúsculas y ahí se estaban gritando, gritando en voz baja, más aterrorizada por lo mismo, porque ahora que ya se había ido la ambulancia, ahora ya lo traían, no caminando sino arrastrando, no porque se resistiera, no, porque no podía caminar, porque estaba desmayado, me parecía que ahora estaba más pequeño y más delgado, recién me parecía que hacía años que no lo veía, el pecho estrecho, adelgazándose, escondiéndose, huyendo de algún modo hacia alguna parte, la cabeza tronchada, de dormido o de borracho, el pelo revuelto, enfiestadamente revuelto, y las manos luciendo hermosas, pálidas, distinguidas, una apretando una flauta, la otra sosteniendo todavía la máscara, la hermosa máscara de perro, ahora pateada y pisoteada, ahora con manchas de sangre, pero todavía fiera, todavía libremente fiera y orgullosa, yo miré las manos, no tenían sangre, no tenían nada de sangre y me acordaba de la otra

noche, cuando de repente sentí la necesidad de encender los fósforos y se las miré, pero no, ahora estaban sin sangre, la sangre la tenía en realidad en el rostro o tal vez en la cabeza y quizás en las piernas, en los mismos brazos que yo veía grotescamente encadenados, por eso no caminaba con soltura, por eso parecía su andar pesado, por eso me parecía tan flaco, tan rematadamente flaco, por eso parecía desmayado, sí, dije, sí, las cadenas, el hierro, la extremada delgadez de su cuerpo, todo, todo eso se lo impide, no lo empujaban, lo iban arrastrando, venían arrastrándolo desde el fondo del patio, por el medio del patio, barriendo con él el ripio, de manera de hacer el camino más corto hasta la reja, de manera de levantar toda la tierra posible y así poder borrar un poco la figura de Bobi, pero sus piernas resaltaban nítidas en la tierra, unas piernas cuidadas, briosas, ajenas a ese bullicio y ese escándalo y ese silencio que se vertía desde la cabeza de Bobi y que goteaba de la flauta y de la máscara, encadenado, verdaderamente está encadenado y es él, y es ahora el sábado y me dijo que se quería disfrazar, murmuraba para mí, no angustiado, no entristecido, porque eso, todo eso parecía que yo ya lo conocía, sino extrañado solamente, extrañado de que, sin embargo, Bobi quisiera irse a vivir a la gran casa abandonada de Horacio el ciego, y el profesor le dijo que no sólo tenía el derecho de disfrazarse sino que él diría que ésa era precisamente su obligación, pero ¿dónde estaba el profesor, dónde estaban los compañeros de Bobi, aquel muchacho que me siguiera la otra tarde? ¿Cuántos días habían transcurrido desde entonces? Cuando se abrió la puerta del carro y echaron dentro a Bobi, entonces estaba yo cerca de eso, pude mirar las cadenas, vi como colgaban hacia afuera y por eso no podían cerrar de inmediato la puerta los hombres, golpearon la puerta con las culatas, llameó el fierro, surgieron amenazas, palabras tristes, voces desoladas, olores desolados que cruzaban tristes y ateridos por lo alto, y el carro se movió, se puso de lado un poco y en ese súbito trecho de silencio sentí roncar a Bobi,

yo sólo lo sentí roncar ahí dentro, al otro lado de las maderas, y me parecía, sí, me parecía estar sintiendo nítido lo otro, eso otro, como me había parecido sentir en las noches, en otras noches lejanas y cercanas, aquel suave ruido, aquel rumor que surgía más del cielo, de las nubes, de los árboles, de los altos edificios dormidos que de su garganta, como una evaporación apenas perceptible, apenas evaporada, como cuando se levanta invisible la neblina o comienza a descender rodando la suave primera brisa, pero eran tal vez mis nervios, era seguramente el recuerdo de mi conversación con Horacio el ciego, lo que me hacía sentirme demasiado crédulo a los vagos estremecimientos que percibían mis oídos, además que había tanta gente, tantos rostros conocidos y desconocidos, tantas manos que se alzaban para saludarme o para señalarme, alguien gritaba mi nombre, alguien se abría paso para acercarse adonde yo estaba, se alzaba un poco de tierra, se tornaban hacia acá los caballos en el zaguán, allá en lo alto se veían rectos unos carabineros dorados, verdosos, como pudriéndose, sonaban las cadenas ahí dentro, como si sólo estuvieran las cadenas ahí dentro, nadie más, sólo ellas respirando fuerte, un poco tornándose pequeñitas y misteriosas y al mismo tiempo peligrosas y malvadas, sí, eso debía ser, no, no era lo otro, el murmullo que yo creyera haber oído antes, allá en la casa, mientras Bobi dormía, flotando alrededor de su rostro, alargándolo, haciéndolo triste y sorprendido, cuando el carro se perdió a lo lejos empecé a moverme, a caminar a través de la noche, pues era sorprendente lo rápido que se había ocultado el sol, como si lo hubiera hecho a propósito. Yo miraba el cielo tenue y cercano, agradablemente tibio, inocente, ignorante, ignorante de las alegrías y de los sufrimientos, de la miseria y del esplendor, un cielo completamente indiferente, como vuelto de espaldas y que, sin embargo, a pesar de todo, parecía como una inmensa infinita mirada nada de plácida sino impregnada de ternura, de comprensión, una mirada por la que se arrastraban ahora aquellos ruidos,

aquellos susurros que me acompañaban desde hacía tantos días, que me acompañaban a mí y no a Bobi, que entraban a la casa cuando yo llegaba y no me esperaban, como creía yo, como temía yo que sucediera, cuando Bobi estaba dormido en sus jergones, suaves, quejumbrosos, interminables aullidos de perro que estaban palpitando en lo hondo del cielo claro, hundiéndose con suavidad en el horizonte que se iluminaba más antes de hundirse en las definitivas tinieblas. Caminé hacia la casa, no hacia la casa de los padres de Bobi, que estaba cerca, no hacia la casa del cura, que estaba ahí en la esquina, no, no deseaba escuchar llantos, quejas, lágrimas, no deseaba recibir palabras de consuelo y esperanza, deseaba escuchar a Bobi, deseaba ver a Bobi, no tenía necesidad de buscar para encontrarlo, en cierto modo él estaba seguro ahora. Claro que en la comisaría me dijeron que no lo tenían ahí, me vieron tan afligido que un hombre de rostro cruel y envejecido me permitió mirar en el calabozo, donde flotaba un ambiente sórdido, de licor, de fiesta, de cinismo, de tristeza, de inútil y remota venganza, ojos me miraban en lo oscuro, ojos duros, perversos, ojos desolados, ojos solos en el mundo flotando en esa lobreguez como estrellas, un canto se alzaba en la humedad como la triste luz de una vela, alguien rezaba, era extraño, pero alguien rezaba, alguien muy contrito, muy piadoso o muy asustado rezaba de un modo impresionante, señor mío Jesucristo dios y hombre verdadero... Huí a grandes trancos, sí, Bobi no estaba, estaba allá en el barrio donde el teniente, donde el amable y debilitado teniente, ¿cómo no se me había ocurrido antes? Recuerdo que cogí un automóvil, recuerdo que derrumbado en el interior del vehículo empecé a sacar papeles del bolsillo, buscando no recordaba qué, alguna dirección importante que ahora nos podía ser necesaria, el número de un teléfono influyente y vital, no, no recordaba, cuando le pasé el billete al hombre la puerta del coche se quedó abierta y así partió él y al hacerlo del interior volaban cartas, sobres, direcciones, teléfonos, timbres, palmadas, tocó la

bocina para advertírmelo, pero yo estaba agarrado ya a las manos del teniente que me esperaba en la puerta, con sus ojos francos llenos de risa, de bondadosa risa, me había esperado todo el verano, el largo otoño, suspirando hacia la calle, sacó unas revueltas cansadas carcajadas para acogerme, se agachó para dejarme pasar y me empujaba despacio por la espalda. Yo me sentía avergonzado, me sentía entristecido oliendo el olor a éter y a desinfectante, vi botellas, frascos de remedio, ampollas para inyecciones, botellas de licor, botellitas de desinfectante, de anestésico o de venenos, y ahí, ahí en medio de todo, una botella de leche, inocente y perdida, unas galletas brillando en su celofán, una frutera tapada con una servilleta. Sí, me dijo el teniente, sentado en su silla, hundido en ella como si me hubiera estado esperando desde la otra noche y no entrara recién conmigo desde la noche que estaba afuera. Me estaba mirando, me estaba contemplando para comprender hasta qué punto sería yo capaz de soportar su alegría, su tranquilidad, su poco deseo de hablar. Esperaba paciente, adivinando que no me convenía parecer airado o urgido, que todo había cambiado, todo, todo, todo ha cambiado, Bobi, me decía como si él me pudiera oír, pero Bobi no estaba ahí, yo creía que no estaba. El teniente estiró la mano y dio vuelta la luz de la lámpara. ¿Por qué diablos ahí no tenían luz eléctrica? Me parecía eso atroz, más siniestro, de alguna manera más perverso y más sádico. La luz trepó a la cara del teniente, se posesionaba de sus cabellos ondulados y adolescentes, los comenzaba a incendiar. El se inclinó un poco hacia mí como para que le pasara un poco de la oscuridad o de la frescura que me rodeaban, yo me recliné en el respaldo de la silla para que él no me sintiera temblar si de temblar de miedo o de espera se trataba. Sí, dijo por segunda vez y ahora echó una risa corta que se quedó detenida, helada en su bigote imberbe. ¿Sí?, pregunté como si estuviera en lo alto de la escalera y le dijera a él, que estaba allá abajo, cansado y trasnochado, que podía pasar porque su dormitorio estaba

listo. Oí mi voz. Yo estaba tranquilo, estaba completamente tranquilo. Parecía que todo eso no tenía nada que hacer con Bobi, parecía en cierta manera que Bobi no hubiera existido jamás, la parte dramática de Bobi, su porción animal que a él tantas contrariedades le estaba trayendo y a mí me producía tanta amargura inútil. Una hermosa herida, dijo el teniente echando sus dos manos sobre la mesa, como si tratara de extender en ella el mapa donde estaba dibujada la herida de que me hablaba. ¿Herida? ¿Dónde?, pregunté. En la garganta, por supuesto, contestó alegremente, como si estuviera siguiendo alguna conversación que hubiéramos dejado suspendida la noche antes, meses antes, cuando yo viajara a La Calera y Los Vilos en el último invierno, o como si me indicara que la apuesta la había ganado él, como lo había vaticinado mientras nos bebíamos las copitas de pisco y que, en consecuencia, debía pagarle los cinco mil pesos. Me miraba arrugándose de felicidad, poniéndose súbitamente viejo, con cara de vieja, de mujer embrutecida por los abortos y las trasnochadas. ¿Herido? ¿Bobi? El teniente empezó a reírse, dio vueltas la llave de la lámpara que se apagó y echó en seguida una gruesa llamarada roja y humosa, bajó la luz con suavidad y se atoró con una delgada risa, se puso de pie, se reía y paseaba a grandes pasos el cuarto, se agarró del cinturón de la guerrera y se reía balanceándose en él como en un columpio, bonita risa verdaderamente, afuera los carabineros se reían con unas risas humilladas y pobres, pobres, pobres, decía, ganan mucha menos plata, tienen muchas menos ocasiones de ser violentos, de ser decididamente violentos y alegres. Me volví en la silla para mirar al teniente. Era más bien delgado, no muy alto, con aspecto enfermizo, con aspecto del que dentro de algunos años estará allá al fondo de la avenida, bajo la tierra, bajo las rosas y los crisantemos, aplastado el pecho delgadito, sofocado por la guerrera y el cinturón de tierra, furioso porque no podrá toser. Se detuvo junto a la mesa, la agarró con su mano, con su sola mano derecha, y la

apretaba para romperla, para significarme que, no obstante parecer débil, era capaz de tener fuerza, mucha fuerza, estaba callado ahora, la risa lo había dejado solo y triste y como abandonado y en la peor miseria, se veía verdooso y mal alimentado, sí, estos niños de la ciudad nunca tomaban bastante leche, eso decían los diarios en tiempos del ciego, Horacio el ciego bebía whisky, conocía la leche, pero sólo bebía whisky, directamente de la botella, que apretaba con sus dientes de carnicero de orejas cortas y mirada lúbrica. Me invitó a ponerme de pie el teniente y al hacerlo yo parecía que la sala se quedaba más solitaria y más lúgubre y más temerosa ahora que el teniente no reía, ahora que nos íbamos, por el pasillo nos fuimos, por el pasillo iluminado por una luna que corría entre nubes, miré la luna, quise mirarla, pero el teniente me empujó con brutalidad, de una patada abrió hasta atrás la puerta y si no me agarré de un aro de hierro empotrado en la pared donde se ensuciaba la luna, caigo sobre Bobi. Estaba tendido en el suelo de tierra, echado de espaldas, con la cabeza afirmada contra el muro de cemento y las manos alzadas, una a cada lado y amarrada cada una por una cadena corta a un aro como el que me había sujetado en mi caída, las piernas extendidas yacían desmadejadas, sucias, mojadas con orina o agua y tal vez con un poco de sangre, había olor a humedad y parecía emerger humo de la ventanita que estaba arriba pegada al techo y por la cual caían trocitos de luna. Bobi tenía la cara rota, una herida le cruzaba desde el ojo izquierdo hasta la boca, por ella escurría un hilo de sangre y me mostraba los dientes en un amable gesto que me tenía reservado, no dormía, no lloraba, estaba con los ojos abiertos, un poco sorprendido de verme aparecer tan pronto, sorprendido, aun más, de verme ahí porque no esperaba que me permitieran verlo o tal vez no esperaba que todavía quisiera ir yo hasta donde él se encontraba. Me senté a su lado y le acaricié las piernas y las sentí vivas y tibias y al mismo tiempo potentes, al mismo tiempo como enojadas, escurridiza-

mente enfurecidas, como esperando, como aguardando su hora, su venganza. ¿Venganza contra quién, contra qué cosa? ¿Qué había sucedido? ¿Cómo podía saberlo sin preguntar a Bobi y sin recordar en él dolorosos episodios que seguramente deseaba y necesitaba olvidar? Le miré el pecho desnudo, tenía una larga desgarradura, hecha quizás al rozar con vidrios o con fierros, se habrá caído Bobi, habrá provocado algún accidente, me dije para tranquilizarme, pero ¿por qué está aquí? ¿Y por qué se reía el teniente? Era una risa que le correspondía, una risa que era completamente de él, de su persona, no de su uniforme ni de su oficio, de él mismo, de su boca desdeñosa y débil, de su pelo enfermizo, de sus hombros héticos, de su voz a medias falsa, a medias temerosa e histérica. Pero mientras se reía el teniente había dicho otra cosa en la cual yo no me había fijado, pero que recordaba nítidamente y que, al recordarla, me empezaba a dar miedo, no por Bobi sino por la risa del teniente, por esa risa que se había detenido de repente como si debiera pasar a otra pieza donde lo precisaban con urgencia, pero prometiéndome volver en seguida, dentro de un cuarto de hora, más feliz y más seguro de sí que nunca. Sí, el teniente había agregado algo, algo que dejó escurrir entre su risa descuidadamente, como para que yo no me fijara, como para que yo no me cuidara y dijera alguna cosa de peligro, como el que, yendo en el tren junto a alguien sospechoso, está seguro de que le ha tocado asiento al lado de un ladrón y para precaverse se cambia la billetera al otro lado de la ropa, pero después, inmediatamente después, sonriendo, sonriendo levemente, saca una moneda, una moneda de oro, recuerdo de familia, recuerdo de la revolución del 91, de los saqueos de las casas en la calle de las Claras, y la deja caer ostentósamente, descuidadamente, cristalinamente sobre el pasillo y en seguida se pone de pie y se va a los urinarios mirando el paisaje vertiginoso y otoñal. Así había hecho el teniente, se reía, se paseaba a grandes trancos y se reía, pero como sin darse cuenta, como si yo no debiera darme cuenta

de ello, había dicho esas palabras, dos palabras solas, que no correspondían a la conversación, pero que deberían corresponder después, mañana, pasado mañana, cuando llegue la denuncia al juzgado, cuando pase el parte con los detenidos a la cárcel. Me puse de pie y sacando un pañuelo empecé a enjugarle las lágrimas, ahora lloraba sin vergüenza, su pecho se estremecía con los sollozos y la herida se ponía tensa y enrojecía, la herida de la cara palpitaba entre la fiebre y las lágrimas y parecía como mirarme, lo dejaba llorar, sabía que se aliviaría, deseaba que se quedara dormido, no quería saber nada de lo que había ocurrido, él estaba ahí, estábamos los dos ahí, no lo dejaría, el teniente creía que yo era un cómplice de Bobi, no sabía yo de qué delitos, no sabía yo por consecuencia de qué denuncia que venía desde mucho tiempo antes hacia nosotros, que nos venía siguiendo desde antes que decidiéramos cambiar de casa, como si ya se hubiera conformado la acusación y estuviera todo listo, esperándonos, y se supiera, sin lugar a dudas, que era en ese barrio donde Bobi sería detenido por los carabineros y llevado por segunda vez a presencia del teniente, que había declarado conocerlo, que había pedido se lo enviaran porque había denuncias pendientes en su contra y él ya desde días antes había ordenado lo trajeran detenido y vigilado desde su domicilio. Sin embargo, no parecía enojado el teniente, me repetía asustado, escuchando su risa, pero mirando sus palabras, esas dos palabras que ahora me sonaban sinietras en los oídos y las cuales encerraban un significado que no comprendía pero que presentía malo para Bobi. Le pasé el pañuelo para que se sonara y entonces, sí, entonces él me sonrió con agradecimiento y me mostró sus bellos dientes parejos, robustos, llenos de fuerza y de salud. El teniente los había mirado, los había admirado como yo y había dicho, recordándolos mientras se reía: ¡Magníficos dientes!, pero no era una exclamación de alabanza o de admiración, no, no era eso, era más bien una frase amenazadora, llena de implicaciones delictuosas y de agra-

vantes, era como si hubiera dicho: ¡Magnífico revólver! ¡Estupendo asesino! Por eso se reía, por eso se reía, por eso estaba contento, él creía algo que yo no conocía, él estaba seguro de algo que yo no conocía, especialmente porque al bajarme del tranvía ya se iba la ambulancia, ya traían a Bobi por el medio del patio. ¿Por qué había dicho eso el teniente? ¿De qué estaba seguro? ¿Qué era lo que había ocurrido? Sólo Bobi me lo podría decir, yo lo miraba deseoso de que él empezara a hablar, pero estaba tan afligido, lo veía deshecho y sangrante, fatigado, enflaquecido, lo habían golpeado, seguramente lo habían arrastrado por el suelo desde mucho rato antes, lo habían pateado, acaricié sus manos, sus dos manos, y él hizo un gesto que yo conocía, me quería abrazar, como lo hacía cada mañana al separarnos cuando él partía a la escuela, mientras yo le decía: Buena suerte, Bobi, cuídate, Bobi, pero ahora no podía hacerlo, sus manos estaban encadenadas, clavadas a la pared, una a un lado, la otra al otro, los pies los tenía sueltos, pero era Bobi el afligido, él no, el otro no, parecía aguardar, atisbar hacia la puerta esperando que entrara el teniente, esperando con paciencia, sin respirar, sin dormirse, que entrara la risa del teniente para saltarle a la garganta. Quise decírselo a Bobi para hacerlo reír, le señalé las piernas, las patas de perro, tendidas desde su cintura, pero no cansadas, no vejadas, no abrumadas, parecían más bien ofendidas, rabiosas, listas a cruzarse frente a la puerta cuando ésta se abriera. Bobi, le dije sonriendo, mostrando sus piernas, mira, parece despierto, más despierto y robusto que tú y que yo, ¿no crees que él está ahora contigo? ¡Yo diría que está en tensión, esperando que el teniente entre para saltarle a la garganta! Bobi dio un grito y se desmayó. Después sabría yo por qué.

NO RECUERDO si grité, si golpeé la puerta llamando, pidiendo auxilio o agua, sólo recuerdo que la puerta se abrió, que se asomó un carabinero esgrimiendo unas cuerdas o una escoba o un balde vacío con unas escobillas dentro, después el teniente, con su aspecto atemorizado, tímido, con ese aspecto de la persona que no está en su casa, que no procede como procedería si estuviera en ella realmente, sin este espantoso uniforme, sin estos horribles cuartos húmedos, sin estas bestias bestialmente uniformadas, embutidas en cueros, en correas, en presillas, chapas y respiraciones, sin esos borrachos que resuenan con suavidad, con brusca suavidad por los rincones, sin este sol mortecino, fugitivo, fusilado que se descuelga por la pared de adobes, ¿esa pared de adobes no le da ganas de llorar? ¿Entiende, me entiende? Me miraba para decirme eso. ¿Entiende? Lo decía como pidiendo algo, como si no tuviera otra palabra con la cual pedir socorro, ayuda, comprensión, un poco de comfortable compañía, un par de zapatos rebajados, un pantalón simplemente civil, una corbata inocentona, de pije, de ciudadano, de ser humano. Respiraba hondo para que lo comprendiera, para que yo, especialmente, considerara con amplitud, con generosidad y criterio y filosofía lo ocurrido. Se inclinó hacia Bobi, se inclinó demasiado, queriendo significar con ello lo extraño que era él, a pesar de ser el teniente de la tenencia, especialmente porque lo era, a todo el mal que le estaba ocurriendo, o que pudiera estarle ocurriendo al muchacho.

Volcado sobre sus manos me miraba en un gesto susurrado y servicial, sentí cómo sonaban las cadenas, las vi colgando en los brazos debilitados y desangrados, humillados, acorralados del teniente, y al hacerlo, Bobi abrió los ojos, unos ojos nuevos pero cansados, no sorprendidos, no asustados, sólo cansados, me miró, me sonrió, no miraba al teniente, me miraba sólo a mí y, más allá de donde yo estaba, miraba al vacío, sin mover la cabeza, dejándola un poco desfallecida hacia atrás, se miró las manos, una primero, la otra después, entonces se cruzó rápidamente de brazos como si al hacerlo protegiera no solamente sus manos, sino su pecho, todo su medio cuerpo derrumbado, y estuviera impidiendo para siempre que se lo volvieran a inmovilizar de aquel modo, y al mirarlo yo, sueltos los brazos ahora, pasajera y aliviado, lo vi mucho más entregado, más atado, más encadenado y condenado que nunca, no sabía por qué y me angustiaba. Había en el rostro de Bobi, en sus ojos profundos, en su pelo claro desmayado hacia las sienes, no un aspecto de conformidad, de aceptación, de reconocimiento de su maldad o de su culpa, no una confesión ni un renunciamiento a toda lucha, contra toda injusticia, no, sino más bien una especie de descubrimiento, de adivinación, de constatación a plena conciencia de que todo lo que ocurría, todo lo que le estaba ocurriendo desde hacía varios meses, y lo que quizás podría ocurrirle en los meses venideros, no eran una injusticia, una persecución, un proceso lento vejatorio, lentamente estudiado y calculado, sino más bien una consecuencia fatal, una especie de resultado aritmético arrojado por su cuerpo, al cual eran naturalmente ajenos no sólo sus padres, no sólo el profesor y el teniente, sino todo el mundo, la calle entera, el barrio, la ciudad y, por otra parte, mi afán de ayudarlo, de protegerlo, mis sucesivas tentativas, algunas realizadas, otras frustradas, otras en vías de realizarse y de fracasar, de cambiarlo de casa, de llevarlo a otro ambiente, entre otra gente, en algún pequeño pueblo provinciano, apartado y desinteresado, mis con-

versaciones con el Dr. Van Diest, con el padre Escudero, para ayudarlo, para salvarlo en definitiva, no lo ayudarían, no lo salvarían en absoluto, sino, más bien, indirectamente estaban corroborando y comprobando hasta la saciedad el resultado matemático arrojado siempre, cada vez que se planteaba el problema, por el cuerpo de Bobi. Por eso me angustiaba yo y más me angustiaba al mirar la cara afligida, atormentada, dramática del teniente, demasiado cariñoso, demasiado humildemente cariñoso, o más bien sorprendido, sorprendido de que estuviéramos ahí, en ese sitio, en ese cuarto, encerrados como conspiradores, y todavía escandalizado, horrorizado hasta las lágrimas de que se hubiera tenido corazón para encadenar de aquel modo al niño. ¿Qué edad tiene Bobi?, me preguntó, sentándose en un cajón de mercadería para recibir la terrible respuesta, y se dirigía sólo a mí, prescindía de Bobi, lo olvidaba no porque estuviera herido, sangrante o como adormecido, no, lo olvidaba porque Bobi no habría sido capaz de contestar, como no lo sería el brasero de cobre con tapa que había visto yo antiguamente en el salón de mi tía Concepción en la calle Maestranza o la silla de Viena en que me sentaba a estudiar la usucapión, a las tres de la tarde de cualquier día en mi cuarto con claraboya de la calle Copiapó. Le contesté que Bobi podría tener trece o ciento cincuenta años, según como fuera que se le mirara, según las porciones de su cuerpo o de su alma, las porciones de dolor o de alegría que agregara o quitara él para calcular su edad. Se sonrió con verdadera amargura y aflicción y tenía todavía las cadenas colgadas de las manos como si fuera a rezar un espantoso interminable feroz sanguinario rosario con ellas por el eterno descanso del cuerpo de Bobi por el eterno descanso de su alma porque la mitad de su cuerpo perecible vuelva de las tinieblas a completarlo en la luz porque su malvado diabólico compañero se evapore se disuelva en la noche negra y lo deje libre y liberado. Me mostraba las cadenas con lastimosa solicitud, con ordenada humillada solicitud, como si él fuera un buen

comerciante disfrazado de carabinero para mejor vender sus trastos viejos. No crea que estas cadenas las he comprado yo, ni tampoco el teniente Neira, ni el capitán Poblete, no son nuestras, no son de esta prefectura, de este agradable y tranquilo barrio, puede usted olerlas, palparlas con confianza y con desconfianza, les encontrará pegados otros ruidos, otros quejidos, otros estertores, voces de salteadores, clamores de hembras gloriosas de ojos grandes y grandes trenzas, risitas asustadas de cuatrerros, nosotros no encadenamos a nadie, nosotros no matamos ni martirizamos a nadie, por eso me he apresurado a quitárselas, he venido corriendo para hacerlo en cuanto supe que se las habían puesto. Se sonrió hacia la penumbra y sonreía con todos los dientes. ¿Quién te las puso, Bobi? ¿No he sido yo, verdad? Le mostraba sus manos, dejó las cadenas en el suelo para mostrarlas libres, temblaban un poco, sí, temblaban un poco. Se inclinó trágico hacia la penumbra. Estaba casi levemente enfebrecido o desesperado. ¿Fueron estas manos, fueron manos de esta comisaría, esta cara, estos ojos, los que viste cuando las bayonetas se inclinaban hacia ti? Caminó enojado hacia la penumbra. Bobi, mira, mírame bien, tú eres inteligente, tú recuerdas todo, tú lo adivinas todo, tú recuerdas lo sucedido perfectamente, todo, todo, todo, no estás fatigado, ni tan herido, no has perdido demasiada sangre, tienes sólo somnolencia, un poco de temor fundado, legítima desconfianza, dime, Bobi, dímelo, cuando estabas ahí dentro y te acercaron el cuchillo, ¿a quién viste? Estas cadenas, ¿dónde estaban, en qué manos en qué gritos y obscenidades? ¡Por Dios, por tu Dios, dímelo, Bobi! Parecía muy afligido, realmente, pero yo no lo escuchaba, no miraba su triste frente surcada, sus ojos verdes, impersonales y fríos, como uva verde, no, no lo vi, sólo veía a Bobi sollozando sin consuelo, mirándome con timidez, pidiéndome que lo disculpara, no a él sino al teniente y pidiéndome disculpas de que yo no supiera nada y de que, en cambio, el teniente lo supiera todo. Ahí dentro, estuvo ahí dentro, dentro de

alguna cosa de alguna caja de algún mueble de alguna vitrina. ¿De una vitrina? Me acerqué rápidamente a Bobi y lo cogí por los hombros, como si quisiera quitarlo, sacarlo de ahí, el teniente a mi lado respiraba y lo cogía por las piernas, me pasó el pañuelo para que yo limpiara la cara de Bobi, no está muerto todavía, todavía no lo han roto totalmente, murmuré para mí, el pañuelo se me cayó al suelo, extraje el mío y se lo pasé a Bobi. Lloraba suelto y respiró con tranquilidad, alzó un poco las rodillas hacia su estómago, yo puse mi mano en su pierna, sentía en mis dedos el áspero rozar de los largos pelos rubios, el teniente estaba hundido en la pared. Bobi me miró con reproche. ¡Nunca me has dicho si yo podría casarme! Nos quedamos callados. Bobi me miraba urgiéndome una respuesta, la única que le interesaba ahora, yo no sabía por qué, hacia la pared se tendía la risa del teniente, reptaba viscosa entre el adobe, impregnándose él mismo en el barro húmedo, del barro venían vaharadas mucilaginosas de calor. Bailé, me dijo Bobi, bailé realmente, con la Silvia, la Enriqueta, la Matilde, bailamos mucho, teníamos el calor en la cara, el sol en los labios, la música nos movía los pies, yo me cogía de sus cinturas, ellas se tornaban pálidas y pensativas, la Silvia me dijo que bailaba muy bien, que por qué nunca salía de noche, que en la noche brillan los bailes al final de la calle. Suspiró, se sonreía, pálido, estaba feliz y olvidado, comenzó a silbar suavemente, me puse de pie y caminé unos pasos, el teniente se movió y salió dando trancos, sonaban sus espolines, abrí un poco la puerta para mirar cómo sus botas descendían hacia la calle, junté la puerta con avaricia, me sentía tranquilo, me sentía casi totalmente tranquilo, por ese cuarto húmedo que olía a cuadra, a gritos, quejidos, cadenas, había pasado ahora un leve y acuoso rumor de fiesta, un revolver de anhelados suspiros, susurros de esperanza y anhelo. Bobi estaba completamente sentado, cruzados los brazos desmayadamente, como listo para desliarlos cuando se acercara otra cintura. ¡Sería bonita la vida!, dijo suspirando. Me

miró serio, un poco amodorrado, me mostró la pierna herida, la alzó en su mano para que la mirara, sí, había sangre en ella, un largo trazo de sangre, un poco de tierra adherida, me torné a mirar. De todos modos, no habría podido seguir bailando, me explicó. El profesor le envió a decir que no siguiera bailando, es decir, él mismo atravesó por el pasadizo hacia las luces y le rogó que fuera hasta la sala de clases. Bobi me aseguró que realmente ésas habían sido sus palabras. Le rogó que caminara hasta la sala, lo esperó y se fueron juntos. Ahí estaba la gente reunida, sentada en las mismas bancas de clases, miraban hacia arriba, se aburrían. Por eso el profesor lo habría ido a buscar. Vio que subía los peldaños y él se quedó abajo, esperando. El profesor habló pocas palabras, parecía embarazado, enfermo o apurado. Antes de comenzar a hablar señaló a Bobi. Este es Bobi, el famoso Bobi, dijo. Alzó ahora la voz y explicó que Bobi se había prestado amablemente a reunir fondos para las obras de beneficencia de la junta de adelanto escolar, que había solicitado, lo que era original y sorprendente, desde luego, que se le rifara, pues se despedía de su vida de estudiante para ingresar a un circo o a un jardín zoológico, que Bobi debía hacer algunas pruebas acrobáticas, que era un poco saltimbanqui y otro poco malabarista, que era un eximio bailarín, como acababan de verlo, y un exquisito prestidigitador, como lo verían en seguida, que como era muy despierto y apenas un adolescente, las pruebas que no sabía las aprendería rápidamente, que él, asesorado por las señoras de la junta, no había aceptado tamaño sacrificio de un muchacho tan solo y tan magnífico y que era menos, mucho menos, muchísimo menos, lo que se le pedía en estos momentos. Llamó a Bobi en voz alta, casi furioso, pero Bobi ya no estaba ahí, se había ido a la sala de clases y se había sentado en su pupitre, como siempre, con un aire de abandono y de pereza que se reflejaba en sus manos desfallecidas en la falda y en su máscara de perro que colgaba lánguida de una de sus orejas. Bobi miraba el patio lleno de luces y

de gentes y se sentía acobardado, admirado de que cinco minutos antes hubiera estado él, él, danzando gentilmente alrededor de una agradable perfumada vaporosa criatura, elevando sus manos con energía al ritmo del baile, adelantando su cara enmascarada y afiebrada hacia la boquita que le preguntaba que qué oficio pensaba seguir cuando saliera licenciado de la escuela. Cuando sintió que lo llamaban y que lo tornaban a llamar y que sonaban ahora algunos aplausos, se puso de pie, se colocó la máscara y caminó hacia afuera, fue aplaudido, en realidad el primero que lo aplaudió fue el profesor Bonilla, le dio la mano para que subiera sin peligro a la tarima, se la apretó con fuerza y Bobi comprendió que en ese momento se sellaba la definitiva paz entre él y el profesor y se acordó de las palabras que me dijera apenas algunos días antes. ¿Crees tú que es realmente malo el profesor? El profesor le rogó amablemente que entrara. Bobi entró. Entré con verdadero agrado, me dijo. ¿Por qué no lo había de hacer? El profesor acababa de estrecharle la mano y con eso lo había dejado comprometido para que entrara de todas maneras. Por lo demás, lo seguían aplaudiendo, esos pañuelos que se agitaban en el pasadizo, esos sombreros que se alzaban cerca de los urinarios eran para él, le estaban pidiendo que entrara, se lo pedían suplicantes, se lo habrían suplicado de viva voz, en frases temblorosas y completas, habrían sollozado las señoras de medias gruesas y sombreros pasados de moda si él no lo hubiera hecho al primer ruego. No tenía miedo. Entró, pues, y estaba contento, como agradecido, él no sabía por qué, pero realmente estaba agradecido. Me sonreía al decírmelo, con una sonrisa antigua y sana, una sonrisa de la noche antes si me hubiera contado cosas de su infancia y de sus sueños. Se quedó callado y pensativo, sus ojos me buscaban. Me preguntó con voz pausada si creía yo que los perros, los perros auténticos, no los perros vagabundos y sin alma, esos que trotan en los caminos y escarban en los basurales, sino los de casas señoriales, o los de casas pobres, perros

con hogar y con cariño, cuando se les compra una casa nueva, para ellos solos, esa casa que se instala en el jardín, bajo los rosales, o en el fondo de la huerta, junto a los naranjos, sentirían esa tranquilidad, esa alegría, ese reconocimiento que había sentido él, porque lo había sentido, me confesaba, cuando el profesor le dijo con voz firme, nada de autoritaria ni tirana, pero firme, tajante, definitiva, que entrara y él entró. No le contesté, recuerdo claramente que no le contesté, tampoco me afligió demasiado su pregunta sino que más bien me extrañaba y me daba la sensación de que Bobi se había alejado un poco, estaba a la distancia mirándome y hablándome y que ya no se acercaría. El profesor pidió que se callaran los aplausos, alzó las manos para aplastarlos. Todo el mundo se estuvo quieto y se quedó tieso en sus asientos, se escuchó el sonar de un pañuelo de narices, unas toses revolviéndose adentro de una cartera de señora que crujía con humildad, habló en voz baja un niño, parecía estar recitando unas quejas, en la cercana esquina sonaba el pitido de un carabinero y se notaba que por esa esquina ruidosa se escapaban imperceptibles hilos de silencio, pies misteriosos, vehículos que se deslizaban sobre el suelo blando. Bobi esperaba, se sentía incómodo, se sentía avergonzado más que sorprendido mirado por tantos ojos. Los ojos lo miraban directamente a la cara, no odiaba a los ojos ahora, ahí estaba entero él, de pie en la vitrina, todo su cuerpo, lo veían completamente, podían mirar sus piernas, sus patas de perro, cuidadas, peinadas, levemente perfumadas con un perfume silvestre por su madre antes de depedirlo. Pocas veces lo había besado. Esa había sido una de ellas. Le echó un beso desparramado por el hocico de la máscara que ella le había hecho, la máscara que él tenía puesta ahora, mirando agradecido a toda la gente. Casi amaba a esa gente, por lo menos esa noche empezaría a adorarlas y deseaba de algún modo demostrarles su agradecimiento. Sabía que particularmente nada tenía que agradecerle a nadie y, sin embargo, sentía una especie de culpa anticipada si no se

mostraba agradecido y pensaba, me lo advirtió, que quizás él sería rencoroso si no se mostraba sobradamente agradecido y si no era capaz de sufrir para demostrar ese agradecimiento. Por lo demás, tenía calor, mucho calor, casi se angustiaba, en un momento se llevó las manos al cuello de la camisa y se lo abrió para que le entrara un poco de aire fresco. El profesor Bonilla cogió el cuchillo de la mesa, una mesa cuadrada, más bien pequeña, forrada con una carpeta gruesa y granate y en la cual había flores en floreros, bandejas con dulces y galletas, chocolates en papel plateado, jarros con bebidas y trozos de hielo, ramitos de violetas y de margaritas sobre las servilletas. Un cuchillo, un simple cuchillo. ¿No era eso una fiesta, no era eso un baile? ¿No habría después de la rifa una kermesse, no treparía la orquesta entre las guirnaldas? Sí, las luces estaban encendidas, pero todavía la orquesta permanecía apagada, enterrados, sin gracia, sin elegancia, junto a sus instrumentos demasiado brillantes, los músicos del orfeón municipal. Este cuchillo..., dijo el profesor. Alguien bostezó largamente, se entreabrieron dos o tres bostezos por la orilla de la gente, una guagua empezó a llorar con denuedo, vociferó un hombre en voz baja, se rompió el ruido de unos zapatos, afuera pasó trotando un caballo, parecía trotar hacia el cuchillo. Este cuchillo..., dijo el profesor y se sonreía ahora con miedo, con verdadero miedo, dará comienzo a la kermesse, no se asusten ustedes, sean valientes, miren lo valiente que es Bobi, y se tornó hacia él y comenzó a aplaudirlo poniéndose el cuchillo entre los dientes y al momento estuvo gritando, se echó abajo de los peldaños y estaba chillando furioso, pero la gente no se levantaba y huía, la gente no se asustaba, estaba aplaudiendo, Bobi se tornaba pálido al decirme ahora y me advertía que la gente realmente aplaudía, y, lo que era más extraño, no aplaudían sólo al profesor, es decir no aplaudían de ninguna manera al profesor, lo aplaudían a él, a él, a Bobi, ahí dentro del armario. Respiró con ansias. El armario, todo de vidrios, estaba

abierto, no lo habían cerrado, no me habrían cerrado si me querían rifar. El comprendía que si se trataba de hacer una rifa perfectamente organizada, una rifa comercial y seria, deberían haberlo encerrado bajo llave, dejando la llave encima de la mesa, junto a la bandeja con pasteles y galletas o, más bien, entregándosela al cura o al alcalde, le extrañaba que no hubieran tomado esta determinación y se comprendía con picardía, adivinando la falsedad de todo ese teatro improvisado, pero de repente recordó que el profesor había advertido ya al público que las señoras organizadoras de la fiesta habían declinado gentilmente el ofrecimiento hecho por él, por Bobi, de que lo rifaran públicamente y de repente se asustó, se asustó porque el profesor lo había cogido furioso por la camisa y, remeciéndolo, lo hizo golpear contra las paredes de vidrio de la vitrina, tanto que Bobi pensó que las iba a romper y que después obligarían a su madre a pagarla con sesiones de lavado público en la pila de la fábrica y que a su padre lo volverían a expulsar de la fábrica, el profesor le dio una bofetada, dos bofetadas, chilló una señora, se alzaron unos aplausos en la primera fila, Bobi se quitó la máscara llorando y riendo, los aplausos le dieron una bestial confianza, el profesor le arrebató la máscara, la alzó para que la aplaudieran y después se la puso con cuidado, con paternal cuidado, levantó la mano y lo abofeteó y con la otra le lanzó una cuchillada y la máscara saltó como una tapa de resorte y Bobi sintió la sangre que le corría por la mejilla, en ese momento se encendieron las luces y empezó a redoblar el tambor de la orquesta, redoblaba lento y lúgubre, como llamando lentamente la atención, como pidiendo que tuvieran compasión y cuidado, Bobi se agachó un poco y el profesor lo empujó con toda la mano, sonaron hinchados los vidrios y cayó de espaldas y el profesor descendió casi con amorosa suavidad sobre él, sintió el respirar afligido, acobardado, angustiado de su cara, sintió el cuchillo sobre su pierna, metiéndose con precaución y miedo en ella, alzando los pelos, como buscando algo,

algo que se le había perdido y que no hallaba, Bobi tuvo miedo, verdadero miedo, le extrañaba que ahora no aplaudieran, la gente parecía hundida allá lejos, sólo el tambor sonaba alrededor del patio, parecía que iba caminando, acercándose o alejándose hacia la calle, si se va la música, pensó, me van a matar, y miró el rostro del profesor que lo atisbaba y lo trataba de bestia de asesino de monstruo depravado, Bobi sentía las palabras en voz alta casi como gritos en la radio y habría podido numerarlas, enumeración de cualidades distintivas en la clase de zoología, y se admiraba de que la gente no se diera cuenta de nada, que no se levantara y avanzara hacia ellos para socorrerlo o para socorrer al profesor, a él es al que deben acudir, pensó súbito fríamente y sentía cambiada su voz, su propia voz, como si fuera otro el que había hablado, como si lo hubieran obligado a él a decir esas palabras y él las dijera sin ganas, sin atreverse mucho, pero no pudiendo hacer otra cosa, se puso de pie y tuvo la sensación de que había crecido y de que era más robusto, la sangre que le corría por la cara le daba coraje, tenía la sensación de que la sangre lo estaba mirando, que le decía que si no lo hacía ahora no lo haría nunca, hazlo, hazlo, hazlo, le urgía, ahí está él, y hasta tiene miedo, no lo dejes que se vaya, no lo sueltes, el profesor estaba poniéndose de pie, déjalo que se pare totalmente, déjalo que empiece a respirar, ahora agáchate tú un poco, le dijo la sangre respira respira respira decía él con piedad, como rogando, y se sentía afligido y sentía que estaba pisando sobre un poco de agua, la gente estaba ahí amontonada, mirándolos, rodeando la mesa con pasteles y bebidas, hay trozos de hielo, trozos auténticos de hielo, se quejó su garganta y avanzó sobre el profesor, echó un sóllozo y estuvo pegado a su garganta, sus manos habían crecido, se habían puesto ágiles, nuevas, implacables, se hundían en la carne del profesor, en su pobre ropa, tiene ropa pobre, ropa vieja, se quejaba él mismo, humillado por el otro, y hundía su boca para oír la respiración, la hundía en su garganta para oír respirar,

para oír sus quejidos que se morían sin nacer en su garganta y se sentía triste, muy triste, precisamente porque la camisa era nueva y la corbata fina, pero sus ropas están gastadas y viejas, decía y sollozaba y su boca se hundía sollozando en la garganta del profesor y él sentía sus dientes, sus propios dientes asomarse a esa carne desamparada y sonreírse, se imaginaba que estaba de pie encima de ella mientras afuera, al lado afuera de la calle, entre los arbolitos brotados de la primavera, aullaban los perros, aullaban hacia la escuela, cuando sonó la bocina de la ambulancia se alejaron trotando hacia la línea del tren y aullaban todavía. Cuando tú llegaste a la escuela, acababan de llevarse al profesor, me dijo Bobi y en seguida: Dicen que fui yo. No se trataba de preguntarle nada, no era necesario preguntarle cosa alguna a Bobi, estaba ahí, lo habían traído encadenado, lo habían golpeado en el patio de la escuela, lo habían pateado, me dijo que recordaba perfectamente que lo dieron vueltas en el suelo empujándolo con las bayonetas o con los sables para separarlo del profesor y él sólo tenía un poco de sueño y mucha sed, no parecía demasiado asustado, tampoco demasiado admirado de todo aquello, le parecía normal, como le había parecido a la gente que estuvo aplaudiendo todo el tiempo, incluso después que vieron correr la sangre por la cara de Bobi, él sentía los aplausos, veía las manos que se agitaban, veía las sonrisas abochornadas bajo el sol y lloraba y también sentía un angustioso deseo de agradecer esos aplausos. Se decía también que ya no odiaba al profesor Bonilla, que jamás lo había odiado del todo, que cuando estuvo junto a él sentía su cuerpo tan aterrorizado y al mismo tiempo tan delgado, adelgazándose hacia la muerte, hacia la verdadera muerte, hacia la pobreza y el abandono, lo comprendía, comprendía palpando su ropa gastada, sus zapatos bien lustrados pero sudados y quebrados y le tenía lástima y en cierto modo sentía la necesidad de sufrir él, que era joven y robusto, y dejar al otro que lo hiciera sufrir, adivinaba que debía hacerlo, se separó finalmente de

él como si hubieran estado conversando en voz baja, pasándose susurros, trocitos de confidencias, recuerdos pesados que no deseaban oyera el público. Me preguntó si había preguntado yo por la salud del profesor, si había preguntado qué era realmente lo que tenía. Bobi, el profesor estaba borracho, tiene que haber estado borracho, sin duda alguna, dije sin valor y sin fuerza y Bobi se irguió un poco en el suelo. La rabia es como el vino, da coraje y pinta las cosas, dijo pensativo y no parecía acongojado, tampoco parecía deseoso de irse de donde estaba, no me había hecho ninguna pregunta sobre su encarcelamiento. En todo caso, pensaba yo, es sólo un niño, en todo caso fue atacado, en todo caso lo han estado martirizando desde muchos meses antes. Me tranquilizaba. Vino el teniente y nos trajo trozos de carne asada y unos vasos de leche. Es decir, la leche era para mí, la carne para Bobi, me pasó a mí los vasos y a Bobi la carne, en un plato de metal que dejó en el suelo. Como yo lo mirara, se inclinó hacia el plato, escogió un trozo de carne y comenzó a masticarlo. En todo caso, dijo, es mejor así, yo no sabía a qué se refería, llevó toda su mano al plato pero todavía no escogió más carne, tenía los dedos sobre ella, los paseaba sobre ella, como hacía Horacio cuando buscaba la pipa en la felpa del sillón. ¿Ha visto el médico a Bobi?, preguntó el teniente con dulzura. Bobi escogió un trozo de carne y comenzó a comerla; la mirada perdida, comía con detenimiento y con verdadera hambre, sin preocuparse de otra cosa, yo lo veía flaco y consumido, me admiraba de que sus piernas, a pesar de la herida que mostraba en una, se vieran tan bien cuidadas, alimentadas desde afuera, robustecidas por alguien o algo que no era Bobi, sí, cada vez parecían más ajenas a él mismo, no en cuanto pudieran ser distintas a él sino sólo independientes, como un hijo atlético resulta de un padre débil o una criatura de bella voz sale de una madre muda, sí, me parecía a veces que Bobi se estaba secando a cambio del florecer impetuoso de sus piernas. ¿Sería parecer mío, producto de todos los

acontecimientos sucedidos, o habría, en verdad, cierta base de verdad en mi creencia? Tenía también la impresión de que las piernas de Bobi estaban mucho más alertas y se veían más decididas que él mismo, parecían escuchar nuestra conversación y cuando el teniente, por ejemplo, se acercaba a ellas se tornaban imperceptiblemente duras y como un poco más oscuras, yo miraba en esos momentos la cara de Bobi y sólo veía una cara de niño abrumado por las desgracias, cansado físicamente, pero más moralmente, y no parecía odiar al teniente; en cambio, las piernas de Bobi parecían tenerle manifiesta animadversión, me extrañaba de que el teniente no se hubiera dado cuenta de ello, más aún me extrañaba de que Bobi tampoco se diera cuenta, me acababa de declarar que no odiaba al profesor Bonilla, que jamás lo había odiado, que le tenía más bien un poco de conmiseración porque adivinaba que vivía con evidente pobreza y en innegable soledad que él quería poblar con gritos y aspavientos, y no podría comprender yo, por consiguiente, que odiara al teniente, que, sin embargo de haberse portado cruel e injusto con nosotros, sobre todo con Bobi, ahora estaba solícito, afligido y aun obligado, lo que dejaba entrever, a hacer olvidar su feo comportamiento anterior. Ahora nos había traído algún alimento, antes había hecho venir a un practicante para que le hiciera curaciones a Bobi, veía yo los parches de tela emplástica pegados en la cara y la pierna desinfectada y vendada. Le estaba agradecido. Le pregunté si me podría llevar a Bobi a la casa. ¿Ahora, ahora mismo?, preguntó y en esa misma pregunta se denotaba su solicitud, porque no había dureza ni desconfianza en ella, sólo solicitud, sólo el deseo de enterarse vagamente si no sería prematuro mover al enfermo en circunstancias de que había perdido unas cuantas gotas de sangre y, sobre todo, cuando él había hecho preparar un buen cuarto donde podría pasar la jornada hasta el día siguiente. Además, dijo, ha llamado por teléfono el abogado Gándara para decir que vendría en seguida. Se sonrió al advertirme que

no me había avisado para que atendiera personalmente la comunicación porque me había visto tan preocupado en escuchar la relación de los sucesos que me hiciera Bobi. Se lo agradecí manifestándole, sin demostrar mayor admiración, que yo no había llamado al abogado Gándara ni a ningún otro, pero que en todo caso la oferta de aquél no sería desechada, especialmente porque con toda seguridad necesitaríamos abogado. Un buen abogado, desde luego, dijo el teniente. Teniente, dijo despacito Bobi, nosotros comemos la carne cruda. No se sonreía, estaba serio, no enojado, tampoco descomedido, sólo había hecho una observación que él consideraba necesaria, miré sus piernas y las vi alzadas otra vez, la pierna herida parecía no resentirse de la cuchillada que había recibido, no, parecía casi sana y recuperada, seguramente que al ponerse de pie Bobi cojearía, debía cojear durante muchos días, no había dudas, y eso hasta sería conveniente, pues si era citado al juzgado, si era examinado por los médicos, como yo pensaba pedirlo si el juez no lo consideraba necesario, era conveniente que la herida no hubiera sanado del todo, la herida de la pierna y la de la cara, y de repente me entraba la sospecha de que el teniente se había portado muy solícito y urgido de que se curara a Bobi, de que lo curara un practicante y no un médico, precisamente para eso, para que cuando fuera llamado a declarar no hubiera rastro de las heridas que, según nosotros y nuestro abogado, le habían sido infligidas con cuchillo. Al pensar en eso me sonreí, realmente yo me estaba poniendo demasiado desconfiado. Sí, Bobi, dijo el teniente, no olvidaré tus extraños gustos. Bobi se sonrió agradecido y yo tuve la impresión de que sus piernas, otra vez, se habían movido alertas, como para escuchar el significado verdadero de esas palabras, que yo había percibido nítidamente, pero Bobi no, y para llamar la atención del niño sobre ellas. Bobi, imprudentemente, agregó: No es necesario ser perro para comer la carne cruda, los alemanes suelen hacerlo desde hace siglos. Tendréis que buscaros testigos alemanes apresu-

radamente, dijo el teniente con sorna, verdaderamente molesto, comenzaba otra vez a malquerer a Bobi y me imaginé que de un momento a otro estaría gritando. Se fue, por felicidad, hacia afuera. Bobi estaba hablador, estaba peligrosamente hablador. Me puse de pie y me paré de espaldas a la puerta, apoyándome en ella. Cuando me mandaban a comprar al matadero, los carniceros me echaban trozos de carne, dijo Bobi, la primera vez era yo muy pequeño y creo que iba acompañado, tuve vergüenza o miedo, me puse a llorar, mi madre corrió apresurada y arrastrándome de la mano me sacó afuera. La sentí que lloraba, yo no comprendía mucho la causa de su llanto, yo había llorado, era verdad, pero lo mismo habría llorado una cebolla, un trozo de zapallo, no era por el pedazo de carne, era muy chico todavía. Empecé a darme cuenta de ello porque un día mi padre, que estaba borracho, me envió a comprar carne al matadero, me echó a empujones hacia la calle y me fui llorando, no me atrevía a entrar a la casa, no me había dado dinero para hacer la compra, pero no me atrevía a volver, sabía que me pegaría, le tenía verdadero terror a la hebilla de bronce de su cinturón, jamás se me olvidaba el olor del bronce metiéndoseme por los labios una vez que me los partió, de repente, mientras lloraba, me acordé de aquella vez en que había ido al matadero a comprar con mi madre, dejé de llorar, me sentía repentinamente tranquilo y atravesé la calle, entraría por la calle de San Francisco y saldría por Arturo Prat, miraría los canastos llenos de frutas, de verdura, miraría los conejos colgados, sangrantes y bellos al sol, sentiría el bullicioso y tamizado cloc-cloc de las gallinas enjauladas, el capitoso olor de pescados y mariscos, quizás pudiera coger alguna naranja al pasar ceñido a un mostrador, había olvidado ya a mi padre cuando un trozo de carne vino rodando a mis pies, no tuve miedo, me reí, me lo llevé a la boca y masqué un trocito, sentí aplausos, ya me aplaudían, entonces, no creas que no, eché el trozo de carne al bolso y vinieron otros por el aire, yo me agachaba, rojo de felici-

dad y de verdadera seguridad, y los hombres me llamaban, me silbaban, golpeaban con sus cuchillos el mármol para llamarme, uno me mostraba una gran sábana sanguinolenta, sentía miedo y asco, vergüenza y pudor de que supieran ellos que me gustaba comer carne cruda, pero mascaba sonriente mi trocito de pulpa y caminaba ligero hacia la calle, un trozo de carne me golpeó la espalda, me di vuelta rápidamente, lo recogí y torné a la casa con la bolsa bien llena. Eso fue malo, ¿no crees tú? Todos los sábados, cuando mi padre regresaba a las once de la mañana, ya estaba borracho y me estaba gritando que fuera a buscar carne al matadero, no me pegaba, ya no necesitaba pegarme, sabía el pánico que yo le tenía al cinturón, se abría el vestón y lo mostraba luciendo en su vientre o si tenía calor lo decía, decía que tenía un calor bárbaro, se desliaba el cinturón y lo dejaba estirado en la mesa, justo frente a mí, yo me escapaba al matadero, pasaba a través de los hules y de los ladrillos, miraba la sangre aguada chorreando por los lavabos, me quedaba mirando la cabeza desollada de un caballo y luego, luego, estaban lloviendo los trozos de carne a mis pies, ellos me dejaban cogérla, ellos no me exigían escoger sino un trocito y comerlo ahí, no me pedían más, ésa era mi contribución, después dejaban que llenara la bolsa y mientras lo hacía se estaban silenciosos mirándome, conocían a mi padre, sabían lo borracho y bruto que era conmigo, conocían a mi pobre madre, sabían que pasábamos necesidades, se reían un poco a mi costa, viéndome actuar como un verdadero niño y comer como un verdadero perro, pero no eran malos, me echaban carne, yo comía el primer trozo, entre risas me miraban mascarlo y después me dejaban recoger la otra carne para llevarla. Tú sabes, ellos tienen sus nombres colocados en los testers de sus tiendas, yo lo sabía y era agradecido y un sábado, por ejemplo, me instalaba en el mostrador de Munita a comer mi trozo de carne, pero al sábado siguiente estaba en el mostrador de Faúndez y al tercer sábado en el de Eyzaguirre, así todos se beneficia-

ban con mi presencia, pues yo era una novedad y acudían más compradores para mirarme, eran bondadosos conmigo y yo muy reconocido. Claro que cuando me tocaba comer la carne en el negocio de Mercurio, éste no dejaba que los otros se acercaran a mirarme comer, abría la puerta de su mostrador y me pasaba a su pequeño comedorcito, me sentaba en una silla, cogía el plato del perro, un perro lanudo, blanco y negro, más bien feo, y me echaba la carne en él, antes de hacerlo la había partido en trozos pequeños, de manera, decía él, que yo no perdiera tiempo en desgarrarla con los dientes y la fuera tragando metódicamente, con menos trabajo para mí y con más delicia y agrado para él. Yo no encontraba que él me estimara menos porque me echaba la comida en el plato de su perro, al contrario, adivinaba que eso era una muestra de alto aprecio y le estaba agradecido y trataba de demostrarle mi agradecimiento mascando la carne con todos mis dientes y tragándola con harto teatro. Ocurría a veces que la mujer de Mercurio estaba en el negocio y en cuanto me veía comer se cogía el ruedo del vestido y en seguida estaba llorando, me miraba primero la cara, después las piernas y lloraba sin consuelo. Mercurio amaba a su mujer y parecía que comprendía que a ella le hacía bien llorar viéndome comer, porque a veces no me daba la carne mientras ella no llegaba y sucedió que un sábado ella no apareció y entonces no me dio nada. Tenía el plato listo en la mesa, al alcance de mis miradas, y se asomaba a cada rato afuera del negocio, miraba la hora y me preguntaba si tenía muchos deseos de comer carne, yo hacía que sí porque tenía la boca llena de agua, pero ella no llegó y Mercurio no me dio la carne. Como me dijera que me fuera y no me iba, se puso furioso y me mostró el cuchillo para amenazarme. No me pegó porque escapé corriendo, pero en la casa sí que me pegó mi padre porque no había llevado nada. Mi madre lloraba en la pieza y yo me sentía inútil y fracasado, pues en la cocina hervía la olla esperando que yo llegara. Los sábados siguientes, cuando me correspondía ir a

comer la carne al negocio de Mercurio, me asomaba tímidamente al mostrador y empinándome le preguntaba humilde si aquella mañana iría al negocio su mujer. Entra y verás, decía como entristecido. Cruz Meneses sí que era un bruto. Ese me obligaba a comer todo en su presencia, me cogía la bolsa, la hacía un ovillo y se la echaba al bolsillo trasero del pantalón, me tiraba la carne al suelo y se tumbaba, abierto de piernas, para que me la comiera toda, yo comía tímidamente al principio, tratando de hacer ganas, pero después ya no podía, estaba asustado y harto, decía que no quería más, que por piedad me dejara ir, pero él no, come perro come perro come perro me obligaba a tragarme todo, pulpa y nervios y un día me obligó a roer un hueso hasta romperlo, me hice sangre, empecé a sollozar, tuve arcadas y vomité. Me dijo que era un sucio asqueroso y me echó a empujones, pero yo no lo veía enojado sino más bien preocupado, pesaroso, creo que me tenía lástima y que me obligaba a comer tanta carne para que de algún modo todo mi cuerpo, mi cuerpo entero, se transformara en un perro completo, en un verdadero mastín grandioso y fiero. Un día me preguntó si me gustaría ser perro, perro verdadero, yo empecé a comerme la carne, comía rápido, olvidándome, para no tener ascos ni vómitos. El me miraba triste. Si fueras perro sufrirías menos, decía, y estaba cada vez más triste. ¿Vas a la escuela?, me preguntó, ¿vas a la escuela? Tenía los ojos llenos de lágrimas. Aquella vez me permitió llevarme casi toda la carne y recuerdo que me regaló dos docenas de chorizos españoles para mi madre. Pero después se olvidaba de sus bondades y me obligaba a tragarme toda la carne y llamaba a Pinto el cojo y a Zárate el colorín, y los invitaba a que me vieran comer. Un sábado ellos apostaron que no me comería toda la carne, porque visiblemente estaba hastiado y temblaba de miedo y frío, pues hacía frío y amenazaba lluvia, hacia las diez había todavía mucha neblina y ahora, cerca del mediodía, soplaban un viento helado y bajaban las nubes hacia el mata-

dero. Cruz Meneses dijo que apostaran lo que quisieran. Yo veía, muerto de terror, los billetes rojos y plomos amontonarse en el mostrador, junto a la caja, se juntó mucha gente, no se reían, estaban callados, me veían pálido, cada vez más pálido, pronto vomité, Pinto el cojo y Zárate el colorín recogieron riendo corto los billetes y Cruz Meneses me dio dos bofetadas en el estómago llamándome estafador. Me fui llorando, esperando que los ganadores esperarían en la puerta y me darían algún dinero, pero no estaban y me fui llorando. Me afligía por mi madre más que por mí, no les tenía tanto miedo a los golpes de mi padre como a los ojos desencajados, desilusionados de mi madre, ella esperaba siempre que yo llegara con algo los días sábados, no me decía nada, pero me esperaba a veces en la puerta de la cocina y cuando veía que llevaba la bolsa llena se ponía feliz, empezaba a cantar y me decía que yo era un hijo milagroso, jamás, a pesar de todas nuestras necesidades, me pidió que fuera al matadero, ni siquiera me miraba cuando era día sábado, me ignoraba totalmente, la adivinaba afligida, sufría por fin, comprendía que era un bestial trabajo el que yo hacía pero no me decía nada, yo comprendía y me iba al matadero antes de que llegara mi padre. Pero lo curioso era que él, a veces, aunque yo había traído mucha carne, me golpeaba, sin embargo, decía que para que no me olvidara de mi obligación. Mi madre tenía la delicadeza de no servirme carne cuando yo regresaba del matadero, no me preguntaba nada, no sabía cómo la conseguía, adivinaba tal vez mis sufrimientos en mi palidez y en el temblor de mis manos y de mi barbilla y no me servía nada, lo hacía para que me olvidara del matadero y del extraño trabajo que en él hacía, y yo se lo agradecía porque estaba ya hastiado de carne y ni siquiera habría podido soportar su vista. Me iba a mi rincón y me tendía a descansar, a olvidarme, a soñar un poco en lo que podría hacer cuando fuera grande, sabía que no me moriría de hambre, harto caro me había costado demostrarme a mí mismo que mis

patas de perro podían proporcionar el sustento mío y el de mi madre, no pensaba en mi padre ni en mis hermanos, mi padre me odiaba y yo no lo quería, mis hermanos me tenían un distante respeto, me sentían distinto a ellos y me miraban con rencor y con profundo misterio, creían que las cosas que yo podía contener en mi cuerpo extraño eran fantásticas y sobrenaturales y cuando tornaba del matadero adivinaba sus ojos pendientes de mis piernas, las temían, las admiraban, me odiaban, sí, tal vez un poco, pero con envidia, con respetuosa envidia. Recuerdo algunas veces en que yo estaba tendido, adormilado después de haber vuelto con mi bolsa repleta, se asomaban por la puerta que había dejado entornada y miraban hacia donde yo estaba. Se susurraban que estaba dormido y entonces, como la pieza estaba a oscuras, iban a buscar fósforos y volvían con ellos y los encendían y me miraban. No hablaban ni cuchicheaban, sólo se limitaban a encender los fósforos y a mirarme las piernas en el breve relámpago de su luz, después se iban despacito y al cerrar la puerta se reían con sonrisa de complicidad y satisfacción porque habían podido mirar de cerca, de muy cerca, aquel par de portentos que eran mis piernas, que con sólo pasearse por los pasadizos húmedos del matadero veían llover comida a su lado. Un día me preguntaron directamente que cómo hacía yo para robarla, si la sustraía de los mostradores o la bajaba de los ganchos, les dije que no la robaba, como creían ellos o como les habría dicho mi padre, sino que la adquiría, que la compraba sin dinero, era verdad, pero que la sola presencia de mis patas de perro bastaba para que los carniceros me echaran trozos de asado, filetes, pulpa o costillares y que a veces, cuando eran las fiestas de setiembre o vísperas de la semana santa, eran generosos y me echaban, además, longanizas, alguna cabeza de cordero, unos riñones, unos sesos en hojas de parra; me miraron con la boca abierta y aquella tarde, cuando dormitaba en el rincón, los sentí abrir la puerta y apagarse entre susurros sus respiraciones, des-

pués sentí el raspar de los fósforos y aquella vez encendieron más luces que de costumbre, finalmente me tocaron con sus manos pequeñas y torpes, me tocaron furtivamente, como con miedo, como con respeto, y cuando se iban tropezaron en la oscuridad y cerraron la puerta con apresurado estrépito. No eran malos mis pobres hermanos, eran sólo inocentemente envidiosos, creían que era una desgracia para ellos que sólo yo tuviera patas de perro en la familia, han creído siempre que era una felicidad y un privilegio que las tuviera y me miraban a la distancia, como si yo fuera mago o millonario o estuviera en camino de serlo.

NO VINO aquel día, tampoco al día siguiente, no mandó recado, no llamó por teléfono, no hizo nada, era como si hubiera desaparecido, Gándara no estará en la ciudad, pensaba yo, sin desear mucho que viniera, pero en cierto modo esperanzado de que nos hubiera ofrecido sus servicios. Había hablado con el teniente, el teniente me había dado su recado telefónico, aquella noche, brillaban sus ojos de alegría o confianza cuando me transmitió eso y me pidió disculpas por no haberme llamado al teléfono para que hablara yo mismo con Gándara, pero ahora, el teniente también, se había quedado callado, no hablaba de la situación de Bobi, no decía nada, absolutamente nada sobre lo ocurrido en la escuela y sus posibles consecuencias; verdad es que tuvo dos días, con sus noches, a Bobi en la comisaría, pero decía a menudo, sonriendo con su sonrisa corta o tímida, que lo hacía más bien por consideraciones de hombre recién casado que pronto será padre que por motivos simplemente profesionales, lo decía ahí, en la ventana, sentado en ella o, más bien, derrumbado en un gesto de cansancio, de superficialidad o de ocultamiento, era atento, nos ofrecía bebidas, nos pasaba los diarios, me servía cigarrillos, que yo no aceptaba pero que aceptaba Bobi, Bobi se hundía en su camastro, en el suelo, siempre en el suelo, encendía el fósforo y pronto estaba envuelto en humo, más callado y más lejano que nunca, de repente se reía alegre, completamente olvidado, y hubo un momento en que, al contestar unas palabras galanas del te-

niente, se puso completamente de pie y dio unos pasos en su rincón y yo vi que cojeaba un poco, se sentó a fumar en silencio, mirando al teniente, como pidiéndole que diera una noticia mala o terrible. El teniente lo miró, prescindí de mí y le preguntó, acercándose a él, sin darle importancia, dejando las palabras apenas en la punta de sus labios, deseoso de que lo que iba a decir no tuviera ninguna importancia ni peligrosidad: Bobi, ¿hace tiempo que no ves al médico? Bobi fumó en silencio, vi sus labios apretarse en el cigarrillo y expulsar el humo como un insulto o quizás como una maldición, no lo vi nervioso, no me pareció que fuera aquélla la primera vez que el teniente le hacía esa pregunta, una pregunta como cualquiera otra, pero que desde otro punto de vista era completamente distinta. Bobi se puso de pie, cogió una silla y dándole la vuelta quedó sentado en ella apoyando la barba en el respaldo, en su mano el cigarrillo humeaba sólo para subrayar esa soledad y ese abatimiento. Sí, eso era, estaba abatido. ¿Cuándo tienen que examinarme?, preguntó y ahora su voz parecía más infantil y perseguida. Vendrán a buscarte, Bobi, pero ahora es mejor que te vayas a tu casa, como verás casi es mejor que haya ocurrido esto. El teniente parecía amargado, completamente derrumbado y deshecho, hubiera jurado yo que amaba a Bobi como a un hermano menor, pues el teniente era joven, parecía mucho más joven de lo que en realidad era, con ese aspecto insistentemente tuberculoso y hastiado. Bobi se puso de pie definitivamente y empezó a vestirse, tenía el cigarrillo entre los labios y él le daba un aspecto viril y serio, casi malvado o vengativo, en cambio sus manos delgadas y torpes, su rostro herido, que yo veía de lado, sus piernas, de pelo rubio y leonado, ligeramente blanquizco en la parte posterior, le daban un aire al mismo tiempo trágico e infantil, cojeando un poco, muy poco, y no mirando a ninguna parte, sólo al suelo, como si quisiera retenerlo en la memoria o empaquetarlo también para echarlo en las maletas. Traje anoche dos maletas, Bobi, pero no sabía que te irías

ahora, dije y estaba dando una explicación que no hacía falta y que, además, resultaba al revés, pues los dos, Bobi y el teniente, me miraron al mismo tiempo, casi se toparon sus miradas y juntas se clavaron en mi cara, sí, ellos pensaban eso, ellos pensaban, con bastante razón, por lo demás, que yo sabía que había orden de llevar a Bobi donde los médicos, yo sabía qué médicos y ellos lo sabían también, de ahí que no me sorprendiera y preguntara cuando el teniente se lo dijo, de ahí que a mí mismo no me sorprendiera tampoco y encontrara en cierto modo lógica la ausencia de Gándara, ¿no lo había dicho, incluso, en voz alta? Todavía me miraban, se veían apartes de mí, parecía que de repente se irían juntos, sin mirarme, echándome de sus vidas, ya que yo los desamparaba. Espero que no lo hayas pasado muy mal aquí, Bobi, dijo el teniente, espero que no vuelvas. Parecía emocionado, miraba a Bobi fijamente, con cariño, con mirada más que profesional, humana y familiar. Bobi se acercó y le dio la mano. Lo mal que lo he pasado, teniente, casi me parece un sueño y eso es bueno, dijo Bobi y se sonrojó, cogió las maletas y, al darse cuenta de que yo estaba ahí, dejó una en el suelo para que la recogiera y caminó delante. Salimos sin mirar a nadie, sin esperar al teniente para agradecerle, pero ¿qué había que agradecerle? Estábamos como aquellos condenados a muerte o a la deportación que se sienten emocionados de ver por última vez el rostro de su verdugo. El teniente lo había sido, aun no proponiéndoselo, aun no queriéndolo, pero su oficio, su diaria jornada de guarnición, le exigía unas tajadas de sufrimiento, de padecimiento, de lágrimas y sangre ajenas, se emocionaba ahora, seguramente, quizás tuviera un sollozo ahí por la garganta, pero Bobi y yo no podíamos estarle agradecidos, menos yo, que había vivido más, que había visto a la gente que hace de la desgracia ajena una profesión y que, si quiere cumplirla bien, desempeñarse de modo exacto para ir subiendo en la escala de ascensos que da la vida, debe, si le piden diez lágrimas, obtener ciento, si le exigen un pri-

sionero diario, dar dos y si sólo obtiene uno, darlo mutilado, enloquecido, convertido ya, con sus dolores y mutilaciones, en otra persona, en dos personas. Nos iríamos, nos iríamos de inmediato. Gracias, teniente, y veía su sonrisa inmóvil bajo su quepis corto, una sonrisa que se evaporaba al sol, que parecía estarnos ya aguardando, caminamos por la vereda, parecíamos que abandonábamos un hotel de campo, que íbamos saliendo de un aeródromo. Bobi, le dije, Bobi, tenemos que cambiarnos de casa, ¿no crees? ¡Te lo pedí hace muchos días, cuando estuvimos en aquel pueblito!, se quejó y su voz estaba quebrada, pero sus ojos se veían enteros, grandes, afiebrados, deslumbrados por la luz y acostumbrados ya, acostumbrados al sufrimiento. Sí, en su tono de voz había ese dejo de resignación de la persona que trata de salir de un sufrimiento y sabe que será sólo para ingresar a otro y éste es desconocido y aquél es terrible, parecía interminable pero ha terminado y ahora se está ahí, en la vereda, suelto en la vereda, caminando libremente pero sin estar de verdad libre, sino más prisionero que nunca, porque viene primero el temor y después el esbirro, viene primero el golpe y después el dolor, ese dolor que te empuja los gritos, los quejidos, las lágrimas y dices, susurras entre tus dientes mojados, ya, ahora sí, ahora viene, ahora llega, ya no te quejas, ya no puedo más, pero puedes todavía otro poco, todavía otro golpe, otra bofetada y otro grito, otra patada y otro grito, otro diente y otro quejido y un largo trago de sangre que te alivia y es como si te estuvieran dando una copita de agua, ofreciéndote una silla fresca, un poco de sombra en el sol, un poco de hielo en el calor, y no te caes, no te caes nunca, y si caes, si estás cayendo, todavía sientes, todavía oyes los golpes, los estremecimientos y las maldiciones y piensas, casi con ironía, ahí donde están los quejidos, ahí donde están esos temblores, ahí mismo, bajo ellos, como los escombros, como bajo la ceniza, ahí estoy yo, porque así le ocurría a Bobi, había sido golpeado y encadenado, me contaba una noche, por ejemplo, que

tenía la impresión, pero no se atrevía a preguntarle al teniente porque parecía tan atento, cariñoso y como temeroso o arrepentido, que creía haber tenido en sueños la impresión de que le golpeaban las manos mientras las tenía encadenadas, él las tenía empuñadas, como apretando el broche de la cadena, y sentía que se las abrían con dulzura, como si fuera su madre o la tía Rosalía la que estaba ahí, sentía la respiración, la respiración cuidada que lo miraba, le abrían la mano, un dedo tras otro, y alzaban el martillo, martillo creía él que era, y golpeaba encima, uno, dos golpes, él cerraba súbitamente los dedos, los cerraba con dificultad, pues le dolían atrocemente, se quejaba, se quejaba despacito, y entonces la respiración estaba encima de su otra mano, sentía las manos de su madre, si es mi tía Rosalía, y tenía miedo, tenía mucho miedo y despertaba sudando, la luz estaba encendida, una bujía eléctrica que descendía enorme hacia él y en esa lumbre, en esa claridad lechosa veía al teniente que le sonreía con bondad, el teniente olía a alcohol y a desinfectante, tenía un frasco en la mano y lo miraba anhelante, ansioso, temeroso quizás de que Bobi se estuviera agravando. Te estábamos haciendo curaciones, Bobi, dijo el teniente, mostrándole el parche nuevo que tenía en la cara y señalándole la larga herida de la pierna, que se veía limpia y desinfectada, en la pieza flotaba un aire lúgubre de hospital y de abandono y el otro hombre, un hombre de delantal blanco, con una estúpida cara entorpecida o viscosa, trataba de sonreírle. Bobi se sonrió y suspiró largamente, se sentía adormecido y fatigado, le dolían las manos, le dolían mucho, y no se atrevía a mirárselas, creía que era en el fondo una abyección desconfiar del teniente, que se veía pálido y enfermo, el teniente, por lo demás, y el otro hombre prescindían de sus manos, parecía que para ellos Bobi en aquel momento no tenía manos, aunque hablaban entre ellos de su cuerpo como si fuera un mueble que estuvieran restaurando para enviarlo a remate. Bobi se quedó pensativo y no dijo nada y el teniente, cuando se quedaron solos, le pidió que de

amigo a amigo le confesara cómo era que hacía para correr en las noches a libertar a los perros encadenados en las quintas del barrio alto. Sorprendido por la pregunta Bobi se sonrojó y sintió ahora más que nunca que le dolían las manos, pero no se atrevía a mirárselas, además, encontraba divertido ya, y no dramático, que lo tuvieran encadenado todavía, como si él fuera un viejo criminal curtido en las cárceles y gastado en las carreteras mientras huía de las balas y de los perros. ¿Perros?, dijo con indignación, ¡yo no he soltado a ningún perro, teniente! Una vez lo hiciste, dijo el teniente con voz dura y angosta, una voz por la cual no se habría podido deslizar Bobi si hubiera deseado huir sin ser visto; le miró los labios al teniente, era increíble lo terriblemente agudas, imperceptibles, que podía dejar las palabras el teniente, ¿cómo se llamaría, qué nombre tendrá el teniente?, se sonrió imaginando un nombre atroz, salvaje y al mismo tiempo triste, porque así era el teniente, ahora empuñaba las manos, ahora golpeaba una mano en la palma de la otra, ahora me va a golpear. Teniente, le dijo afligido, deseoso de que fuera su amigo, teniente, usted tiene que creerme, yo no he soltado ningún perro desde aquella vez en que me cogieron sus hombros. El teniente se estaba abofeteando una mano con la otra, no, no era malo, estaba tratando solamente de no ponerse furioso, después de todo, él conocía desde hacía dos largos meses a Bobi, como para ser viejos amigos, ¿no?, además Bobi no era un niño como los otros niños, en realidad, no es una persona como las demás personas, ¿no?, lo que pasa es que tiene muy mala suerte, su padre tiene fea reputación y es borracho y el profesor Bonilla lo odia y ahora me tiene aquí cruzado en el suelo él. Sin embargo, Bobi, dijo lentamente el teniente, ahora estaba echando las palabras, gota a gota, en medio de la soledad, estaban bocabajo, podría decirse, él y el teniente, inclinados sobre la soledad, un inmenso hierro ardiente ahí en el fondo, no muy abajo, y el teniente dejaba caer las palabras quemantes, una tras la otra y chirriaban las palabras que daba escalo-

fríos, sin embargo, Bobi, desde que tú estás aquí de pensionista en este rincón fiscal, ¿sabes, quieres saber una cosa?, y ahora le refregaba las palabras por el espinazo y por los sobacos para sacarle risas y lágrimas y unas gotitas acibarradas de verdad, eran ásperas las palabras, olían un poco a hojas de eucalipto y a hollejos de almendras, insípidas, insípidas, desagradables, pero tan reales, tan completas, ¿quieres saberla, Bobi?, los perros de las quintas de la avenida Costanera no salen por los portones abiertos ni se huyen de sus cadenas rotas, ¿qué me dices tú, Bobi?, ahora se había puesto chiquito, como de madera rubia y seca, se había puesto solo, completamente solo y verde, un verde tierno que daba risa, a clamar su soledad en medio del camino que sube hacia el norte y quiere que él lo acompañe, quiere que él, Bobi, le ayude a recoger esas palabras miserables y secas que tiene que ir a vender en una oficina grande, daba risa ese hombre enjuto con botones apretados y dorados, tiene miedo tras ellos, casi parece que está también encadenado como Bobi, lo único que más disimulado, lo único que menos resistente, más dado al llanto y a los clamores. ¡Digo que es una espantosa casualidad si es cierto!, dijo Bobi. El teniente tenía ahora las manos agarradas a los brazos de la silla, apretadas de modo horrible en ellas, no quería zafarse de ahí, no quería apartarse de su lado, que se quedara, pues, mi teniente. Se sonrió pero se sentía angustiado, lejanamente angustiado, tal vez sería hambre, tal vez sería bueno que el teniente le hiciera traer un poco de carne. Carne cruda, ¿verdad? Sí, cruda, dijo el teniente y se sonrió con pesadumbre y golpeó las manos como si estuviera en el teatro o en el mejor restaurante. Entonces era que Bobi había hablado en voz alta, entonces era que el teniente no era realmente malo. Como si estuviéramos en el mejor restaurante, gracias, teniente, dijo y estuvo a punto de preguntarle que cuándo le desatarían las manos, pero no lo preguntaría, menos ahora, no iba a estar pidiendo montones de cosas a cada rato, estaría para que el teniente se enfureciera con razón y me moliera a gol-

pes. Qué agradablemente bien se sentía, aun sin nadie, sin nadie que lo viniera a ver. Y hasta duermes en el suelo, como si estuvieras en tu casa, dijo el teniente, y le pasó el plato. ¿Sabes, Bobi, que aquí habrías tenido que dormir de pie, en medio de las baldosas, en medio del frío, en la propia oscuridad y que todavía suelen correr ratones por el suelo porque ya te olieron? No les temo a las ratas, no le temo a ningún animal, dijo Bobi pensativo y suspiró. Sólo que algunos no me quieren, pero yo los quiero a todos y realmente los comprendo muy bien, me gustan, he pasado años mirándolos caminar, comer, pelearse, o simplemente estar quietos, quietitos, tristes y asustados mirando la lejanía, por eso debe ser que me gusta dormir en el suelo, como ellos, dijo finalmente, mirando con simpatía sus propias piernas, que se iluminaban ahora, se alertaban, sabrían que estaban hablando de ellas. Sí, así tiene que ser, dijo el teniente. Todo eso me contaba Bobi mientras íbamos caminando en dirección a la casa y mientras hacíamos proyectos para buscar otra casa donde irnos a vivir. Los dos pensábamos que era realmente importante y urgente mudarnos de ese barrio limpio, claro y tranquilo al cual llegáramos con tantas ilusiones. No nos había aceptado, no nos había recibido, nos rechazaba, enviaba agentes, militares, abogados que nos persiguieran, que hiriendo a Bobi deshicieran nuestra sola y total tranquilidad. Sí, nos iríamos, nos iríamos rápidamente, no a Puente Alto, todavía no, no tan lejos, pero la próxima vez abandonaríamos para siempre la ciudad de Santiago y tal vez el país.

¡Yo les puedo ofrecer una buena casa!, dijo alguien sonriente detrás nuestro. Era Gándara, Gándara ceniciento y sonriente, demasiado sonriente, demasiado obsequioso en su ropa nueva, más bien holgada, evidentemente estaba enflaqueciendo, cogió una silla con resolución, como si le perteneciera y debiera llevársela, y sin sentarse en ella la hizo a un lado mirándola y se estrujaba las cejas enmarañadas. Una casa magnífica, totalmente amoblada, no del todo cara, calle Lira, segunda cuadra, ¿les parece? Miré a

Bobi, sonreía despectivo, incrédulo, se acordaba. Tenemos pocos muebles nosotros, tenemos pocos muebles nosotros, sólo algunos libros, revistas, papeles, cajas de corbatas, alguna ropa Bobi, algunos cuadros horribles que podemos regalar a los pacos, el gato desapareció en la última mudanza. ¿Noticias, Gándara? Y de repente, él poniendo un pie sobre la silla, para reconocerla, para significar que se quedaba con ella definitivamente, o que se quedaba con Bobi o con mi tranquilidad, abrió los brazos como si fuera a recoger las nubes que iban volando por las ventanas, dijo, es decir preguntó: ¿Tienen testigos?, pedía testigos para la legítima propiedad de la silla o para la legítima propiedad de la casa totalmente amoblada o de las diez primeras cuadras de la calle Lira o del gato desaparecido en la última mudanza, un gato de un ojo azul y del otro negro, un raro gato, nada de fino, un simple gatito chileno, amontonado y anónimo. ¿Testigos, testigos, para qué? Para él, dijo señalando a Bobi y pensando brutalmente en sus piernas, él necesitará siempre testigos como un enfermo del estómago píldoras. Me explicó que precisamente, por lo fácil que yo veía todo, por la facilidad con que nos había dejado venir el teniente, todo estaba grave y casi perdido, no habló del profesor Bonilla, no se refirió a él, ni siquiera dejó entrever o mencionó nada que se relacionara con lo ocurrido en la escuela unos días antes, se estuvo misterioso y sellado, callado para aquel tema, sólo dijo eso, que si el teniente había preguntado a Bobi directamente, sin considerarme a mí, sin pedir mi venia o mis disculpas, si alguna vez había sido examinado por los médicos, quería decir eso, eso mismo precisamente, que la acusación en contra de Bobi estaba muy avanzada, demasiado avanzada, que sólo faltaba que reventara cualquiera noche entre los pujos de la fiebre y empezara a brotar el pus primero y la sangre después, que él decía eso no para atemorizarnos, ni para sacar dinero, desde luego, aunque sería necesario dinero, mucho dinero, no quería ocultarlo tampoco, sino para que estuviéramos alerta y nos prepa-

ráramos un poco, como un moribundo que se peina, por lo menos, cuando va a venir el médico que dirá si lo operan o no lo operan y que se cambia camisa y calzoncillos, nuevos de ser posible, cuando ya llegó quejándose la ambulancia. Los testigos son fundamentales, hasta Dios los exige y seguramente el mismo Dios los necesita, dijo lúcido e indiferente, haciendo a un lado la silla y sentándose lejos de nosotros para no contagiarse de esa soledad de la cual él era el portador. No, no hay testigos, dije broncamente, sin preguntar para qué los quería, pero comprendiendo que serían necesarios para atestiguar muchas actuaciones y desvirtuar demasiados cargos, ¡pero la verdad hablará por mi boca y por boca de este pobre ser perseguido!, dije finalmente sin mirar a Bobi, sintiéndome triste, abatido, como si el ser perseguido, siendo Bobi, fuera yo al mismo tiempo. No es verdad eso, bramó feliz Gándara, y se rió con una risa seca, de ala corta y seca, la verdad habla sólo por boca de los otros, siempre por boca de los otros, ella es siempre una cosa que, siendo nuestra, no nos concierne, la verdad es siempre ajena, dijo desganado ahora, como si constatará un horrible hecho que lo empobrecía, como si constatará que no sólo no teníamos dinero sino que tampoco testigos, iluminándosele sus ojos corrompidos, ojos sin pestañas, con escuálidas pestañas quemadas en las mesas de bacará, me preguntó casi humilde si tenía algún dinero. Sí, le contesté que sí, que tenía plata ahorrada y que podría conseguir más en el banco si fuera necesario. Es magnífico, dijo, el dinero es siempre un testigo calificado, el mejor testigo, un testigo incorruptible, y se fue diciendo que volvería al día siguiente, antes de almuerzo, por el dinero; lo sentimos que golpeaba la puerta y que se hundía en el sol de la calle, casi inmediatamente tornó a entrar y nos arrojó unas llaves sobre la mesita de la entrada, las llaves cayeron al suelo.

Nos fuimos inmediatamente, ya que la casa estaba desocupada y además amoblada, Gándara no nos dijo que había prohibición de usar los muebles, yo no recordaba que

nos advirtiera que, si era verdad que estaba amoblada, los muebles no formaban parte del arriendo, de manera que casi antes de entrar al viejo zaguán, ya estábamos, Bobi y yo, quitando las fundas, lo hacíamos silenciosamente, ritualmente, poniendo mucho cuidado en ello, levantando los géneros y mirando las maderas brillantes y radiosas, las terminaciones de bronce, las perillas de cristal, los marcos señoriales opacados por la soledad y el abandono, los grandes cuadros de cacería que abarcaban las murellas, Bobi se quedaba extasiado mirando las lámparas, las irisaciones que echaban sus lágrimas cuando las encendía para mirarlas, se iba a otra pieza caminando en la oscuridad, yo apagaba la luz y lo miraba silencioso en medio de las tinieblas, no hablábamos mucho, sabíamos que no era necesario hablar, que nada ganaríamos haciéndolo, lo que había que hacer lo hacíamos, nos cambiábamos de casa, por ejemplo, vendíamos algunos maceteros con flores, alguna ropa vieja, viejos zapatos, cajones llenos de botellas de licor vacías, un ropero con espejo, un catre de bronce elevado y antiguo, un aparador de tres cuerpos con su gran espejo roto, ollas, tiestos, estantes de libros y nos alejábamos del teniente y eso era un alivio, no había sido del todo malo, no había sido del todo bueno y era posible, decía Bobi sonriendo con ironía, que no cambiáramos al teniente por otro teniente. Se portó muy atento cuando nos fuimos a despedir, estrechó con las dos manos la que yo le tendía y abrazó a Bobi, le dijo que le considerara como amigo y no como enemigo, no le miró las manos ni la herida de la cara y le dijo sonriendo misterioso, sólo para Bobi, que hacía muchas noches que los perros de las quintas dormían tranquilos, que ya no había más denuncias y que él esperaba que no las siguiera habiendo. No me gustó su modo de decirlo, era como si en realidad estuviera asegurando que él sabía positivamente que seguirían llegando quejas y amarguras a la comisaría relacionadas con los perros de las quintas del barrio alto y que, en consecuencia, le decía a Bobi que lo volvería

a ver, que Bobi lo volvería a ver a él, al teniente. No nos volvimos pero sabíamos que nos estaba mirando, quería de algún modo retenernos en su memoria, lo que consideraba yo innecesario, ya que habíamos ido, además de despedirnos, a darle nuestra nueva dirección. A los ladrones ofréceles tu dinero y a los bandidos tu carne, decía Gándara y en eso Gándara tenía razón. Por eso, explicaba él, era también agradable, aunque extraña, la oferta hecha por los comunistas acerca del muchacho. Querían que se lo prestara, como si fuera una bandera o un testimonio. No eran malos, eran violentos, con la violencia acumulada por la miseria, por el abandono, por la desvergüenza entronizada en la ciudad desde tiempos inmemoriales, los comunistas de algún modo industrializaban eso, lo administraban fríamente, implacablemente, aprovechando todas las grietas, todas las suturas, todos los resquebrajamiento, todos los matices de pudrición y de debilidad de la clase alta y de la clase baja para poner esa pólvora, formada por lágrimas y quejas, por duelos y dolencias, por asesinatos y depredaciones, por terremotos y matanzas, por epidemias y revoluciones y revueltas y motines y desfiles y huelgas, para poner esa pólvora formada con sustancia humana, con elementos de carne, huesos y sangre en las articulaciones del pueblo y hacerlo estallar. No eran malos, eran buenos, eran positivamente buenos, expertos, capaces, maestros calificados de la revolución, la preparaban firmemente, duramente como quien arma un mueble que ha de durar cientos de años. Por eso me hice comunista, decía Gándara, por eso mismo mi profesión es una profesión de comunistas, como la del médico, vivimos explotando, explotando científicamente, técnicamente, los sufrimientos humanos, no somos malos, no somos buenos, somos técnicos, por eso ellos tienen razón en pedirte prestado al muchacho, Bobi es un hecho para ellos, un hecho que ha ocurrido por algo, vale más que cien discursos y diez libros sobre la realidad económico-social de nuestro pueblo, por eso te lo piden prestado, porque les ahorrará

mucho trabajo, porque él, en sus piernas, ya lo tiene resumido, Dios, la Naturaleza, sea quien sea el que hizo al muchacho, tuvo una idea genial al crearlo, ellos se dan cuenta de su valor, del valor intrínseco de Bobi, y quieren lanzarlo a la pelea, lucirlo simplemente, mostrarlo en silencio, desfilan en silencio, sin banderas, sin discursos, sin fanfarria, porque todo esto, todo esto que es Bobi es mucho más elocuente que todos ellos, que sus grandes oradores, que sus altísimos poetas, que sus oscuros y despeinados prosistas, Bobi es el mejor poema, la mejor novela, el mejor discurso subversivo que se habrá escrito nunca y el que lo escribió es un grandísimo revolucionario, no les digan que no, no les digan bárbaramente que no, dejen pasar una noche, dos noches, piénsenlo con la luz del alba, a lo mejor les encuentran razón a ellos y el muchacho se convierte en un líder revolucionario sólo por presencia, les servirá a los rojos para lo que ellos quieren, señalar los males, poner el dedo en la llaga, ésa es la elocuencia de Bobi, eso es lo que hará Bobi por ellos, los comunistas no son la llaga, ellos ponen el dedo en la llaga infecta y hacen saltar el pus, eso es todo. Eso fue lo que nos dijo Gándara, dejándonos pensativos. Sobre todo a Bobi, quien se quedó además triste. Estuvo largo rato silencioso, sentado en el suelo, hojeando vagamente unas revistas, queriendo olvidar lo que acababa de oír, pero no podía hacerlo, estaba inquieto, se afirmaba en la pared y miraba al otro lado, a través de la puerta, un mueble todavía enfundado, estaba tratando de adivinar lo que sería, un piano, una mesa de billar. ¿No habrá sido por eso?, suspiró. Me quedó mirando, se levantó lentamente y se fue a echar más lejos, mirándome siempre, las revistas yacían en el suelo, Bobi las miraba y se estaba mordiendo los labios, se miró las manos, las tenía machucadas y heridas, como si se las hubiera apretado en alguna puerta, estaba pálido y flaco, sería bueno que saliéramos a comer alguna noche al centro, de noche, si él no quería que lo vieran, lo llevaría a comer un jugoso asado al restaurante de la Quinta, Bobi se sonreía

con timidez, algo avergonzado, sí, estaba flaco, parecía verdaderamente enfermo, cada vez más pálido, por lo demás, aquella vez perdió bastante sangre, ¿cuántos días habían transcurrido desde entonces? ¿Cuántos días de miedo y angustia e inútil espera? Todavía esperábamos, el teniente dijo que cualquier día le mandarían la citación o que, quizás, irían ellos mismos a buscar a Bobi, dijo que esperaríamos, que esperaríamos siempre, pocos o muchos días, que no podía decirnos más, que irían de todas maneras, que no creyéramos que no irían por fin y que eso era lo mejor para Bobi. Sí, tendré que cuidarlo, darle mejor comida, murmuraba para mí y él me miraba desde su rincón. ¿No crees que habrá sido por eso?, dijo. ¿Qué, Bobi? Lo que él dijo, el abogado, Gándara. ¿No crees tú que si eso es verdad, ahora sí que hay un fin, una explicación para que yo esté aquí sentado? Aunque ellos no quieren verme sentado sino caminando, simplemente, ésa es mi elocuencia, ésa es mi fuerza, ésa es la gravedad y la importancia de mi existencia, eso dijo, ¿verdad? Sí, Bobi, eso dijo, tuve que aceptar. Y entonces, ¿cómo saber si no es éste mi destino?, un destino nada de triste, no más triste que el que ahora tengo y mucho más importante, más peligroso y más conocido, de todas maneras me tomarán preso, dijo sonriendo con dulzura. Agregó que lo terrible era no saber, que él no lo pudiera adivinar y yo no se lo pudiera decir, y después se rió francamente. No, dijo, yo no puedo haber nacido para conductor de hombres sino de perros, ¿no crees? Mi marca de fábrica sería otra y no ésta, dijo acariciando sus piernas, si hubiera sido creado para hacer el revolucionario entre los hombres, además, dijo señalando hacia la ciudad, ellos no me quieren, ellos me rechazan, ellos han tratado de humillarme y de venderme barato, ellos me tienen preso un día y el otro también y tú sabes, además, a los revolucionarios los toman presos después y no antes, ¿qué clase de cuadro proletario sería yo si comienzo por el apéndice, cayéndome preso en la primera página?, pues eso es lo que me ha sucedido ¡y no

le voy a creer así no más a ese hocicón leguleyo que debes tú arrendarme o venderme a los comunistas porque para eso fue que me fabricaron! No, yo nací para ser conductor de perros, tal vez, para hacerles una revolución a ellos en contra de los hombres, al fin de cuentas los hombres los encadenan y los matan de hambre para que se tornen fieras paseándose en las noches por los jardines y las arboledas, a los hombres es a quienes deben odiar y no a mí, pero a mí tal vez no es que me odien sino que me desconocen, por eso huyen, por eso aúllan, es que están asustados, es decir intrigados, no me desconocen totalmente, pues comenzarían por echárseme encima y morderme, no, me huelen sospechosos, murmuran aullando suave, teniendo sus buenas dudas, algunos ha habido que me han dado el hocico en la mano, se me han apretado a las piernas y entonces, roce con roce, les salta la rareza, me miran profundo, enojados y ofendidos o más bien admirados, profundamente admirados, y se van aullando, muertos de desesperación y de fascinación, seguro que después de toparse conmigo los pobres no habrán podido dormir en toda la noche, lo malo es que no les he seguido viendo, cuando alguno me ha aullado patéticamente debí ser más vivo que él y estar frecuentándolo durante días y días hasta que me cogiera confianza y me cobrara amistad, hasta que viera que yo no era un disfrazado superficial ni un mentiroso, sino un ser verdadero como ellos, lo único que más desgraciado, lo único que con más mala suerte, pues que sólo soy la mitad de ellos y mitad de hombre, además, ¿no crees tú que es una buena mezcla, no crees tú que a lo mejor yo, que me creo tan abandonado y desamparado, tengo una fantasía y una gran realidad en mis patas de perro? ¿No crees tú? Sí, Bobi, le dije, a lo mejor el destino te ha enviado a esta tierra como un portador de noticias, de buenas y maravillosas noticias para los admirables perros, el animal de más alma, de más intuición, de más lealtad, de más constancia, de más habilidad que existe sobre la tierra, por algo, Bobi, los artistas los han amado tanto,

el padre Escudero me ha hablado largamente de lo mucho que han sido estimados no sólo por los santos y el hombre común, como el cazador furtivo, el salteador, el aventurero, el explorador, el guerrero, sino que, además, por los artistas, y si tú has nacido, Bobi, como naciste, distinto pero no contrahecho, raro pero no monstruoso, por algo bueno, hermoso, hermosamente práctico y eficaz tiene que haber sido, tiene que ser para algo positivo y no negativo, como quieren ellos que sea, ellos quieren que sea para cárcel, para escándalo, para venganza y maldición, pero no puede haber sido para eso, el caballo no nació para ser esclavizado por el hombre, algún caballo alguna vez lo supo y se rebeló, ya esto fue contado por la boca anónima del pueblo y por algún escritor del pueblo, el perro no nació para ser atado con cadenas y encerrado entre rejas y barrotes, tú te has dado cuenta de ello y te has rebelado, eres débil y fuerte al mismo tiempo y procedes sin pensarlo dos veces, como los iluminados y los héroes, pero los hombres rechazan tu protesta y los perros, lo que es doloroso y sorprendente para ti, la rechazan también y proceden como si eligieran a su esclavizador, pero no te das por vencido, no tienes por qué darte por vencido, ya que para esto fuiste creado, para no darte por vencido, para vencer en la vida, Bobi, y tú eres la vida, por eso te niegan y persiguen ellos, seguramente, porque ellos son la muerte, ellos son los hombres de la muerte, sus inquilinos, sus clientes, sus asalariados, y si te ven pasar suelto por la calle es su perdición y su segunda definitiva muerte, por eso te cogen y te golpean, que es un modo de suprimir poco a poco, te encarcelan, te amarran al muro y a la humedad, te insultan, pero antes tapan tu boca para que no puedas respirar, para que ellos mismos no puedan escuchar que estás respirando, que estás respirando vida y no muerte como ellos, entonces envían a sus hombres, a sus botas, a sus fierros, a sus lenguas, a sus guantes, el guante te golpea y te acaricia, te hiere primero y después te enjuga, te dibuja una herida con puñal y con bala y después te la cura

minuciosamente para iluminarla como hacía tu padre con la linterna en la oscuridad y entonces caían las monedas y entonces caen el alcohol y el antibiótico, pero después te están golpeando otra vez tu padre el profesor el tiente el abogado el médico los comunistas oyen tus gritos, miran correr tus lágrimas y se les ríe el desmesurado rostro, se susurran consignas, citas, arengas, cuadros, idiomas, he aquí unas quejas, unas auténticas lágrimas que nos pueden servir, si no las venden las arrendamos, si no las arriendan podemos cobrar por la entrada, pediremos un cupo al sindicato y redactaremos un nuevo manifiesto y ahora tú, Bobi, tú, me preguntas si no habrá sido para eso, para esto que ellos dicen que fuiste creado, ni te digo que repudies a los comunistas, eres casi un niño y tendrás tiempo para verlos en sus radiosas metamorfosis cuando seas hombre, cuando seas hombre lo bastante sensato y fuerte para que no tengas que recurrir a otros si alguien te quiere comprar y tú piensas lleno de dudas, ¿a éste o al de más allá, espero o me decido ahora? Los comunistas son hábiles, son muy hábiles, han sufrido, pero especialmente han visto sufrir, no lloran, actúan, son lo más activo que hay en el hombre, frente al hombre cansado, definitivamente quebrado o trizado, el comunista es el único duro, hasta se diría que el único irrompible, no los confundas y no te confundas, ellos no son la enfermedad, son sólo el síntoma, la fiebre, los delirios del enfermo, el enfermo no son ellos, pero el enfermo existe y ellos también, pero, ¿sabes?, no lo quieren matar, ellos que detestan los milagros, aunque un milagro es ya el hombre que son ellos, lo quieren resucitar. Creo que me quedaré con el perro finalmente, dijo suspirando Bobi y al decir eso comprendía yo que no se refería a los perros en general, a todos los perros de la ciudad, que tanto le preocupaban y lo habían tenido muchas noches en vela, sino al que vivía apegado a su vientre, en realidad, se refería a sí mismo. ¡Si tuviera tiempo yo!, dijo finalmente, levantándose desalentado y alzando el visillo para mirar hacia la calle.

¿Tiempo para qué, Bobi? Se dio vuelta pero no soltó la cortina, su mano estaba pegada al vidrio, dentro de un momento seguiría mirando y, tal vez, saldría a la calle y regresaría con la noche cerrada. Tiempo, tiempo, tiempo, dijo, tiempo para poder hacer las cosas bien y calmadamente, si no lo tienes, te quedas a brazos cruzados, como cuando te falta el dinero, unos lo tienen de sobra y a otros les hacen falta horas del día y de la noche para ganarlo por centavos, por eso los comunistas me necesitan, murmuró con lúcida rabia, porque en el fondo saben dónde está el secreto y los torna furiosos el saberlo y que no lo sepan los demás hombres, ahora me quieren a mí para eso, para que les solucione el problema, yo, en vez de brujo, saltimbanqui o titiritero o adivino, tengo un cuerpo loco y titiritero, un cuerpo que se salió de la legalidad de la Naturaleza, tengo, desde el punto de vista de ellos, un cuerpo prohibido, como el de ellos mismos, a ellos, si hacen algo y muchas veces si no lo hacen, especialmente si no lo hacen, llegan los pacos y les meten preso el cuerpo en la cárcel, a mí no, creen ellos porque no me conocen, creen ingenuos que por ser el mío un cuerpo distinto, salido de la normalidad, por eso mismo será respetado por los otros, porque es tan anormal y tan único que llega a ser normal, brutalmente normal, como un tesoro, lo quieren para ellos, me quieren para ellos y el día que tú no me encuentres aquí, busca las noticias siniestras de desfiles y huelgas en los diarios, donde sientas carreras de caballos, pitidos de pacos despavoridos y ráfagas de cantos revolucionarios, ahí estaré yo y entonces caeré preso con más justicia y más normalidad, prefiero que me encarcelen por comunista y no por tímido y poco definido, porque yo soy nadie, ¿sabes?, por eso me pega mi padre, me pega el profesor en la escuela y Cruz Meneses en el matadero. Se sonrió y me miró, me sonreí, nos miramos, nos estuvimos riendo. Oscureció. Bobi se fue a la calle y antes de que saliera, mirándome furtivamente, sin decirme nada, vi la brasita del cigarrillo que brillaba en la oscuridad, me asomé a la

calle, Bobi caminaba en dirección a la Alameda, iba rápido, como si lo esperaran, en la esquina torció hacia la plaza Italia, la luz del negocio de la esquina iluminó todo su cuerpo, que se veía más alto y más delgado, caminaba con las manos en los bolsillos y el cigarrillo humeando en los labios, algo de nervioso desamparo se adivinaba en su cuerpo encogido, como si tuviera frío.

Esos fueron muchos días, muchos atardeceres, muchas noches, estábamos juntos la mayor parte del día, leíamos un poco, conversábamos de nuestras vidas separadas hasta hacía algunos meses, yo le hablaba, por ejemplo, de la calle Lira, por la cual pasé en verano y en invierno durante años, mientras iba al colegio de los padres agustinos, era una calle que conocía todos mis secretos y mis vagos sueños, que me había visto triste, alegre, esperanzado, desesperanzado, sano, enfermo, caminando siempre a pie, mirando y conociendo cada una de sus casas, precisamente ésa en que vivíamos ahora había querido comprarla mi padre, eso era antes de casarse él, Bobi, mi madre ya había muerto y estábamos muy solos mis hermanos y yo, yo más solo que nadie, no me gustaba ese colegio sombrío, de altos muros húmedos y fríos, de enormes salas sórdidas y bulliciosas, a la hora del recreo le tenía miedo como tú, Bobi, pero a ti te tenían prohibido el recreo, tú tenías una amenaza pendiente, detenida frente a tu inerme cuerpo de niño, a mí nada me amenazaba, pero estaba triste en general y solo, me gustaba un poco el patio con flores y frente a él la frondosa, sombría, majestuosa biblioteca, una biblioteca conventual y sabia, un poco apartada de la vida, llena de libros callados, pensativos, libros que parecían murmurar entre ellos en la penumbra y que cuando tú entrabas o entraban Albornoz don Adolfo, Cheyre don Emilio, Guíñez don Luis, Jung don Renato, Morales don Amador, Oñate don Salvador, Pérez don Fidel, Salvat don Manuel, parecían cuchichear los libros muertos de risa pero también de sarcasmo y se tornaban de espaldas y ahí estaba también el padre Escudero, lleno de pliegues o de manchas, escon-

dido detrás de sus cejas enmarañadas y rurales, pasándonos libros como quien pasa pistolas o cajas infectas de insectarios, haciendo señas como hachazos, sonriendo con dura maldad, concentrando un amable corto desprecio en sus labios demasiado estirados, separados reciamente del mundo, crujiendo todo entero como papeles diarios revistas infolios tapas archivadores fechas fichas nombres escuelas teorías recitadores mujeres recitadoras mujeres gritonas, para eso se casaron, decía, por qué no se van a vociferar al marido a los hijos a la horrible suegra y se dulcificaba levemente, cogiendo aliento, adelgazándose imperceptible, como poniéndose contrito o pensativo, me gusta mucho más la voz natural, la voz de agua y de tierra, la garganta de una campesina allá por las lomas estivales de Quinamávida, cuando yo tenía dos años y me caí del caballo, es decir no me caí completamente, porque el Andrade alcanzó a gritarle a mi padre, ahí iba el grito por la biblioteca por los lomos dorados de los libros y los recortes de diarios que se amontonaban en la mesa y en el suelo, don Honorio don Honorio, salve a Alfonso, yo nunca fui Alfonsito sino Alfonso, desde un año, desde antes de nacer seguramente, estarán brotando para cuando nazca Alfonso, decía mi padre mirando hacia el potrero lluvioso, decía soñador y práctico mirando el potrero anegado, el río, los cerros ascender por la biblioteca, es agradable escuchar esas voces que huelen a tierra y a productos de la tierra, a sembrados limpios, a campesinos y campesinas limpios, limpios de voz, de pensamiento, de intención y de conducta, huaso toda la vida, huaso desde hace quinientos años, soy yo, decía el padre Escudero y de repente, recogiendo un libro del suelo, ¿por qué no lees a Selma Lagerloff?, esa vieja escribe muy bien. Esa vieja, Bobi, amaba a la humanidad con toda su alma apasionada de norteña, la pasión que nace y crece junto a la nieve es la más durable, templada con esos fríos y esos vientos, recia, recia, como los pinos de la altura y los renos que crían los montañeses, amó a los renos, amó a los patos silvestres, amó a los perros, Bobi,

esa mujer te habría comprendido, habría amado a tu compañero, quizás ella te habría podido dar la respuesta que buscas, si los comunistas son bárbaros, cínicos e inhumanos al desear tenerte en sus desfiles o si tienen razón, si tienen de algún modo razón. ¿Murió ella?, preguntó bajito Bobi. Sí, Bobi, hace mucho que ha muerto, es decir, su cuerpo, lo demás, todo lo demás, sigue vivo, cada vez más vivo. Bobi se quedaba callado, escuchaba los pasos que pasaban por la calle, los seguía con la mirada y todo el cuerpo, hasta que era seguro que ya no entraban en la casa, después yo sentía su respiración. Cuando escuchó unos pasos más fuertes que otros y creyó seguro que ahora golpearían la puerta, y él se puso pálido y yo me puse de pie, y los pasos siguieron de largo y se perdieron, pues iban rápidos, fue que me dijo: ¡Si yo tuviera tiempo! Creo que no le contesté nada y él tornó a hablar. Porque ellos no quieren que yo lo tenga, les es muy necesario que yo no tenga nada de tiempo, ¿comprendes? Comprendía yo su idea, pero no que ellos, como decía él, estuvieran sólo preocupados de que Bobi no estuviera libre sino preso, no caminando por la calle sino sentado, echado, derrumbado de bruces o de espalda u ovillado en la oscuridad o quizás estirado en la cama de un hospital. ¿Lo ha visto a Bobi el médico?, había preguntado el teniente y no era una pregunta natural, formulada por cualquiera, sea quien sea, juez, demonio o verdugo, simplemente atenta, simplemente superficial e indiferente, no, era una pregunta llena de cosas, de mordazas, de fierros, de golpes, de maldiciones y amenazas, decía Bobi, era él mismo quien decía esto porque estaba él ya en situación de decirlo, era una pregunta que encerraba al mismo tiempo una despiadada admiración y una protesta por haber Bobi, y seguramente, con toda seguridad sus padres, por lo menos su madre, haber dejado abierta la puerta al inicuo abuso y al atropello de una ley vital, de orden público y social, una ley de origen y fundamento médicos, por lo tanto mucho más grave en su atropello, por lo tanto mucho más largas las cadenas y

más gruesos sus eslabones y más estremecedores los lamentos y las quejas y más complicadas las heridas y mucho menos, muchísimo menos puro el alcohol y absolutamente impregnados las vendas y el algodón de segunda mano, cogidos por el teniente y el sargento y el cabo y el borracho que llegó a las veintidós horas, ese que estuvo bebiendo lento en el pasillo, delante de la luz, y que después, tres o cuatro horas después, se estaba quejando allá al fondo y dentro de algunos días se estaría pudriendo más al fondo, mucho más al fondo, allá entre los árboles donde corren aguas mansas y pasan hombres con escaleras y con carritos. Sí, esa pregunta era ya un presagio y una amenaza, era otra manera, más suave, menos directa, más humana de ser inhumano el teniente, no te pego, no te aprieto más los fierros, tampoco te voy a desnudar ni llamaré a los ratones, tienen nombres, nombres simpáticos y conocidos los pobrecitos, conocen la carne, todas las carnes, y hacen perfecta distinción entre ellas, no les gusta la carne del borracho, la repelen, se enferman verdaderamente y sólo por oficio y obligación los muerden, los muerden superficialmente, con asco y repulsión, hasta diría que con pena, a los ricos, a los estafadores de manos suaves y cuellos limpios, a quienes desnudamos con fruición, con calculada lentitud, les trepan con afán por los muslos, los miran, chillan y tuercen la cabecita y cuando el hombre empieza a tiritar hunden el hocico, el hocico, digo y digo bien, decía el teniente, porque los dientes no se oyen, mira, Bobi, hay aquí unos ratoncitos blancos, exquisitamente blancos, como leche cremosa, parecería que sólo viven esperando que lleguen estafadores ricos, jovencitos imberbes desvergonzados y fútiles, como son pudorosos, como gritan fuerte primero, y al primer golpe se rajan llorando, apagamos la luz para que se desnuden ellos mismos y se imaginen que están todavía en sus casas en el cuartito chico, mientras la Teresa, la Nena, la Hortensia o la María Gertrudis los esperan, esperan que estén desnudos los tesoritos y entonces encendemos la luz y entonces los ven en

el suelo, ajustados y blancos, encantadores, como juguetes o flores, y ellos los miran y los bichos los miran y cuando los sentimos gritar, ya está, decimos, ya está, dice el asistente, ¡cabo de guardia, cabo de guardia!, gritan en la puerta mientras la tetera salta en la cocina y se expande un confortable olor a café, eso decía la voz del teniente y miraba con pesadumbre, con verdadera congoja a Bobi, él recordaba ahora y se preguntaba si sería posible que tuviera tiempo, no me decía para qué, no me decía para qué cosa, para qué sufrimientos y desgracias, para qué peripecias, ensueños o alegrías, porque yo lo comprendía. Esperábamos, esperábamos que llegaran noticias del teniente, de Gándara, del juzgado, la citación del hospital, la ambulancia, el furgón de que había hablado amenazadoramente contento Gándara, pero los días pasaban y casi habríamos podido tranquilizarnos, pero no éramos confiados, no podíamos serlo. Un día vino Gándara y recorrió la casa rápidamente, seguido por nosotros, riéndose él. Así que están usando los muebles, así que se han instalado definitivamente, para unos cuantos años, ¿no? No había burla sino duda en sus palabras, no era quizás del todo mal intencionado. Por eso me hice comunista, porque no soy ningún soñador, tampoco demasiado corrompido. Nos miraba regocijado, estábamos en el patio grande, junto a las palmeras, el cielo, arriba, estaba lejos, azul y tétrico, demasiado límpido, demasiado intenso, le pasé los billetes, no los contó, no tenía necesidad de contarlos, me creía seguramente demasiado honrado o demasiado aterrorizado. Nos quedaremos, Gándara, todo el tiempo que podamos, todos los años, ahora que usted dice que se puede, ahora que Bobi quedará libre de amenazas y de persecuciones, ahora que no está prohibido que él habite una casa como cualquier ser humano. Bobi nunca lo ha sido, dijo con desprecio, desprecio no por Bobi sino por los seres humanos, y explicó que ellos, los comunistas, no podían ser sentimentales y blandos por desprecio, precisamente, por doctrina y práctica debían tener desconfianza, por definición, por

principio y desde el principio al ser llamado humano, fuera familiar, compañero, socio, amigo, conocido o cómplice, nosotros somos números, en el principio fue el número, dijo y agregó señalando a Bobi, que estaba bebiendo agua en la llave del patio: Ahora sí él puede vivir en cualquier parte, creo yo, y espero de los médicos, del juez y el secretario que opinen lo mismo, las desgracias han proyectado toda la luz sobre el pequeño Bobi y no podemos decir de él que sea un ser humano, con toda seguridad es más que esta cosa superficial y supernumeraria que es un ser humano, y tampoco que sea un animal, un verdadero animal, tan grácil y tan implacable y sinceramente feroz, no, Bobi es sólo un enfermo, comienza a ser un definitivo enfermo y tenemos que pasarlo a él por esto, por esta etapa dolorosa, vergonzante, solitaria si usted y él quieren, para que lleguemos a la salud, a la total y desafecta salud, al anonimato completo, a la seguridad total y ecuménica de las dos mitades de su magnífico cuerpo. Comió ruidosamente unas tostadas con nosotros, sacó un trozo de torta que dejó caer en parte al suelo, sorbió lentamente, quemándose, un té cargado y sin leche y se fue rápido diciendo que dormiríamos tranquilos mientras él velara, que durmiéramos, pues, que él estaba insomne y en pie por nosotros y al irse le preguntaba todavía, zalamero y cauteloso: ¿Desfilas con nosotros, Bobi? Nos quedábamos callados, casi aliviados, ligeramente esperanzados, pero llenos de dudas, pues Gándara no había dicho nada, por lo demás era como si no hubiera abierto la boca, sólo los dedos, sólo la mano, miré el trozo de dulce en el suelo, fui a coger una escoba, miré el cielo, que estaba lúgubre y ennegrecido, sonó la puerta de calle, Bobi acababa de salir.

Fueron ésos los días en que prácticamente vivió en la calle. Desde la mañana temprano se iba al parque, a caminar por la orilla del río o por las calles angostas que llevan directamente al campo o hacia los cerros. Estuve en el San Cristóbal, me decía, me asomé al cementerio,

donde está tu madre, estuve en la Quinta, bajé hasta la laguna y metí los pies en el agua y después me tendí en el pasto hasta que se secaron, los estudiantes se paseaban por la avenida, leyendo libros enormes, miraban hacia donde yo estaba y no les llamaba particularmente la atención y esto no me divertía, claro estaba, las tres de la tarde, mucho calor, sólo un bote con enamorados en medio del agua, el vendedor de barquillos adormilado o resignado, el fotógrafo ambulante, francamente enojado y bárbaro, no, no les llamé la atención, ellos estaban metidos en sus libros y tú alzas de repente la vista y tienes los ojos de todos colores y miras un mundo delgado y transparente, árboles enormes pero de papel, un agua sucia y falsa, demasiado bien imitada, un agua arrugada de papel, hombres, mujeres de papel, risas de papel, palabras de papel que se van volando con el humo de carbón que viene de la línea del tren, nunca estuve tan suprimido de la vida como esta tarde en la Quinta, pero me fue agradable porque a mi lado pasaban los perros, los perros vagabundos que vienen llegando del campo o tornan a él, miraban como los estudiantes y no decían nada tampoco, no gruñían ni olían el aire desconfiados, no aullaban vueltos hacia donde yo estaba tendido en el pasto. El que me miraba ahora era un perro enorme, amarillo, de aspecto fino, no tanto como el que vive en mis piernas, pero mucho más hermoso, digno, importante, después, al venirme, caminé tras un perro enfermo, caminaba con dificultad, dando tumbos como un borracho, me parecía que iba en dirección al hospital o a hundirse él mismo en su tumba de tierra, tenía unos ojos majestuosos, demasiado grandes, vagos, llenos de confusión, me miró con esperanzas de que yo lo llamara, pero no lo llamé, he llamado a tantos, dijo suspirando, y siempre me ha ido mal, ellos no me quieren. Sonreía soñador y siguió hablando. Los perros no aman la ciudad, caminan por ella nerviosos y molestos, trotan rápido mirando desconfiadamente a todos lados, tímidos, brutales, con ese aspecto del ratero o del ladrón

que ve en cada transeúnte a un detective y que huye, huye veloz atracado a las murallas a perderse en la bocacalle de la esquina o en el próximo autobús que viene doblando; en cambio, cuando llegan a los arrabales, su paso es más elástico, más natural, más seguro de sí, se saben en tierra propia, huelen el campo protuberante y oxigenado, el descampado abierto, el eterno otoño, los enormes sitios eriazos, derruidos, miserables como ellos mismos. Eso decía mientras se limpiaba meticulosamente los pies antes de echarse bajo las ropas, porque Bobi era limpio, disparatadamente limpio, con cierta idea fija y enfermiza acerca del cuidado de su persona, de su otra persona, parecía a veces a cargo de un ser indefenso e inválido que no podía bastarse por sí mismo o más bien al cuidado de los bienes particulares de un ausente que confiaba en su lealtad y en su honradez. ¿Sabes?, me decía por las noches, ¿no crees tú que él se demora demasiado en retornar? Y luego, con la luz apagada: Tanto hablo de que él debería volver algún día que a lo mejor cualquier día aparece ¿y qué hago yo entonces? ¿No crees que sería más desgraciado y solitario que ahora mismo? Bobi, le decía yo, ¿te sientes muy desgraciado y solitario? Me dolían un poco sus pensamientos, pero le agradecía que fuera sincero. El no me contestaba, tornaba a preguntarle, pero sentía que estaba roncando. Me lo imaginaba caminando en puntas de pie hacia la madrugada de la calle Lira para atisbar si ya venía el otro, como decía él. Siempre veía a Bobi caminar así, en puntillas casi, con donosa agilidad atlética que hubiera parecido afectación si no se topara de repente la mirada con esas patas de perro seguras de sí, caminando por su cuenta, atisbando desconfiadas objetos invisibles, enemigos demasiado conocidos, y arriba de ellas esos ojos de niño desmesurados y negros, mirando con curiosidad, con sonriente curiosidad, olvidados de todo, siendo en aquel momento ojos de niño simplemente. Al caminar lo hacía con sumo cuidado, cuidando especialmente de no meter las patas en el agua o en el barro, no

le gustaba dejar huellas, él no quiere que las deje, me lo tiene pedido, decía serio, casi con gravedad, y por eso se cuidaba tanto al caminar, como si fuera siguiendo una pista, aunque se trataba de no dejarla él mismo, y por eso todo el tiempo estaba mirando con curiosidad o temor tras sí, preocupado de que no quedara la más mínima huella, nunca seguro de que, en la semiluz del crepúsculo o en la noche cerrada, no las dejaría, yo lo veía a veces encender fósforos y prender la vela para ir hasta la entrada a mirar el piso y me sonreía intrigado. Bobi, cualquiera diría que te vienen siguiendo. ¿Y no vienen?, preguntaba rápido y serio, demasiado serio mientras se desnudaba en la oscuridad. Siempre, como se ve, tenía presente ese trágico destino que se había prendido a su cuerpo por inescrutable designio de su nacimiento. La vida suya había de ser una lucha no para desprenderse de aquel intruso sino para convivir con él, entregando él la parte que poco a poco se le fuera solicitando de su propia existencia. Cuando se aseaba en las mañanas lo veía silencioso y preocupado. El perro caía desde su cintura, decía él, y de repente la blancura del cutis que se desbordaba desde el cuello se detenía o titubeaba, comenzaba una vellosidad rubia y dócil y enseguida la pelambreira áspera, firme, avasalladora que descendía impetuosa hacia las caderas e inundaba de pelos rubios y blancos la parte trasera de los muslos. Usaba sólo camisas y lanas que siempre parecían quedarle cortas. Me parece que cuando yo lo había entrevisto en el barrio, antes de conocerlo directamente, usaba pantalón largo hasta los pies, que llevaba naturalmente descalzos, pero a medida que crecía y particularmente mientras estuvo a mi lado, fue acortando más y más sus pantalones, siempre lo oía yo reflexionar en voz alta sobre la extremada longitud de unos pantalones o mameucos que le había comprado, agregando que le diría a su madre que se los acomodara y de hecho volvió a menudo a su antigua casa llevando paquetes de ropa para ser cortada. Había seriedad y preocupación en esta parte de

sus costumbres, una preocupación que era más bien obsesión, a la cual él no se refería de ninguna manera creyéndolo innecesario o demasiado superficial y tonto dar explicaciones sobre la materia. De ahí que fuera más sorpresa que indignación la que experimentara cuando de mi viaje al norte le traje aquel par de botas de que ya hablé y que todavía siguen ahí tras la puerta y que estuvieron colgadas tras las puertas de todas las casas que habitamos juntos. ¿Cómo no se le ocurrió traerme unos pantalones largos y acinturados, de esos que ajustan los huasos bajo el pie?, dijo con acritud e ironía, sintiéndose avergonzado y humillado. Bobi puso siempre énfasis, casi demasiado énfasis en lucir desnuda la parte de su ser que había de ser la causa de todas sus dificultades y desgracias. Parecía que había algo de amor propio, de fría resolución, de resolución tomada con toda serenidad y lentamente, de renunciación, de desafío al destino y a los hombres en mostrar viva, inerme, desafiante la carne que había de ser la pérdida de su otra carne. Casi siempre andaba con la cabeza desnuda, más bien revuelto el pelo levemente ondulado, pero en las tardes de otoño frías y con neblina solía ponerse jockey, tenía varios, incluso uno de cuero con orejeras que se encasquetaba en el último tiempo, cuando lloviznaba o hacía gran viento y él iba al parque a juntarse con los perros. Decía vagamente, pero con seguridad, que sólo los iba a mirar y me confesaba que no seguía a cualquier perro cuidado o con collar, o simplemente perfumado y exclusivo, no, él esperaba a aquel perro que trota junto a las alcantarillas, olisqueando tarros de basura y montones de desperdicios, los seguía bajo el tibio sol o la lluvia, pues habían comenzado ya los días malos. Cuando había neblina, atisbaba a través de los vidrios hasta que pasaba el primer perro, cogía la gorra, alzaba los brazos para despedirse y se iba un poco agachado a la calle. Un día regresó feliz y me gritó desde la puerta, que todavía no cerraba: ¡Los perros ya no me odian! Cerró con nervioso cuidado y mientras le escurría la lluvia por la

cara y mojaba el suelo y él no se cuidaba de ello sino que estaba riéndose, recordando, rememorando bellos momentos, se echó al suelo y se quitó lentamente la chaqueta completamente mojada, se desabrochó las orejeras y se quedó serio. Era curioso, Bobi no se cuidaba de la suciedad que podía traer cuando era su cara o simplemente su cuerpo el sucio, pero era pulcro, celosamente pulcro de la limpieza de sus pies y de sus piernas. ¿Qué diría él si así no fuera?, se disculpaba preguntando. Estaba rojo y alborotado, parecía afiebrado entre el rumor de lluvia que dejaba caer su ropa mojada, la risa, los nervios, se escapaban a oleadas de su boca y de sus ojos, más grandes que otras veces. Creí que se iba a enfermar, creí ver que tiritaba, pero no, estaba contento solamente, totalmente contento y abismado desde luego. ¡Sí, sí, ya no me gruñen ni aúllan cuando me les acerco, ya no somos enemigos! Me contó que se había encontrado con un perro flaco y arisco, nervioso y amistoso, como ansioso de compañía, demasiado humilde y descoyuntado, como si hubiera sido apaleado mucho, el perro lo olfateó de lejos y empezó a seguirlo, saltando a su rededor, moviendo la cola y sacando una lengua hermosa y saludable, una lengua de mejor familia, ella sí que bien alimentada, trotaba feliz a su encuentro y cuando Bobi se detuvo se dejó acariciar. Se dejó acariciar por mí, por mis manos, por estas manos, ¿te das cuenta? De repente se puso huraño y pensativo. Claro que es uno solo, es siempre uno solo, lo conocí el jueves, pero entonces no se acercaba, y parece esperarme, pues siempre nos encontramos en el parque, junto a la fuente, debe dormir por ahí cerca. Se quedó callado y me preguntó en seguida con voz temblorosa, temeroso de que la pregunta que iba a hacerme no fuera a tener la respuesta que él esperaba. ¿No crees que todo va a variar ahora? ¡Qué feliz sería yo si los perros quisieran ser mi mundo! Lo sentí tocar la flauta en la oscuridad y lo que tocaba era una nota larga, sostenida, murmurante, que se arrastraba en las tinieblas como buscando, como inquiriendo algo, des-

pués lo sentí respirar hondo, me tendí de lado y me quedé dormido dificultosamente sintiendo la presencia de la noche junto a nosotros, escuchando tantas preguntas que venían hacia mí desde hacía días. ¿Crees que aún tendré tiempo? ¿Por qué no me has dicho si me puedo casar? ¿Crees que él volverá algún día y qué haré yo entonces? Todo eso parecía preguntar la nota de la flauta que vagaba en la oscuridad hacía un momento, ahora iluminaba acongojada la cara dormida de Bobi, pero yo la sentía vibrar todavía, corriendo por la calle hacia el parque, donde dormía el perro junto a la fuente. Horacio el ciego me ha contado que cuando lo iba a visitar y jugaban al naípe, después de dos o tres jugadas Bobi se aburría, se levantaba y se ponía a tocar la flauta cerca de él, sentado en el primer peldaño de la escalera. El lo escuchaba en silencio, sin interrumpirlo y sin moverse, se movía apenas cuando Bobi, tocando la flauta siempre, se ponía de pie e iba a atisbar por la ventana el ruido del tránsito en la calle ya oscurecida o se asomaba a la barandilla de la escalera para saber quién venía subiendo, qué ciego llegaba desde la escuela, desde las esquinas céntricas o del taller de máquinas de escribir. Cuando veía que era Munizaga el que llegaba, se acercaba y se echaba a los pies de Horacio, tocando más nítidamente los primeros compases del concierto número 5 de Mozart, lo tocaba con tensión, con desesperación, parecía que con creciente furia y burla. Munizaga no lo quería y él se daba cuenta de ello y le preguntaba de repente a Horacio, cuando Munizaga había desaparecido por el pasillo llevando su acordeón colgado como una maleta. ¿Le parece justo que un ciego sea rencoroso? El pensaba que no, que los ciegos deben tener un religioso cuidado de no ser ni un centímetro de malvados, los ciegos están hechos como los vidrios, están hechos provisoriamente, cualquier pensamiento feo los quiebra y rompe, decía, los ciegos ya están muertos, muertos en ínfima pero importante parte, se les murió la luz, ¿sabe?, cogía el ruedo del vestón de Horacio para decírselo, como di-

ciéndole una reciente novedad, olvidándose de que era ciego. Horacio no se ofendía, me explicaba después que había tal naturalidad y dignidad en el legítimo enojo de Bobi que, de repente, le parecía que él, Horacio, ya no era ciego y que la música que se extendía a sus pies, olean-do suave é inquisidora, más que iluminarlo, lo cogía y lo llevaba. Bobi se quedaba callado, se levantaba de repente y diciendo buenas noches bajaba la escalera. Horacio lo adivinaba acongojado y él mismo pensaba que ahora sí, ahora que no había música y que Mozart había muerto definitivamente, él estaba también irremisiblemente ciego. En la soledad de su cuarto yo lo sentía a veces sacar de su flauta una sola y desesperada nota de algún kehel de Mozart. Le había hablado de él a veces, junto a la pequeña radio que colocaba en el suelo, muchas noches, escuchando los conciertos y las serenatas, se quedaba serio y pensativo, pero más pensativo que desesperado, envuelto por ese silencio que emanaba de la melancólica música, impresionado por la miserable vida del compositor, por su vertiginosa existencia tan oscura y sin esperanzas, en la cual resonaban aquellas bocanadas líricas, trágicamente sensuales y desoladas del gran tuberculoso. ¿A qué edad murió?, me preguntaba una y otra vez, pues siempre parecía olvidarlo. ¡Ha habido niños desgraciados en el mundo!, suspiraba. Y el mundo habla sólo de aquellos que por la atrocidad de sus sufrimientos o por la marca indeleble que pusieron en la historia no han sido olvidados, Bobi, le observaba yo. El se quedaba callado. Ahora dormía profundamente. A su lado, la radio encendida, sin captar ya onda alguna, vibraba tétrica.

EL TENIENTE fue el primero en descender de la ambulancia y caminar por el pasadizo hacia la pieza, precediendo al médico y al enfermero, que traían, uno el estetoscopio para señalarse el camino y el otro la camilla, empujándola suave. El teniente se veía pálido, enfermizo, sin sangre, parecía haberse bajado recién de la camilla para meterse en la casa. Bobi estaba durmiendo en el suelo y lo despertaron el ruido y las luces, las luces que encendió el teniente, como si conociera la casa. ¿Y duermes ahí en el suelo, muchacho?, preguntó atento, cuidadoso del paciente, del operado, del moribundo, me miraba con furor, con abierta repulsión, parecía que dudaba entre empujarme a mí o a Bobi hasta la camilla. Bobi duerme en el suelo por su propio gusto y elección, tiene catre y cama y seis mudas de ropa, yo se lo compré todo, dije enumerando rápidamente, sin preguntar nada, sin necesitar preguntar. El enfermero había cogido en brazos a Bobi, que no lloraba, que se quejaba solamente, como si estuviera verdaderamente enfermo, no me miraba, no se atrevía a mirarme, yo no tenía dónde poner los ojos, no tenía a quién llamar, ni a quién inquirir lo que debía hacerse. ¿Qué hacen?, balbuceé. Llevarnos al enfermo, dijo el teniente adelantándose para mirar de cerca a Bobi, para estar seguro de que era él mismo, Bobi pataleaba débilmente, no tanto para zafarse y huir sino para mostrarme que estaba ahí todavía, para advertirme que hiciera algo, que no lo olvidara, que no lo abandonara. ¡No es usted amable, teniente!, le dije, dando

unos pasos por el pasadizo, sintiendo el frío, el frío que soplaba desde el rostro azulenco del teniente. No, no soy amable, dijo el teniente, ninguna tuerca lo es, eso soy yo en la gran maquinaria, no me culpe, no se acerque a la maquinaria, gira rápida, gira terriblemente rápida. Estas palabras las gritó amenazadoramente, vi hincharse las delgadas venas de su cuello, la ambulancia se fue zumbando y miré el anafe encendido todavía en la cocinita, el agua hervida alborotaba, pidiendo con urgencia tazas, platillos, pastas, bocas, tenía yo un sollozo en la garganta, cogí la tetera, cogí el enchufe, vertí el agua, el agua corría hacia abajo, grité alzando el pie, creo que grité. Me había dicho que no hiciera nada, que no tratara de hacer nada, Bobi está enfermo, está muy enfermo, decía el teniente, siempre lo estaba diciendo, la otra noche, antes de venirnos, le había preguntado, echándome afuera de su pensamiento y de sus intenciones: ¿Jamás te ha visto el médico, Bobi? ¿Cuántos años, cuántos?, había amenaza, había casi ya una condenación de Bobi en sus palabras, ya estaba decidido todo en la sonrisa turbia y ajada del teniente, esa pregunta que coincidía con su visita de esta mañana. ¿Y duermes ahí en el suelo, muchacho? Enfermo como estás, grave como estás, desahuciado como estás, ¿es verdad que lo haces por tu gusto, por tu propia elección y gusto, Bobi? Me sorprendió que no me hubiera llevado detenido ahora, ahora mismo, pero me habría llevado con Bobi y eso es lo que él no quiere, no, si la gente sufre menos, sepárala, teniente, cercena, corta, divide, deja correr la sangre invisible que es el sufrimiento, si lo puedes llevar después llévalo después, sólo a Bobi, sólo al muchacho, a él lo quieren, él es como una facción del rostro del viejo, una oreja del viejo, su mano, sus ojos, corta ahí y los desangras a los dos, sobre todo al niño, sobre todo al viejo, eso había sido la visita del teniente, la visita que día a día esperábamos, en realidad nunca lo esperamos a él verdaderamente, pero recordaba que, al despedirse de Bobi cuando abandonábamos la comisaría, hubo un desapego en la sonrisa y en la

mirada del teniente, que no era sino la confirmación de una seguridad, la seguridad de que lo volvería a ver pronto a Bobi. ¿Cómo te sientes, Bobi?, le preguntaba aparentemente solícito y efectivamente sonriente, pero lo que quería decirle era: Pobre muchacho, cada día te ves peor, cada día estarás más grave, hasta que lleguemos nosotros con las cadenas y las bofetadas a constatar tu muerte, ten paciencia, niño, espéranos, criatura, llegaremos el lunes, el martes, el miércoles, llegaremos en la mañana, al mediodía, hacia las dieciocho horas, llegaremos sin falta, llegaremos, gracias por la nueva dirección, Bobi, no nos perderemos. El pie me dolía, me dolía la cabeza, sentía el zumbido de la ambulancia, el chirriar de la tetera, veía humeando al teniente, agarrándose con las dos manos el vientre dolorido, pero ¿no era el profesor Bonilla el enfermo?, alguien me dijo que estaba muy enfermo, atrocemente enfermo, Bobi creía que no era del todo malo, me dijo que además lo estimaba un poco y que empezaba a tomarle cariño, hasta quiere que me disfrace, dijo, quiere que participe de modo especial en la fiesta de los disfrazados, se sonreía mientras me lo decía mirándome a los ojos para que no me enojara. ¡Qué magníficos dientes!, había exclamado casi con envidia el teniente y ahora venía y se lo llevaba, sólo para eso, para examinárselos, viejo, decía, nervioso y como cohibido, verás que ellos tienen que retraerlo, sacarle marcas señales rastros trizaduras, yo no sé cómo han tardado tanto en hacerlo, casi diría que he estado todo el tiempo protegiendo a Bobi, tapándolo con mis presillas, botones y entorchados, perjudicando mi carrera, postergando mis ascensos y poniendo a prueba mi libertad corporal, se lo llevamos y lo traemos, lo traeremos esta misma tarde, antes de la noche, para que Bobi pueda salir a rastrear a los perros, a descerrajar otra reja en la avenida, a perseguir y azuzar otro mastín y dice que los ama y dice que era su destino y dice que le miren las piernas y comprenderán su tragedia, su dolor, su soledad. Caminaba por la calle mirando la sonrisa tímida del

teniente, su aspecto enfermizo y acobardado y de repente las voces que henchían y remecían su cuerpo, veía las cadenas en el suelo, las botas en el suelo, como llenas de sangre o vino, vino, vino, viejo, no somos carniceros, sólo funcionarios, empleados duros metidos en presiones y charreteras, nada más, no queremos mal a nadie, tampoco a Bobi, no se trata de matarlo, se trata sólo de que él no mate a nadie, tiene instintos, tiene feos instintos, su corta vida el barrio la familia el borracho usted sabe y sus dientes, nadie le ha preguntado nada, nadie le ha golpeado ni apretado nada ni sacado nada, son calumnias delirios sueños ilusiones fiebres mírelo en la luz del foco, directamente en los ojos, ve correr qué oye qué siente qué véalo ahí está, tendido en la cama y hasta con una enfermera para él solo, porque está enfermo, muy enfermo, cada vez más enfermo como para no dormir en el suelo ni comer carne cruda, me la pidió y se la di, pero si no la pide se la sirven siempre, se la sirve él mismo, ¿va usted a creer?, ¿no lo sabe?, va y la busca va y la mira le gusta y trepa trepa con sus piernas, con esas mismas, para eso son, para eso sirven, le sirven a él solamente, con su carita inocente, trece años, ¿trece años?, una criatura entonces, criatura que no sabe lo que hace, pero lo hace, ¿no?, y esto es lo que hay que impedir, por eso las cadenas, yo las compré, yo no las impuse, yo no las inventé, carajo, si hasta soy bautizado, pregúntele a Escudero, él me conoció por el campo, yo no podría hacer eso, por eso traje al médico ahora, al médico que lo va a examinar, en la cama, en la cama, no en el suelo, eso fue no una barbaridad, sino una estupidez, una abierta confesión, un pobre y desgraciado error, ¿cómo dice que es tan habiloso, cómo no se le fue a ocurrir? Eso mismo me dijo Gándara, abrió los ojos sin pestañas, esos ojos amarillosos, de aguas podridas, y me cogió sucia-mente del brazo, me arrastró hasta una mesita con tazas de café, hasta el olor del café y los gritos, los llantos de Bobi. Se reía quedo, sin hacer ruido, como si Bobi estuviera sollozando ahí detrás de la cafetera enorme. Yo te dije

que esperaran, lo mejor era esperar, esperar tranquilos sin morderse nada, para eso son las sillas, la silla es el primer atisbo de la filosofía, el que las creó era un formidable tipo. Me agregó Gándara que lo que pretendían ellos yo ya lo sabía y Bobi también, que para eso quería el dinero él, para actuar ahora, estaba esperando él este momento, que ya había llegado, aquí está la carpeta, dijo, los argumentos son simples, infantiles, Bobi podría haberlos inventado y con dos billetes gordos se los hago pedazos. Me golpeó el brazo para que no me preocupara y sonrió con golosina mirándome, los billetes yo ya se los había entregado, él se encargaba de todo, sacaría libre a Bobi, pero esto era lo mejor, mejor que lo otro, tú sabes que lo querían acusar derechamente y si esto no les resulta lo harán, no te quepa la menor duda, mal tipo el Bonilla, no me gusta, no me gusta nada, no quiere al muchacho, dice que se vengará, que se vengará memorablemente. Pero él le pegó al niño, dije yo, cogió un cuchillo para hacerlo, sí, sí, coger un cuchillo, nadie lo prohíbe, tú, yo, los cogemos varias veces al día, pero Bobi tenía sangre, dije yo, estaba herido, eso es otra cosa, otra cosa muy lejana, decía Gándara dibujando círculos invisibles en la mesa, dos cosas distintas, separadas, no unidas como la cintura de Bobi a la cintura del perro, tú dices cuchillo, dices sangre, pero no los entregas juntos, no los muestras uno metido en la otra, como debiera ser, como debió ser para librar a Bobi, y además los testigos, el juez pide lenguas bocas palabras definitivas y lapidarias, inconmovibles, eternas, atroces pero eternas, y ojos, ojos fieros, sin lágrimas, sin sentimientos, ojos llenos de odio, de venganza, de envidia, de resentimiento, de desaliento, de furor, ojos ojos ojos llenarán los expedientes, chorrearán por el estrado del juez, ojos agarrados a unos dientes, ojos brotando de una lengua, ojos llenos de palabras, de voces cortas y terribles, éstos los tienen ellos, tú no tienes nada, sólo dinero, dinero en papeles, el honrado papel callado, mudo, ciego, el papel que nunca vio nada, que no oyó jamás una palabra

de amor o desconsuelo, no, no, Bobi estaba perdido entonces y no ahora, antes era un criminal perseguido, amarrado como mercadería que remata el juez de turno, ahora no, ahora es carne doliente, carne enferma, ahora está seguro, ahora no lo matan ni lo trituran, ¿por qué tienes miedo?, ahora sabemos dónde está y qué le harán, ¿supiste qué le hicieron, qué le iban a hacer? No me gusta el teniente, dijo Gándara y yo casi le agradecí sus palabras. ¿Puedo verlo?, dije. ¿Para qué, para qué?, preguntó despreciativo Gándara y ya se ponía de pie para irse, tus ojos no lo salvan, mi lengua lo puede salvar, no vayas a verlo, no te quieren, desaparécete un poco del mundo si lo quieres al muchacho. Se fue Gándara. ¿Y yo, dónde me iba yo? ¿El Dr. Van Diest nos serviría de algo? ¿Te ha visto alguna vez el médico, Bobi?, preguntaba el teniente y parecía estar diciendo: Yo sólo tengo los doctores que te han de ver, unos doctores mandados a hacer especialmente para ti, Bobi, para tu caso tan raro, Bobi, doctores raros, no te sorprendas, muchacho, muchacho, no tengas miedo, tenme confianza, yo soy un buen hombre, hasta de familia campesina, panteísta, amo el campo, el silencio, el canto de las ranas allá abajo, la suave brisa, la oscuridad, no tengas miedo, no te parezca que estas murallas, estas baldosas están llenas de miedo, si hasta tengo madre, Bobi, y tiene ojos claros, ojos bondadosos, cómo se te ocurre que iba yo a hacer eso y eso otro, no, ellos claman, lloran, gritan porque son nerviosos e imaginan cosas, no les creas nada, no te imagines tú nada, ya ves, en cuanto llegué de la calle, sin siquiera sacarme las botas nuevas para ponerme las viejas y descansar te fui a ver, casi llegamos juntos, él quedándose pálido y yo rojo de indignación, y te empecé a quitar las cadenas, una barbaridad, ciertamente, una carajada, pero piensa la hora, las circunstancias, el día, no sabían ellos hasta dónde estaba el verdadero terror y el terror fingido, no parecías tan joven, trece, sí, y ya encadenado, por eso tú sentías mis gritos después, hacia la medianoche, tenía sueño, estaba cansado, pero gritaba, por-

que tenía como remordimiento, jamás lo olvidaré, hasta creo que se lo contaré a mi madre en cuanto me baje del caballo, por eso, Bobi, ten confianza, sube a la ambulancia, sube a la camilla, quédate sosegado, bien estirado, no grites, no llores, no lo llares, no digas que llame al abogado ni al doctor, ya te traje los que hacen falta, recién nuevos, recién comprados para ti solo, Bobi, tú mereces esto y mucho más, trece médicos, trescientos enfermeros y una ambulancia para que te vayas a buscar perros por el parque cuando llueve, pero no le digas que traiga al doctor, no, no me hagas que grite, Bobi, además aquí están ellos y no es lo mismo, no podría ser lo mismo hasta que te mejores. ¿Se mejoraría Bobi? ¿Estaba realmente enfermo o se trataba de otra forma de agarrarlo? El Dr. Van Diest me habría podido ayudar con sus lentas palabras, con su tranquilidad sin nervios, con sus labios delgados y fríos, salidos del estupor y de los gritos, labios que se habían tornado como anestesiados para siempre de tanto oler éter y pentothal y de tanto oír rotas exclamaciones de la gente que lucha con la fiebre en las sábanas húmedas. Se reiría, se reiría, seguramente, con su plácida risa, sin creermelo mucho, sin darle importancia, nada tiene importancia, todo tiene importancia, diría, me diría y explicaría, ya ves, cuando yo estudiaba en Concepción y trabajaba de noche en el diario, quién me iba a decir que ahora estaría aquí, después de treinta mil operados por mis manos, casi sin darme cuenta, casi entre sueños o entre bostezos o entre cortas copitas de aperitivo, uno, dos operados diariamente, a veces cuatro o cinco, durante tantos años, en la noche y en el día, a veces sin luz eléctrica, a veces mientras sonaban las balas y volaban los cuchillos, las bayonetas, tú sabes cómo es la política, espera, espera, me diría, ahora con los antibióticos todo mejora o se pudre más luego. No, no iría donde Van. ¿Y Horacio el ciego? Se quedaría callado, escucharía todo lo que yo traía preparado, no comentaría nada, me ofrecería cigarrillos o una pipa o un sorbo de vino blanco, se sonreiría con misericordia, con pausada

misericordia, y me diría que los comunistas tenían razón. ¿Por qué no aceptaron?, me dijo extrañado. ¿Debiéramos haber aceptado?, pregunté despectivo. Creo que sí, dijo Horacio, yo por lo menos lo habría hecho, porque así las cosas habrían quedado más claras, naturalmente que Bobi podría ser tomado preso lo mismo, pero no como ahora, ahora está prisionero y no lo está, no lo dice, les han dado toda clase de facilidades a usted y a él, las facilidades que da la medicina cuando no dice nada, cuando no anticipa nada, cuando no permite nada, cuando cierra puertas en nombre de la infección y de la alta fiebre, cuando dice que hay que aislarlo, que no puede recibir visitas, que seguramente será una larga, una muy larga enfermedad, que la cuarentena. ¿Qué diferencia nota usted entre esto y lo otro? El preso también está aislado, tampoco puede recibir visitas en nombre de la infección y la alta fiebre, la infección es la legalidad o la ilegalidad, de cualquier modo sirve, y su enfermedad es lenta y larga, muy larga a veces, otras veces mortal, allá matan los médicos, aquí los jueces, los médicos de la ley, los médicos impiden que se extienda la infección poniendo al enfermo en cuarentena, el juez impide que se extienda su infección, la infección de la cual es el jeringuero, matando al enfermo. Sí, creo que debieron aceptar la oferta de los comunistas, que no es gratis sino cara, muy cara, pero en todo caso Bobi seguiría siendo un ser humano, la mitad de un ser humano, como es toda persona pobre, mientras que ahora es nadie, nada, una cosa, una cosita. ¿Por qué no lo hicieron? Además, tal vez yo desfile, tal vez yo quiera alquilarme para ellos, dijo Horacio, al fin y al cabo en la vida nos vendemos siempre para alguien, lo malo está en que generalmente los compradores y los vendedores no se corresponden, usted es comprado por alguien que no estima o no necesita demasiado su mercadería y yo me vendo a alguien a quien desprecio u odio, pero ahora no, ahora no amo ni odio, ahora espero, ahora actúo, ahora actuaré, sólo como puede actuar un ciego inútil, dijo Horacio, mostrándome, dejando que me exhi-

ban, al fin y al cabo yo fui robado, los ojos míos se quedaron en los bolsillos de algún banquero o en la lengua de algún político de esta vereda o de la otra. Si Bobi supiera que lo haré, dijo finalmente el ciego, creo que desfilaría conmigo. El está imposibilitado, dije, está encerrado, acostado en una cama, Horacio, ¿se da cuenta? El se daba cuenta, sabía que Bobi gustaba dormir en el suelo, porque así se sentía más cerca de la Naturaleza, de esa Naturaleza inmóvil y muda que lo había producido, más cerca de los perros cuya imagen llevaba pegada indeleblemente a su cuerpo. ¿Qué soy yo? ¿Crees que tendré tiempo? En la oscuridad, acostado en el alto lecho hospitalario, sollozaría humillado, sabiendo que ahora sí estaba siendo castigado y perseguido, pues lo estaban convirtiendo rápidamente, de un modo implacable y sin entrañas, en esa cosa manejable, reductible, informe, incompleta, que es un enfermo y un enfermo de la enfermedad que a él le estaban inventando. ¿Cree que está loco?, le pregunté sosegadamente a Horacio. ¡Sí que lo está, como usted, como yo, como esa troupe que quiere que se exhiba para ellos!, dijo Horacio y agregó en seguida: Ya su cuerpo es una bofetada a la realidad de nuestra tierra, es más que una maldición, una amenaza, y me sorprende todavía que el policía y el juez no lo hubieran suprimido antes, porque lo están suprimiendo, lo han suprimido a Bobi, ahora se alegrará Munizaga, dijo malvadamente Horacio y estas palabras de él no me gustaron. Me fui sin despedirme, era la noche, una noche revuelta y nublada, hacía viento, un viento impetuoso, cálido, cargado de lluvia, que portaba un violento y urgente calor. Caminé apresurado, deseoso de hablar con el padre Escudero, pero tendría que esperar hasta el día siguiente, hasta que estuviera abierta la iglesia para pasar a través de ella hasta el colegio y buscarlo en los pasadizos o en la biblioteca. A mi lado pasaron unas mujeres, apresuradas entre sus polleras, se iban riendo, mirando el cielo enrojecido. ¡Está lloviendo!, gritó alegremente una y caminó más rápido, más ligera, más vaporosa, se cogieron del brazo,

se fueron como bailando bajo la lluvia que recién comenzaba. ¡Está lloviendo!, clamaron otra vez y estaban felices, felices y completas, mirando la felicidad, esa felicidad que les entregaba la vida, venían de la fábrica, del taller, de la tienda, son pobres, son cada día más pobres, más sin esperanzas, una tiene ya algunas canas, la otra ve mancharse, agrietarse sus dientes, Fernando no le ha escrito o anda con la Nina o con la Rebeca o con la dueña de la peletería, pero ahora llueve, está lloviendo y la vida es soberbia, es repleta y generosa para ella, para ellas dos, son pobres, pero ahora ya no lo son, venían solas, calladas, apagadas, rendidas, fatigadas, sin dinero, ahora corren, gritan, se ríen solas, la risa salta fresca y nueva, recién creada, está lloviendo, son ricas, muy ricas y felices, no están ya solas, están acompañadas, llenas de fiesta, las fuerzas del mundo están con ellas, van ellas doblegándose, derrumbándose por la calle, el viento les ciñe las piernas, las aprieta contra sus fornidos lúbricos sensuales brazos, como hace ahora, ahora mismo, Fernando con la dueña de la peletería, se ríen, se ríen, están contentas, están recién lavadas, recién iluminadas, el viento es de ellas, el potente viento es todo de ellas y ellas de él y el cielo cerrado, enrojecido, palpitante como sus corazones tristes llenos de duelo, llenos de silencio, pero ahora de palabras, de palabras húmedas e intactas, llueve llueve está lloviendo gritan desoladas, admiradas, extrañadas, recién despiertas y desperezadas desde el fondo de sus pobres cuerpos, no tienen dinero, no tienen esperanzas, la juventud arde ya tardíamente, se pondrán enfermas y ajadas, las echarán de la ocupación, dentro de algunos meses estarán miserables y descoloridas vomitando solas por los rincones, pero ahora se ríen, crispadas, enloquecidas y hasta más bellas y esbeltas, porque está lloviendo, está lloviendo, gritan felices, mientras la risa corre por sus gargantas desoladas y se sienten iluminadas y esenciales y giran con la lluvia y llueven ellas mismas y vuelan con el viento, ellas son también el viento y también la lluvia y van mojadas, empapadas, traspasadas

brevemente por esa corta dicha tempestuosa y desordenada. Pobres, me digo, pobres, todo lo que tienen en la cartera, en el cajoncito del velador, todo lo que les queda es eso, unas cuantas gotas de invierno, un soplo cálido y helado, unas palabras huecas ya usadas y envejecidas, y me alegro con ellas y las acompaño y vuelo con ellas, yo también alegre, también transitoriamente alegre porque está lloviendo, y por la calle ruedan, con el viento que hace bailar las hojas, el recuerdo de Bobi, la imagen inmóvil de Horacio el ciego, la cara desconfiada y ávida de Gándara, los ojos melancólicos, la boca desesperada del teniente y la frente pálida, sin temores, sin dudas, sin apuros, también sin confianza, de Van. Sí, tal vez debí ir donde Escudero, mañana tendré que hablar con él, además hace días que hemos quedado de conversar y él espera mi visita, necesito hablarle de Bobi, necesito que me crea, que crea en Bobi, si cree lo hará, sí que lo hará. ¿Por qué no lo había decidido antes, por qué había tenido tanta incertidumbre para hacer algo tan sencillo como contarle en pocas palabras la historia y decirle que lo hiciera? De repente tenía tanta fe en ello y después me sentía lleno de dudas y de desconfianza. Dos días, dos largos días, Bobi creerá que lo he olvidado o que he tenido miedo, dije murmurando y caminando por el pasadizo. ¡No lo creeré, no lo creeré!, dijo Bobi con energía, aunque estaba cansado, echado ahí en la cama, en la oscuridad, sí, estaba fumando, tratando de dormir, tratando de esperarme. No enciendas luz, dijo y me quedé callado sentado al borde del catre, esperando que él me dijera o me explicara. Me escapé, dijo, claro está que me escapé y no creas que fue tan difícil. Yo estaba vuelto hacia él en la oscuridad, él iluminaba su cara con el cigarrillo y hablaba en voz más baja, cuidadoso ahora de que pudieran sorprenderlo. ¿Te das cuenta, me pregunté, sin decírselo a él, que parecía tan confiado y dueño de sí, te das cuenta de que ahora sí ha ocurrido algo terrible? ¿Qué harás con él, qué haras, qué puedes hacer para protegerlo? Me estaba mirando en la

oscuridad. ¿Tú también me crees loco? ¿Por qué, Bobi? Porque no parece alegrarte verme de regreso. Oh Bobi, dije, tú sabes que has regresado sólo por una breve temporada, sabes que vendrán a buscarte, tal vez esta misma noche, tal vez mañana volverán ellos y ahora será peor. ¿Puede haber algo peor ya?, dijo y estaba a punto de llorar, completamente desalentado, abandonado, sentía tal vez que yo también lo abandonaba. De repente sonrió nervioso, sentí su risa saltar suelta en su boca, estaba sentado en el suelo. ¿Por qué no nos fugamos lejos, lejos? ¿No tienes amigos en la Argentina y en California y en España y en Italia y en Dinamarca y en Holanda? ¡Vámonos a alguno de esos pueblitos!, suplicó con voz lastimera. Bobi, Bobi, necesitamos tiempo, tranquilidad, dinero, dije fatalmente, tiempo no lo tenemos, con la luz del día te echarán de menos si no te ha descubierto ya la guardia de noche. Lo más probable, dijo fríamente. Tranquilidad, Bobi, la tranquilidad tú la has roto, sí, está bien, está justo y correcto, era como la muerte, pero ahora no podemos huir, dinero no nos queda mucho y faltan días para que yo pueda cobrar mi cheque del 30. ¿Qué hacemos, Bobi? ¿Qué crees tú que debemos hacer?, preguntó humilde. Ante todo dormir, contesté con estupidez, sabiendo que no podría hacerlo y Bobi tampoco. Al contrario, dijo él, y dijo bien, debemos estar despiertos por si llegan ellos y no creo que lleguen esta noche, está lloviendo, ¿sabes? Sí, dije, sí sé, eso decía la gente triste y alegre, la gente sola y acompañada que iba por la calle, ahora son ricos y felices mientras llueve, la lluvia les amuebla la soledad, les pinta de riqueza la pobreza, les da un elemento que no entrega la seca realidad, ¿no quieres dormir, Bobi? No podría, dijo suavemente, allá no podía dormir, aquí es distinto, pero aunque aquí no duerma me siento más seguro, allá me tenían trepado en una alta cama, muy alta, para exponerme, como quieren hacerlo los comunistas, me costó descolgarme por ella y cuando iba agachado por los corredores creo que él me ayudó, creo que sólo a él lo vieron las mujeres, tú

sabes, dijo, él tampoco quería estar preso, menos allá arriba, prefiero golpes, bofetadas aquí en el suelo, en el suelo de la comisaría, en cualquier suelo y no caricias, vacunas y enjuagatorios en esos catres, casi diría que echo de menos al teniente ahora y no me has contestado, nunca contestas mis preguntas. ¿Tú también me crees loco? Bobi, bien sabes que cuando te acepté de manos de tu madre, yo tal vez sí hice una locura, pero la hice a sabiendas, aceptando todo lo que había de pasar, incluso tu fuga de esta noche, no está bien lo que has hecho, pero lo has hecho creyendo que procedías rectamente, no, no te creo loco, te creo, te sé más bien desesperado, pero no soy yo el que te va a juzgar, no soy yo el teniente ni el médico, ellos me creen tanto o más loco que tú, si no menos delincuente, si delincuencia hay, porque yo procedo a sabiendas de la experiencia que la vejez y la soledad le pueden dar a un hombre, además, Bobi, yo no tengo la suerte tuya, soy un hombre cabal y normal, nada tengo de relieve en el alma ni en el cuerpo, en consecuencia, los años, por lo menos, me obligaban a proceder con cautela, con cálculo, con disimulo y miedo y desde luego, según ellos, yo no debía haberte aceptado de tu madre, eso ya fue una locura, y las otras, todas las otras, también la de esta noche, no han sido sino una consecuencia, en resumen, Bobi, para ellos no sólo tú estás loco, sino yo, especialmente yo, creo que ahora traerán dos ambulancias. Eso sería bueno, dijo él, suspirando dudoso, pero había desconfianza en su voz, había dudas, parecía arrepentido de lo que había hecho. Bobi, ahora, yo a tu lado me he transformado, claro que no se me nota todavía, pero procedo obediente a esa transformación, sí, tú tienes patas de perro, tú tienes patas visibles de perro, pero yo las tengo espirituales, yo las tengo en el ánimo y en el alma, somos dos hombres incompletos, dos perros aún no terminados, en vez de uno, yo no sé lo que haremos, Bobi, pero lo haremos juntos, ¿te parece que hable con el padre Escudero? Ya te he hablado de él, cuando a tu edad yo pasaba por esta calle rumbo al colegio

en la mañana y de regreso de él en el atardecer, empecé a conocer a Escudero, es un buen hombre, erizado y extraño y como que odia o desprecia a las palabras, no habla mucho y se va por adentro, él nos indicará lo mejor que podemos hacer, además, yo necesito hablar con él por un favor que le pedí y que quizás me lo haga, ahora es, me parece, el momento preciso para que me lo haga. Veamos y conversemos, Bobi, esperemos, esperemos a ver si llega alguien, a ver quién pasa y quién no pasó, estamos ahora como el arriero como el león y el tigre y la zorra esperando que él pasara por el camino, hasta que después de muchos días, tal vez de semanas y de años, él pasó, era pequeñito, pero lo mismo vino caminando, nadie creería que lo haría, pero lo hizo, lo hizo completamente y se vino de regreso. ¿De qué hablas?, preguntó Bobi levantando la voz, creyendo ahora él que yo era el loco. De una leyenda que conocí de boca del padre Escudero, precisamente, una leyenda que se te parece, Bobi, muchas veces he pensado que la imaginaron pensando en tu historia, tú sabes que el hombre adivina cosas y eso parece que ocurrió entonces, parece que te adivinaron a ti. ¿En qué tierra, en cuántos años?, preguntó Bobi. En las tierras del sur, Bobi, hace muchos, bastantes años, antes de que existieran profesores, antes de que existieran tenientes y médicos y abogados, de otro modo no lo habrían dejado tranquilo. No, dijo él, tienes razón, esos enredosos llenan de raíces y nudos el suelo para que tropieces y te puedan coger con las manos juntas, como si estuvieras rezando. ¿Sabes tú esa historia? Claro que la sé, Bobi, y hace muchos días que he querido contártela. ¿La quieres oír? Sí, sí, sí, dijo súbito.

*LA SEÑORA Polonia, de la provincia de Colchagua, echó la historia al mundo allá por 1900, decía ella que era una historia verdadera y que hasta había conocido a la familia, pero lo decía dudosa, como recordando, escarbándose los ojos junto a la fogata, ahí en el patio, y peinándose con cuidado, con lenta reminiscencia la larga cabellera, sacando de ella sus personajes y sus sufrimientos. Tenía ya mala salud, no era joven, más de cincuenta años confesaba, dejando en el aire la mano y la peineta, sacando la cuenta con los dedos y echando los ojos hacia la lejanía, comenzaba a toser, se sofocaba y se reía, sí, la estaba viendo ahora, gorda y potente, un poco bravucona, de cabeza airada y ojos pasionales y asustados, la veía rondando sus polleras, metiendo sus patas en la tierra, escarbando hambres, deseos, viajes, ensueños, picoteando aquí, allá, nerviosamente, cada vez más nerviosamente, contando los años idos, los hijos idos, desaparecidos hacia el mercado y la feria, por tren, por vapor, por carreta, los que salían huyendo por el caminito, bajo la lluvia, picoteando con miedo el estero, piando solos en el crepúsculo, en el último sol.*

*La señora Polonia, de la provincia de Colchagua, suspiraba, se quejaba y reía viéndola golosa, celosa, enojada, triste, esperanzada, quejosa, quejosa del largo invierno que tanta agua traía, del profundo hielo, lloraba, cinco ya se han muerto, estiraditos, duros, feos, francamente feos en la muerte cruel, y ahora este otro, este pobrecito que nació*

deforme. Picoteaba desesperada el suelo, como deseando hundirse en él, como queriendo romperse la cara, los ojos para no verlo. No, no es que le tenga compasión, señora, no es eso, pero sí un poco de desconfianza, porque es tan distinto, tan diferente a los otros y nada de entumido o desesperado, no crea, nada de eso y esto es lo peor, porque hasta podría ser un endemoniado desnaturalizado, ¿no cree? Y se deja mirar con desparpajo, se planta solo arriba de un palito para que lo semblanteen y se enfurezcan, y son sus hermanos, son sus primos, los de este corral y los del otro lado del puente, son caravanas los que vienen piando por el caminito hasta cansarse, solo para contemplarlo, para estarlo atisbando desde la orilla, porque él no se deja tocar, tampoco le gusta que se acerquen mucho, nació para ser desgraciado, para estar lloriqueando desde el primer canto, pero ahí lo tiene usted, tieso en su pata, vuelto un poco hacia el camino real, sin mirar a nadie pero abarcándolos a todos con su media mirada, picotea de tanto en tanto el suelo y saca una herida de tierra, parece dulce, tímido, agradable, lindos ojos tiene, es decir tiene un lindo ojo, un solo ojito, señora, una sola ala, una sola pata, ¿sabe?, y ahí anda arrastrando la pluma, orondo y suficiente, como si fuera un pollo entero. Era una buena gallina que había llenado de píos y cacareos los corrales de toda la provincia; las mejores pechugas que lucía el restaurante elegante de la ciudad, junto a la estación del tren, los mejores muslos blandos, fueron suyos, formados, criados, alimentados a pausas por ella, carnes firmes, limpias, gallos de cría de severo y sincero mirar, de nítido y majestuoso canto y una cresta asoleada y festival, o duros, rurales gallos de pelea, carniceros, malvados, bestiales, sufridos, callados, ensimismados, clavados en un par de espuelas anchas, firmes y enterradas como antiguas botas de guerra, antigua raíz de campesinos, gente de vida sosegada y honesta, de limpidas y apaciguadas costumbres, sosegada vida y resignada muerte, y ahora, ahora él, como un broche imperfecto, ahora que ella se estaba poniendo

viejancona, un poco sorda, un poquito cegatona y dada al llanto. ¿Qué haría, qué haría, pues? Sobre todo, eso, que él no era un inválido ni un monstruo, no, señora, todo lo contrario, si fuera un triste y un desesperado, santo y bueno, Dios y el mujeriego de su padre lo comprenden, yo, su madre vieja, velo por él y lo defiendo y me vuelvo garras, pero no es nada melancólico, se rien de él, pero él no deja reírse, se torna desabrido y desconocido y hasta canta, un canto roto y partido por el que podría precipitarse a la desesperación y la vergüenza, me mira si estoy atingida, me ve las lágrimas y a saltitos se me acerca, a saltitos porque una sola pata tiene, ¿no? La señora Polonia se levantó crujiendo porque la cintura le dolía y también para mostrarle a la pobre que el dolor y el sufrimiento estaban muy bien repartidos en la provincia de Colchagua y que mejor lo estarían a medida que avanzara el siglo. Cojeando se entró en el dormitorio y cojeando salió de él con una canasta y una olla y unas escudillas y platos que sonaban, se sentó en la silla baja para estar cerca de ella, más cerca ahora y la miraba, desgranó unos choclos y la miroteó mientras lloraba y picoteaba, empujó sonriendo unos trocitos de queso y sonrió cuando los olía desconfiada y daba vueltas con recelo, suspirando, atando cabos, malos recuerdos. Sacaba un ruidito azucarado del mate y afuera se remecía suelto el viento, tendiendo un rumor delgado entre las hojas, era la hora del crepúsculo y la miraba otear con miedo el trecho de camino y el cielo negro. Ahora estará mirando hacia el cielo, esperando nubes, largos pitidos de tren, y alas, alas que se van volando, con su ojo mira, sacude un poco su pluma y no está triste pero sí nervioso, como sediento, sus hermanos, sus hermanas, su tíos, sus tías duermen acurrucados en los palos, hacia la oscuridad y la penumbra, bajo los techos y las mediaguas, suspiran largamente, dejan caer cacareos quedos, rastros de cantos, peleas, crestas, ojos, plumas, se mueven, se remueven acomodando la carga ensangrentada del sueño, quejándose, aplastados por la muerte, por la vida, él no, no duerme, no

cierra el ojo insolente, lo tiene de par en par, oteando el cielo tirante y frío que lo mira también con su ojo, con su ala combada, espantosamente inmóvil y desierta, me mira a mí también con lástima, como empequeñeciéndome, y a su padre también lo mira, a su padre el mujeriego, que duerme escandaloso y machucado, hermoso y gastado como un mueble; a él lo mira casi con burla, no con odio, casi con desprecio, no con rencor, diría que lo quiere o que secretamente lo admira, diría que quiere hablarle, preguntarle y por eso vela, paciente y eterno, su ojo abierto, esperando, esperándolo, anoche, hacia las diez, lo sentía yo cuando llegaba el viejo, borracho y empedernido, remediando el gallinero, huyendo de los cacareos que echaban suaves reflejos en la sombra quieta de los árboles, venía como huyendo, pero no deseando parecerlo, un poco gordo y acuoso, un poco amarillento, bilioso de gordura, sofocado y crédulo, echando el corazón por la lengua, cacareando fanfarrón y pasional, echando su canto cálido hacia las otras rejas, hacia las pobres plumas que se estremecen esperanzadas y descoloridas en otros palos, en otras penumbras, al llegar echó una chorrera de sol hacia el camino y tranqueó por el corral ensanchando su copete, él lo miraba, me miraba, sólo los tres velábamos, los otros no, ya están acostumbrados a la juerga y al bullicio, hundidos suaves en su plumón de sueños, olvidados y olvidándolos, sólo nosotros velábamos, yo llorosa y húmeda, él orgulloso y alcoholizado, echándose un cacareo de admiración antes de dormirse, y su hijo, su medio hijo, mi medio hijo, mirándolo sin sorpresa, también sin odio, como ávido y deseoso de conocer la vida, olerla en los mojicones y rumores y velados perfumes de que está lleno su padre. ¿Habrá hablado con el viejo?, me digo, ¿habrá hablado, señora Polonia? Cincuenta años son mucha experiencia, señora Polonia, ¿no cree usted que ha platicado largo ahí en lo oscuro, oliendo a su padre, olisqueando en él la vida y el viejo mirándolo en una risita estomacal y pretenciosa?

La señora Polonia, cincuenta años cabales, impresio-

nada y llena de compasión, dejó el mate en la mesita, sopló con las ramas el fuego y acarició la cabeza de la pobre. La estaba mirando. Han hablado, han hablado, ¿no cree?, ¡y ahora él me dice que se quiere ir a rodar tierras! La señora se reía recordando, diciendo que había hecho bien el pobrecito. Padre buenmozo, madre quejumbrosa, triste como un invierno, ¿qué podía hacer, altivo y a medio terminar? Los hermanos no lo querían, los primos lo odiaban, los tíos lo empujaban del corral a picotazos, le pegaban con las dos espuelas, lo espantaban con las dos alas, se plantaban un tío a un lado y el otro al otro y lo miraban cada uno con un ojo, con dos ojos lo miraban y lo miraban para que se fuera cojeando. El se iba cojeando, pero no muy lejos. No se quejaba, no se tornaba desesperado, sólo callado, calladito, guardando las palabras para él solo, porque ya sabía, alguien le había susurrado que las palabras son hechos y los hechos vida, si puedes dar picotazos sin cantar no cantes, le había aconsejado su padre alguna vez, no aquella noche que creía su madre sino otra noche que él no olvidaba. Por eso, sin hablar, se encaminó donde su madre, con su atado legendario de comida, su sonrisa humilde, su mirada ansiosa y urgida. Madre, yo no me voy por los corrales, no saltaré rejas ni empalizadas, no volaré desde las ramas hasta los nidos, madre, no busco polla ni pollona, sé que no puedo hacerlo, sé que no debo hacerlo aunque podría intentarlo, pero buscaré, buscaré y encontraré otra cosa, la mitad de mí mismo, la parte que me falta y que me ha hecho a mí débil y a ti desilusionada, padre dice que soy distinto y que debo conformarme, pero lo dice con desprecio y apuro mirando hacia el corral del otro lado del estero, sintiendo ruido de plumas, plumas que se estremecen y alertan, cabecitas que se alzan y se esconden, cacareos de duda, cantos de furia y desafío, estallidos, cantos, ruedas de tierra, ruedas ensangrentadas, gorgoreos, echando a volar maldiciones, promesas, insultos, despedidas, lo dice desperezándose, flojo, sintiéndome lástima, sintiéndose lejano y extraño, comenzando a ale-

jarse con sus patas duras y viriles, echándome un ala para botarme, riéndose y alzando la cresta hacia el sol, llamándolo, desafiándolo, abriéndose como un inmenso calor, desparramándose él mismo en cantos y en deseos. Se fue, madre, no llores, esta noche, hacia las diez, él vuelve siempre, él vuelve entero siempre, yo volveré también, quiero volver entero, ¡madre, échame tu bendición, adiós, mamita! La pobre, transida de dolor y nervios, le echó una media bendición y se derrumbó sollozando en el nido. Y él empezó a caminar, un camino largo y duro que recién comenzaba, cogió su atado de maíz, cogió sus toscos informes sueños, su tosco pedazo de tristeza y lo puso todo bajo el ala. Cuando pasó bajo las ventanas de la señora Polonia, ella lo llamó para que entrara, pero él no entró, cojeó más visiblemente para demostrarle que la estimaba, que le recomendaba a su madre, que cuidara de ella si es que la dejaban viuda, y se fue por el camino lentamente, con la lenta lentitud de los cojos o, más bien, del que tiene sólo un pie y no dispone de otro para ir poniendo delante. No tenía sueño, como en el corral nunca lo había tenido, caminaba quedo, callado, libre, murmurando recuerdos, sonriendo de lo último que le había dicho el viejo, mirando a los hermanos en la lejanía del recuerdo, ¿lo amaban, lo odiaban? Los pobrecillos me tendrían recelo, se decía satisfecho, como si yo tuviera escondido un tesoro y no quisiera mostrarlo, como si hubiera estado haciéndoles trampa toda la vida, sobre todo cuando le pedí a mi madre le encargara al señor Polonio medio plato para la comida y media escudilla para el agua, se rió, se reían ellos en voz baja deseando que él no los oyera, pasándose trocitos de desprecio, extendiendo una breve conmiseración junto al agua, picoteando rápido en el comedero de los primos para contarles. Se paró debajo de un árbol a reírse quedo y a serenarse y arriba las ramas despertaron sorprendidas para mirarlo y se sonrieron donosamente, desmenuzando su sonrisa entre las hojas, mirándolo con ellas, ahora, ahora se ha decidido, decían aliviadas, antes de que se torne viejo,

faltan tantos corrales todavía, multitud de gallineros, las ferias regionales de muchos inviernos, tendrán que desteñirse muchas orgullosas pechugas, encanecerse y enlustrarse muchas crestas, apagarse muchos cantos en gallineros y gallineros antes de que eso suceda, dijo una rama alta atisbando ya el sol en medio de la noche. Se tendió en el suelo para dormir y cubrió su cabecita con el ala, la pata le quedaba afuera sin cubrirse, en la brisa arrebolada de luna llegó bogando espesa una lechuza, se clavó en la rama y lo quedó mirando, lo miraba con su cara de reloj primitivo, reloj de pluma y pavor, reloj de castillo y escalofríos, por lo demás se veía jubilada y sola, como si el terror que vaga sin uso y sin ocupación se fuera metiendo ya en sus pobres huesos célibes. Ya viene lejos, se dijo con simpatía, ya está distante unos cuantos corrales, y lo estuvo contemplando hasta que el rato de luna pasaba cerca de la patita dormida y la dejaba en la sombra. Despertó cuando el sol remecía el ala para que él despertara debajo, se sentó en la tierra, abrió el nudo del paquete, se comió unos granos de maíz y tuvo sed, pero agua no había corriendo por el suelo y el cielo brillaba barrido de nubes. Se apretó al árbol y esperó la sombra. Miraba el horizonte desde el cual viniera caminando, acordándose de su madre, de él mismo, de su triste condición que, sin embargo, no lo ponía triste, otro se mata desesperado, mi padre se hubiera suicidado de horror y humillación, se sonreía, pero yo no, mi madre no, ella estaba callada, callada solamente, se iba caminando donde la señora Polonia, ahí lloraba, ahí la sentía sollozar la doña, le hacía preguntas, le pasaba respuestas y cuando regresaba, ajada y ojerosa, yo estaba ahí, clavado en mi palo, aguardándola, aguardando a mi padre, mirando a mis hermanos, a mis primos, dormir, vanos, completos y satisfechos. Se reían, yo cojeaba para que se rieran y después me quedaba callado, sí, sentían que me quedaba callado, como si me encerrara de algún modo para mirar a solas el tesoro escondido, la mitad mía que no quería mostrar. ¿No será ésta la verdad?, se pregunta-

ba. ¿No estaré como dormido, como transformado, no tendré yo mismo, sin saberlo, sin desearlo, escondido y aplastado a mi otro hermano, sumergida a mi otra mitad? Se sentía intranquilo, como si en ese momento lo estuvieran vigilando, pero estaba solo, completamente solo, eran como las cuatro de la tarde de un día de otoño. Cuando el sol se iba poniendo y se desparramaba por el suelo y se metía entre las hojas, vio brillar la naranja entre la hojarasca, la miró con tranquilidad, con absoluta tranquilidad, se estaba sonriendo. Se sonreía de lado solamente, no habría podido hacerlo de otro modo y su sonrisa se veía entonces como orgullosa o cortada por la furia. Sí, dijo, agachándose, golpeándose la pata con el ala, ahora acabo de llegar para encontrarte, traje un ala para taparte, una pata para llevarte. Sí, dijo la naranja rodando entre las hojas, échame en tu ala, llévame en tu pata, no me puedes comer, no podrás clavarme el pico ni las garras, sólo el rey o su joyero tienen dientes para mí, esto es bueno para ti, pollo. Ya me tratan como un ser entero, se dijo él, contento, pero sin envanecerse, y cojeó hacia la naranja, para que ella viera eso precisamente, que él no era más que un medio pollo, pero muy seguro de sí mismo, no como otros pollos y gallos enteros, demasiado enteros pero temblorosos como un ala. Sí, es verdad, eso le gustará al rey, dijo respondiendo la naranja, pero él no había dicho nada ni había preguntado nada. Cogió la naranja y la tenía bajo el ala y golpeaba quedo el ala de vez en cuando mientras caminaba para saber que ella estaba ahí. En la lejanía venía una polvareda y dentro de la polvareda un arriero con una recua de mulas. Hombre triste el arriero, tristes animales las mulas, iban pasando por el lado, como para quedarse más solos, como para ser trizados por la mala suerte, comidos por la tierra, devorados por la miseria y el abandono. Mira, se dijo él, un arriero entero, unas mulas enteras, pero parecen hechos pedacitos, mucho más pequeños que lo que yo soy, hacen un montón pero están solos, amarrados por el sufrimiento y la desventura, cabalgados él

y ellas por el malvado destino, por un destino que no habla ni amenaza, pero que pesa, lleno de ojos, de ojos melancólicos, de ojos desolados, el invierno está en sus ojos, mi madre está en sus ojos, el marido de la señora Polonia, acribillado por los pacos en las sierras, está en sus ojos, si me siento a esperar meses y años, mi padre ensangrentado estará en sus ojos. Cuando iba pasando los llamó o, más bien, se acercó cojeando para que, teniéndole lástima, se olvidaran de la propia. ¿De dónde viene mi arriero?, preguntó con dulzura. El arriero entreabrió una sonrisa tristísima, cogía la rienda de la mula y le golpeaba la grupa para desesperarse más, para sentir sonar sus sufrimientos. Tenía ojos grandes, ingenuos, ojos que no habían estado en la ciudad. Me he vuelto, dijo con desaliento, porque el río trae mucha agua y no me atrevo a pasarlo porque se me pueden ahogar las mulas. Este no quiere ahogar sus penas, se dijo con piedad y sintió resonar el río al otro lado. Miró los zapatos del arriero, embarrados y embarrado él hasta media pierna, miró las patas de las mulas, trémulas también, el barro, el estupor y el terror en sus ojos, oleano el río en sus ojos, bramando el río en sus orejas, echando a temblar apresurado los labios del arriero. Mirándolos, se sintió corajudo, como si de repente le hubiera salido la otra pata, crecido la otra ala, brotado el otro ojo, el mundo estaba más luminoso ahora, él lo miraba más cercano y más reluciente, podría recogerlo también bajo el ala y ponerlo al lado de la naranja, se dijo, sentía ruido, ruido de aguas, de viento, el viento susurraba entre los árboles, parecía que le estaba diciendo que se apurara, y el arriero y las mulas hechos ahí un montón, un montón de ojos y de lástima mirándolo. Se sonrió, comenzaba a sonreírse, estará creciendo ahora mismo, se decía, y cojeó hacia el arriero. Donde usted me ve, voy a pasar el río no más, le dijo, porque tengo que ir donde el rey. Yo no me puedo acercar, contestó el arriero con voz humilde y baja, no me dejan subir hasta los jardines los pacos, si las mulas pisan unas hierbas me cogen entre dos y me echan

*tres días en la cárcel, he desparramado mulas por el pasto, he perdido días y noches en la mazmorra, dijo suspirando. Sus ojos grandes lo miraban, las mulas se acercaban al arriero y olisqueaban sus manos, él sentía que el silencio y la soledad fluían de ellas. ¿Por qué no me llevái con mis mulitas, medio pollo?, rogó humilde el arriero. Al hablar el sombrero se le cayó de las manos. El miró el sombrero, habrá pasado días y noches en el suelo, se dijo, en realidad parecía un trágico sombrero. Bueno, dijo él, sin saber lo que decía, pero sabiendo lo que iba a hacer, no sabía cómo lo hacía, pero lo estaba haciendo. Soy chico, pero lo hago, les digo que lo hagan y lo hacen. Coge el sombrero, arriero, dijo. Y el arriero salió de su buche, recogió el sombrero y se tornó a entrar. Caminaron toda la noche, él iba cojeando, pero no parecía que cojeaba, por eso debe ser, se decía satisfecho, pero no decía por qué sería. Las mulas estaban echadas dormitando y el arriero hilando sus pensamientos y mirándolo a él que caminaba afuera. Ahora no perderás ni una mula, le aseguraba él, ahora le pediremos al rey que les grite a los pacos que no te encarcelen ni una noche. A lo lejos brillaba el agua. Ese es el río, dijo el arriero y se estremecía de miedo, recordando. El río venía muy crecido, echando lumbradas a ambos lados, parecía ir golpeando con furia la orilla, echando manotazos para coger árboles, chozas, pies de gente, patas de mula y él no lo pudo pasar y ellas tampoco. Este es el río, dijo él para que el arriero supiera que estaban en la orilla. El arriero miró el río, el río parecía atisbarlo, sabía que estaba escondido en la oscuridad y quería acercarse para asustarlo o para tocarlo. ¿Qué hago yo, qué hago para poder pasar al otro lado?, se preguntaba él y se acordaba que hacia la tarde había tenido sed y se acordaba que toda su vida había tenido sed. Madre, que el maestro Polonio me haga una media escudilla, había dicho por orgullo y porque sus hermanos y primos estaban mirando para acá y el agua se escurría fácil y ellos ponían la pata encima y botaban el agua y él estaba quieto, se iba hacia adentro y empezaba*

a cantar bajito, cantaba feo y ellos se reían y él miraba el agua y decía con rabia, que crean eso es mejor, es mucho mejor, sólo yo sé la verdad, mi madre no la sabe, llora silenciosa porque no la sabe, mi padre tampoco, vuela desdeñoso y nupcial porque no le interesa y ellos creen que yo tengo la otra mitad escondida en alguna parte para algo bueno. Ahí brillaba el río ahora, ahí abajo, como haciéndose aplastado y pequeño, como borrándose y haciéndose insignificante para que él no se lo bebiera, porque él se había tendido de bruces y reptaba un poco cheuto, de modo que el arriero y las mulas tenían miedo y las mulas se acercaban al arriero y lamían sus manos y echaban su soledad en ellas y el arriero pensaba, ahora entra el río y me da de bofetadas hasta ahogarme y también a estas pobres bestias. El se bebió el río y era como tomar un trago largo a las tres de la tarde en el verano de Colchagua, en una escudilla entera, el río entraba despacio, sin alborotar para que no lo mataran, si soy manso y no fiero no me rompen ni me cortan, se decía y reptaba lento por las patas de las mulas y por las piernas del arriero, hasta que topó la pared del fondo y ahí brillaba. El arriero lo miraba con recelo y no quería decirle nada para no alborotarlo, deseaba que el río no se acordara de toda el agua que la recua le había robado durante años, un decálitro hoy y otro mañana, y de las gotas que él también le robaba cuando echaba su boca adentro y bebía una buchada de descanso, pero el río no se cuidaba, además que era un presuntuoso. Cuando hubo bebido, él empezó a saltar entre los peñascos y a agarrarse de las matas del fondo para no caerse, pero no se caía, ni cojeaba tampoco, se deslizaba más bien, ondulando con suavidad, como si volara, como vuela pegado el río a la tierra, saliendo de sí mismo, llevando sobre sus manos y sus patas, mostrando en sus ojos y en su pelo peces plateados y ranas desparramadas que cantan. No me dejarán dormir las ranas con su cantinela, decía él y se adormilaba y se sonreía, ¡si me viera mi mamita! Se le había quitado la sed y se sentía como transparente, y era curioso, ahora

la luna y las estrellas no volaban allá arriba, en realidad él no podía verlas de momento, más bien flotaban en su interior, iluminando las escamas de los peces y haciendo vibrar los ojos abiertos de las mulas y el arriero. Es agradable beberse un río, dijo él, y no es tanta agua, después de todo, es más bien el ruido alborotado, el rumor amontonado que crece hacia el viento y se derrama por los ojos y las ventanas abiertas, el ruido es grande y el río chico, el río es más pequeño que yo ahora y yo lo llevo adentro. Caminó todo el día, pasó a través de puentes de piedra y puentes de madera que se cimbraban aterrorizados sobre precipicios, vio ondular humos en las hondonadas y deslizarse nubes, nubes que iban dando tumbos desorientadas, desesperadas y perdidas, rompiéndose y resonando y después como que se incendiaban, vio pequeñas cabañas a la entrada del bosque, todas juntas, como teniendo miedo, como apoyándose para pasarse un poco de calor en el invierno, vio gente, poca gente, gente sonriente, gente triste, gente llena de sol, gente llena de frío, vio perros, perros vagabundos que iban siguiendo huellas invisibles, buscando cosas invisibles, como él mismo buscaban, todos buscan algo, todos andan buscando, pero nadie se fija en los otros sino en lo que uno mismo busca, se dijo para sí y estaba cada vez más seguro de que no cojeaba nada, esto es bueno, se dijo, eran las doce del día y se sentó en el borde del camino y abrió el nudo de su atado y se comió unos granos de trigo. Lo estaba atando otra vez con disimulo cuando supo que unos ojos lo estaban mirando. No eran los del arriero, que en ese momento atisbaba con temor y desesperanza hacia el otro lado, donde estaba echado el río. El río, despreciativo y orgulloso, vuelto de espaldas, dormía plácidamente. Las mulas, calladas, humildes, se habían refugiado en el otro extremo y se inclinaban quedo hacia el río y le bebían un trozo de su cola silenciosa. No es el arriero, pues, se dijo él, además el arriero tiene ojos tristes. No, no era. El tigre tenía ojos fieros, malvados, llenos de fuerza, aunque en aquel momento lucía un poco ajado, como

gastado y aburrido, como si hubiera dormido vestido, estaba echado sobre una piedra, descansando. ¿Qué hace ahí, compadre tigre?, le dijo él, ganoso de iniciar conversación. El tigre abrió unos ojos mansos, como flores, ojos vegetales, dorados y tiernos que parecían crecer en la tierra húmeda del río y no en la carne. Tengo que ir donde el rey, le dijo el tigre, y estoy muy cansado y no puedo parecer cansado, pues soy el tigre, ¿sabes? Allá abajo están los pacos atisbando por los tejados y si me ven venir bajarán disimulándose hasta cogerme a traición, dicen que el rey precisa una alfombra regia, pero yo quiero ir a decirle que yo le cuidaría el fundo mejor que sus pacos, soy tan sanguinario como ellos, pero más valiente y nada de ladrón. El se rió, se rió con ganas, estos tigres crecidos en los campos de Colchagua son recortados y francos, levemente bruscos, se dijo y lo miró con simpatía, pero no dijo nada, apretó el pico para no decir nada y sentirlo respirar ansioso. Eso le gustaba. El tigre lo estaba mirando, viendo como él era, le estaba, en cierto modo, cogiendo respeto, ahí echado, pequeño e incompleto, emanaba una evidente fuerza hasta para que un tigre cansado y perseguido se diera cuenta. El tigre lo miraba, sí, no tiene mirada carnicera, mas tierna y disimulada, debe ser enamorado como mi padre, se dijo, quizás lo conozca de nombre y quería preguntarle, pero era mejor que él hablara primero. Por eso lo miró sin cansancio. ¿Por qué no me llevái, medio pollo?, pidió suavemente el tigre y ahora hablaba con la voz de la oveja que había devorado la otra noche en la casa de campo de Leonardo el halconero. Bueno, le dijo él, y cuando el tigre se levantaba de su cansancio y se desperezaba, listo para tener hambre, le advirtió: ¡Tenemos contadas las mulas, tigre!, y el tigre entró despacio y se aplastó en la entrada, mirando nostálgico la noche y la lejanía, allá, hacia el sur, estaban los corrales y los viveros, hacia el norte las cuadras, las pesebreras, los cubos donde dormitaban las vacas, el tigre estaba nervioso, se pasaba angustiado la lengua por los labios y miraba

la cabecita de él cuando la inclinaba para buscar el camino, el tigre echaba los ojos hacia afuera para iluminarlo un poco y se adormilaba de hambre, las tiene contadas todas, todas numeradas en la frente y en la grupa, no, no puedo hacerlo, además me tiene preso, yo supe entrar pero no sé salir y no puedo deslizarme por entre las cañas tampoco, porque el río me está mirando, las está contando también, deben ser muy amigos, y el arriero menos que nadie, está muy flaco, está muy afligido, la carne melancólica no es buen alimento. El tigre se quedó dormido y él se estuvo echado esperando que llegara la noche, había caminado mucho, demasiado ya, dejé todos los gallineros conocidos a mi espalda, decía, por aquí nadie me conoce, por aquí tal vez no ha venido mi padre desde que era joven, ahora vuela a los corrales cercanos, no puede hacerlo más lejos, él mismo me ha contado que la garganta le duele ahora cuando empieza a caer el sereno y por eso odia el otoño, porque ya no puede salir y cuando lo hace, cuando los arrullos y cacareos suenan demasiado en sus recuerdos, regresa enfermo, sujetándose de cada árbol y ya no canta. La noche vino y se tendió a su lado y aun se asomó para mirar al tigre dormido y lo miraba con simpatía, como echándolo de menos, como recordando horas, momentos, aventuras, cuando ella y él se encontraban solos en medio del bosque y ella respiraba llena de fragancias de árboles y de relumbrar de luceros y él se veía rayado y emocionado, rayado a fuego, a pasión, a olvido por ella, y pasaban estremecimientos de calor y frío, de fuego y hielo por entre las hojas y el tigre se acercaba a ella y ella bajaba hasta tocarlo y él era sedoso y rubio y ella era suave y azul y las hojas se susurraban risas, suspiros, quejas. La noche se hundió en el río para humedecer sus pensamientos y apagar su fiebre y miraba al tigre acurrucado como un montón de ramaje friolento, quemado por el sol y por el tiempo, y ella también se sentía vieja. Al otro día él caminó toda la jornada sin parar, sin sentarse a abrir el nudo de su pañuelo, sin sentir sed ni temor, sin cojear siquiera,

tengo que mirarme en el río, se decía, para saber que todavía estoy hecho una mitad, ¿si me viera mi mamita! Divisó al león desde lejos, desde una altura, estaba echado a un lado del camino, terminando de dormir su sueño, el tigre también lo había visto y había una sonrisa de compañerismo en su mirada, de envidia y de rencor también. Ahí está el león, dijo. Parado arriba, le gritó: ¿Qué hace ahí, compadre león? El león se alzó un poco para mirar quién le hablaba, pues la que había oído no era voz conocida. ¿Quién habla?, dijo con lento, leve desprecio, pero sin perder su majestad ni sus buenos modales, si no era atento, estaba listo para serlo. Yo hablo, dijo él sin alzar la voz, sin bajarla tampoco, dejándola en el justo medio, donde él encontraba majestad también. No, ya no cojearé nunca más, murmuró, si se trataba de cojear, ya lo debería haber hecho en todo este camino. ¿Qué me preguntaste, oh?, dijo el león, yo ya estoy viejo y voy perdiendo la memoria, sólo retengo lo esencial. Yo sólo hablo lo esencial, si no sería diputado, dijo él, y creyendo que debía ser solícito, si no piadoso, pensó que estaba bien repetirle la pregunta, sí, al rey se le deben dos venias y cuando llegue al palacio me hincaré. Así, tornó a preguntar: ¿Qué hace ahí, compadre león? Aquí estoy, dijo el león, descansando mi cansancio, tú sabes, niño, también hay sillas y lechos para los reyes, ésta es mi silla, éste es mi lecho, dijo rascando el suelo con su garra. No parecía fiero, tampoco destronado y nostálgico, sólo despechado. Estoy medio despiado de tanto andar y tengo que ir a la casa del rey y no puedo más y estoy despeinado y sudoroso y si él me ve así se reirá a carcajadas, sentado en el suelo, y yo saltaré en el suelo hacia su garganta olvidándome de que él también es rey. ¿Es importante que vayas?, le preguntó saltando por las rocas hacia él. ¿No lo ha de ser? Los ministros han hecho decir en la parroquia y en la alquería que yo robé el caballo negro del rey para devorarlo, cuando han sido ellos los que lo robaron para venderlo en buenos patacones, yo mismo he visto al caballo y he conversado con

él, está feo y deslustrado de tanto que lo muelen a golpes en el circo Palombo, hace dos meses andaban por Temuco. ¿No he de ir, niño, a conversar con el rey? El león casi lloraba de indignación y rabia, se quedaba callado y pensativo, el silencio se pegaba en su cara. ¿Por qué no me llevái, medio pollito?, dijo con amable ternura y, sin esperar respuesta, se coló dentro. Bueno, dijo él, pero ya el león estaba saludando brevemente al tigre y mirando con pasividad al arriero y las mulas. Iba él a advertirle que las mulas estaban contadas, pero, acordándose, empezó a reírse con tantas ganas, que tuvo que detenerse un poco porque la risa no lo dejaba, se sentó para reírse y el arriero, las mulas, el río, el tigre y el león alzaron las cabezas sorprendidas y lo sentían reír. El arriero sonrió con tristeza, las mulas se apegaron a él y echaron los hocicos en sus manos, el río echó una lenta, blanda agua hacia ellas y las miraba, el tigre miró al león y después a las mulas y comenzó a contarlas furioso, el león miraba al tigre y pensaba que no le iba mejor que a él, pero yo no tengo excusa, suspiraba. En el circo Palombo, murmuraba, el rey debería comprar el circo ahora. Anduvo un día entero y al fin se encontró con una zorra que se estaba haciendo la dormida debajo de los árboles. Lo había visto venir y sabía que no venía solo, además, era curioso mirar a aquel ser incompleto cojeando como si no cojeara, caminando alegre, desenvuelto, bullicioso, a pesar de que iba callado, seguro de sí y de lo que llevaba en el vientre. Este se alimenta bien desde hace dos días, se dijo la zorra, sintiendo que el hambre se le despertaba en el estómago. Se hizo la dormida, no me cuido, me haré la dormida, se dijo y lo dejó que se acercara, pero olía, olía cosas vivas que no eran él, cosas vivas a las que precisaba con hambre o temía con verdadero terror. Pareciera que él se los ha comido, se dijo con escalofríos, pareciera que este demonio inconcluso tiene dientes donde le falta cuerpo, y abrió un ojo y mostraba los dientes con disimulo, como si respirara afiebrada o estuviera soñando. Sí, en el aire venían bestias, bestias

*mansas, bestias feroces, éste no se ha alimentado con uvas verdes como yo, dijo con creciente inquietud y con verdadero apetito, y se movió un poco bajo los árboles, como si la fiebre no la dejara o el sueño fuera sueño de terror. El se estaba sonriendo, sonriéndole a ella, es a mí a quien sonríe, se dijo, evidente, no está tranquilo tampoco, se estará preguntando si la gallina que me comí anoche será su madre o su tía o su buenmozo jactancioso padre, pero no sabe, no sabe, que no lo sepa nunca, Dios, que hace dos meses largos, dos meses de sol y de polvaredas que no pruebo ni carne de pollo, sólo yerbas, sólo raíces agrias apresuradamente escarbadas. Ahora se sentía humilde y pesarosa, se veía tal como era, abandonada y perseguida, por lo demás, ni los perros la perseguían ya, no había dudas, se estaba volviendo vieja. ¿Qué está haciendo ahí, comadre zorra?, le dijo burlón. Todavía se ríe el condenado, murmuró furiosa y se alzó violenta en las cuatro patas, pero una de las patas le temblaba, sí, lo había olvidado, claro que la bala no le dio de lleno pero le alcanzó a morder un buen trozo de piel, esa pata estaba llena de miedo y abyección, ella la odiaba en esos momentos y se avergonzaba de ella, como si fuera pata de otra zorra. Y contestó con una voz que no parecía suya sino, más bien, de la pata herida, una voz humillada y simple, casi pedigüeña: aquí estoy, compadrito, muerta de hambre, hace muchos días que no como ni un racimito de uva siquiera, parece que cuando una se va poniendo vieja la fruta crece más alta, dicen que el Dios de los animales es vengativo, el huaina, y coge a los árboles y los tira hacia arriba. El miró a la zorra y le tuvo lástima, le tuvo verdaderamente lástima, el tigre estaba furioso e indignado, tenía, además, hambre y de buenas ganas hubiera devorado a la zorra para no tener ya hambre y borrar esa vergonzosa renuncia a su crueldad y su fiereza, el león estaba pensativo, escuchaba como en la audiencia cuando presidía justicia, nunca quiso a la zorra, la consideró siempre el más traicionero, el más malvado, el más calculador, el más innecesariamente cauteloso, el más co-*

barde de los animales, es tan dañosa que debiera ser hombre, pensaba, ahora mismo había llorado y suplicado y alegado e imaginado como un abogado, como esos abogados que pululan en los pasillos del castillo o en los alrededores del matadero de Temuco o en la estación del tren que sube de San Fernando. ¿La dejaría entrar él también? ¿Sería capaz de permitirle la entrada ahí donde estaban ese montón de pobres mulas con su arriero, atados por la desgracia y el abandono, donde estaba el plácido río lleno de vida y de honrada luz, donde estaba el tigre, feroz, sanguinario, pero valiente y leal, que peleaba él mismo y no con papeles, no con libros ni con números, yo no me cuento, yo escojo un peligro y lo represento, lo incorporo a mi miedo y hago de él un coraje, se decía, y ahora viajo para que me mate el rey, pero para que sepa la verdad también, oh, la zorra, la zorra para quien las víctimas son sólo espaldas y sueños, que jamás busca la cara, los ojos abiertos, ¿la dejará entrar? Te puedo llevar donde el rey, comadre, estaba diciendo él en ese momento y sabía que el silencio, detrás suyo, ese silencio cadencioso del río y ese mirar intacto del león y ese mirar furioso del tigre y la lenta tristeza de los ojos del arriero, le estaban diciendo que no debiera hacerlo, que no debiera permitirle que entrara, pero ya lo había dicho, ya estaba agregando palabras y se sentía tan contento y estaba tan seguro de sí mismo que hasta creía que la zorra se tornaría leal y verdadera, creo que el rey te dará alguna cosita de comer, zorra, y agregó burlón y maligno: ¿No huele tu hocico a gallina, no pían pollos en tu vientre, zorra? Sí, sí, sí, dijo furioso el tigre y parecía que estaba discutiendo algo importante con el león y el tigre alzó la garra y la echó hacia la entrada y la zorra, temblando, se iba haciendo de lado para pasar bajo ella y no quería mirar al león, al arriero ni a las mulas, le parecía que su propio cuerpo olía espantosamente a gallinero y que su propia cola estaba desmenuzando un plumón de plumas sobre el río, torció el hocico para cerciorarse de que no era verdad y, dando un grito, cayó en las aguas, el

río alzó las manos y la expulsó con asco hacia la arena. El suspiró y siguió caminando y hacia el atardecer topó con los jardines y estuvo agarrado a las rejas. Estuvo mirando largo rato. Vino un carabinero y le preguntó con ira, con tranquila ira, que qué se le ofrecía y le pidió los papeles. El se sonrió con holgura, sin miedo ni enojo, teniendo tiempo para mirar las flores y los saltos de agua y las luces que comenzaban a encenderse en los caminos y bajo los arcos. El hombre lo empujaba con la carabina: Pordioseros no pasan por aquí, hay caminos para los perros, para las zorras y para los vagabundos, gritó furioso y preguntó con sorna: ¿Qué eres tú? Cuando me conviene, hasta zorra puedo ser, dijo él en voz alta, se rió bajo y corto el león, se rió con crueldad y amenaza el tigre, se rió con tristeza el arriero y el río movía sus aguas en las patas de las mulas, la zorra echaba lumbre por los ojos, pero el león la miró y la zorra se estaba apagando, y si me apuran puedo ser tigre, furioso tigre, un verdadero bandido, dijo, y el tigre sonrió con orgullo y estaba pensativo y el arriero sonrió con miedo y estaba pensativo y la zorra no sonreía y no miraba, estaba sin ojos, sin hocico, borrándose contra la rabia, y si es necesario, puedo ser lentamente, muy lentamente, pero no tanto, no tanto, león, majestuoso león, tanto como el tuyo, tan noble como el tuyo, tan justo y feroz como el tuyo, paco, dijo y el león estaba quieto, sin sonreír, y el tigre lo miraba con respeto y con recelo y el arriero estaba cada vez más triste y las mulas dormitaban en la orilla, vueltas hacia sus manos y el río se había sentado para mirar el palacio y él estaba diciendo, y puedo caminar terrible y tranquilo, suave y vertiginoso, impetuoso y manso, como un río, como un auténtico robusto río, campesino en el campo y vasallo en la ciudad, puedo echarme en las alfombras sin mojar los mármoles y las maderas, pero ahogando, ahogando sin misericordia entre mis manos, haciendo justicia con mi larga afilada agua, porque también yo, como el tigre y el león, soy espada de tu rey, de esa majestad a quien vengo desde el seno de mi mamita

a rendir pleitesía y acatamiento y a pasarle un regalo. Muestra el regalo, pordiosero, dijo el soldado cruzándolo con su arma, pero él dijo: No lo mostraré a unos ojos sucios, no lo pondré en manos viles, sólo en las de Su Sacarrial Majestad, y el tigre echó un aullido terrible y el hombre se asustó y se fue corriendo y llamó al paje y al caballero para decirle que alguien, un brujo, un titiritero, el director de cuadros del circo Palombo estaba ahí en las rejas pidiendo audiencia al trono y ellos tuvieron miedo y pensaron que eso era malo y pensaron, sobre todo, que eso era malo para él, que eso necesariamente tenía que ser malo para él. ¿No habrá traído el caballo?, se preguntaban. Y fueron a decirle al ministro que un vagabundo esperaba audiencia y el ministro dijo que qué días el rey daba audiencia a vagabundos y fueron donde la reina y la reina estaba donde la peinadora y fueron donde el príncipe heredero y el príncipe heredero estaba en la cacería del gran venado y fueron donde la princesa y la princesa se estaba probando el vestido de baile y fueron donde el ayuda de cámara y el ayuda de cámara estaba en las bodegas sumido en el vino y le gritaban hacia abajo y él gritaba también hacia abajo y se reía húmedo y se le caía ya la peluca y entonces lo sacaron y lo sentaron en el suelo y esperaron que el vino saliera de él y cuando lo dejaron estirado encima de la cama, vieron que él iba subiendo ya la escalera, iba ya muy arriba y corrieron para sujetarlo, pero no lo podían sujetar, todos los perros andaban en la caza, todos los pacos andaban en la ciudad, en la taberna, en el mercado comprando más carnes y más luces o mirando las zapatillas de las doñas y él había echado la naranja a rodar por la real alfombra y el rey estaba allá, junto a los ventanales abiertos, listo para aburrirse, y cuando ellos vieron se dijeron: Si ya le ha hablado al rey, malo es para nosotros, y si no le ha hablado todavía, malo es para él, y se adelantaron temerosos y no hallaban dónde poner sus sonrisas. Y él le dijo: Mi rey, mi soberano, aquí estoy medio deshecho, gastado hasta la mitad, he pasado

*mucha tierra, me he tragado un río, un arriero con su re-  
cua, un tigre, un león y una zorra, para traerle a Su Sacar-  
rial Majestad esta naranjita maciza que es de buen oro.  
El rey se reía, se reía con su risa historiada junto a las  
ventanas abiertas donde había tratado de aburrirse, había  
viento, volaban los cortinajes, él se sentía más pequeño,  
cada vez más pequeño y como inútil, como un poco feo, es-  
taba revolviendo su sonrisa humilde, su cara humilde fren-  
te a las luces y los celajes del rey, estaba incluso hediondo,  
olía un poco impetuosamente a corral y a cacareos pobres,  
rurales, tuvo una pizca de calor, una pizca de sudor y el rey  
hizo un gesto, medio gesto, y salían pajes de su manga lle-  
na de bordados y de susto y los pajes estaban mirando la  
naranja en el suelo como si fuera una bala mágica que de-  
bería estallar. Entonces le sonrió el rey, le pasó la punta  
de sus dedos y él se asomaba a mirarlos y los pajes se in-  
clinaban hacia él, ya se inclinaban hacia él despreciativos  
y trémulos y el rey lo miraba como si él fuera un pollo en-  
tero, lo miraba con una mirada entera y flamante, abarcando  
el reino y los tejados del reino del otro lado y les dijo  
a los pajes que lo llevaran al gallinero para que viera a sus  
colegas y se alimentara. Y él miraba un poco de lado, con  
desconfianza y ganas de sollozar y miraba a los pajes ya  
con recelo, ya con distancia y pensaba que estaría seguro  
en el gallinero, hasta olía él un poco a gallina y gallo y  
eso le daba fuerza y confianza, pero se sentía solo, com-  
pletamente solo, porque el rey quedaba ahora detrás de  
tantas alfombras, más allá de tantas escaleras y barandas  
y balcones y terrazas y chambelanes y enanos y galgos y  
damas y damiselas y cortinas y armaduras y pajes, pajes,  
pajes que surgían de los rincones y se iban alineando. Y  
cuando divisó el gallinero, la alta reja, los enormes come-  
deros y tiestos inmensos, tuvo más recelo y no quería ca-  
minar, iba cojeando ahora, queriéndose demorar, querién-  
dose demorar de repente y que el rey le enviara el doctor  
o el brujo, porque tenía miedo, tenía mucho miedo y vien-  
do la risita seca de los pajes, los ojos funerarios y crueles,*

los guantes pequeñitos que lo empujaban, se agachó un poco y no queriendo ser empujado echó a correr. Se detuvo rodando por el suelo y las crestas lo miraban, las espuelas lo miraban, las alas, las colas lo miraban, los cacareos, los cantos lo miraban y se quedaban enfriados, sin reírse, más bien admirados, más bien intrigados, mirando a este paje, a aquel paje para preguntarles, pero ellos se sacudían con digna furia sus pechos y se estaban empezando a ir y cacareó burlón un gallo, cacareó coqueta una gallina, una pollona rompía en cacareos una risita, se entreabrió un pavo para lisonjearse inmenso y mostraba una tajada grasosa de risa, un pollo, dos pollos, cuatrocientos pollos empezaron a picotear el suelo junto a él y ése era ahora el medurado único ruido que se oía, buscando, buscando, buscando algo que faltaba ahí, un ala, una pata, un ojo, un pollo entero, se puso violentamente encarnado él y se iba cojeando por las rejas cuando un picotazo se le hundió en el pecho y el arriero se puso triste, un picotazo se le hundió en el ojo y las mulas miraban las manos del arriero, un picotazo se le hundió en la pata y el tigre se alzaba furioso, un picotazo se le hundió en el ala y el león miraba a la zorra, huele, huele, huele, zorra, le dijo y cuando la zorra olió como que se ponía buenamoza, como que se empezaba a engordar y a lucir peinada y barnizada y sacó el hocico para oler y saltó hacia afuera, saltó el silencio en medio del gallinero y jamás él se había sentido tan solo, ni siquiera media hora antes en el salón del rey, en la escalinata del rey, y miraba, sentado todavía en el suelo, las plumas que volaban, las bellas plumas en ese mediodía, hacia los árboles, hacia las nubes, hacia las balaustradas, son hermosas, eran hermosas, se decía y sentía pena al mismo tiempo y miedo de la zorra, de la zorra que lo miraba todavía con hambre, todavía con un poquito de hambre, pero el viento empezaba a recoger las plumas, las iba amontonando con sosiego, con cierto arte, con evidente sentido de la luz y de la penumbra y relumbraban desde la oscuridad hacia las puertas y los balcones y el rey y la reina y el prin-

cipe y la princesa y los dieciocho chambelanes se asomaban intrigados, enojados, curiosos, furiosos mirando las breves luces que iban volteando bajo la tenue luna. Y él se sentó en el suelo y durmió toda la noche y hasta tenía como fiebre y hasta tenía el rostro como pintarrajeado y el tigre le decía al león: Ahora son los fuegos artificiales, mira como llegamos a tiempo, y el león se quedaba callado y miraba al río y el río estaba azul y verde y amarillo y naranja y lívido y rojo, totalmente rojo, como las manos, la cara del arriero, la cara leve de las mulas, sus hocicos balbucientes. Y al otro día, con las claras, fueron los pajes al gallinero a ver si estaba muerto ya él, porque decían: Si le habló del caballo, malo es para nosotros, y si no le habló todavía, malo es para él. Como iban conversando su susto no se fijaban dónde ponían los pies y entonces fueron las plumas volando por el aire y caían hacia ellos con la risa, riendo las plumas, riendo él arriba del árbol, lo vieron todo entero, iluminado por el sol amarillo, cantando su canto feo y hasta canta feo para burlarse más, decían y se fueron donde el rey y le dijeron: Señor, el medio pollo se ha comido todas las aves y las plumas vuelan por el campo, y el rey se quitó la corona para rascarse y los miraba con deseos de rascarse: ¿Qué hacemos con el medio pollo? Yo no lo puedo matar porque me ha traído este regalo. Ellos vieron la naranja de oro, pero no vieron si ya le había hablado y todavía tuvieron miedo. Y un paje le dijo: Si a Su Sacarrial Majestad le parece, lo echaremos al potrero donde están los caballos y los coches y pueda ser que los caballos lo maten. Bueno, dijo el rey y se rascó dos veces, pero prohíbo que ustedes lo maten. Y lo echaron al potrero y el potrero era enorme y como helado, lleno de sol y como de invierno, lleno de árboles y como solitario, y cuando él iba caminando y mirando receloso y empezaba a correr un poquito, vio las herraduras, vio los belfos, vio las colas y una herradura lo envió rodando y el arriero se puso triste y un belfo lo mordía y el tigre se alzaba furioso y una cola se le echó para cogerle y las mulas miraban las

manos del arriero y el arriero miró al león, ¿se acuerda del caballo?, le dijo muy triste y el león se estaba acordando y miró hacia afuera y él vio multitud de leones, llenos de silencio, el silencio se vertía a raudales de la melen y corría suave por el potrero, se subía a los árboles, se agazapaba en las matas y cuando salió la luna vio brillar él el montón de herraduras y se veían solas y tristes y mirándolas se quedó dormido y se restregaba los ojos. Y al otro día de alba se fueron los pajes a ver si los caballos habían matado al medio pollo y muertos de frío y presentimiento caminaban por el potrero. Si ya le dijo lo del caballo, malo es para nosotros, y si no se lo ha dicho todavía, malo es para él, decían pasándose trocitos de recelo y vieron el montón de herraduras y el sol las iban tiñendo y él arriba, cubierto de rocío, temblando su canto feo y hasta canta feo para reírse más, murmuraban y se fueron cogiendo una herradura y la golpeaban lúgubre en los mármoles y el rey estaba en su mesa y el sol estaba en su mesa y la naranja estaba en su mesa y el rey cogió la herradura y se rascaba la barba con ella y ellos le dijeron que el medio pollo se había comido todos los caballos del potrero y estaban los coches volcados y el alba rociándose por ellos y qué podemos hacer Su Sacarrial Majestad. El rey miró la naranja de oro y se ponía triste, pero alzó unos ojos enojados y ellos supieron que no le había hablado todavía y todavía no tuvieron miedo. Yo no puedo matar al medio pollo que me ha traído esta naranja de oro, ustedes sabrán lo que hacen pero prohíbo que lo maten, dijo triste el rey cogiendo la naranja para mirarla y ellos casi tenían miedo y ahora creían que sí, que tal vez ya le había hablado. Si Su Sacarrial Majestad quiere, dijo el paje principal, lo echaremos en el potrero de las vacas y pudiera ser que ellas lo maten. El rey no dijo nada ahora y esto era malo y ellos fueron y lo echaron en el potrero. Era la hora del crepúsculo y las vacas estaban tristes y él estaba triste, así que no tuvo miedo sino, más bien, pena, cuando una vaca agachó la cabeza y le envió los cachos, qué hará mi

mamita, deben ser como las diez, dijo él llorando y el arriero estaba triste a lo lejos y otra vaca se agachó y le envió los cachos y él dijo: El viejo debe venir ahora atisbando por los corrales y removiendo unos cantos, y otra vaca le envió los cachos y él recordaba llorando: Y el señor Polonio me hizo media escudilla y medio lebrillo y el trigo se vaciaba y el agua corría, y las mulas miraron las manos del arriero y el arriero decía con humildad: ¿Hueles el aire, hueles, hueles, tigre? Habló muy rápido para estar tan triste y el tigre saltó hacia afuera y sus ojos pasaron como fósforos por la noche y de sus garras se vertían chorritos de silencio y de su hocico se vertían bocanadas de silencio, hasta de los cachos amontonados en el fondo del corral parecían elevarse dulces lumbraradas de silencio y él se quedó dormido y en la noche la luna iluminaba el potrero y relumbraban desde lejos los cachos y echaban luces hacia el dormitorio del rey y hacia el dormitorio de la reina y ellos suspiraban y el rey decía: Cualquiera diría que tengo veinte años y que acabo de regresar de la guerra, y la reina decía: Cualquiera diría que tengo veinte años y acabo de ser besada, y no se podían dormir echando las manos afiebradas por la muralla fría. Y al otro día, con las diucas, se fueron los pajes caminando por el potrero húmedo y se les mojaban los zapatos y les temblaban húmedos los pensamientos deseando que lo hubieran muerto las vacas, porque si ya se lo había dicho al rey, malo era para ellos, y si no se lo había dicho todavía, malo era para él, y cuando vieron los cachos brillando trémulos en la aurora helada, alzaban los ojos tímidos para sentirlo cantar y canta feo todavía para burlarse, decían y cogieron los cachos y los iban golpeando con duelo en los árboles y el cacho no sonaba porque estaba trizado y ellos se miraban con una mirada trizada y el rey se estaba poniendo la capa y les dijo que esperaran afuera y esperaron afuera y miraban la trizadura y se ponían pensativos y era malo todo eso, casi lloraban estando seguros de que él se lo había alcanzado a decir al rey y le dijeron que el medio pollo se había co-

mido todas las vacas del potrero y hasta había roto los cachos para parecer más sanguinario y el rey cogió el cacho y conoció la fiereza y se estremecía y pensaba: Cualquiera diría que tengo veinte años y que no sé lo que es la guerra. Y ellos le dijeron, hablando juntos: Señor, hay que matar a este medio pollo, ahora se comió todas las vacas y esta noche nos puede comer a nosotros, y el rey estaba como melancólico, no furioso todavía y decía dudando: ¿Cómo voy a matar a este medio pollo que me ha traído un regalo tan bueno? Yo les prohíbo que lo maten, gritó furioso ahora, mirando la vitrina donde estaba la naranja de oro. Bueno, pues, señor, dijo el paje mayor, temblando como de frío, no lo mataremos entonces, pero si Su Sacarrial Majestad no se enoja lo echaremos al horno del pan para que se ase al rescoldo. Y el rey no decía nada ahora, seguro que no había oído, y esos brutos lo echaron al horno del pan, no lo echaron en seguida, lo dejaron en el suelo amarrado y vuelto hacia las brasas para que mirara cómo se iba poniendo encarnado y estaba rojo y la rojez saltaba afuera y le pintaba el ojo y la pata, lo cogieron riéndose y mientras lo empujaban y daban vuelta la asadera se cordaban del caballo dando vueltas por la pista del circo, por Nueva Imperial decían que andaba el otro sábado y él se resbalaba un poquito y quería respirar el aire fresco que pasaba afuera, hacia el campo, y ellos estaban sentados ahí afuera, en la penumbra, atisbando el horno y él se quejaba quedo: ¿Qué estará haciendo mi mamita?, y el arriero estaba triste y las mulas estaban tristes y ¿qué estará haciendo el río?, se preguntó con pena el arriero y el río tenía calor, echó las piernas afuera porque se ahogaba de calor y cómo se fue a pasar ya el mes de agosto, decía transpirando y se asomó afuera y el verano estaba ahí dentro quemándose y el río echó todo su cuerpo afuera y los pajes, los palafreneros, los ayudas de cámara que estaban por ahí adormilados, adormilados por el calor, por el hambre, por el rodar del circo Palombo en el campo lejano, se ahogaron, se ahogaban todos alzando las manos para que

por ellos bajara el agua y los ahogara. Y entonces se fue donde el rey, rojo de calor, de ira, de contento, se sentía solo, gritaba por las escaleras, gritaba por los pasadizos, gritaba por los salones, en el salón azul se sentó en el suelo y empezó a reír y en el salón rojo se sentó en la alfombra y empezó a reír y en el salón verde se sentó en el sillón verde y empezó a reír y el silencio iba y lo miraba y lo rodeaba el silencio y el rey cogía campanillas, cogía cordones, cogía cortinas y sólo el silencio sonaba y él caminó quedo y estaba junto a los zapatos del rey y los miraba y eran unos zapatos nuevos y él le dijo: ¡Ya están muertos todos esos condenados que me querían matar! Y el rey se rió mirándolo medio quemado y le cogía las plumas chamuscadas y las iba quebrando como hojas secas y él se reía con el rey y el rey tenía una risa nueva, sin uso. Esos ladrones nunca lo dejaron solo a Su Sacarrial Majestad para que se riera él solo en el fondo del trono, en el rincón de la biblioteca, murmuraba con lástima, con verdadera lástima. Ahora lo dejó reírse. Si me viera mi mamita, se sonrió, ahora yo lo dejo solo reírse al rey y esto es bueno. Y el rey no le preguntaba nada inconveniente, no lo miraba raro, enojado ni burlesco, no habrá andado por Colchagua el rey, no los habrá sentido a ellos, a mis hermanos, a mis primos, a mis tíos y por eso es rey, porque lo mira completo a uno, como si yo tuviera esa pata, esa ala, ese ojo que se le perdieron a mi mamita. No seas irreverente, dijo el rey, tu madre no perdió ninguna cosa, yo no he visto mujer más diligente ni más atingida, seguro que nunca la dejaron cacarear a solas, yo te debiera mandar cortar la cabeza por mal hijo, medio pollo, él empezó a reírse bajo, si se ahogaron todos esos bandidos, majestad, el agua corre mármol abajo, alce sus Sacarriales Ojos y mire el rey. El rey se levantó y paseaba con él por los jardines y paseaba con él por las bodegas y los silos. Yo te quería regalar, dijo, pero tú ahogaste a todos mis sirvientes y ahora te irás diciendo que el rey es un tacaño piedra azul, yo te debiera mandar cortar la cabeza por irreverente, medio

pollo, y él dijo como estando loco: Ahí están el trigo y el maíz, arriero, y el arriero salió muy triste y las mulas salieron muy silenciosas y cargaron todos los sacos y el rey se sentó en un saco y los estaba mirando y el rey se sentó en un montón de trigo y se echaba abajo riendo, como si tuviera doce años, decía, y todavía no viniera la guerra y todavía no viniera la reina, ella tendría por entonces unos siete años y estaría por aquella hora dormida, yo les había prohibido a mis pajes que te mataran, ¿qué vas a hacer ahora, medio pollo?, dijo con dulzura el rey. Si Su Sacarrial Majestad me da permiso, dijo él, yo me voy para mi tierra porque quiero ver a mi mamita que estará con cuidado. Y entonces se fueron y cuando llegaron al caminito del corral el arriero estaba triste y llévate la mitad de las mulas, le dijo, y él se llevó las mulas y el arriero se llevó las mulas y la tristeza y las manos fue lo último que ellos se vieron. Y cuando llegó a la casa su madre estaba tejiendo, allá al otro lado de la neblina. Llegas temprano, medio pollito, le dijo, todavía no son las diez y aún no viene tu padre careando por los tejados.

BOBI HABIA escuchado sin moverse la larga historia del medio pollo, hundido en el rincón sólo movía sus manos lentas que jugueteaban con la flauta, me miraba, miraba mis manos como hacían las mulas con las manos del triste arriero, suspiraba, no por él sino por los animales, y de vez en cuando se sonreía, se sonreía con malicia y burla y me miraba a los ojos para decirme que estaba de acuerdo con la conducta del medio pollo, con la respuesta del león, con la furia del tigre, cuando apareció la zorra en la historia se mostró molesto y despreciativo, creí que me iba a interrumpir para decirme que estaba cansado, en ese momento creí verlo un poco acongojado, desorientado, se quedó pensativo, se removió para ponerse de pie, pero se quedó tendido, igual que antes, un poco más sumido en las tinieblas y en la inmovilidad, suspiró largamente y echó sus manos tras la nuca y cerraba los ojos para escuchar la historia. Los tenía cerrados cuando terminé, eran las dos veinte de la madrugada y, aunque yo no tenía nada de sueño, me sentía cansado, muy cansado, eché mis miradas alrededor y ahora supe, estábamos en la casa de la calle Lira, próxima a la Alameda, por la esquina pasaban voces lejanas, se iban cantando, pasó un automóvil, dos automóviles, se perdieron rápidos en dirección a la estación, soplaba el viento, soplaba amontonado en la ventana, tal vez llueva mañana, miré a Bobi y no dije nada, eran las dos veintitrés minutos. ¿No quieres dormir un poco?, le pregunté, no ha de venir nadie a esta hora. ¿Existió el medio pollo?, pregun-

tó lentamente él. Habría que preguntárselo a la señora Polonia, de la provincia de Colchagua, Bobi, ella conoció la casa, el corral, conoció a la sufrida madre y al vagabundo del padre. Sí, sí, dijo él con duda y estaba muy serio, pero tú mismo dijiste que, según la historia, ella no estaba muy segura de que fueran ciertos todos los episodios y de que hubieran existido todos los personajes, pero él, él, ¿existió? Bobi, le dije despacito, Bobi, algún día, todavía muy muy lejano, alguien preguntará, algún niño, algún adolescente triste o esperanzado, preguntará: ¿Existió Bobi, el patas de perro? ¡Cuánto daría yo por que no existiera!, dijo él con súbita amargura y después, arrugando el entrecejo: ¿Por qué dijiste que tratara de dormir, que nadie vendrá a esta hora? ¿Tiene que venir a otra hora? Bajó la voz como rogando: Dime, ¿es necesario que vengan? Bobi, no quisiera mentirte y no quisiera que vinieran, pero, criatura, ¿qué crees tú mismo, no piensas que tendrán que venir de todas maneras? El se pasó las manos por el pelo, desesperado, me miraba ansioso, se tapó las piernas con la ropa, yo me puse de pie y fui a taparlo más, vi que estaba tiritando, le sonreí. Si te enfermaras de verdad, sería muy conveniente ahora, Bobi. ¿Por qué lo dices? ¿No estoy enfermo de verdad ahora? Tu enfermedad, Bobi, es como la que tenía el medio pollo, es que eres distinto y eso es lo que ellos no te perdonan, tienen miedo, miedo de perder su propia seguridad, la seguridad que le dan sus miembros conocidos, sus facciones conocidas y cercanas, cuando te ven caminando en la calle, jugando en la vereda, tocando la flauta en la puerta de la casa, te miran con desconfianza y con creciente recelo, con explicable desconfianza y recelo, porque si tú has cambiado, el mundo ha cambiado en ti, si la Naturaleza ha cambiado en tu cuerpo, te ha traído como un emisario, como un espía muy especial, como el primer viajero de una nueva forma de viajes, tú eres el portador misterioso de una revolucionaria forma de ser humano, mucho más noble, más leal, mucho más solidario, por algo Dios, o los dioses, te han entregado la forma del perro para

que calces con ella la mitad de tu cuerpo, para que camines con ella por las calles, en el matadero, en la escuela y para que sufras con ella y nutras tu experiencia, nutras e informes al pequeño hombre que crece desde tu cintura, la Naturaleza no ha sido buena tal vez contigo al entregarte esta forma bella y cruel para que experimentes involuntariamente con ella, pero la Naturaleza procede por planes a largo plazo, a muy largo plazo, Bobi, un plazo que sobrepasa la vida de un hombre o de dos hombres. ¿Eso quiere decir que tengo que morir pronto?, preguntó con voz pausada, resignada y viril, una voz que ya había aceptado el sufrimiento como su mejor forma y que se sentaba a esperarlo. No, Bobi, no es que tengas que morir hoy o mañana, ni dentro de muchos años, por lo demás, recuerda, el medio pollo sigue vivo, después de medio siglo sigue vivo, mucho más que los palafreneros y los ministros y los pajes del rey, lo que quiero decirte es que tu prueba, tu trabajo, tu forma, esa forma que ahora tiembla de frío bajo las ropas, Bobi, recién comienza a chocar con el mundo, este mundo de barriada que te ha tocado en suerte y no debes esperar que despiertes de este sueño; no es un sueño, no estás soñando, Bobi, tu realidad, esta que no existe y que te ha hecho preguntarme tantas veces qué eres tú, no tendrá fin, aunque tú y yo lo deseemos, aunque ellos lo deseen y busquen suprimirla suprimiéndote a ti, no lo lograrán, no podrán lograrlo, porque tú eres sólo un enviado, un enviado de lo alto o de lo profundo y sea quien sea quien te envió, sea cual fuere el motivo por el cual te envió, es un formidable motivo y no tiene explicación lógica retirar del mundo esta forma bella y nueva que tantas resistencias provoca, las resistencias probarán la fortaleza de esta nueva creación, te están poniendo a prueba de presiones y de potencias, de odios y de amores, de pasiones y de tentaciones, como un nuevo metal que debe estar listo para resistir el fuego y el frío y las grandes profundidades, lo importante para ti es que mantengas tu fortaleza, no importa lo que se te exija, no importa lo que se te amenace, lo que se te pro-

meta o se te ofrezca, debes defender tu forma, defenderlo a él que sabe que lo amas y que desea que tú sepas que él también te ama. No hace muchos días me contaste que los perros ya no te odian, ya no huyen aullando de ti, me contaste que hasta tenías un amigo que te esperaba en el parque, junto a la fuente, y entonces me preguntaste si no creía yo que todo estaba cambiando, que todo debería cambiar en los próximos días. Ese día no te contesté adecuadamente, Bobi, pero ahora sí lo hago, sí, creo que todo ha de cambiar, creo que todo deberá cambiar, esperemos el día y sabremos. ¡Es tan grandioso, tan maravilloso, tan lleno de alma el perro!, dijo Bobi y sonreía con la mirada perdida y ensoñada. Sí, le dije, así es, así ha sido siempre desde que el mundo es mundo y Dios puso al perro junto al hombre para que éste no fuera tan malvado. El perro es el más humano de los animales, no sólo por su sentimiento de la solidaridad sino por la frondosidad de la idea artística. Hace muchos años, Bobi, cuando atardecía sobre la bahía de Coquimbo yo los sentía aullar entre las bocanadas que enviaba el mar y el olor de las chirimoyas y papayas de las quintas hundidas en el pueblo. No hay en el género sinfónico una elegía más dolorosa y más simple que la cantata del perro en mitad de la noche. Es un cuadro plástico, realista y extraterrenal, una gouache espantosa, más bien dolorosa, Goya debió abocetarlo y De Chirico eternizarlo en las perspectivas del miedo y la melancolía que son sus cuadros. Memorables ejemplos nos ha dado el arte, desde los perros finos de Jack London hasta los quiltros del arrabal moscovita de Constantino Fedin. En la tumba de los artistas debería erigirse la figura de un perro aullándole al destino y ladrando hacia el porvenir. No, Sócrates no se rió de los dioses cuando empezó a jurar no por ellos sino por el perro. Es que el perro es un impreciso dios de los hombres, es el animal que tiene presentimientos. Pocos conocen su grandeza espiritual. El perro es el animal más humano que existe y el más idealista y el que más ansía la libertad, esa libertad anárquica tan completa y tan cara al desen-

frenado, al desorbitado. Maeterlinck declaró una vez solemnemente que a causa de los errores cometidos durante más de cinco mil años de civilización, llegaría un tiempo en que la huella humana sería borrada para siempre del planeta. Maeterlinck echó una acuciosa mirada a la escala zoológica y llegó a la conclusión de que, por su inteligencia práctica y fría, por su sentido de la responsabilidad de la especie, por su falta de hipocresía y por su implacabilidad para conseguir rápida, total y buenamente lo que se propone, el cocodrilo fundaría una civilización superhumana sobre la tierra. El gran poeta le daba suma importancia que a esas cualidades se agregara otra: el cocodrilo vive en estado salvaje, esto es, no contaminado. Tú y yo preferiríamos una civilización canina, Bobi, el perro ha vivido miles de años junto al hombre pero no se ha inficionado, no ha adquirido ninguno de sus vicios y villanías, es el más exquisito de los animales y el más fiel compañero del animal político, tiene un sentido místico y ascético de la vida, apasionado por el arte, la música lo absorbe y posee especialmente arraigado el sentido de la piedad. Tolstoi, aquel endemoniado santo eslavo, los amó profundamente, London, el yanqui, describió con tácita simpatía, y tal vez con nostalgia, sus transformaciones y cantó el amor y el odio de los perros, perros primitivos, sufridos, miserables, perseguidos como sus mismos amos, Mann, el teutón, escribió la biografía, la vida privada de Belcan, ese perro mestizo que odiaba la literatura, algunas de estas páginas parecen, por lo límpidas y extrahumanas, dictadas por el propio Belcan. Mirar el rostro del perro hace bien al espíritu golpeado y fatigado, su sarcasmo y alegría son notables, ciertamente musicales y teatrales y de repente pasan ráfagas misteriosas, panteístas, rasgos de bondad copiosa y pausada por lo hondo de sus ojos que parecen mirar el pasado y vislumbrar el porvenir. El hombre adivina, solo y aterrorizado, el vaporoso y espiritualista mundo del perro, cuando, vuelto hacia la lejanía, lo ve aullar largamente. Cuando el hombre sumido en la desgracia se golpea contra

el destino y solloza sin consuelo, busca algo inasible para sus manos que roban y golpean y traicionan, algo que ya ha presentido el aullido del perro. Pero el hombre no ha aprendido a aullar. Sí, Bobi, tu destino, tal como lo ves a esta hora, son las tres de la madrugada, no es quizás alegre, no es nada fácil, no es un admirable destino, no es envidiable tampoco, pero es extraordinario y creo que en cierto modo debes estar agradecido de tus sufrimientos porque no serán vanos, no serán desperdiciados, de ti solo depende que no lo sean. ¿Eso quiere decir que debo quedarme amarrado aquí, hasta que vengan ellos, hasta que llegue zumbando el automóvil, la ambulancia, el carro celular? No, Bobi, ellos no son tu destino, ¿no comprendes?, ellos tratan de romperlo, de esquivarlo, de que no se cumpla solamente, tú eres un enviado de Dios o de la Naturaleza, ellos no, son simplemente terrestres, asquerosamente hombres, ríete, Bobi, son sólo funcionarios. ¡El que conoció a los funcionarios una sola sesión, una sola hora, una corta noche, ya no puede reír!, exclamó con sarcasmo, pero su voz estaba acongojada, se sentía cada vez más solo. Tu obligación es defenderte, ahora que has huido tienes que seguir huyendo, hasta que los seres que te aman o que se interesan por ti, yo, Van, Escudero, hagamos algo para liberarte de culpa. ¡Mi culpa es él, dijo señalando sus piernas, y ahora resulta que es una peste! No es una peste, quieren hacer parecer que sea, se mueren de deseos de que lo sea, Bobi, por eso te decía que habría sido una bendición que te enfermaras verdaderamente, una enfermedad que pudiera constatar el Dr. Van Diest, por ejemplo, y no los médicos de ellos. Ya no dormiremos y es mejor, no te quepa duda de que vendrán a buscarte, te has fugado, técnicamente te has fugado y es lógico, administrativamente lógico que salgan en tu busca y la primera casa que cercarán, vigilarán, registrarán, será ésta, en consecuencia, lo primero que tienes que hacer es salir de ella y no volver sino de noche, hoy, mañana, yo te buscaré, tú me dejarás recado. Tendré que vivir en la calle, pero hu-

yendo ahora, dijo y no estaba amargado sino dando un orden a sus actividades del día, se quedó pensativo y se sonreía, yo lo miraba sonreír en la oscuridad. Me pondré pantalones largos, que lo tapen a él casi por completo. Se quedó callado, se quedaba ensimismado, sabía que estaba renunciando, que estaba cediendo en cierto modo algo a sus enemigos. Se me ocurre, dijo, que él ahora está lleno de dudas y de pensamientos acerca de mi conducta, si pudiera irse se iba caminando, seguramente cree que estoy hastiado de él, desesperado de que él me cree tantos problemas, pero lo mismo podría pensar él, el muy pensativo, por qué Bobi, el hijo del borracho y de la mujer que llora, se ha ido a vivir pegado a él, sin avisar nada, sin pedir permiso para entrar, incluso sin saludar ni sacarse el sombrero. Me llevaré el sombrero, dijo, es buena idea, y un poco de plata y un paquete con golosinas, como el medio pollo, pero yo no voy en busca de ninguna mitad mía. Su voz era ahora neutra, ni atemorizada, ni triste, ni valerosa, estaba pensando únicamente, viendo al medio pollo en la memoria y comparándolo sumariamente. Sí, le dije, tú eres más completo que él, sin embargo, tú te sientes como debió sentirse el pobrecito, recuerda que en su largo viaje casi nunca se sintió medio pollo sino pollo entero. Sí, dijo con un poco de envidia y otro poco de molestia, esa gente de Colchagua parece ser muy dura, pero no te olvides que él se encontró con muy buena gente que le hicieron olvidarse de lo que él era, pero yo no he tenido bestias salvajes que sean estupendas conmigo y ¿cuál es el rey en mi historia? Estaba de pie en la oscuridad, encendió una palmatoria y la puso en el suelo, abrió un cajón, sacó unos panes, un trozo de queso, galletas, unas lonjas de jamón, silbaba despacito, imperceptiblemente, una melancólica tonada, caminó por la pieza, sentí caer ropas al suelo, se quedó callado, caminó hasta mi cama. Oye, casi me dan deseos de ponerme las botas nuevas, alzaba los brazos hacia la puerta, detrás estaban, como siguen estando mientras escribo, pero no lo haré, agregó, eso sí que se-

ría demasiado, eso no sería precaución sino pura y simple cobardía, ¿no crees que si debo defenderme tiene que ser con él a mi lado?, tapado por los pantalones y las botas, ya no lo estaría. Caminó por la pieza y mientras lo hacía dejaba pasar un aire frío y duro, detenido, como si estuviera preparándose para que lo mataran, como si debiera irse caminando en la madrugada para que lo mataran en el parque. ¡Abrígate mucho!, le supliqué, sí, había sentido que haría mucho frío a medida que avanzara la mañana y si llueve será peor, ¿qué hará esta criatura en el parque, lloviendo? ¡Si ellos no me siguen gruñendo y aullando creo que puede ser!, dijo, abrió un cajón y lo cerró, abrió otro, lo cerró, parecía nervioso, cogió la palmatoria y se fue con ella hacia dentro, trajo el paquete y lo dejó en el suelo, la flauta se le cayó de las manos, me estaba mirando. Tienes razón, dijo rápidamente, no debí fugarme del manicomio, pero no pude soportarlo, ¡tienes que creerme que no pude soportarlo! No te preocupes, yo también lo hubiera hecho, le dije y pareció tranquilizarse. ¿Por qué no vas a la iglesia?, pregunté en voz baja, en la iglesia es difícil que te busquen, nunca te vieron demasiado piadoso y ahora no te creerán sino asustado. No, dijo y se sonreía, sólo fui muy pocas veces, sólo a estarme con la mente perdida y también a escuchar algunas voces de muchachas, algunas hermosas canciones temblando en sus gargantas. ¿Sabes?, dijo, y no siempre son feas. Hubo algo en su voz que me sorprendió, no en el tono mismo sino en el modo como pronunciaba las palabras, el mismo tono que había usado una hora antes cuando recién terminara yo de contarle la historia del medio pollo, viril, viril y resignada, eso me había parecido su voz y su cuerpo me había dado la impresión de que había crecido de repente en la oscuridad. Esa impresión se agrandaba ahora y esparcía las facciones de Bobi, haciendo otro ser del que yo había conocido hasta esa noche. ¿Sabes? y no siempre son feas. ¿Por qué me sonaban a conocidas estas palabras, por qué me parecía de repente que ya las había escuchado?

¿Dónde, cuándo? Y recordé de repente que aquella tarde en que lo fui a ver a la comisaría, cuando lo encontré encadenado, demacrado, aturdido y sangriento, lo primero que me dijo él fue algo que me sorprendió. Bailé, bailé realmente ¿No crees? ¡Tienes que creerlo, por todo esto tienes que creerlo! Había, pues, una porción de la vida de Bobi que se me escapaba, que yo no conocía y que ya no tendría tiempo de conocer, por eso sentía su voz ahora como alejada, como alejándose, ella y él, de mí. Mucho tiempo antes, alguna vez, en alguna parte de mis actividades de hombre solo, sin amigos, sin aspiraciones, sin esperanzas, me he encontrado en una fiesta, en medio de la gente, de alguna gente, sonaba la música, reventaban las luces, se deslizaban los vestidos de las danzantes, pasaban guantes, perfumes, cabelleras, caras pintadas y astutas, caritas humildemente graciosas, caras coquetas, ávidas, entreabiertas y caras sorprendidas, recién asomadas hacia la vida, hacia el ruido, hacia la vereda y la calle, y de repente he estado rodeado por labios, por copas, por el rubio trenzado del champaña, por una galleta dulce que se deshacía entre los dientes, entre sonrisas que se quedaban en los dedos como una dulce amarga alejada exhalación y se han inclinado ceremoniosas, curiosas, intrigantes, decididas o dudosas hacia mí, hacia mi cara adusta y apartada y me han preguntado algo. ¿Quién? ¿Una niña, dos niñas, alguna señora joven, todavía agradablemente sonrojada en las luces tamizadas de la fiesta? Me han preguntado eso, eso mismo, las mismas palabras dichas por él tiempo después, o por aquellos mismos días, ya no recuerdo. Siento todavía el rumor, el ruido de voces de las conversaciones, veo los pies ajustados que se deslizan desde el baile hasta la silla o hasta el mostrador del bar y me quedo pensando. ¿Cuándo, cuándo me lo dijeron? ¿Fue antes de que él, él mismo me preguntara eso o después? ¿Cuándo fue, Dios mío, en qué circunstancias, antes de qué terrible soledad? Todo eso debía yo recordar más tarde, atando cabos para reconstruir un sufrimiento, la lenta destrucción de un ser que vivía ex-

trañado de vivir y más extrañado todavía de que no se le dejara vivir. Así se habrán sentido los santos martirizados, decía él, sin orgullo, como rememorando, así se deben de sentir los perros vagabundos que ahora mismo, a esta hora, van a ser las cuatro, duermen en atados ateridos en las piedras del río, entre las ramas mojadas. Sí, Bobi, sí, le dije con cansancio y desaliento, pero aprovechemos la oscuridad, procedamos no como santos sino como ladrones, que eso conviene, yo te saqué de tu casa y quiero sentirme a tu lado hasta el final, sobretodo quiero que tú lo sientas, que tú estés seguro de que yo sigo aquí, a tu lado, aunque por momentos estemos separados. Estaba de pie, a mi lado. Sí, en verdad, me pareció más alto ahora. Me abrazó, no lloraba, se estremecía levemente y parecía sonreír con amargura. ¡Yo te buscaré, tú me buscarás, Bobi, ve con Dios! El se abrazó largo rato a mi cuerpo y no dijo nada. Salió caminando, ya en la calle lo sentí correr. Y de repente tuve la visión, la necesidad imperiosa de que nos cambiáramos rápidamente de casa otra vez, creía, y no sabía por qué, que era algo muy necesario para la seguridad de Bobi y, sobre todo, para que volviéramos a estar juntos. Tal vez yo no amaba esa casa misteriosa, de muebles tapados y aristocráticos, que casi había sido de mi padre y de la cual habían sacado, como en sueño, a Bobi para empujarlo a la ambulancia de los locos. Sí, nos cambiaríamos, tendría todo listo, la mudanza hecha aquel mismo día o, a más tardar, el lunes, pues ahora era sábado y el tiempo se me iría en conversar con el padre Escudero y con el Dr. Van Diest. ¡Si se enfermara Bobi! ¿No lo podríamos hospitalizar, no se le podría operar de alguna cosa? Los cirujanos siempre están dibujando tajos indelebles en la mente, imaginando cortes, ligazones, suturas y puntadas y él ni siquiera había visto todavía a Bobi, a lo mejor el muchacho tenía apendicitis o hernia inguinal o algo parecido. Pensando, me sonreía con miedo, sin deseos, la sonrisa se secaba en mi cara, sí, yo deseaba tranquilizarme, eso era todo. Pero no dejaría de llamar por teléfono al doctor, no quería que yo mismo, o Bo-

bi, me reprochara después no haberlo hecho cuando ello no tuviera ya remedio. ¿Por qué, por qué no lo llamé a tiempo? Sentí el automóvil cuando se detuvo suave en la puerta. Miré la hora. Un cuarto para las cinco de la mañana. El teniente bajó solo, parecía cansado y se sentó de inmediato, estaba callado, sumido, sacó un cigarrillo, le encendí el fósforo, echaba humo, echaba mucho humo y, dentro de él, su silencio. Empujé la taza hacia él, el café estaba hirviendo, la cogió sin hablar y la iba bebiendo a pequeños sorbos, me miraba como asustado, no desconfiado o furioso, no, simplemente asustado, tampoco habría dormido él, con el ruido de los borrachos en la oreja y el olor del guano en las narices. No parecía malo, sino desesperado o aburrido, aburrido de todo, del uniforme, de los borrachos, del guano, de Bobi. Miró hacia la pieza, estaba en penumbra, pero se divisaba el mueble grande tapado con una funda. ¿Qué será?, me preguntaba intrigado Bobi, sin querer acercarse, sin querer tocarlo. Lo estaba mirando aquella tarde cuando llegó el teniente con el médico y el enfermero. Naturalmente que no voy a ir levantando las fundas de los muebles para ver si lo tiene escondido, no es tan estúpido para eso, dijo con voz clara, no enojada, sino razonablemente clara, como si me estuviera contando un incidente ocurrido en la comisaría o lo que acaeció a la señora de don Roque, su suegro, cuando fue a rematar un juego de dormitorio. ¿A quién, teniente?, pregunté con voz clara también. Sí, escuché mi voz, estaba bastante bien, sin nervios, pronta para ser hiriente o sarcástica u optimista, una voz que traía buena suerte, sí, hablaría con Van, hablaría con Escudero, todo parecía tan ridículo, tan ridículo como esa descolorida boca del teniente, como sus ojos polvorientos de fruta vieja, salvaremos a Bobi, salvaremos a Bobi, murmuraba para mí con malignidad, con evidente alegría, con sorna, con desafío. ¡No será tan estúpido para negarlo!, dijo él repitiendo la palabra estúpido, para significarme que, en primer lugar, la taza de café no tenía nada que ver con Bobi, que su aproximación levemente doméstica,

la forma servicial y humilde de la taza de café, amable y tibia, como temerosa o hipócrita, no tenía nada que ver con su visita, yo la había empujado hasta un lado, él la había cogido, ahora me la devolvía, el café no es como el alcohol, no pinta las cosas ni los sentimientos. Sentí su respiración cansada, se la estuve mirando. ¿Qué le ha pasado a Bobi, teniente?, dije apretando las palabras, dejándolas tensas y duras, sin resquicio, alrededor de la frase, ahí está la frase, la única que tengo, recójala, teniente. El sacó el reloj, un reloj de bolsillo, de plata grande y gorda, con un brillo provinciano y pensativo, apretó la tapa y cuando saltó el ruidito me miró. A las once de la noche fue echado de menos, el enfermero Juan Mujica dio la alarma, encendió las luces, avisó a la guardia y a los médicos, fueron a mirar la cama, la reja cerrada de la entrada, buscaron por los patios, por los pasadizos, fueron a la cochera, a la cocina, a la lavandería, en el depósito de cadáveres tampoco estaba y la capilla estaba cerrada con doble llave. Ahora lo buscan por toda la ciudad. ¡Ahora lo buscaremos por todas las casas al Bobi, señor! Yo no pregunté nada, él estaba mirando las paredes, mirándome a la cara. Encendí la luz, fui hasta la pieza del lado y encendí la luz, fui hasta el pasadizo, hasta el dormitorio del fondo, hasta el último patio, encendí todas las luces, fui al pasillo de la entrada, caminé hacia adentro, él estaba vuelto en la silla, mirándome sin sonreírse, mirándome callado, y fui echando al suelo las fundas de los muebles, de las sillas, de los sillones, de las camas sin uso, de los enormes cuadros, de los estantes del escritorio, estuvo mirando el mueble enorme, aquel que nos había intrigado, cogí la funda, miré al teniente deseoso de que Bobi estuviera debajo para burlarlo de algún modo y me quedé con la boca abierta y el teniente se estaba riendo con una risa hueca y extraviada. Ahí había una mesa y en la mesa un ataúd cerrado, sin flores, sin coronas, en la cabecera y en los pies estaban amontonados los candelabros. El teniente caminó firme por las tablas, sonaban sus espolines, se me acercó para mirarme la cara,

que me temblaba, los ojos que debí tener llenos de pánico, estuvo largos minutos escrutándome, casi pegado a mi cara, olía a café, olía villanamente a café, tuve miedo, tuve verdadero miedo. El teniente se acercó al mueble y levantó la tapa, no miró hacia adentro, no, me estaba mirando, bajó la mano en silencio, parecía contristado y sepulcral, cruzó las manos para orar o para comenzar a darme pulcras palabras de pésame. No preguntó nada, no dijo nada, cogió su sable, que había dejado encima de la mesa, junto a las galletas y al azucarero, y caminó lento, sin mirarme, sin querer mirar a la viuda ni a los pobres huérfanos ni al infeliz hermano, caminaba casi con elegancia, con verdadera finura, cogió reverente su gorra de la silla y se quedó pensativo, pensaba que sólo hacía semanas, apenas días, que lo había visto, al pobre, rollizo y sonriente caminando por la calle, por la vereda llena de sombra, pues el sol lo deslumbraba, lo vi deslizarse por el pasadizo, coger la perilla de la puerta y cerrarla con dulzura, no sentí cuando se fue caminando. Sólo atiné a echar la funda sobre el ataúd y escapé hacia la calle, sin apagar las luces, deseoso sólo de arrendar otra casa en otro barrio y de hablar con el padre Escudero.

SE LO CONTE todo y él nada me contestaba, se echaba atrás en el respaldo del sofá y me quedaba mirando, como esperando que ahora sí comenzara a hablar yo y no sabía si insultarlo, gritarle su insensibilidad o su falta de interés o caridad, mientras yo, inútilmente, estaba ahí como un santo roto o un poeta incompleto que solloza y no puede explicar en mejor forma su necesidad de comer un poco, de orar otro poco, quebrando las frases para elaborar los versos, quebrando las ideas para hacer saltar la originalidad entre los intersticios de las palabras deshechas, rompiendo los temas eternos e inamovibles para que escurra el final nuevo y restallante, creando frases nuevas entre los cadáveres de las palabras viejas, buscando nuevos temas entre los desperdicios de los temas viejos, buscando nuevos principios entre el inmerso insondable mar de las mismas y viejas especies, así lo miraba, furioso porque no me había comprendido, gastado y viejo porque no era capaz de darme a entender. Me miraba tranquilo, se hacía hacia dentro en el sofá. Mira, me dijo, yo salgo de una familia de campesinos, campesinos mis abuelos y bisabuelos, campesinos y primos mis padres, me crié desde chico en el campo, en el campo desnudo del invierno, en plena cordillera, hacia el lado argentino, endureciéndome con ese viento duro, enfriando mi ascua, tú, yo, ellos, son ascuas, con el agua de nieve, un día, cuatro años cuando más, me caí en el río, en el río flotaban pedazos de hielo, flotaba yo, un trocito de hielo campesino, llorando, echan-

do una vaharada miedosa cuando me sacaron cuadras más abajo. Arriba el cielo seco, cerrado, no creas que cruel, más bien indiferente, el cielo te mira caminar abajo, subirte al caballo, caerte del caballo, te ve cuando sacas el cuchillo, el cuchillo que se alarga en el invierno y se queda allá arriba, no muy arriba, mirándote sin mirarte. La tierra firme, recia. Indiferente también, calladamente cruel, como sorda, si te caes, si tropiezas, te golpea indiferente, no siendo mala, no siendo vengativa, sólo tierra, y siempre como escuchándote, siempre como mirándote, el campo está lleno de ojos, no sólo la gente, como cree Bobi, ojos limpios que hablan con la mirada, que hablan lentos con la mirada, algún cerro borrado hacia Linares, el río Maule entre cajones, te está diciendo una sola frase, pocas palabras, cortas como hierbas, durante cuarenta años. La tierra y los animales sueltos, simples, claros como ella, sin apuro, sin odios, sin palabras, sin palabras de excusa o explicación, se me metió el campo en el cuerpo, toda la cordillera, ese viento azul y grueso, los árboles ensimismados de la altura y el temporal que zumba enrollándose, enrollándose, bajaba anochecido, no tenía miedo, ahí estaba el cielo, tenso y negro, reluciente, sedoso, y las estrellas grandes echando a correr sus piedras plácidas, no tenía miedo, tenía que ir a buscar los animales, las siete de la tarde y en pleno invierno, sólo yo y el viento y el cielo arriba mirándome sin querer darme la mano, ni una palabra de aliento ni decirme cuidado huaina, donde pisas o resbalas, yo estaba transparente, el viento pasaba por mis manos, me atravesaba el pecho como una correa, me daba vueltas la espalda para rajarme las ropas o reconocerlas y llevárselas y ponerse a gritar y a reír a carcajadas, no gritaba, no reía, sólo pasaba, pasaba por mis bolsillos, se agarraba a mis manos, ululaba en mis piernas, me mostraba los ojos, el campo está lleno de ojos, no sólo la ciudad como cree Bobi, las rocas, el pasto, se van de bruces por las quebradas, balaban despacio, ojos tristes, pacíficos y sosegados, confiados, esperando, me estaban esperando, sabían que lle-

garía hasta ellas, me miraban diciéndomelo, mostrándome su tranquilidad en la mirada, acaricié una cabeza, estaba contento, estaban contentas ellas, el cielo me miraba, estaba más negro, más sedoso y cálido, pero no más enojado, jamás lo estuvo, sólo con nubes, sólo con estrellas grandes, bajé sin pausa, sin apuro, no tenía miedo, iba pisando encima de la noche y no tenía miedo, las ovejas iban arracimadas, balando quedo, guiándome con su quejido, empujándose con sus ojos que me alumbraban, nunca más tuve miedo, ni siquiera del zorro, el zorro se yergue irónico semblanteándote, demasiado delgado, demasiado irónico, abriendo las patas con insolencia, echando la cola como mástil, te mira, te mira, está calculando cuánto mides, cuánto pesas, cuánto mide tu miedo, cuánto pesan tus gritos, ¿lo muerdo, no lo muerdo?, sabe si eres pequeño, sabe si eres miedoso, sabe si tienes arma, te dispara sus ojos mansos y burlones, inocentes, haciéndose agua, ¿salto ahora ahora ahora mismo?, se va en un trote, sin apuro, no se aleja mucho, se queda esperando en una loma, donde lo recoge la luna y se mete por ella. Amas el campo, el silencio del campo, las noches más negras y luminosas, amas los caballos, los perros, eres como ellos, ellos te miran como se ven ellos, te dan su confianza y su miedo, si viene el zorro, el perro lanza al suelo sus ladridos para que pases por ellos y el caballo se para junto a la piedra y te espera que subas, sabe que si te caes te rompes, sabe que es la primera vez y que sólo tienes dos años y, por Dios, Honorio, no se vaya a caer Alfonso. Como iba amarrado no me caí, pero quedé colgando como canasto y gritó el Marcial, su grito fosforecía en las aguas del río, el grito iba gritando para que lo oyera mi padre don Honorio don Honorio, él miró el río y vio el grito que lo llamaba, el caballo había escuchado y se quedaba quieto, sabía que yo estaba ahí, parecía que se abría silencioso, no se dormía, como que se quedaba adormilado pesaroso, después echó a caminar. Y eso se llama sencillez, sencillez de vida y de libros, los santos son como los animales, tan lím-

pidos, tan derechamente activos, tan sin disimulo, sin abyección e hipocresía, como el campo, el campo que jamás se enferma de los nervios ni se vuelve loco, ni vocifera, ni miente, ni desfila, esa simplicidad son ellos, las vacas, los caballos, los perros del campo sureño, los escritores debieran irse al campo, a ser bravíos y sanos como las bestias, rectos y puros como ellas. Me quedó mirando, estaba contento, iluminado, rejuvenecido, hundido en los años idos, se sonrió, estaba en 1904, yo no hablaba, esperaba que él siguiera recordando, él se sonreía, seguramente estaba recordando. Los santos y los animales se parecen, por eso los amaba San Francisco, porque se veía él en ellos, y por eso amo yo los libros, los verdaderos libros, puros, simples, rectos, sinceros, como los animales sueltos en el suelto campo, desde muy niño descubrí los libros y supe que ellos serían mi pasión, si pasión había en un niño que creció en la nieve y tenía ya esa antigua seriedad del campesino que piensa en la noche, hacia las diez, antes de trancar la puerta y soplar la lámpara. Sí, el campo norte es el que sembraré con tomates, y mi seriedad era en este campo sembraré libros, sembraré a Dios, mis hermanos me miraban serios, Honorio sabía ya que cosecharía dinero y caminaría por las calles, yo bajaré a casarme a la Argentina, dijo Celmira y Matilde me miraba. ¿A Talca, al convento de la Alameda? Yo veía la noche afuera, el cielo que me miraba, Dios que me miraba como un huaso puro de antigua experiencia, de bolsillo bien repleto, que sabe que son buenas las tierras de rulo que compró ayer con billetes en Linares. Campo, nieve, libros, Dios, todas cosas parecidas, simples, duras, indiferentes, que te dejan libre, casi botado, para que te formes o te hagas pedazos, leía libros, leía libros y pensaba, ésta es mi vida, ésta es toda mi vida, faltan cuarenta, cincuenta años, ésta es toda mi vida, este pedazo de campo, este pedazo de libro, este pedazo de Dios, libros, libros, en Santiago conocí libros, conocí hombres, libros falsos, estúpidos, canallescos, horriblemente feos, este libro no tiene huesos, vísceras, san-

gre, este hombre no tiene inspiración, este hombre habría sido bueno escrito cien años antes, este libro nació muerto como el que lo escribió, ¿te has fijado en lo que se parecen ambos, abiertos, solapados, hipócritas, calculadores, cobardes, francos, valientes, piadosos, solidarios, el hombre, el libro, esta larga o corta respiración del hombre? y alégrate, alégrate sin alegría de que no todos los hombres escriben libros y de que no todos los libros sobreviven, porque hay hombres que no merecen vivir y libros que no merecían ser escritos. ¿Y tú me dices ahora que a esa criatura lo persiguen, lo acusan de criminal, de loco, de vesánico, de malvado, de monstruoso sólo por eso? ¿Y lloras y gritas y escandalizas sólo por eso, porque así lo tratan? Mira, me dijo, me he demorado una larga vida, muchos, muchos libros, para haber llegado a un estado en que prefiero la bondad al talento, porque aquélla trabaja y cala más hondo y porque lo que ella hace dura más que el trabajo que hace la inteligencia. Tú sabes que yo no hablo demasiado, que no escribo mucho, pero hablo lo necesario y escribo lo justo, por eso tengo un profundo respeto por los santos y ellos sí que me dejan boquiabierto. Francisco, el hijo de Pedro Bernardone, por ejemplo. ¿Cómo tuvo ese vuelco espantoso, rabioso, enloquecido, que lo llevó de una vida frívola hasta el más definitivo renunciamiento, aquél despojarse en la plaza pública de su traje costoso, sus zapatos de raso, su cinturón principesco, sus guanteletes, sus joyas, su dinero, todo ello hecho un montoncito, un demacrado vergonzoso montoncito de lujuria y ostentación, en medio de la plaza, frente al padre furioso, a los amigos misericordes, a los criados estupefactos y ante la sonrisa grasosa de vecinos y conocidos? ¿Y Agustín, que echó a la espalda una vida rayada por coplas, dudas, brindis y escándalos y se encierra a solas con Dios, a solas con la idea de Dios y se convierte trágicamente en un seco, soberbio, tronante mayoral de Dios? Dime, ¿eran cuerdos, eran locos ellos? Ahí estaba el mundo bullente y refulgente y acá ellos, desnudos, precisamente, exactamen-

te desnudos, casi obscenos, como Francisco, despojado de todo en aquel recodo del valle de Espoleto, de todo lo que no era él y él era tan poca cosa, pequeño y negruzco, tú sabes, y allá Agustín, del restaurante, del salón de bailes, a la celda, al trozo de pan, al vaso de agua, al libro escueto, hombres de libros ambos, poeta de los animales Francisco, abogado de Dios, formidable vociferador de Dios Agustín. A veces me lo imagino en el baile, en la fiesta, mirando la boca que le gustaba, la cintura que ceñía su mano mientras danzaban preguntándose con estupor. ¿Esta boca, es Dios? ¿Esta cintura, es la verdad? Si hay algo más admirable en la santidad de estos hombres es su renunciamiento, un renunciamiento total y definitivo, sin excusas, sin explicaciones, sin esperanzas, sin retorno, como un tajo, ¿no te produce asombro, no te da envidia? ¿Ya sabes por qué lo hicieron, por qué fueron capaces de hacerlo? Porque eran hombres distintos. Lo terrible es ser distinto, lo peligroso es ser distinto, y Bobi es distinto y lo peligroso para Bobi es ser distinto, los hombres se miran en él y no se lo perdonan, por eso lo odia su padre, por eso lo golpea el profesor Bonilla, por eso lo humillan en el matadero, porque ellos son débiles y él es el fuerte, pero en esa maldad circula Dios, sin duda alguna, en un mundo sin pecadores Cristo no tendría lugar, el mal, la maldad, lo han inventado en el fondo a él, ¿qué quieres que hable?, me dijo y se fue rápidamente por el pasadizo. Me fui a la calle. Llamé por teléfono a Van. El doctor anda en El Quisco y regresará esta noche. Como si fuera la voz del teniente. No lo llame al doctor, dígame que se regrese a El Quisco, nosotros tenemos médico, un médico designado para este caso, los enfermos son casos, los prisioneros números y los muertos cruces, lo tenemos ya en la ambulancia, la ambulancia ya está zumbando, no lo llame al doctor, el doctor tuvo una operación de cuatro horas seguidas y está ahora descansando, le tiemblan las manos, no lo llame, déjelo descansar, le tiem-

blan mucho las manos, nosotros necesitamos un médico descansado, con gran fuerza en los bíceps, casi un atleta o boxeador o luchador o matón, y el Dr. Van Diest es un tipo asténico, incluso en Concepción no practicaba fútbol ni natación y esto se comentaba en los pasillos, además es un hombre bueno, demasiado bueno, siempre está pensando si opera o no opera, no se atreve, tiene miedo, para ser cirujano hay que ser un poco asesino y entrar al quirófano con deseos de abrir de arriba abajo al operado, descansan los nervios, descansan perfectamente los nervios, se tienden a dormir y descansan encima del paciente, son como el paguro y la actinia, ¿se recuerda de la clase de zoología? Por la tarde estuve en la casa del ciego, le dije que buscaba otra casa, que nos cambiaríamos rápidamente en cuanto Bobi estuviera libre de acusaciones, le conté que andaba fugado y que el teniente había estado buscándolo. Me contó que Bobi había llegado más embarrado a verlo como a las once de la mañana, que le contó que había dormido en el parque, solo, completamente echado sobre las hojas de los grandes árboles que amontonó junto a unas raíces, sí, parecía un poco resfriado, le dimos café caliente con un poco de pisco, se quedó allá, le ofrecí mi cama, me preguntó si no tenía alfombra o de esas ropas que andan por el suelo, debe estar durmiendo. ¿Y esta noche, qué hará esta noche y mañana, pasado mañana? Hace viento, está nublado, cualquier noche se deja caer el agua sobre Santiago y el muchacho ahí en las calles, en pleno suelo. El suelo es su costumbre, dijo Horacio, no se preocupe por eso, no lo matará un resfriado fuerte, ellos están tratando de que no sea el resfriado quien lo mate. ¿No vendrá por aquí?, preguntó con voz extraña y de repente yo me quedaba sorprendido mirándolo, como si Horacio fuera un soplón de la policía o un espía del teniente y quisiera informarse para correr a informar. No, no viene, no vendrá, no puede venir y si pudiera no vendría, le he explicado claramente que no debe venir, dije con marcada furia y como con desprecio, de manera que él entendiera, sin que yo necesitara

explicárselo, que su tutoría sobre Bobi había terminado. No me había gustado la pregunta de Horacio, su tono de voz estaba tan lleno de matices. ¿Por qué me habrá preguntado eso? Cuando caminaba para irse, tanteando las paredes, sin reconocer su ceguera, sin aceptarla, sin querer pasar bajo el haz luminoso de la tiniebla total, disimulando, disimulando, el pobre, de manera bárbara, le tuve lástima y le dije que no se fuera todavía, me contestó que no podía quedarse, que tenía una reunión importante antes de las seis de la tarde. Eran ya más de las cuatro. Tropezó con la puerta, le cogí los brazos de la amarra en que la ceguera se los tenía para burlarse de él, para ser cruel y vengativa, y lo dejé que se fuera, él se estaba buscando la pipa en el bolsillo, se afirmó en la pared para raspar el fósforo y echó el rostro en la llama, parecía de repente que ese rostro de rasgos finos y antiguamente sádicos, veladamente rosado y descolorido, iba pegado a la breve luz a recoger un poco de lumbre para iluminar y entreabrir esos ojos, como si los tuviera cerrados y sellados por el frío y ahora los fuera a despegar lentamente, sin bastante apuro, con perfecta y estudiada costumbre y con mucho tiempo y me fuera a tornar toda la cara y también los ojos y me dijera lo que me dijo, pero sólo dio vuelta ese rostro sin ojos, los ojos cerrados, enojados, enfurecidos y que no perdonaban, sobre todo que no podían olvidar, parecían clavarse en su pecho y que lo miraban a él mismo. Y él me dijo: ¿Sabía usted que Bobi se ha hecho muy amigo de los perros? Dice que ahora lo siguen por todas partes, tanto que sería fácil que lo ubicaran los pacos por eso, se reía porque antes, que los perros le huyeran y aullaran en cuanto lo oían y veían era una desgracia para él y deseaba morir, pero ahora, que lo siguen y son sus amigos, se morirá sin desearlo porque los pacos le seguirán el rastro fácilmente. Me dijo Horacio que aquella mañana llegó tan embarrado a lo alto de la escalera precisamente porque dos perros enormes iban con él, saltando a su alrededor y echándose encima, él reía como enloquecido o, más bien, como olvi-

dado, sí, opinaba Horacio, parece que Bobi se ha olvidado de la realidad de su situación o ella no le parece brutal ahora con el apoyo espiritual que significa para él la amistad de los perros. Como no los dejamos subir ellos alborotaron en la escalera y al fin se echaron a la entrada, si él no ha despertado deben estar ahí todavía y Munizaga dice que si él no fuera ciego, buscaría a Bobi y lo mataría, yo no sé por qué lo quiere tan poco, dijo Horacio sonriendo con malignidad, dejando quizás la sospecha de que, en realidad, Bobi había hecho algo para que Munizaga lo quisiera mal. ¿Se puede ser malvado sin motivo, malvado de nacimiento, Horacio?, le pregunté dulcemente. Oh, dijo él, como recordando datos y fechas y nombres y situaciones, claro que se puede, hay algunos que se tornan ciegos por puro resentimiento. Y agregó: Yo creo que los únicos ciegos bondadosos, los únicos que podrían ser santos, siendo ciegos, son los ciegos de nacimiento, porque ellos no conocen la luz. En cambio, el que la conoció y perdió es como el millonario que llegó a pordiosero, jamás amaré ya a los millonarios y tampoco a los que siempre han sido pordioseros, porque ellos tienen una tranquilidad que él no conoce. Quedar ciego es una maldición, nacer ciego una bendición, el ciego, el auténtico, es un ser distinto, único, completo, nada le falta, menos el ojo, esa cosa perfecta, tan malvada, tan clarividente, tan fría, tan calculadora, tan externa, el ojo es la carne más carne que existe, sin él no habría traición, adulterio, envidia, gula, todo eso entra por la puerta del cuerpo que es el ojo, ese ojo inyectado en humores y en lascivia. Horacio fumaba echado en la pared, dijo que se iba, dijo que lo estaban esperando, me decía yo, admirado de que estuviera ahí todavía. Y él agregó: La falta de luz y el recuerdo de ella es lo que amarga la vida de los ciegos, por eso usted los verá con esa forma extravagante de sus movimientos, un poco teatral y falsa, exagerada, echando gestos superfluos, trozos de gestos, movimientos informes sin experiencia, vida rala e inconclusa, como en los pintores como en los escritores que son

pintores ciegos o escritores ciegos, ciegos de nacimiento o por accidente, sufren la falta de luz, que no es más que disciplina y forma, no hay otra disciplina que la luz, otra conducta que la luz, otra escuela que la luz, los que fracasan fracasan porque se salen de ella o son vomitados por ella, y así los malvados, los que persiguen y quieren matar o enloquecer a Bobi, también son ciegos, mucho más ciegos que yo, dijo Horacio y cogía la pared y la echaba hacia sus manos. ¿Está seguro de que no vendrá Bobi?, preguntó con voz quebrada, apurada, nerviosa o angustiada. Se agarraba a la pared, como si escondido en ella estuviera Bobi y él no quisiera dejarlo escapar. ¿Tiene usted interés en que venga?, pregunté con curiosidad y desconfianza. Sí, dijo, tengo interés, mucho interés en que venga, parecía encantado, diabólicamente encantado de repetir mis mismas palabras, parecía estar diciendo que sabía lo que pensaba, lo que él pensaba, lo que él pretendía hacer, se sonrió con sonrisa fría, desolada, se cogió la solapa con la mano, como si tuviera frío, frío y miedo de que lo dejaran cada vez más solo, se rió con risa baja, bestial, acobardada, tímida, casi infantil, parecía iluminarse con ella, acompañarse con ella mientras no viniera Bobi. No sabe usted, me dijo, cuán necesario es que él venga ahora, conviene que venga. No dije nada y caminé para irse, ya estaba en la vereda, buscando el aire, el rumbo, alzaba las manos en una grotesca pobre danza, Bobi se cogió de sus manos, el propio Bobi, venía corriendo y ahí estaba, mirándome con rostro desconocido, sucio, flaco, acorralado, parecía afiebrado y, sin embargo, había cierta seguridad en sus gestos, en su fiebre, en el modo que tuvo de coger del brazo a Horacio y llevárselo caminando, los miré irse, lleno de estupor, de sorpresa, de presentimientos, los seguían dos, tres perros, que se miraban, uno de ellos vino a olerme, me olió con minuciosidad los zapatos y después la bastilla del pantalón, miró a los otros y trotó tras ellos, un carabinero se paseaba en la vereda de enfrente, indiferente, fatigado, como soñoliento, ¿por qué no había corrido detrás de Bobi, por

qué no había tocado el pito, llamado a los otros carabineros, a las patrullas, a los automóviles, a las motocicletas? Caminé hacia la esquina, pasaba ahora mucha gente, obreros, empleados, mujeres de las fábricas, de la fábrica de géneros, de la fábrica de zapatos, empleaditas de las calles San Pablo y San Diego, cesantes, jubilados, jubilados arrugados y amarillentos, ajustados en ropas conmovedoras y viejas, tosiendo, tosiendo y lagrimeando ahí dentro, pasaban ciclistas, camiones, autobuses, iban con lentitud, porque ahora venía la gente por el medio de la calle, empujando, empujando su silencio, su ensimismamiento, su congoja, mirando el cielo nublado y enemigo, mirando el parpadeo de las luces de aquella tarde de invierno, se escuchaban músicas, tambores, acordeones, cornetas, alguna guitarra melancólica, los niños gritaban, los vendedores de fruta ofrecían naranjas, los suplementeros voceaban los diarios de la noche, pasaban banderas, banderas rojas, viejas sufridas, hechas guiñapo, letreros, enormes letreros de letras blancas en su conocido fondo rojo, se escuchaban voces, voces mesuradas, firmes, constantes, cansadas, dignamente cansadas y encallecidas, avanzando en olas, en tímidas potentes suaves prometedoras olas, venían desde muy lejos, desde 1939, desde la guerra civil española, desde la campaña presidencial del año 20, desde las primeras matanzas de obreros en Iquique, en Valparaíso, en Lonquimay, carabineros verdes, verdosos, desteñidos, destiñéndose, mirando eso, escuchando eso, se alzaban bocinas airadas de autobuses, gritos de choferes, gritos nerviosos de pasajeros, preguntas llenas de angustia o de simple novedad, gritos, vivas, viva la clase trabajadora, vivan los mineros del cobre y del salitre, viva el partido comunista, abajo la oligarquía abajo la reacción mueran los ricos mueran los banqueros mueran los industriales, viva el obrero en el fondo de su taller, viva el pampino en el fondo del desierto, viva el tuberculoso en el fondo de su camastro, vivan los niños en el fondo del conventillo, abajo el invierno, abajo la lluvia y el temporal, parecían gritar

mirando el cielo inclemente, como sentado, escuchándolos, escuchándolos gritar inútiles y desechados, pasaban zapatos, zapatos gastados, zapatos viejos, zapatos rotos, zapatos rompiéndose, zapatos hinchados por la enfermedad, zapatos secos por el abandono, zapatos que iban cansados, trasijados, cayéndose, zapatos que iban vertiginosos, como huyendo, zapatos desmoronándose, quedándose en el camino, rompiéndose, abriéndose, desfigurándose, se alzaban cantos, se alzaban cantos que empujaban esos pantalones grises, esas polleras mancilladas, niños que iban llorando, perros que iban ladrando perros perros perros y entonces los vi a ellos, a Horacio el ciego y a Bobi, iban silenciosos por el medio de la calle, los veía muy bien porque iban solos, la gente se había abierto, se había quedado callada para mirarlos pasar y para sentirlos como pasaban, se habían callado los tambores, las cornetas, los acordeones, en alguna parte, alguna nota de guitarra hacía subrayar ese silencio, los perros se quedaban ahí en el suelo silenciosos y humildes y trotaban suave, trotaban oliendo el silencio, asustados, adormecidos, escuchando las respiraciones de la gente, mirando esos pies silenciosos que se deslizaban misteriosos, sin sacar ruido, las banderas, los pendones, los estandartes, se habían bajado, tocaban el suelo, los perros se acercaban y los olían, estaban ahora oliendo las letras de los grandes carteles que se iban arrasando, como recogiendo, como barriendo los pasos, todos los pasos que iban pasando y los que venían detrás, como barriendo el silencio y la miseria, sólo se escuchaba ese viento expectante que impregnaba el desfile y más allá de eso, más allá de esa pureza sin estridencias, más allá, mucho más lejos, el tamizado ruido de la ciudad, las bocinas que se alejaban murmurando, rezongando, los humos que se alzaban y desmenuzaban, triturando el ruido y las luces y sirenas lejanas, voces muy lejanas detrás de esos pasos, más abajo de ellos, parecía que ellos iban pisando fuerte sobre ellas, deshaciéndolas y, en cierto modo, uniéndolas, Horacio y Bobi caminaban con naturalidad, casi con indife-

rencia, sin apuro, como si no debieran llegar jamás, Horacio iba sonriendo, sonriendo con nobleza, con verdadera timidez y aristocracia, se sentiría un poco avergonzado y violento con tantos ojos que sabía lo estaban mirando, recordando un poco otros desfiles, desfiles de estudiantes, de huelguistas, de revoltosos, cuando estaba en el Instituto Pedagógico en 1919 y conoció a Pablo Neruda, cuando estaba desterrado en Parral en 1927, cuando lo tomaron preso en la imprenta la madrugada del 13 de agosto de 1938 y hacía frío y había silencio, un silencio puro en el cual caminaban los pacos, en el cual gritaban obscenidades los pacos y decían que iban a disparar y estaba la madrugada luminosa en la cordillera y él pensaba. La María se habrá quedado dormida con la ventana abierta. Hablaba con Bobi ahora, hablaba despacio, con medida, como dándole instrucciones o impresiones, como pasándole un poco de susto, fumaba, iba fumando, es decir llevaba la pipa apretada en los dientes y ella humeaba leve, Bobi no lo miraba, no miraba a nadie, sólo adelante, las cabezas, las espaldas que les iban abriendo camino, oteando el cielo negro, la ciudad que se apartaba radiosa y distante, sonó un leve tambor y calló en seguida, lloró un niño y calló en seguida, pareció que una mano enorme se había apretado a su boca hasta apagarla, alguien lloró, alguien sollozaba, se encendieron las luces, los focos que los iban iluminando, uno recto hacia la cara de Horacio, hacia sus ojos cerrados, él sonrió con agradecimiento o con alivio, estaba sonriendo verdaderamente, se quitó la pipa de los labios y se la echó al bolsillo para sonreír con comodidad, el otro hacia Bobi, hacia sus piernas, hacia sus patas de perro, y él sentía ese calor y sentía esa compañía y su rostro pálido se ensombrecía adquiriendo una decisión y una fuerza y una madurez que no había tenido antes, no hablaba, no respiraba, caminaba con fiereza, casi con odio, cogido del brazo de Horacio o, más bien, arrastrándolo, y la gente miraba, miraba los ojos del ciego, miraba las patas de perro y murmuraba suavemente, murmuraba no para protestar ni escandalizar,

sino más bien para acompañarlos, para solidarizar con ellos, con esos ojos terminados, comidos, devorados, saqueados por una edad injusta, con esas piernas proletarias, hijas de la miseria, hijas y nietas y bisnietas de la miseria, hijas de un borracho y de unas lágrimas y que querían vivir, como los ojos deseaban ver, y que no podían vivir porque no las dejaban y que no podían ver porque habían sido saqueados, pulverizados, extraídos de raíz, y que ahora querían encerrarlas en la casa de locos, amarrarlas a la muralla y al cemento, como los ojos los habían amarrado a la soledad y a las tinieblas, y ellos se deslizaban serenos, caminando sin apuro, sin ir huyendo desde muchos años antes, desde muchas noches antes, iluminados, señalados, exhibidos ahí, en medio de la soledad y del silencio, sin voces que proclamaran su abandono, sin discursos que subrayaran su miseria, sin cartelones, frases, consignas, micrófonos, oradores, diputados, huelgas que juraran gritaran insultaran su espantosa total miseria, las motocicletas sonaban solamente, las motos que iban portando los focos que los iluminaban y alzaban, alguien lloraba, una mujer sollozaba entre las botas, entre el ruido acuoso de los caballos que venían y entonces se alzaron las banderas y los estandartes y entonces se desplegaron los cartelones y los gritos y ladraron los perros, pero callaron otra vez y ellos corrían ahora y sonaban sables, sonaban disparos, rodaba el humo, Bobi corría y había soltado a Horacio y lo llamaba para guiarlo, para que por sus gritos se fuera caminando, y ahí estaba el profesor Bonilla, cogiéndose la garganta dolorida y mirando el cielo lluvioso, y ahí estaba Cruz Meneses sonriendo descomedido, incrédulo, con su sombrero de Panamá y su cara transpirada y grasosa, ahí estaba la ambulancia, las ambulancias, las camionetas, el teniente, el teniente delgado y afligido que me miró sin verme y había desnudado la espada para iluminarse, para no perderse y encontrarlo, salió corriendo, metiéndose por entre la multitud, apartándola para encontrar los focos, sintió sonar las motocicletas, sintió las voces y los

gritos, gritos de alerta y de dolor, pero no de batalla, vio a Horacio que iba atravesando la calle solo, completamente solo y grotesco, ahora sin luces, ahora total y definitivamente opaco como un fuego artificial ya apagado y Bobi pasó corriendo a su lado, sin conocerlo, sin desear conocerlo y como si ahora lo odiara, pasó muy cerca mío, respirando fuerte, creí que le corría sangre. ¡Bobi, nos cambiaremos!, le grité estúpidamente, como si aquella noticia pudiera servirle de algo ahora, como si él me pudiera oír entre los disparos y los gritos, y salí de la multitud, la veía deshecha y triste, ella toda apagada, ella toda abandonada por aquellos ojos ciegos y aquellas patas de perro que habían caminado en silencio en medio de las tinieblas, iluminados sólo ellos, los ojos, las piernas, pero alumbrándola en realidad a ella. Torné a la casa, que había dejado abierta. Ahora comenzaba a llover.

ESO OCURRIO el sábado, antes del anochecer. Solo en la casa, no me sentía angustiado, temeroso tampoco, presentía que Bobi no había sido alcanzado por el teniente ni por los carabineros, me sentía tranquilo, pero sentía nítida la lluvia caer afuera, sonar adentro en el patio, sobre las grandes hojas de la palmera, y sabía que tendríamos que irnos de esa casa, nos cambiaremos, Bobi, alcancé a decirle, él no pareció oírme y si me oyó no pareció importarle, estaba tan distante de todo entonces, incluso de su drama, salido de esa evidente realidad, apretados los dientes casi sin odio, con resolución, con una firme resolución que yo no conocía, no debió ver al profesor Bonilla que lo atisbaba y si lo hubiera visto quizás no lo reconociera, jamás volvió a hablarme de él, jamás se acordó de la escuela ni de los sufrimientos soportados; desde la noche en que se fue, para que no lo sorprendieran los pacos si aparecían en la casa, parecía haberse transformado, hasta me había parecido ver cambiada su voz, ver otra imagen de Bobi en sus palabras y en el tono en que me las dijera, cuando hizo un comentario que me sorprendió y que en este momento no recuerdo. Se fue, dijo que se iría a la iglesia, que alcanzaría hasta el parque, llegó el teniente, se estuvo alicaído ahí, desmadejado en la silla, revolviendo el café con una mano y la otra desfallecida por las piernas, golpeando con levedad la mesa, allá lejos se levantó tras de mí y fue a levantar la cortina del mueble, la cortina ya estaba en el suelo, yo mismo la había arrojado con furia

mirándolo desafiante y cuando vi el mueble, ese mueble, supe que deberíamos cambiarnos, que Bobi no debería verlo, creo que le dije eso al teniente, teniente, si usted vuelve por aquí, ya no estaremos en esta casa, la dejaremos hoy o mañana, lo más rápido que podamos, no sé si usted o Gándara nos han enviado este presente, este regalo para los ojos de Bobi, para que lo vean sus piernas, pero de algún modo pienso que ustedes dos, Gándara y usted, teniente, han caminado juntos en estas tablas, tal vez ustedes mismos lo han traído a través del pasadizo y lo han colocado aquí, por eso Gándara me advirtió una, dos veces, que la casa se arrendaba amoblada pero que no debería usar los muebles, era, indudablemente, que me estaba diciendo que no dejara de usarlos, de quitar las cortinas, que tal vez sería bueno que el niño lo hiciera, anda tan desmejorado y descolorido el pobre Bobi, le haría muy bien un poco de ejercicio y distracción. El teniente estaba callado y afligido, parecía acongojado de verdad, cogió su gorra, cogió su sable y se fue sujetándolo con ambas manos para que no sonara, no me dijo nada, no me gritó nada, sustraía la cara de lado y se iba deslizándose por la puerta entreabierta. Sí, nos cambiaríamos, cuando Bobi viniera no me encontraría, pero encontraría la nueva casa, ya le había dicho a él, como se lo había dicho al teniente, que volvíamos al barrio, que ahora pensaba que nunca debimos salir de él, no ganamos nada con tantas mudanzas, sólo gastar dinero y quebrar nuestros nervios y todavía faltaban veintidós días para que yo fuera a cobrar mi cheque, dormir mal o no dormir, desalentarnos cuando veíamos las sillas, la mesa y los estantes, los colchones, el nuevo, que era de Bobi y él no había querido usar, y el viejo y descolorido, que era mío, arrumbados ahí afuera, en medio del patio, en mitad de la vereda, y sentíamos los dos la misma inquietud, la misma vergüenza y rabia de todo los cargadores que echaban dentro nuestros enseres, como si todo el mundo, toda la calle, todo el barrio, nos viera a nosotros mismos, desnudos, enflaquecidos, pobres, cada vez

más pobres, preocupados, sobresaltados, desparramados por el suelo, por la vida, por las calles, botados en el suelo, como mis libros, volando en el sucio aire, como mis papeles, no, no, nos gustaba cambiarnos de casa y lo habíamos hecho, una, dos, tres veces, con empecinamiento, con verdadera enceguecida pasión, cumpliendo un rito, terminando de cavar una idea fija, nada habíamos ganado, mucho habíamos perdido, estábamos como siempre, como antes, lo único que más solos. Estuvo en la noche a verme Cruz Meneses, me preguntó por Bobi, le dije que no estaba, que ya no estaba conmigo, no le di más explicaciones, que creyera que habíamos peleado si eso le convenía, él me dijo que pensó que estaría acostado porque lo había encontrado algo herido, en el brazo, en el pecho, me preguntó si yo lo había visto en el desfile, le contesté que no lo había visto de un modo especial, sino como toda la gente, que bien lo sabían el profesor Bonilla y el teniente que pasó corriendo por mi lado con el sable desnudo; me contó que le habían dicho que por fin habían tomado presos a Bobi y a Horacio el ciego, pero que él no lo sabía de seguridad y que quien se lo contó tampoco los había visto, que en todo caso parecía cierto, porque Bobi, además, estaba encargado por la policía política y por los servicios sanitarios, porque parece, y me echaba los ojos para que yo cayera en ellos mientras lo decía, parece que Bobi estaba recluido en el manicomio y que se había fugado de él. Le ofrecí una copita de vino, sin servirme yo otra, él esperó que yo lo hiciera, pero era mi deseo que él viera que yo no quería beber, saqué dos copas y llené sólo la de él, la mía la dejé vacía ahí en la mesa, la estuvo mirando, me miró, se sonrió humilde y me dijo que deseaba sinceramente que el problema de Bobi se arreglara en la mejor forma porque era un buen muchacho y que habían sido buenos amigos cuando acudía al matadero los sábados por la mañana, me quedé callado, quité la copa del mantel, no volví a llenar la suya, él se la bebió de un sorbo y esperó, esperó pero yo había echado llave al estante. Se puso de pie, agregó que

Bobi había estado yendo como dos años seguidos al madero y que siempre lo pasaba a ver. Sí, le dije, él me ha contado, me ha contado que usted le daba mucha carne. Caminé hacia la puerta, no encendí la luz del pasadizo, me iba quedando atrás, extendió la mano, pero no le pasé la mía. Tenía un rostro frío, desconfiado y distante, lleno de extrañas sugerencias, me quedé en la puerta de la calle, llovía despacio ahora, una lluvia helada, dos perros estaban en la vereda del frente, miraban directamente hacia mi cara, los llamé, les hice gestos, se fueron trotando, humildes o asustados, se quedaron en la esquina de la Alameda mirando hacia la casa, un carabinero paseaba por la vereda, al enfrentarse conmigo me miró con desdén, yo miraba la noche, el cielo denso y rojizo, las gotas de la lluvia bajaban agradables en la noche iluminada, imaginaba que iría a llover toda la noche, pero en esto me equivocaba y al otro día haría un hermoso sol, casi primaveral si no fuera por el frío, el carabinero se volvió a mirarme sin disimulo, con cierta desvergüenza, con cierta obligación, atravesó hacia la vereda del frente y se quedó quieto mirándome, sacó un cigarrillo y lo encendió con desfachatez, se le encendió el rostro horrible, solapado y astuto, echó el humo como rompiéndolo en mi cara, cerré la puerta, sí, me dije, se siente seguro, se siente asegurado y hasta fuma, sabe que no lo podría denunciar, soy un delincuente ahora, a esta hora de la noche soy un delincuente y mi palabra no sirve de nada. Empecé a empaquetar mis libros, a recoger mis papeles y a echarlos en cajas, todo lo iba poniendo en el pasadizo, empujándolo en la oscuridad a fin de cargar rápido al día siguiente, inmediatamente después de la misa vendrán los hombres, recordé y me acordé de los perros que esperaban cerca de la casa, ¿a quién esperaban, a mí, a Bobi, a Horacio? Era evidente, también se habían hecho amigos de Horacio, él había hablado de Bobi solamente, pero era indudable que también incorporaba esa amistad a la suya, había amado a los animales, si algo había amado en su vida Horacio eran los pe-

rros, el último que tuvo y que lo acompañó el primer año de su ceguera estaba enterrado en el gran jardín de la casa, bajo los eucaliptos, él se lo había contado a Bobi. Golpearon la ventana discretamente, no apagué la luz, tenía todas las luces encendidas, lo que hago siempre en mis noches de soledad, y fui a abrir, Bobi entró, sentí sus manos frías, su ropa mojada, vi la herida de la cara, una herida corta y profunda, pero ya estaba curada, estaba limpia y desinfectada y con dos parches eficaces y profesionales, no quise preguntarle quién se los había puesto, recordé vagamente preguntas precisas y extrañas dichas antes por él o por alguien que no recordaba, sí, ahí estaba Bobi, más alto, más flaco, crecido, cambiado, distinto, más acosado tal vez, más desilusionado, pero en ese acoso y en esa desilusión tenía ahora un apoyo, un verdadero apoyo, el que siempre había buscado. Bobi, le dije, afuera han estado toda la noche dos perros mirando hacia la casa. Sí, dijo, tienen que estar, lo dijo con cansancio, sin sorpresa ni novedad, como cosa que él ya sabía, como circunstancia con la cual él ya contaba y que no podía faltar. Tenías razón, Bobi, le dije, ahora ya no son tus enemigos, ahora son ellos tus amigos, tus más inseparables amigos. Tú también lo has sido, y espero que lo sigas siendo siempre, siempre, aunque pase algo. Ahora aparecía aniquilado, ahora aparecía en su voz la voz del niño que yo había traído de casa de su madre. Yo no cambio, Bobi, le dije, todo lo malo y lo bueno que me pueda ocurrir es porque yo no cambio, soy como tú, ambos somos distintos, sólo que en ti es evidente. ¡Es demasiado evidente!, dijo sombrío, más bien sin amargura, sólo cambiando de estado. También anda un paco rondando la casa, Bobi, ¿lo viste? Sí, dijo con voz perdida y desinteresada, parecía ahora, ahora aparecía más nítidamente que lo único que le interesaba, lo único que le llegaba a la conciencia, era que los perros habían estado toda la noche frente a la casa, mirando hacia la puerta. Estaba sucio, tenía las piernas embarradas y con manchas de sangre, cuando entró caminó rápido para lle-

gar a la pieza y entonces me fijé en que no cojeaba, tal vez esa sangre no sería suya, pero estaba demacrado, parecía hambriento. ¿Tienes hambre?, le pregunté. Negó con la cabeza. Horacio y tú estuvieron muy bien, dije para que me mirara, lo organizaron estupendamente ellos. Sí, dijo, saben administrar los sufrimientos, tienen la práctica que dan miles de asesinados, son buenos, son fríos pero buenos, saben lo que quieren y cómo lo quieren, no olvidan aquellas matanzas y las tienen siempre presentes. Se quedó callado, empecé a empaquetar unos cuadros, él me miraba sin decir nada, casi sin verme. ¿Crees que servirá de algo eso, esto que hemos hecho?, preguntó con dulzura, tornando a ser niño otra vez. Bobi, no lo sé, le dije, deseo con toda mi alma que sirva de algo, para tu seguridad, para tu vida, pero quizás sirva ahora para que el teniente te persiga por comunista, como tú decías. ¿No sería mejor?, preguntó con lúcido miedo, hasta ahora me han perseguido como si fuera un monstruo, monstruo de museo y de manicomio, ¿te das cuenta que si me hubiera sorprendido y agarrado a balazos aquella noche mi muerte no habría sido más que eso, la de una bestia feroz, enloquecida? Si me mataran así mi muerte no serviría de nada, sólo para dejar escapar un suspiro de alivio de boca de mi madre, de mi padre, del profesor Bonilla, de Cruz Meneses, si me matan ahora, ahora después de este desfile, mi muerte serviría de algo, seguramente, tal vez no fuera olvidada, tal vez la vendan o alquilen tan bien como las otras muertes los comunistas y yo soy un poco leyenda, ¿verdad? Ellos también lo son. Me pidió en seguida alcohol, algodón, algunos trozos de gasa limpia, se sentó en mi cama. Bobi, le dije, no hagas nada, es necesario que no lo hagas, déjate así, tal como estás, límpiame un poco el barro, la tierra, las manchas de los árboles del parque, péinate, péinate cuidadosamente ese rostro que muestra tantas huellas, pero no borres las huellas, por la misma razón que te lanzaste ahora con los comunistas, en cierto modo para que sigas administrando tu sufrimiento, no por afán de lucro o fama,

sino para ganar un pequeño lucro, una corta ganancia que no te debe ser negada, a ti que eres tan pobre, para que ganes tu derecho a la vida, para que lo compres como quien compra un solo pan o un trocito de carne popular. Se quedó callado, me miraba mientras ataba el paquete de las revistas y lo dejaba cuidadosamente en el suelo. Creo que debes ir mañana a la iglesia, ¿no lo crees tú, Bobi? ¿Debo exhibirme, quieres que me exhiba? ¿No lo hiciste ahora para los comunistas?, parecías hacerlo con gusto, se podría decir que con entusiasmo, te miré, Bobi, te seguí por la Alameda y no parecías cohibido, de repente ni siquiera parecías desgraciado ni perseguido, sino exaltado, magnificado, orgulloso de lo que eres. Sí, dijo, sí, pero ellos son hombres, hombres de aquí abajo, su comercio es terrenal, visceral has dicho tú, como el de Cruz Meneses, ambos comercios de carne, de carne que sufre, de carne asesinada. Pero tampoco puedes ocultarte, ahora menos que nunca debes hacerlo, quizás si éste ha sido tu error y mi equivocación, no haberte sabido dirigir o aconsejar, debes mostrarte, Bobi, porque tú no eres hechura del partido comunista, ni del sindicato del cobre, ni del de las salitreras, tu hechura es más alta y sólo por eso, nada más que por eso debes defenderla tal como es, tal como está, tal como la han dejado algunos hombres. ¿No crees que debiera exhibirme solamente como lo hice con ellos, sin palabras, sin oraciones, prédicas, ofertorios, rezos? Tú haz tu trabajo, el que creas que debes hacer, Bobi, ve y muéstrate, pero no te acomodes, no te disfraces, no te pintes, no te adornes, muéstrate tal como estás, ve a la iglesia y quédate donde quieras quedarte. Suspiró largamente y no me contestó, yo tampoco quería preguntarle si lo haría, si iría, por lo demás, si no iba, siempre sería útil, Cruz Meneses me dijo que le habían contado que Bobi estaba preso, mejor, mejor si lo creían, a estas horas ya lo sabría todo el barrio. ¿Te cambias?, me preguntó. Lo quedé mirando, admirado por la pregunta, por esas dos palabras, tan extrañas, tan desamparadas. Nos cambiamos,

Bobi, tú y yo nos cambiamos, ¿no es ésta tu casa, no has vivido siempre conmigo, no quieres seguir haciéndolo? No se trata de lo que yo quiera, no cuentan mis deseos, sino los de ellos, tú lo sabes bien, dijo y miraba con repentina preocupación hacia la calle. Nos iremos al barrio nuevamente, pienso que no debimos salir de ahí, eso fue un pequeño error. Al menos, dijo, sirvió para que supiéramos que en otros barrios hay también gente malvada o, si tú quieres, gente que tiene miedo, y me preguntó de repente: ¿Por qué causo miedo yo? Si fuera deforme no te lo preguntaría porque estaría clara la causa y el horror, pero tú sabes, ellos saben que no tengo nada de deforme, sólo un cambio en la estructura, una especie de trampa de la Naturaleza, para mal de mis padres, para desgracia mía. Creo, Bobi, que no te quieren y te tienen miedo por eso, sólo por eso, porque no eres como ellos, tú, tan diverso, tan fuera ya de los límites de la Naturaleza, les muestras en todo su horror lo simple, lo espantosamente vacíos y normales, completamente normales, sin remisión, que son. No eres un monstruo, eres un fenómeno y la luz también es un fenómeno, Bobi, eres tú ahora una regresión de la especie, si quieres, un lapsus cerebral de la Naturaleza, ella, la gran ordenadora, se equivoca de repente, o parece que se equivoca, se olvida o parece que se olvida, trastrueca sus valores, desordena por una sola vez su orden y entonces naces tú o sobreviene un cataclismo. Pero ¿por qué yo, yo precisamente, por qué no otro, otro, alguien rico, alguien que no tuviera necesidad de echarse a la calle para ganarse la vida, ir al matadero, a la escuela? ¿Por qué yo solo y nadie más, por qué, por qué, por qué? ¿Qué soy yo?, gritó desesperado. Bobi, le dije, lo terrible y grandioso es que seas tú solo y nadie más, tú, el único, como los santos, como los genios, ellos no se repiten nunca, si lo hicieran su historia sería una broma y una vulgaridad. Por eso ha tenido valor tu fuerza, tu fortaleza, para resistir ese peso, para resistirlo a él que parece no pesar nada, que parece indiferente a todo lo que ocurra, indiferente a todo lo que

te ocurra a ti. No creas, dijo con voz triste pero nítida, mirando con detención, con desoladora delectación sus piernas, no creas que no sabe, no creas que no oye, él sabe y siente más que yo, él sabe que soy su amigo y que por él sufro y en las noches, cuando estoy desesperado, cuando estoy cansado o desvelado, me parece que él crece, que él sube hacia mí, hasta mi boca, hasta mis ojos y siendo mis ojos los mismos míos me parece que son también al mismo tiempo los de él que me está mirando, respirando a mi lado, gracioso, ansioso, furioso o intrigado, lo siento jadedear, lo veo echado junto a mí, pegado a mi cintura, y he creído acariciar en sueño su cuello, tirar con dulzura sus orejas, ver sus dientes tan parejos, tan brillantes y carniceros y lo he visto junto a mi cuerpo, ahí en el matadero aquellas mañanas de los sábados, comiendo los dos en el mismo plato, apurados, un poco asustados y urgidos, mirando a Cruz Meneses, mirando a la señora Rebeca que estaba pidiendo dos chuletas más y que me miraba con piedad y repulsión y pedía huesos huesos, los pedía con odio como si los pidiera para tirármelos por la cabeza y entonces he despertado y he dicho despacito: Bobi, Bobi, y lo he sentido junto a mí, he creído ver sus ojos brillantes y sus orejas sedosas, su hermoso palpitante cuello en mi mano y sólo he encontrado eso, mi mano en mi pescuezo helado y un poco dolorido. Suspiró y se quedó callado y tornaba a mirarme con sus ojos extraviados de niño, intrigado y deslumbrado por la reciente visión del mundo, por la multitud que viene hacia él quizás a triturarlo o aplastarlo. Bobi, le dije, ¿lo has pasado mal, has tenido hambre, frío, en estos días que no has estado en la casa? Se sonrojó y titubeó un poco y me miró con franqueza. He estado con ellos, tú ves, son mis amigos, son realmente mis amigos, ahora ya no son ilusiones mías, he dormido en el parque con ellos, todos juntos, abrazados, y no creas, los perros son muy calurosos, dan mucho abrigo y yo lo soy un poco, lástima que sólo lo soy a medias y aparezco, por ejemplo, en la botica, en la escuela, en la comisaría

como un perro desgraciado y bastante fatuo y muy pero muy insolente que trata de pasarse de contrabando y eleva quejas, lágrimas y solicitudes para que lo reciban como un ser humano, pero ¿te imaginas tú a un perro elevado a la categoría de hombre, aunque fuera de un hombre estúpido y malo? Por lo demás, agregó rápidamente, estúpido podría ser, como el perrito negro del parque, se sonrió recordando, pero malo malo, sólo el hombre es malo, el perro no, es el ser más bondadoso, más piadoso del mundo, los perros son como los santos que tanto te interesan a ti y al padre Escudero, vieras la vida sencilla que llevan, vieras lo poco que se regodean para comer porquerías que es bien poco lo que nutren, vieras lo sufridos que son para recibir golpes, portazos y puntapiés, yo los he visto, he sentido sus aullidos de dolor, de verdadero dolor, y también sus lágrimas y me agradecen tanto que les hable, se tornan sonrientes, parece que de repente me van a contestar palabras, pero se quedan quietecitos escuchando, escuchan todo, comprenden todo, lo único es que no te hablan, no te hablan nada, como Horacio, tú le hablas, le cuentas tus cosas, te relata él episodios de su vida, sus pobrezas, sueños, renunciados, vergüenzas, tú le hablas, él te contesta, ahí está, sentado a tu lado y de repente se hace un lío, se le pierde la pipa, la mano, los fósforos, no se encuentra la boca, parece que se hace el ciego y que lo que pasa es que es muy orgulloso y despreciativo y no quiere mirar a nadie. ¿Has pasado hambre, Bobi?, le pregunté. No, me contestó, hambre hambre, verdadera hambre, como en mi casa, allá en el barrio, no, no he pasado tanta hambre, pero, dijo bajando la voz y sonriéndose, he echado de menos la carne cruda, a ver si me das un poco de dinero para comprar, para mí y para ellos. ¿Te irás ahora, ahora mismo?, le pregunté, sabiendo que ya no podía quedarse, que no era conveniente que se quedara. Sí, dijo, no puedo quedarme, tú sabes, ya deben tenerme fichado como comunista en la intendencia y en el ministerio, ahora tiene dos motivos para sacarme amarrado el teniente. Se

puso de pie para irse y caminó hasta la otra pieza, de repente cogió la punta de la funda y la alzó un poco dejando al descubierto la mesa y el ataúd. Me quedó mirando desencajado, con un miedo nuevo en su cara, en su cara de hombre que acababa de surgir del fondo de sus ojos de niño. ¿No lo has hecho tú, no lo irás a hacer tú?, me dijo acercándose y sentándose a mi lado. No, Bobi, le dije, ¿para qué iba a hacer eso?, ¿para qué iba a comprar eso yo?, ¿lo necesito yo, lo precisas tú? En cuanto cobre el cheque iré a comprar un nuevo disco de Mozart que está en las vitrinas del centro, y le agregué mostrando hacia la pieza: Atenciones, ideas enfermas del teniente y de Gándara, creyeron que tal vez sería bueno que viéramos eso, como si nuestras penas y nuestras alegrías, Bobi, no nacieran de la idea de la muerte sin necesidad de que nos anden metiendo por los pasadizos y los zaguanes esos artefactos horribles y comerciales donde arrojan los hombres sus carroñas. ¿Por eso nos cambiamos de casa?, me preguntó y le agradecí la pregunta. Sí, Bobi, por eso, dije, esta casa está sucia. ¿Mañana, mañana domingo nos cambiaremos?, y de repente pensé que él querría venir a ayudarme en la mudanza, pero no le dije nada, no se lo quería pedir, me parecía que era peligroso para Bobi que estuviera ahora mismo ahí, afuera un hombre vigilaba, lo había visto entrar, tal vez ya sabrían en la comisaría, en la intendencia, en el ministerio dónde podrían encontrarlo. Sí, Bobi, le dije, es necesario que nos vayamos de aquí, aquí lo hemos pasado peor que en la casita cercana a la comisaría, quizás será porque tú no has estado casi aquí. Cogió unas lanas, el jockey, se ató una bufanda al cuello y me dijo que se iba, le pasé algún dinero, lo acompañé hasta la puerta, los perros estaban echados en la otra vereda mirando hacia la casa, cuando lo vieron se pusieron de pie y deseaban correr hasta donde él estaba, pero al ver que yo salía hasta la vereda se retuvieron, con la lengua larga quedaron expectantes, Bobi me miraba sin decirme nada, miré el cielo, nubes grandes y negras derivaban en direc-

ción a la cordillera, se veían algunas estrellas, esa noche iba a hacer frío, lo miré para preguntarle si tenía frío, para pedirle que se abrigara, pero era inútil, ya era todo inútil, dormiría con los perros, abrazado a ellos, recibiendo su calor y entregándoles el suyo, dándoles un poco de confianza a cambio de cariño y seguridad, instintivamente comprendía yo que los perros le daban más seguridad que la que yo mismo le había dado, él no decía nada, estaba pálido, lo sentía respirar sosegadamente, el hombre venía por la vereda, por la misma vereda de la casa, tuve miedo, miré maquinalmente las piernas de Bobi y él se dio cuenta, no dijo nada y se abrochó el vestón, se apretó la bufanda, adivinaba la presencia cercana del carabinero, sabía que lo estaba mirando, se miró él también las piernas y miró al hombre, lo miró con reto, con firmeza, casi con rencor y desafío, una mirada dura y extraña, un hombre uniformado, de aspecto humilde, con un rostro feo y esencial, un poco friolento, un poco desambientado, salido de su cuartel, de su cuchitril, de su conventillo, de su mujer despeinada, de su hijo enfermo o deforme, pasó junto a nosotros y la luz del foco de la calle lo iluminó directamente, nos pudo mirar y no nos miró, nos pudo hablar, gritar, hacer sonar su silbato y nada hizo, se iba caminando sencillamente, casi hasta con miedo, pero yo estaba seguro de una cosa, de que él no estaba engañado, que él sabía que ésa era la casa, que ése era yo, pero no el que buscaba y el que estaba conmigo tampoco, él esperaba otra cosa, otra cara otras facciones otros ojos otro hocico otro miedo llevaba las manos en los bolsillos, apretado a su revólver o pistola seguramente, parecía inocente y blando y sabía ser cruel y duro, con la fiereza y dureza del que sabe que puede ser asesino impunemente, porque para eso come y duerme y para eso se ha ejercitado en las canchas fusilando al sol y a la neblina, no, no había reconocido a Bobi, se iba, se iba sosegadamente, cuando llegara a la esquina tornaría a caminar con parsimonia y si yo lo miraba mucho, encendería un cigarrillo. Le di la mano a Bobi y él

me cogió con las dos suyas, me la apretó largamente y se fue, lo vi caminar apurado, sin miedo y sin recelo, iba por la misma vereda del hombre y cuando se encontraron se miraron, se miraron rápido, los perros seguían a Bobi y cuando él apretó el paso atravesaron la calle para juntársele, entonces fue cuando se cruzó con el hombre, el hombre lo miró a la cara y luego sorprendentemente lo miró a los pies, Bobi gritó algo, parecía que era a mí a quien decía un recado que se le había olvidado y echó a correr, el hombre cogió su pito y lo hacía sonar en la noche lluviosa, después sentí los disparos y los ladridos y la calle quedó sola, parecía que Bobi y el hombre se habían llevado todo el ruido para amontonar en alguna parte el silencio, me los imaginaba en el parque, bajo los enormes plátanos orientales, cavando primero con las palas y después con las manos, mirándose las caras y después los pies y las botas, los perros, junto a ellos, escarbaban furiosos o entusiasmados, echándoles la tierra en la cara, la tierra iba cayendo en los pies de Bobi y él se iba hundiendo, es hábil y disimulado, pensaba yo, así se hace, Bobi, así no se notará nada. Dormí mal, había dejado todas las luces encendidas, pues me sentía nervioso, sentía los pasos afuera y me parecía que a cada rato iban a golpear la puerta y que iba a aparecer el teniente con el practicante y el médico, ¿habrán cogido a Bobi?, me preguntaba sentándome en la cama y después pensaba. No, no lo cogieron, habrían aullado los perros, y había sólo silencio, mucho silencio, demasiado silencio en las calles solas. Cuando desperté pensé: Hoy es domingo, hoy es, vi los paquetes en la pieza, en el pasadizo y recordé que nos mudaríamos esa mañana, tal vez después de la misa, inmediatamente de almorzados, pensé que Bobi iría a ayudarme, estaba seguro de que lo haría, también deseaba hablar con el Dr. Van Diest, me parecía muy importante hacerlo ahora que había hablado con el padre Escudero, creía que ambas conversaciones podrían surtir algún resultado, ayudar a Bobi, salvar a Bobi de alguna manera. Gándara haría lo imposible por no ayu-

darnos, yo lo sabía, lo conocía desde hacía muchos años, desde que trabé amistad con aquella mujer que tenía nombre de ciudad y con la cual debí casarme, era un mal hombre Gándara, ávido sólo de dinero, sólo atento a sacar partido y ganancia de las desgracias y tragedias de la gente, no, no nos ayudaría, se alegraría, incluso, de ver sufrir a Bobi, de verme preocupado, creo que habría pagado por verme llorar, si yo hubiera sido alguien conocido, me habría hecho fotografiar a escondidas para divulgar mi rostro bañado en llanto, para ofrecermelo en venta las copias, no caras, francamente no caras, al fin y al cabo somos amigos, pero los negativos sí que son otra cosa, tampoco demasiado caros, fíjate que son los negativos, querido, si los quemas desaparece la imagen, es como matar a alguien, como suprimir a Bobi, con la hermosa y original estampa de Bobi, sí, era un mal tipo, sólo por ganar tiempo lo había usado, sólo quizás por lo asustados que estábamos al principio, había recurrido a él, pero ahora ya no contaría con él, siempre debí pensar que no era un tipo para darle confianza, con esa profesión que compra y vende lágrimas, que compra y vende la verdad, el honor, la honra, las ideas morales, los principios religiosos y éticos, los animales, por ejemplo, por ejemplo el chacal, la hiena, no habrían imaginado una profesión así, para despojar de sus bienes, de sus hijos, de sus temores y creencias a otras hienas y chacales, y el perro, el perro, admirable bestia, vergüenza y piedad para el hombre, que la única atenuante que tiene al ser hombre es que es amigo del perro, una de las maravillas de la Naturaleza es ésta, Bobi lo sabe, Bobi lo ha dicho y lo ha pensado muchas veces, si él tuviera la imagen de otra bestia, de algún elemento sanguinario y cruel, chacal, tigre, no lo habrían perseguido, no lo habrían negado y echado a la orilla donde tiene que caer y despeñarse, no, él ha tenido la soberbia, el orgullo de asemejarse al perro, de acercarse a este admirable bruto y querer ser como él, noble, leal, piadoso, solidario, todo lo que no es el hombre, todo lo que es el perro y que quiere

ser ahora Bobi, un escueto hijo de borracho, un devorador de carne cruda, un muchacho de dientes asesinos, un ansioso de enfermizas visiones, matemos a Bobi, mata tú a Bobi, dile que lo mate en seguida, y si lo matáramos esta noche, esta noche fría, lluviosa y negra, si lo matáramos en el bosque, en los cerros, allá cerca del campo, hacia el río, anduvo soltando a los perros por las quintas, rompía las rejas, partía los candados con los dientes, esos cuellos que parten cuellos y beben sangre, y los dejaba sueltos, se iba con ellos, oliendo con ellos, durmiendo con ellos, siendo feroz como ellos, aprendía a ser implacable como ellos, a las piernas, Bobi, a la espalda, Bobi, al cuello, al cuello, las vértebras, no cuesta, casi no cruje, se rompe luego y salta la sangre como si estuviera esperando que la rompieran, y en plena fiesta, en plena kermesse, hasta reventar el vidrio para llamar la atención y que todos lo supieran, las madres las abuelitas los sobrinos los huérfanos hasta las chicas del hogar de ciegos que estaban en primera fila y supieran que eso no era parte de la fiesta, de la kermesse, sino sólo parte de la fiesta, de la kermesse de Bobi, animal feroz, bestia inmundada crecida en una vaga forma de perro para esconderse y disimularse, si cualquier día le salta al cuello a Ramoncito, su hermano chico, si aquí está la declaración de la criatura, óigala usted, usía, es la declaración de una guagua, de una criaturita de seis años, sí, recién le están saliendo los dientes, sí, son pobres, muy pobres, el muchacho iba al matadero, sí, los sábados, siempre por la mañana, claro, el padre, le pegaba mucho, usted sabe, usía, gente tan pobre y tan ignorante y Ramoncito dice que él siempre le tuvo miedo, que lo miraba raro, se echaba en la oscuridad y lo miraba raro, sí, directamente al pescuezo, imagínese, usía, de un niño tan chico, apenas un ángel y él se iba donde su madre y se quedaba llorando y le preguntaba ella qué le estás haciendo al niño y él se quedaba callado, claro, callado simplemente, como bestia, mirando a su madre, mirándose también a ella, no, ella no dijo nada, no lo acusó de nada, pero usted sabe, usía

ilustrísima, es su madre, ella lo trajo al mundo y se lo pasa llorando, parece que estuviera enferma del corazón y hasta se le hinchan los párpados, pero ahí están las declaraciones de las vecinas, la de la profesora y la del boticario, sí, un caso fantástico, monstruoso, jamás había ocurrido en el barrio ni en la ciudad supongo, barrio pobre pero digno, por supuesto, hay cantinas, hay conventillos, no, esas mujeres no proliferan ahí, es toda gente pobre, los hombres frecuentan el bar, el salón de billar y tornan a sus casas, sí, los sábados, muchos detenidos, riñas, pero nada grave, sí, sangre a veces, muertos, uno cada mes, atropellados por los autos y los camiones, si pasan como un celaje y en el invierno eso queda bajo el agua, en medio del barro, sí, el canal, y aniega las casas de la pobre gente, buena gente, gente honrada, usía, nunca pasa nada, pero ahora puede pasar, hasta el padre lo echó de la casa, no por maldad, al fin y al cabo es hijo de él, sino por miedo, por verdadero auténtico miedo, usía ilustrísima, porque el muchacho es fiera, una pura bestia, su figura no dice lo que es él, hay que verlo cuando está frenético o solitario, ahí por los rincones ahí por la oscuridad, entonces se le sale el demonio, se le sale el perro rabioso que lleva dentro, por qué no lo matamos, señores policías, señor teniente, por qué no lo cazamos en el bosque, en el cerro, matarlo para que no mate, no, no sería una crueldad ni una barbaridad, es necesario, es completamente necesario, por eso las botas, por eso el revólver, por eso las balas, por eso el yatagán, por eso el sable, por eso los gritos, por eso los estertores, ¿o lo declaramos loco? Eso era lo que habían hecho, eso era lo que estaban tratando de hacer y sentía miedo, sabía que lo harían, que lo harían de todos modos y me encontré diciendo, diciendo en voz baja, arrodillado en el pasadizo: ¡Dios, Dios, que no lo hagan, que no alcancen a hacerlo! Me sentía muy cansado, con un cansancio lento que desde hacía meses se venía acumulando en mis ojos, en mis manos, iré a la iglesia, iré a hablar con Van. Salí a la calle mirando ese cielo delgado y celeste de prin-

cipios de invierno, entré a un negocio, busqué el fono y marqué el número. Me contestaron que el doctor llegaría en la tarde, antes del anochecer, dije que volvería a llamar porque era muy importante y grave lo que tenía que hablar con él, se lo dirían para que me esperara, pero no, seguramente que el doctor no saldría, no iría al teatro aquella noche, generalmente llega cansado cuando va a la costa, caminé lentamente hacia la iglesia, la iglesita del barrio lejano donde volveríamos aquella misma tarde, no pensaba casi, iba como adormilado, sintiendo el sol tibio en mis manos, en la cara dura, como asombrada, sí, será bueno que hable con Van, él puede hacer algo si quiere hacerlo, sabrá con quién hablar, a quién recurrir, ¿no hablo, no vuelvo a marcar el número? ¿Por qué me sentía tan apesadumbrado, verdaderamente hastiado? Serán los años, pensaba, esta primavera cumpliré cuarenta y cinco, ¿dónde estará Bobi entonces, dónde estaré yo? ¿Lo dejarán que viva, lo dejarán alguna vez tranquilo? Lo están aplastando, ellos están aplastando, natural, materialmente están sobre él hasta reventarlo, porque eso quieren, reventarlo, caminaba por las calles en que había transcurrido mi infancia, las sentía pasar a mi lado como reconociéndome, como oliéndome, sabiendo que era yo otra vez, después de tantos años, pero tan preocupado ahora, tan abrumado por algo que no sabía cómo resolver, me acordaba de aquellos años, muerta mi madre ya, lejano mi padre, trabajando en el norte, apenas escribía, apenas sabíamos de él cuando enviaba un cajón de frutas secas o de papayas, unas botellas de arrope dulzarrón y sórdido, yo iba al colegio, volvía del colegio, iba a la biblioteca, volvía de la biblioteca, por esta misma vereda, por estas mismas piedras, sentía aullar a los perros en aquella ciudad lejana, junto al mar, estaba atardeciendo y mi madre se moría, ahí estaba el doctor con su enorme cabeza monstruosa y rapada, mirando como un imbécil hinchado, mirando con estupor el rostro enjuto de mi madre, mirando la neblina que descendía afuera a unos pasos del lecho, que echaba a volar una cortina corta

e ingenua en el vidrio trizado, tosía el doctor, tosía justo al lado del lecho de mi madre, ella tenía grandes ojeras y respiraba apenas, entreabriendo la boca para quejarse bajito, el doctor escribía papeles, papeles que se iban volando en la neblina hacia el mar, por la ventana abierta, el doctor se levantaba crujiendo, crujía en medio del invierno, bajo el aguacero seco y callado que descendía por las paredes, que descendía por la calle Juan de Dios Pení, llegaba mi padre, elegante y contento, sin arrugas su ropa, sin arrugas su cara, parecía florecido, barnizado por el suave sol de más al norte, parecía venir llegando desde la primavera, desde las rosas y las dalias, miraba enteramente al doctor, lo saludaba alegre, casi sarcástico, miraba allá en el fondo a mi madre, hundida en el otoño, hundiéndose hacia el invierno, surgía del fondo del patio un perfume fresco de flores mojadas, el doctor tosía, estaba tosiendo en el patio embaldosado, sentía el ruido de un coche, una rueda, dos ruedas enormes, se iba el doctor, las ruedas iban dando vueltas en el pecho de mi madre hundida en el barro, ésa era la calle, yo la había caminado años antes, muchos años antes, vestido todo de negro, con esos calcetines gruesos que odiaba y que me subían súbito hasta la garganta, no te avergüences, me decía mi padre, mírame a mí, estoy vestido igual que tú, yo lo miraba, yo lo miraba muy alto y elegante, con ese ademán suelto y desenvuelto del hombre que tiene bella risa, hermoso pelo, toda la caudalosa vida en sus labios hambrientos, sí, estaba vestido igual que yo, todo de negro, pero el negro se aferraba amable y dócil a su cuerpo, a sus largas piernas, a su palidez, la corbata de lana le atenazaba con dulzura el cuello y todo él parecía envuelto en una espléndida desalentadora incansable inolvidable fiesta, se reía, se rió mirándome, me echó el sombrero hacia los ojos, un sombrero de paño horrible, de horrible color negro, que olía espantosamente a negro, caminamos por la calle Estado en el sol de aquella mañana de marzo, hace cinco meses ya, dijo él, suspirando con bondad, con deseos de reírse, poniéndose pensativo,

parece mentira cómo pasa el tiempo, me soltó de la mano y me dejó que caminara solo por la vereda, ahí ahí, dijo, ahí en la esquina, entramos, un vestíbulo helado, demasiado amplio, resonante y solo, por el cual circulaba un ancho poderoso viento, pasadizos que se internaban hacia la lejanía, tal vez hacia otros países, seguramente hacia principios del siglo, tornaba un viento suave, de sacristía, me acariciaba las piernas, me cogía socarrón el sombrero, se vertía un limpio olor a santos y un olor agradable empujaba las narices, una vaharada de chocolate que empujaba por los patios, estábamos sentados en la salita cuando entró el padre Escudero, tajante, como despeinado, como aburrido, directamente enojado, sí, no le caía en gracia yo, enlutado para tanto tiempo, para veinte o treinta años, no no, dijo mi padre, su madre, sí, Sara, Sara es un bonito nombre, Sara era una adorable mujer bíblica, dijo el padre Escudero y estiraba los labios con desprecio y ahora estaba ahí, disfrazado de viejo, un poco encorvado, un poco alborotado, con el mismo gesto de aburrimiento o abulia que siempre le fuera reconocido, pues cuando el acólito recogió el libro y lo llevó al otro lado y el cura se agachó y lo besaba, el padre Escudero subió las gradas lentamente, sin importancia y sin apuro, como si fuera por el pasadizo hacia la sala de clases, las ocho treinta de la mañana, las cuatro cinco de la tarde y pensará la materia de literatura de aquella jornada, el siglo de oro por ejemplo, por ejemplo Santa Teresa o un escritor laico, si tú quieres, o Rubén Marín, el escritor mexicano desconocido que revitaliza la calidad del arte novelístico en América, se persignó en voz alta, como si lo hiciera en mitad de la calle y, sin mirar a la gente, miró los libros, los tres libros que había llevado, los colocó en la orilla del púlpito y miraba ahora hacia abajo, con indiferencia, con el cansancio del marino que abarca el puerto, la bahía, las cercanas olas, las aburridas y conocidas olas y sabe que una vez más ha de ir rompiendo aquello, esa agua esas ondas esos abismos blandos duros tranquilos furiosos impasibles

sordos ciegos y que de repente le alargan un manotazo y le arrebatan la cruz, el vuelo del hábito, los primeros rezos, las claras palabras que iba a decir sobre don Gil o sobre este novelista nuevo que hunde el escarpelo y raja con furia la carne literaria y saca una novela, una novela enorme empapada en sangre y en sudor, ¿te das cuenta tú?, y con tan pocos elementos de novedad, con tan pocas cantidades de novedad en su técnica, porque si hay talento sobra la técnica, ella viene sola, como la gracia, como el renunciamiento, como el amor, el verdadero amor, no aquel que sentía Goethe, que ése no era más que amor a sí mismo, empalagoso, fatigante amor a sí mismo, en el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo, yo vengo, dijo, como todos ustedes, de la tierra, somos hijos de ella, con una forma prestada por ella y que algún día cercano o lejano le hemos de retornar, pero yo vengo, además, de una tierra especial, la tierra campesina, la tierra auténtica todavía no contaminada, la tierra de los primeros días de la Creación, la tierra de la Creación misma, en ella me crié y de ella recogí toda la dureza, toda la fuerza, todo el vigor que pueden tener, o que han podido tener estos brazos, este rostro, este feo rostro de campesino, encanecido de leer hombres y de leer libros, y esa tierra primitiva, materialmente pura y espiritualmente pura, sin ciudades, sin vehículos, sin técnica, sin toda esta hojarasca que construye ingenuamente el hombre para, dice él, aliviarse la vida y que no soporta un cataclismo ni supera una muerte, se mantiene así, intacta, intocable, como apartada, escondida, guardada de contaminaciones, por causa de los seres que la sustentan, de los seres que se mantienen apegados a ella en su pureza, los animales, los animales fieros o domesticados, todos puros, puros en su suavidad o en su fortaleza, puros en su inocencia o en su vesania, y por eso, alguna vez llegó caminando por las tierras campesinas de Italia un pastor, un pastor que con sus manos que no habían tocado sino vestiduras caras, perfumes exquisitos y carnales, instrumentos de fiesta y de vicio, puertas de pa-

lacios y de mansiones, abrió a las bestias, ampliamente a las bestias, a todas las bestias, las puertas del cielo, ese corral del cual todos somos el rebaño. Francisco había llevado una vida regalada y rica, una trasnochada vida de ocioso superfluo y millonario, si lo buscabas en la noche no tenías que preguntar su dirección, el sitio exacto en que reposaba, aunque no reposara nunca, las luces de la fiesta, el bullicio de la chingana y la orgía, llevaban al compinche al cómplice al cliente al amigo al enemigo directamente a Francisco, al cuerpo de Francisco, y de repente, tras una fiebre de médicos, viene la locura, la salvaje celeste irreversible locura, acción de santo o de poeta, renuncia al lujo a la joya al manjar al vestido se queda desnudo prácticamente, directamente desnudo, y asume su coraje, el coraje de enfrentar a su padre, a su madre, a sus hermanos, a sus amigos, el coraje total de enfrentar a sus envidiosos, el coraje patético de enfrentarse a sí mismo, a solas consigo mismo y de encontrarse vestido ahora que está desnudo, vestido por su propio cuerpo, porque tu cuerpo es ya tu vestidura, y por su propia alma, cuyo vestido máspreciado más verdadero más duradero más casto más honesto más útil perfectamente más útil es la desnudez, Francisco se despoja de todo para asumir la riqueza, dejó padre y madre y posible novia, dejó vergüenza y orgullo, cogió su cruz y empezó su camino, empezó recién su camino. ¿Y a quién recurrió para hacerlo? ¿Al sastre, al barbero, al joyero, al maestro de comidas o de bailes? No, ya no, ya había sido vendido en la plaza, rematado delante del mundo, delante de sus contemporáneos familiares amigos enemigos clientes, no tenía a nadie, se tenía a sí mismo, había sido comprado, adquirido por alguien, pero el comprador no se hacía presente, no había mandado recado ni recadero, abogado ni policía ni alguacil ni diputado ni correo a buscarlo, porque Francisco estaba desnudo y debía vestirse, Francisco se vistió, lentamente se vistió, con delectación, con largo goce, seguramente con orgullo, se vistió cada vez más lento, no cada

vez más rápido como cuando ya empezaba la danza y eran las once de la noche pasadas y ya echaban abajo la puerta Alberico y Contardo, Francisco abrió los ojos después de la fiebre de los médicos y empezó a mirar el mundo y el mundo le gustaba, era como nuevo y le gustaba y ahora que no tenía ropas ni bienes, monedas ni carta de crédito, Francisco estaba recién viendo, recién mirando con sus ojos de carne el mundo y el mundo era nuevo para él porque nunca antes lo había mirado, las ropas, los manjares, las riquezas, parecía que vestían solamente sus ojos, solamente sus oídos, había un mundo intocado, jamás antes entrevisto, el que Francisco enfrentaba ahora, lo miraba con una mirada pura, con una mirada nueva, con una mirada recién lavada, con la mirada que alguna vez hemos tenido todos los campesinos los hijos de campesinos los nietos de campesinos que amamos la fuerza de la vida en pleno campo, en plena cordillera, en pleno río helado, en sus aguas cerradas, azules y transparentes, y Francisco, que fuera siempre un enamorado y un apasionado de la vida lujuriosa y fastuosa, se admiraba y se reía incrédulo de haber perdido tantos años, ¿cuántos, Dios, cuántos?, quemados en el baile ahogados en el mar pisoteados y rotos en las pistas de baile de su tierra latina, y ahora que no tenía en sus manos bocas ojos mejillas risas sonrisas sonrojos promesas fechas horas citas Francisco estaba feliz, comenzaba a estarlo, y entonces es el tiempo en que se llenan sus manos de agua de flores de rocío de pasto de celajes de brisas de reflejos de cantos de verdaderos cantos de gargantas llenas de verdaderas canciones y Francisco clama, murmura, balbucea como un enajenado, hermana agua, hermano pasto, hermano rui señor, hermano gusano, y nunca ha estado tan acompañado como entonces, nunca ha estado tan vestido, tan lujuriosamente vestido como entonces, ni Salomón con toda su pompa. Francisco ama a los animales y canta su amor, tiene una conducta poética que traza su surco, que lo guía y lo lleva, su vida está llena de susurros de trinos de todo ese confu-

so rumor profundo y alto que creó Dios al imaginar a los animales, esas ínfimas porciones de la Creación, tan perfectas y tan definitivas, al mismo tiempo tan inermes, tan frágiles, tan abandonadas, tan dejadas de la mano de Dios para que el hombre las señoreara, pero no las humillara las maltratara las asesinara las esclavizara, quien no ama a los animales no me ama a mí, dice Dios por boca de Francisco, yo soy perro gato caballo araña y serpiente, yo soy fuerte con el león y débil con la oveja, astuto con el zorro y sanguinario con el chacal, pero tú, hombre insensible sordo ciego mudo inválido con piernas y con brazos, hombre aparentemente completo, tú, tú, tú eres mucho más feroz, tú que descubriste la altivez y la cobardía, tú que inventaste las buenas maneras y las prerrogativas, tú eres mucho más infame y más abyecto, tú eres el solo infame y el solo abyecto. El padre Escudero pareció cansarse o aburrirse, respiró corto y bajando la voz, dejándola en el suelo para que la miraran los pecadores, agregó: ¡Eres también mucho más solo! Se agarró a la hoja del púlpito, miró los libros que había dejado encima y agregó con voz pausada, dividiendo las palabras como masa para cortar panes o galletas o trozos de papel donde escribir advertencias o maldiciones: Una cosa es amar a los animales, cantar su amor a los animales, como lo hacía Francisco, y otra es el animal, esta criatura que está a merced nuestra siempre, a merced de nuestro odio o de nuestro amor. Quien no ama a los animales es una bestia, dijo con dulzura, casi con tristeza, recordando tal vez su caballo, su perro, las ovejas que se perdieron aquella tarde de invierno en Quinamávida, se sonrió, se sonrió con nostalgia y con recuerdo. Quien odia la debilidad del animal, su obligada mudez, su pasividad, su falta de cortesía o de tacto, su mal carácter, su inocencia, su ingenuidad, quien no se acerca al animal con piedad, con simpatía, con solidaridad, es un verdadero horror, ése no tiene perdón ni absolución. Parecía enojado ahora, enojado como cuando, ayer, antes de ayer, yo le decía. Usted que vende a Dios ahí en la igle-

sia, en el colegio, en la universidad, ¿por qué no habla de esto? Sí, sí, yo vendo a Dios en todas partes, nosotros vendemos a Dios, pero a crédito, siempre a crédito, y son muy pocos los que pagan, el pecador es siempre un tramposo reincidente, un estafador, rezongó y se fue caminando. Ahora también, ahora parecía que se iba a ir caminando, pero no, se quedaba, se ponía un poco de lado, como si habiéndose cansado de hablarle a todo el mundo, hubiera espigado rápidamente un puñado agradable de fieles y a ellos les lanzara sus palabras. Estiró una mano para señalarlos y dijo: El animal es una bendición de Dios, yo recordaré siempre como el espectáculo más hermoso que jamás he contemplado el juego de unos corderitos allá en los cerros de Linares y si algún recuerdo humano terrestre, quisiera traer con ellos, con aquellos animalitos a quienes vi jugar hace más de cincuenta años, sería su ejemplo, su ejemplo de preceptiva literaria, de espontaneidad, de entrega total de sinceridad de confianza de profundidad de inocencia de totalidad de permanencia sí, preceptivas literarias que no se cumplen, que pocas veces cumple el animal que escribe y que no sabe jugar, pero hay más, dijo, y si quisiera traer algo con ellos, con aquel juego infantil, con aquella experiencia, es el elogio de la forma del animal, que ya en sí es una bendición de Dios y un acierto de la Naturaleza, el animal, insecto o perro, es una obra maestra de la Naturaleza y así como el insecto abeja o el insecto hormiga son ingenieros, técnicos, estrategas, así el animal perro es el más alto ejemplo de condición moral que pisa la tierra, por eso amaba a unos y a otros Francisco, por eso el que no ame a unos y a otros no merece la vida y no debió nacer. Si yo tú él nacemos deformes, monstruosos, ahí está la familia lamentándose, llorando la madre y emborrachándose el padre, dijo de repente con fiereza, con suave fiereza, como enfermándose, como pidiendo que lo excusaran, pero que estaba empleando un lenguaje directo y puro porque estaba en la iglesia, casa de Dios ojo de Dios oreja de Dios lengua pierna

mano de Dios. El nos oye y nos ve, dijo, casi gritaba ahora, pero su grito era corto, no quería lanzarlo lejos, no necesitaba lanzarlo lejos, y no aceptando como Job la prueba de Dios, la condición la valla el abismo puestos por Dios en su peregrinar por el mundo junto a nosotros, pero aquí no hay monstruo, no hay ser deforme ni horrible, ¿o hay?, preguntó burlesco o ingenuo, como inquiriendo si ya habían traído la nueva edición de don Gil o de ese novelista mexicano formidable y desconocido. ¿O hay?, tornó a preguntar y yo vi su brazo, su mano, su dedo tendido hacia la multitud, hacia esos ojos esas narices esas bocas que lo miraban. El ser humano que asume ante sí mismo, ante su sufrimiento, sus lágrimas, su trabajo, su terrible trabajo que nadie conoce sino él y Dios, que recibe y acepta, la forma de un animal, que nace, para desgracia o felicidad, teniendo en su cuerpo formado por Dios al mismo tiempo la figura de un animal y de un ser humano, está mostrando en lo alto, hacia lo alto y hacia la profundidad, la nueva idea divina, la forma de una nueva chispa divina, como el Hijo de Dios cogió su cruz y caminó hacia el sacrificio por las calles de su ciudad o por las calles de este barrio, esta criatura coge la cruz de su cuerpo, esta cruz vejada, perseguida, golpeada, ensangrentada por amigos y enemigos por parientes rábulas y uniformados para adquirir legítimamente, con una gota de carne, gota a gota de su sangre, moneda a moneda de sus sufrimientos, el derecho a la vida, este derecho que le ha sido dado por Dios con esa garantía gastable que a todos nos ha sido dada, un cuerpo corrupto y corrompible que muchos gastan apresuradamente y corrompen aun antes de ser sepultados. Bendito sea aquel bajo este cielo, bajo este techo, en esta calle y en las otras, bajo techo de cárcel o de hospital, que por la forma nueva de su cuerpo, por esa forma que es o puede ser una lenta revolución, es perseguido y negado por unos, golpeado y herido por otros, echado y encadenado borrado eliminado expulsado excluido de esta arca llena de borrachos y de jugadores, el

cielo el corral del cielo abierto de par en par por Francisco, acogerá a todos los hombres de corazón humilde y de vergüenza contrita y a todos los animales de Dios, a las bestias salvajes y a los perros vagabundos del arroyo, a los que no acogerá serán los bandidos y los sirvientes de los bandidos, los mentirosos y los ladrones, los que venden y compran mentiras, los hijos que niegan a sus padres, los padres que niegan a sus hijos y aquel que por amor a los animales, sufriendolo y sabiéndolo, incorpora en su cuerpo la forma de esos animales, aquella criatura admirable y sufrida que por amor a Dios, por amor a Francisco, ha nacido transformada en la encarnación viviente del amor de Francisco por las bestias, ese niño, esa criatura es ahora y siempre el preferido de Aquel que hizo todas las formas, en el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo amén. Al terminar, dibujó una gran lenta cruz para bendecir a los fieles, pero arrepintiéndose de ello, en realidad pareció que sólo bendecía a Bobi, que a él le echaba esa cruz para taparlo y protegerlo con ella, lo miré a Bobi entonces y vi que se mordía los labios emocionado, sí, por lo menos él estaba seguro de que aquella señal era para él solo y se sentía orgulloso por ello, sonó el acólito la campanilla, surgieron el humo del incienso y las salves apagadas y quietas, el padre Escudero recogió sus libros, bajó lento y sin mirar a la gente se fue descendiendo hacia las profundidades de su celda, de su escritorio o de su tierra natal, donde él recogiera descuidadamente aquel recuerdo de la infancia, aquel amor por los libros y los animales. Bobi caminó como en sueños por la nave, llevaba las manos cruzadas en el pecho, el rostro delgado y abochornado, no miraba a nadie, no me vio a mí ni a su madre, que se había puesto su vestido negro de seda y llevaba una blusa alba, levemente arrugada, ni a su padre, reluciente dentro de su camisa almidonada y con su pelo tieso peinado y engomado, ni a Ramón, su hermano chico, compungido, hinchado, demasiado gordo, que lo miraba con recelo o respeto, todos, hasta Cruz Meneses,

hasta Marmentini, lo abarcaban con detenimiento, con sorpresa y novedad y un grupo de muchachas, que lo miraban con curiosidad y con verdadera confianza, al mismo tiempo que con distancia, distancia marcada por el tiempo que él faltaba del barrio, se cuchicheaban un secreto y se sonreían sonrojadas y yo las miraba rápidamente, intrigado y atormentado, deseoso de encontrar en el fondo de alguno de aquellos ojos la difusa, lejana y ya olvidada imagen de Bobi, Bobi corriendo por la calle, Bobi caminando bajo el sol con una bolsa a la espalda, Bobi sentado en la escuela, solo en la sala de clases, en medio del ruido del recreo, Bobi preguntándome: ¿Crees que yo me podría casar?, o diciéndome, entusiasmado y afligido, con su cara sangrienta y su pecho desgarrado: ¡Bailé, bailé realmente, tienes que creerme! La muchedumbre se abría para que él pasara, pasaba él con su silencio y con su orgullo, maltrecho y herido, flaco, preocupado, asustado y surgía en aquel silencio su cabeza orgullosa, retadora, afiebrada, nerviosa y como indiferente y su cuerpo enjuto, que se iba pausadamente por la calle, aquellas patas de perro tranquilas y erráticas, que ya parecían impacientes, deseosas de echar a correr hacia el parque, felices ahora, en paz ahora y olvidadas. Eso había sido el domingo: En la tarde de aquel mismo día volvimos al barrio, hacia las tres se detuvo la carretela en la puerta de la casita y Bobi me ayudó a bajar las cosas, mecánicamente, sin necesidad de conversar, con el alma quieta y la mente sin palabras ni pensamientos, las fuimos entrando; en seguida Bobi eligió su rincón, en el suelo, cerca de la ventana, y estiró sus ropas, me divertió su gesto, tan decidido, tan calladamente decidido, me pregunté si estaba tranquilo, si estaría tranquilo ya para siempre. Si habíamos vuelto al barrio, donde había nacido y sufrido y parecía sereno y confiado, no olvidaba lo que dijera el padre Escudero el día antes en la iglesia, verdaderamente no lo olvidaba, eso sentía yo, eso presentía, aunque él ningún comentario me hizo y hasta me parecía dispuesto a no conversar más sobre aquel problema, pero

lo veía pensativo, ensimismado, algo inquietos los ojos que echaba de cuando en cuando al suelo y miraba con mirar perdido, ordenando, sus libros, mis libros, dejando en el suelo su receptor de radio, ajustándolo a la pared donde había acomodado su cama, de repente preguntaba: ¿Qué ópera tocarán hoy? y no esperaba respuesta, parecía decir aquellas palabras sólo para desocupar la mente, para tenerla alerta y dispuesta a decidir cosas importantes, no había emociones ahora en sus pensamientos, no había quizás recuerdos, sólo antiguas cicatrices, sólo carnes lejanas levemente martirizadas o adoloridas, gritos, palabras airadas e informes, voces sueltas que no alcanzaban a completar una queja, a dibujar un sufrimiento, una frase entera de desprecio, amenaza u odio. Yo lo miraba trajinar en silencio y no le decía nada, hubo un momento, después que comimos algo de comida, en que se quedó en el suelo, desmadejado, cogió la flauta en un largo gesto fatigado y me quedó mirando, iba a hablar, pero no habló, se llevó la flauta a los labios y sacó de ella dos notas, sólo dos notas melancólicas y desoladas, no desesperadas, del concierto para clarinete de Mozart, dejó la flauta en el suelo y dijo con suavidad, con extraordinaria dulzura, como si constatará el hermoso empapelado del cuarto, que recién veía: ¡Hay gente buena en el mundo todavía! No me lo decía a mí sino a sí mismo, a su flauta, a sus piernas, sí, estaba mirando sus piernas y se inclinó hacia ellas como para mirar si estaban limpias, pero las estaba mirando solamente, mirando lo que eran, dos patas de perro, alzó un rostro límpido, barrido por la confianza y una nueva seguridad, pero no sonreía, estaba completamente serio, trágicamente serio y maduro, casi triste, el rostro del hombre que dormía sumido en el rostro de niño. Sí, Bobi, le contesté, todavía queda gente buena en el mundo, te cuesta encontrarla, te rompes, te llenas de desgarraduras sangrientas, pero cuando lo haces ya no te apartas de ahí, ocurre como con los perros, te costó ganar su amistad, pero seguramente ahí afuera estarán ahora es-

perándote para verte en tu nueva casa. Se sonrió. No creas, dijo, si estaban al lado afuera de la iglesia, ¿no los viste?, seguramente que el padre Escudero, cuando atravesó la calle, les dijo que por ahora no entraran y no entraron, si no, lo hacen. ¿No los viste?, su pregunta era conmovedora, conmovedora de seguridad, de alegría, de alegría frágil que me daba miedo. ¿Te quedarás aquí? ¿Volverás con ellos?, le pregunté. No, me dijo, no puedo quedarme, tú sabes que no puedo quedarme, soy como un paquete que se ha perdido y que está encargado a los pacos, a los milicos, a los marineros y a los aviadores, soy como unos cuantos kilos de pólvora que se cayeron del tren o del camión y hay que recoger y tirar al agua antes de que estalle, dijo con desaliento, pero con voz firme y dura, una voz que ya parecía incapaz de llorar, y aunque yo no estuviera encargado a la policía ni al manicomio, ¿te parece justo que los deje a ellos ahora, precisamente ahora? Yo no sé si el padre Escudero me ha acercado el mundo, pero por lo menos me ha dejado a mí más cerca de los perros, dijo con melancolía, pero con un tono de voz que me significaba que ésas eran sus palabras pensadas y medidas durante toda la noche. Aquella noche recién pasada lo había sentido darse vueltas en su lecho, sin poderse dormir, de repente me había parecido sentirlo llorar, pero no lo hablé, no le dije nada, me daba perfecta cuenta de que le haría muy bien dejarlo solo, con sus pensamientos, con sus lágrimas. Después se puso de pie y me sonrió con toda la cara: Esta noche me iré con ellos, no los puedo dejar, tú comprendes, la forma me llama, la forma me lo exige, soy su esclavo ahora, el padre ha dicho que tengo que serlo, no ha dicho que me salvaría de este mundo, de esta calle, de este barrio, de esta gente que está dentro de las puertas y de las ventanas, sólo dijo eso, que estoy indisolublemente pegado a ella, a esta forma sagrada y trágica, endemoniadamente santa, indisoluble, es como un sacramento esta forma para mí, ¿no dijo eso precisamente? Sí, Bobi, sí, lo dijo, contesté pausadamente, sabiendo la

sentencia que significaba aceptar esas palabras. Después sentí su risa afuera, una risa franca, caudalosa, que parecía venir desde el fondo de su carne, desde la raíz de su cuerpo, sí, parecía que eran sus piernas, él el que reía, lo sentí hablar en voz alta, discutir con unos muchachos, una enojada voz de niño, ahora es un niño, ahora es un niño otra vez, me repetía, la voz melosa de su hermano Ramoncito, se reían corto, desconfiados, hablaban enojados, después gritaban, gritaban alegres, yo sentía el rodar de los dados en el suelo, el tintinear de las monedas, me sorprendía sentir afuera, en la calle, en plena calle, a Bobi, completamente tranquilo, olvidado de todo, feliz, enojado, libremente enojado, ahora gritaba, ahora echaba él los dados, ahora decía que los echaría tres veces seguidas, después vino el silencio, conversaban, conversaban plácidamente en aquella tarde de lunes, debían ser las tres y media o cuatro, cogí los diarios y, reclinado en la cama, comencé a hojearlos, hacía menos frío que ayer domingo, casi hacía un poco de calor, el cielo estaba delgado y sereno, pero soplaba viento, debiera quedarse aquí esta noche, pensé, no debiera irse al parque, y me pregunté por qué tenía yo miedo de que lo hiciera, nadie, nadie había venido a preguntar por él, ni a hacerme preguntas dudosas y desconfiadas y amenazantes, el teniente, Gándara, el profesor Bonilla habían desaparecido, parecían haberse disuelto en la última lluvia, por Dios, qué fuerte llovía a las tres de la mañana, me había levantado a mirar la lluvia que caía desolada en la calle desierta, todo eso, la comisaría, los perros sueltos en el fondo de las quintas, las cadenas que colgaban lánguidas y oxidadas de la pared, el matadero, los trozos de carne que brillaban en el suelo y la mano del niño que los recogía, las lágrimas, el cinturón con la hebilla de bronce, la vitrina abierta en el patio de la escuela, la música del orfeón municipal, la piel de la señorita Encarnación, el automóvil que se echaba sobre el perrito, el profesor que se abalanzaba sobre Bobi, todo eso, hasta el desfile de los comunistas de hacía tres días, parecía tan

lejano, tan extravagante. Sabía yo y no lo olvidaba que había orden de detención en contra de Bobi por haberse fugado del manicomio, individuo degenerado y peligroso, instintos sanguinarios, pensamientos turbios y pérfidos, había dicho Gándara y me preguntó si tenía dinero y testigos, palabras que eran para él valores iguales e intercambiables, pero después habían ocurrido cosas, hechos, intenciones que podrían ayudar un poco a Bobi y asegurar su libertad, esa libertad de que hacía inconscientemente uso ahora mientras jugaba y reía con los muchachos, les estaría contando sus aventuras, todo lo ocurrido desde que nos cambiamos la primera vez, cuando lo cogieron los carabineros en el jardín de la quinta, la espalda sangrante y bocabajo contra el suelo, aplastado por las patas del enorme perro que lo había derribado, no me conoció, sin duda alguna, escuché que decía en medio de la risa, en medio de su propia risa, después oí que hablaba del teniente, ahora se ponía serio, ahora estaba a punto de llorar y suspiró, diez horas, diez, dijo con fiereza y como pensativo y seguramente había mostrado sus dos manos abiertas para señalar el número exacto, habló de Horacio, lo estaba imitando, se había puesto de pie para caminar como él, los muchachos se reían con sorna, con nerviosidad, Ramoncito lo llamaba, Ramoncito estaba gritando, ¿por qué gritaba con verdadero terror?, él lo retó, parecía que lo empujaba con suavidad, sentí correr al niño por la calle con sol, se quedaban solos, conversaban, conversaban largamente, ¿qué horas serían?, miré el reloj, las cuatro y cinco minutos de la tarde y sentí ladrar a los perros, muchos perros, habrán venido todos a visitarlo, pensé con simpatía y sin mayor sobresalto y doblé el diario para seguir leyendo, los perros ladraban todavía lejos, todavía furiosos, como encerrados, como si todavía no los dejaran salir para correr a saludar a Bobi, ahora se va a poner de pie, ahora los va a silbar y a correr hacia ellos, los hará entrar aquí, a este patio tan chico, me pedirá dinero para comprar carne para todos, dije, y me incorporé para buscar las llaves

y sentía voces y gritos, escondan los perros, escondan los perros, Yale, Fabiola, Jeep, Cimarra, chillaban las mujeres, gritaba aterrorizado Ramoncito, un hombre furioso increpaba a otro, ¿por qué los tiene que esconder Bobi, por qué, me dije, y dónde? ¿Por qué le gritan eso? ¡Bobi!, grité hacia afuera, estaba yo en la penumbra para que el sol no me diera en la cara, pero ahora supe que tenía que salir, en el sol, en el sol, me repetía como embrujado y sin saber por qué, ¡Bobi!, sentí que gritaban en medio de la calle, una voz conocida, una voz muy conocida, pero cuyo nombre se me olvidaba, una voz que me causaba sorpresa, alegría, feroz alegría y estupor y una larga retardada pena, yo tenía deseos de llorar y no sabía por qué, ¡Bobi!, ¡Bobi!, allá en la otra cuadra, en la otra vereda, ¡Bobi, escóndete, escondan a Bobi, Ramón!, sentí el ruido del carro, las voces de los hombres y el chillido de los perros, venían en montón hacia la casa, parecía que venían desfilando y alborotando, gritando su odio, su rencor, su esperanza, como los comunistas, la calle estaba sola, callada, fuera de ese horror que sonaba afuera de ella, más arriba, más abajo de ella, ella transcurría sola y pura, como un desolado río sin agua, y resbalaban más allá el ladrido de los perros, los aullidos que se arrastraban y se hacían angustiosos, gritos de gente desparramada, delantales, cabelleras, polleras, zapatos, lágrimas que se alargaban, risas, risas siniestras y profesionales y el ruido del carro que chirriaba lento y se detenía y lentamente tornaba a caminar, ¡Bobi, Bobi!, oí que gritaban casi en voz baja, casi con dulzura, palabras envueltas en llanto, palabras conocidas, conocidas por mí alguna vez en alguna parte, y escuché al mismo tiempo su grito, su grito herido y horrorizado y cuando me asomé a la calle lo vi arrastrado ya por el suelo, maniatado y roto, cogido por el lazo que le atenazaba la cintura y del cual tiraban dos hombres de pies desnudos, Bobi forcejeaba y gritaba, no, más bien se quejaba extrañado, todavía extrañado, tenía un comienzo de sollozo, parecía querer llevarse las manos a los ojos para retener las lágrimas, pero no po-

día mover los brazos, no querían que pudiera, lo arrastraron largamente, nunca pensé que la calle pudiera ser tan ancha, parecía que se ensanchaba ahora con maldad, con verdadero odio, un hombre, en la pisadera, le pasó una mano con dulzura para que subiera y en seguida, con repulsión, quiso golpearlo, pero debió mirar el rostro puro de Bobi, sus ojos quebrados en lágrimas, y se llevó la mano al mameluco y se la sobaba quedamente, yo alcancé a saltar a la pisadera y cuando lo empujaron hacia adentro me empujaron también y lo estuve abrazando y él sollozaba y no sabía yo si también lloraba o si eran sus lágrimas las que me mojaban la cara.

ESCRIBO PARA olvidar, esto es un hecho, necesito meter un poco de tranquilidad en mi alma, necesito descansar, necesito dormir, Dios sabe, sólo Dios sabe que hace diez meses que no duermo, aunque él tampoco dormía, bien lo recuerdo. No puedo dormir, no puedo olvidar, no puedo olvidarlo, sólo por eso escribo, para echarlo de mi memoria, para borrarlo de mi corazón, tal vez después decida morirme o no vivir, porque él, su figura menuda y pálida, con ese aspecto sucio del sufrimiento, era lo único que me ataba a esta silla, a este trozo de madera en que escribo, pero lo olvidaré, escribo para olvidarlo, sé que lo destruiré totalmente, como él me destruyó sólo con salir corriendo aquella tarde, aquella tarde del martes. Habíamos regresado en la mañana, silenciosos y tristes, callados ambos, después de haber pagado la multa, después de haber escuchado la risita ahogada de Gándara, que nos esperaba afuera, fumando bajo los árboles, bajo el cielo nublado que amenazaba lluvia otra vez, pues había llovido desde la madrugada. Se rió Gándara cuando lo llamé por teléfono, me repugnaba llamarlo, sabía que no haría nada, sólo pedirme dinero, pero se lo daba en la esperanza de que algún día cambiara, treinta años que lo conozco y siempre fue igual, de cuerpo pequeñito y de voz aguda, superficial, ojos astutos y desconfiados, boca sedienta, pedigüeña, servil, enfundado en su traje azul marino, descolorido y planchado, se reía, se reía feliz, casi con bondad en medio del viento que sonaba allá en los árboles. Bobi estaba hurraño

y no lo saludó, tiritaba de frío y miraba hacia las jaulas que se abrían en aquel espacio sombrío que olía a perros y a miseria, llegaban parejas a reconocer a los cautivos, una chica rubia con su padre enlutado, una vieja que lloraba preguntando si ya habían muerto al Capitán, voces, voces, risas, ladridos y de repente un aullido alto y desesperado; en la noche, uno junto al otro, los dos en el suelo, pues no me quise mover de junto a Bobi, le pasé unos billetes a Urmeneta para que me dejara estar allí, sí, recuerdo que se llamaba Urmeneta y parecía humilde y de paso por la vida, de paso por el sufrimiento, este dolor de bestias perseguidas, de animales que no saben por qué los atrapan y los matan, decía y me miraba a la cara como preguntándome si ya estaba loco yo, completamente loco y por qué parecía entonces tan tranquilo, ¿y no tiene revólver, no se afeita con navaja?, me preguntaba, más que bien señalándome una acción, para informarse de una vida segura, muelle, una vida pasada en un dormitorio, en un verdadero comedor, en unos salones iluminados y con alfombras blandas, con sentimientos blandos, con esperanzas totalmente cumplidas y acostumbradas, levemente sedosas. ¿Los perros nos miran?, me preguntaba Bobi y parecía sereno, más bien resignado y en cierto modo sorprendido de encontrarse no tanto él ahí, sino de que estuviera yo, y en el suelo, enjaulado, como un verdadero perro, se sonreía. Nos mirábamos en la oscuridad y mirábamos a los perros, no había muchos, unos quince o veinte, no había sido muy buena la redada aquel día, el viento malea, el tiempo se pone malo para matar a los perros, decía Urmeneta y nos miraba chicoteando su huasca, el verano es mejor, en el verano no para el humo ahí arriba y señalaba hacia los árboles, entonces es insoportable el hedor y el bullicio, ellos se vuelven furiosos, llegan algunos enfermos, rabiosos, hay que inyectarlos en seguida, se quedan quietitos, clavados, como sorprendidos, los pequeños lloran, lloran verdaderamente, no se acostumbran, y aquí también se pelean, se echan unos en pos de otros y si no los separamos ya están

sangrando y es que son inocentes, ahí está yéndose un perro en humo y ellos acá quedándose ensangrentados, furiosos, llenos de odio, no es buena la vida para el pobre, suspiraba Urmeneta, y ellos lo saben, pero tampoco comprenden, son muy pocos los que se echan ahí en las patas, resignados a su suerte, verá en la noche, no los dejarán dormir, hay que estar loco, realmente loco para hacerlo, en las baldosas, hará frío esta noche, va a llover, ahí viene el viento. Mirábamos hacia la noche, pero no alcanzábamos a divisarla, sólo la presentíamos, compacta y libre, traspasada de presentimientos, al otro lado de las rejas. Es curioso Urmeneta, dijo Bobi, pensativo, parece bueno, debe saber historias e historias de perros. Nos quedamos callados, él cogido de mi brazo ahora, pero despierto, sin deseos de dormir, más bien con ganas de conversar, no de él ni de mí, de la extraña suerte que nos tenía ahí juntos uno al lado del otro, en el crematorio. Es casado Urmeneta, dijo Bobi, pensativo, sonriendo quedo; yo le miré la cara, pequeña y apretada, esa cara hundida en la desgracia y en la fatalidad que se alza como una melancólica flor en medio de la soledad y dice: Esto es el dolor, esto es el sufrimiento y no otra cosa, no algo de más terrible, de más insoportable, está hecho a mi medida, parecía que me esperaba como una ropa para que me la pusiera; tenía Bobi en aquel momento una voz grave y acompañada en la cual no había rastros de furor, de odio, de amargura, una voz canalizada, instalada, definitivamente encarnada en el dolor, en el dolor que le correspondía. Sí, y su mujer está embarazada, le faltan horas solamente. Recordábamos eso, esas palabras dichas por Urmeneta mientras el carro corría por la ciudad envuelta en sol y en bullicio, en medio de las luces apaciguadas del crepúsculo y los paseantes apresurados que van al cine y los paseantes lentos que bajan del cerro, que salen del parque o de la pastelería, él y Armijo venían de pie en la pisadera, agarrados a las rejas, sin mirarnos, sin mirar hacia adentro, prescindiendo del ladrido furioso de los perros, de las miradas

angustiadas de Bobi, que sollozaba en mi hombro, prescindían de todo, de la hermosa tarde arrebolada, del sordo golpear de las horas interminables de aquella tarde de domingo, de los gritos que los acogían al pasar para insultarlos, gritos injustos en verdad, pues ellos eran asalariados, trabajadores amarrados a un trabajo, como el asesino o el ladrón amarrados a su carne, a sus monedas, simple trabajo, simple esfuerzo muscular, sin duración, sin trascendencia, como los aullidos y los ladridos de los perros que se irían luego, luego en dos bocanadas de chimenea, y mientras veía yo vagamente a los perros que aullaban y gemían a nuestro alrededor, sin cuidarse de nosotros, sin mirarnos, sin mirar siquiera a Bobi, lo que, desde luego, me admiraba un poco, sentimos conversar a los hombres. ¡Está al parir la Carmela!, dijo Urmeneta, voz lánguida, voz llena de resonancia, voz que resonaba en el camastro y en la palmatoria encendida en el suelo, en la bacinica y en la última receta despachada por el boticario, voz que resonaba en la callejuela del barrio y en la botella de chicha bebida a las diez de la noche en un bar de la Gran Avenida, voz desolada, sintética, estremecedora, voz que no daba datos de la miseria pero que, en el pausado y tranquilo jadeo, en el modo de ir cantando las sílabas, contándolas como monedas, como las últimas monedas extraídas del cajón, la estaban mostrando toda entera. ¡Pobre Urmeneta!, dijo Bobi y me apretó su mano en el brazo. El otro hombre no había dicho nada, parecía haberse bajado del carro para no oír hablar a Urmeneta, para irse caminando hacia su propia soledad y su propia miseria, esa soledad también tiene un nombre, un número, una tos, un quejido allá en el fondo de la calle humilde hundida en el barrio, suspiré para contestar a Bobi. ¿Se bajó del carro Armijo?, me pregunté de repente y vi afuera la tarde iluminada y la cara pintarrajeada de Urmeneta, rosada y verde y plomiza y amarillenta, una cara recogiendo lenta tierra en el crepúsculo. Torció el carro y el viento barrió el rostro de Urmeneta, que se tiñó de oscuro y ahora se reía. ¿Cuántos

años tiene la Carmela?, preguntó Armijo con voz fría, como si le ofrecieran en venta la Carmela y él no quisiera comprarla. ¡El pobre es siempre viejo!, dijo con odio, con verdadera furia, una furia apresurada, de poca hondura, una furia que tenía miedo de mostrarse más honda o de ser demasiado robusta, Urmeneta y aclaró la voz echándola hacia el cielo, hacia el horizonte lejano: ¡Lloverá esta noche! Hacia la madrugada sentimos llover, los relámpagos iluminaban el recinto y echaban celajes nítidos, largas rayas temblorosas que iban azotando las rejas, haciendo aullar quedo a los perros y ladrar a un perro enorme allá al fondo; aquél veía algo carnal y sangriento en la noche mojada y quería saltar hacia afuera, hundirse entero en esa pulpa sangrienta que palpitaba, yo tenía frío, me dolía la cabeza y miraba a Bobi, Bobi dormía, pero las lágrimas corrían ahora pausadamente por sus ojos y su rostro se iba adelgazando como yéndose, como incorporándose en esa agua. Pagamos la multa, vimos el horrible rostro arrugado de Gándara, lavado y desteñido por la lluvia, un poco hediendo a humedad y a cárcel. Echó el cigarrillo al suelo y nos tendió las manos, Bobi no lo quiso saludar, estaba molesto, se fue caminando delante, cuando me despedí, Gándara se quedó riendo a carcajadas bajo los árboles que goteaban, detrás quedaban el campo abierto, los árboles altos, de ramaje enjuto y débil, ateridos y expectantes, sorprendidos por toda la luz de la mañana y en el recinto, en la barraca, los perros envueltos en un silencio helado, hundiendo sus ojos desorientados en el vacío, moviendo sus colas inútiles y abandonadas, echando restos de aullidos, de ladridos, ovillándose en el piso. Cogimos un automóvil y nos hundíamos en el silencio. Miré a Bobi, estaba desencajado, con un aspecto de no haber dormido, pero lo vi dormir, lloraba durmiendo, pero después sólo dormía, allá en el fondo, donde veía brillar yo los ojos abiertos de los perros. De repente me dijo: ¿No crees tú que era necesario que ocurriera? No contesté, pero me golpeaba los nervios su pregunta. No lo miré, yo

miraba hacia la calle. Era como un servicio, como un pago extra que estaba debiendo, dijo, se han dado cuenta ellos de que faltaba y he tenido que ir a llenar esa falta. Miró hacia la calle, estaba nervioso, se ponía conversador, antes no habíamos conversado casi, sólo preguntas, sólo respuestas, ahora parecía urgido por hacerlo, casi diría que estaba entusiasmado, tristemente entusiasmado por conversar sobre el asunto. Ellos no me miraron nada, ¿te diste cuenta? Son finos, los creemos brutos, pero se daban por enterados de que era un sacrificio, un inesperado sacrificio el que yo estaba haciendo, la deuda que estaba pagando, y se hacían los desentendidos para no mortificarme, para dejarme que cumpliera yo solo todos los trámites, tú dirás que eso es abandono, indolencia, dureza de alma y de agradecimiento, pero sé que ellos estaban indignados, y desde luego sorprendidos, no me miraban por eso, porque creían que me sentía humillado y que mirándome de igual a igual, como colegas de un mismo crimen, me humillarían más. Se tornó entusiasmado, para que le contestara algo, pero debió verme muy afligido porque siguió hablando, hablando rápido, porque, de no hacerlo, él temía que el silencio, la soledad, todo aquello que nos golpeaba desde hacía días, entrara por la ventanilla del automóvil y se posara a nuestro lado, separándonos. Ellos no me miraban, pero yo sí, no creerás tú, cuando nos echaron adentro de la perrera, los ojos se me reventaron como un paquete, claro, pero siempre pude ver que ahí, entre perritos desconocidos, desesperados, aterrorizados y furiosos, había algunos amigos míos que tenían ya todo mi olor en sus narices, en su corazón y en su memoria, los perros son grandes tipos, tienen las narices frías para ser hábiles, porque el tipo apasionado, el tipo de mente afiebrada y boca cálida no sabe pensar ni sabe actuar, ellos lo hacen con sus narices, la inteligencia, la sagacidad, la música, la lealtad, la memoria, el agradecimiento, la furia, la ferocidad, todo se junta en ellos en sus narices, narices que están llenas de recuerdos y de formas, tú sabes, el padre Es-

cuadero habló de las formas que ha hecho Dios y los perros las tienen también en su memoria y, por lo tanto, en sus narices, no olvidan a amigo ni a enemigo, por eso cuando un perro se acerca te empieza a dibujar con sus narices, reconstruyéndote íntegro, te está incorporando en su memoria, te está catalogando, inscribiéndote con todos tus tamaños, todos tus gestos, toda tu carga de amor o de odio, a mí ya me tienen, por supuesto, se demoraron en hacerlo, en realidad, sus narices se encontraron, en mi caso, frente a un difícil problema, el mismo que han tenido mi padre, el profesor, el teniente, para odiarme, me han odiado porque no me conocían, los perros lo mismo, no podían amarme si no me conocían antes, tú verás, son tipos exigentes y definitivos, ahora me tienen, ahora ya no me dejan, por eso, cuando Urmeneta y Armijo me echaron rodando adentro, yo saqué mis lágrimas para devorar mi pena, pero también los miré a ellos, ahí estaban, les miré los hocicos, los dientes, las lenguas, los ojos, los ojos, sí, ahí estaban ellos, ahí estaba yo, en cierto modo me encontré como no perdido del todo en el último minuto, me estaba ahogando y de repente descubría que había cogido el bote que me correspondía. ¡Ya no los dejo!, suspiró. Bobi, le dije, es muy hermoso y muy importante eso que has dicho, ¡eso no se puede olvidar! ¡Yo no lo olvidaré, no lo olvidaré!, dijo apasionadamente y con un tono de voz que tenía, además, otra arista: Tú lo olvidarás rápidamente, porque éste no es tu mundo, pero yo no. A medida que nos acercábamos a la casa Bobi se tornaba nervioso y ensimismado, parecía no tener deseos de llegar, parecía tener verdadero miedo de bajarse a la calle, caminar por la vereda, entrar a la casa. Mirándolo le dije algo que había decidido en el momento en que Urmeneta y Armijo nos empujaron dentro del carro: Bobi, mañana mismo nos cambiaremos por última vez de casa, nos iremos a Puente Alto, de acuerdo con lo convenido. Entramos a la casa, que veía luminosa ahora y como más grande, estaba el diario en el suelo, unas naranjas en la mesa relumbraban

cálidas, las ropas de Bobi en el suelo, ordenadas, listas para recogerlo, a un lado el receptor de radio y junto a él la flauta. Bobi se echó en el suelo, cogió la flauta pero no la tocó, se quedó pensativo. Pensaba en los perros seguramente, tal vez en los que habían quedado presos en el crematorio, en los que no tenían dueño que los fuera a rescatar y que dentro de doce horas se convertirían en humo en aquel cielo invernal. Pensando en lo que me dijera fue que un día, ya ido él, caminé hacia el parque, hacia un sitio bajo los añosos castaños donde sabía yo dormían perros y niños vagabundos, era una fría mañana otoñal, de sol delgado y cielo limpio, no había nadie, ni perro ni ser humano en los alrededores, pero me llamó la atención un puñado de colillas de cigarrillos que llenaban el suelo, todas juntas en un solo rincón, como si todas ellas hubieran sido fumadas por una sola persona, me quedé mirando aquello y me agaché para coger una de esas colillas cuando un perro que dormitaba bajo unas ramas se acercó a olisquearme y, como yo me quedara ahí y diera unos pasos para examinar la colilla más a la luz, empezó a gruñir y a dar vueltas en torno mío con visibles muestras de desconfianza y amenaza. Era un perro de aguas, enorme, sucio y de rostro inteligente y feroz. Me fui caminando. Sí, Bobi estaba pensativo, lo dejé así y le dije que iría a llamar por teléfono al Dr. Van Diest. Por fin estaba en casa, le dije que era urgente que hablara con él, que era urgente que viera a Bobi, hoy, ahora mismo, mañana nos cambiaremos, saldremos de la ciudad, ¿entiendes? Entendía, sí, entendía, iría esta tarde, después de la visita, a las tres tenía operación de urgencia, no, no podría ser antes del anochecer, pero iría con toda seguridad, sí, de acuerdo, hasta la tarde. Fui a contratar un camión que nos llevara hasta Puente Alto al día siguiente, a primera hora, en la mañana, dos personas, subiremos en él, sí, en el barrio, aquí en el barrio. Regresé contento, me sonreía, estaba tranquilo, tenía una fe muy grande en que todo iría fácil ahora, vendrá Van, nos iremos mañana por la mañana, has-

ta me parecía notable que Bobi hubiera pasado por aquella aventura y yo con él, sí, Van se reiría encantado, nos haría bromas, pero poniéndose serio, casi peligroso, apretaría los labios delgados y miraría a Bobi. Era un buen hombre, había sufrido, hasta fue perseguido como comunista, sí, seguramente que nos ayudaría, era tan sencilla la ayuda que se pedía, tan lógica, en este país, en esta época, que dejen vivir a Bobi, no está enfermo, no está gravemente enfermo, quiere vivir, pero no lo dejan vivir, lo están empujando, empujando hasta el borde. Le hablaría lentamente a Van, le explicaría los hechos, la ficha familiar, como decía él, todo sin comentarios, sin diagnóstico, que él diagnosticara, hasta si era posible operar, operar de alguna manera a Bobi, pasaríamos por ello, pero ¿aceptaría Bobi? Recordaba lo que me dijera en el automóvil cuando regresábamos, una operación que lo desfigurara, que lo alejara de su forma, sería como matarlo, matar el alma de Bobi, matar su inteligencia, su corazón, ese sentido de la piedad y del amor, todo eso que surgía violento, arrebatador, desde sus pies, desde su forma animal leal y maravillosa. Me sentía nervioso, quería decírselo a él, que estaba pensativo, cogido a la flauta, la mirada perdida, el rostro pálido y como transparente. Lo mejor era esperar, Van no dejaría de venir, me había prometido hacerlo. Bobi no quiso comer, yo comí un poco, para animarlo, me miraba casi con asco, visiblemente molesto, como desilusionado, yo comía un poco, un poquito para esperarlo, bebía vino, un vaso de vino muy medido, un vino blanco, tembloroso que me recordaba, no sabía por qué, la lluvia de anoche, las lágrimas de Bobi corriendo por su cara dormida, los relámpagos venían por la oscuridad y lo iluminaban, parecían asomarse en puntillas y después iban a hostigar a los perros, los perros ladraban lúgubres hacia la noche roja y negra, se escuchaba el viento remeciendo las encinas, los altos algarrobos, echando abajo grandes trozos de lluvia. Bobi bebió un poco de leche y se pasó la lengua por los labios, su rostro pareció soltarse, pasaron pensamientos,

recuerdos por sus ojos, miró mi plato, me miró. ¿No quieres un poco de carne cruda? Mi pregunta me pareció bárbara, de repente creí que había otro tono de voz en ella, otras palabras, otra intención. ¿Crees que vendrán ahora?, me dijo Bobi y vi que temblaba, se acurrucó en sus ropas y se afirmó en la pared, dejó la flauta en el suelo y los ojos se le llenaron de lágrimas. Dejé el plato, el tenedor, el trozo de pan; el vaso de vino, a medias lleno, me pareció burlesco e hiriente. Bobi lloraba silenciosamente y yo me sentía extraño para consolarlo, para hablarle, me sentía yo mismo incómodo, deseoso de salir a la calle para que él llorara a solas. Caminé por la pieza y fui quitando de las murallas los pequeños cuadros, descolgando la ropa de las perchas, amontonando los libros en el suelo, fui a la cocina y sonaban las ollas, la tetera, se golpeaban los platos, sonaban melancólicamente, los fui dejando uno junto al otro en una sorprendente inmovilidad y abandono, los sentía sonar todavía, ojalá venga Van antes de la noche, murmuré, sí, era bueno tener todas las cosas en el suelo, mostrando el viaje repentino y urgente, eso podría llevarlo a conmoverse por Bobi, a buscar alguna solución a su drama, estaba seguro de que si Van lo examinaba, si lo miraba al menos, nos podría ayudar, alguna vez me había reprochado: Por lo demás, ni siquiera he visto yo a Bobi. Ahora lo vería, ahora tendría tiempo de examinarlo minuciosamente y de decirme después la esperanza que necesitábamos. ¿No crees que vendrán ahora, ahora?, me preguntó Bobi, y se incorporó un poco en el suelo. ¿Quiénes, Bobi?, le pregunté con dulzura y vi en mi mente a varios carabineros, a varios doctores, a varios enfermeros, a varios carros que venían, colgando del suelo las sogas, a buscar a Bobi, entraban en silencio, dejaban en un rincón las carabinas, todas juntas, encima del mantel los estetoscopios, todos juntos, demasiado a la orilla, rodarán al suelo, pensaba, chirriando las ruedas y Urmeneta colgado de la pisadera, buscando a Armijo, ahí en la neblina, ahí en el silencio, diciéndole con voz muy acongojada: ¡Veintitrés

años, tenía veintitrés años, Armijo! ¿Quiénes van a venir, quiénes crees que podrán venir, Bobi?, torné a preguntar y mi pregunta se azotó en el viento que soplaba con furia afuera, envolviendo la casa, como apartándola de la calle, del barrio, de la ciudad, llevándola a pleno campo para que pudieran atracar a ella los carros, dos carros, uno para cada uno, se reía con sorna Bobi, mostrando sus piernas y mis zapatos recién lustrados. Y tuve de pronto una idea de loco, una respuesta ingenua y triste, producto de la desolación en que estábamos: ¿Quién va a venir con este tiempo, Bobi? ¡Antes de una hora estará lloviendo! Bobi tornó la cara a la ventana y vio el viento que empujaba la cortina, se quedó callado, me vio doblar el colchón, enrollar las frazadas y la colcha, coger las almohadas que rodaron por el suelo, lo sentía estremecerse suavemente a mi lado y cuando sonaba un autobús afuera, cuando pasaba un automóvil, se alertaba y caminaba inquieto, se echó en el suelo, encendió la radio y la apagó en seguida, alzó las orejas para percibir el viento que pasaba arriba, miró hacia afuera como si esperara verlo aparecer en la lluvia, con impermeable, sin cara, sin manos, sólo con bufanda, con el sombrero que chorreaba. ¡El Dr. Van Diest no va a venir con este tiempo!, dijo sombrío, lamentándose más por mí que por él, como si yo estuviera muy enfermo y él debiera correr hasta el hospital distante a conseguir un médico. Sentí el ruido de las ruedas, él debió oírlo también, se había puesto de pie, tenso, escuchando, estaba de espaldas a mí, vuelto hacia la calle, hacia la ventana donde el viento empujaba la cortina, sin fuerzas todavía, todavía sin apuro, sí, estaba lloviendo y en ese ruido avanzaron las ruedas, se detuvieron en la puerta, Van, sin duda, me dije y tuve miedo y risa, me estaba riendo de seguridad y de miedo, de verdadero miedo, ¡ha llegado, Bobi, Bobi!, grité y entonces sentía que estaba solo y sentí sus pasos en el suelo húmedo, se alejaban hacia la oscuridad de la calle y del barro y ya no oí nada, miré las ropas en el suelo, un poco arrugadas, el receptor de radio apagado, la flauta

no, la flauta no estaba, fui al patio, salí a la calle oscura, miré la tierra y ahí estaban sus huellas, me agaché a mirarlas, eché mis manos en ellas para retener su imagen, oh Dios, que no llueva, que la lluvia no borre sus huellas, mientras estén ahí él estará aquí todavía. ¡Oh Dios!, grité con furia mientras las lágrimas reventaban en mis ojos. Llovió toda la noche.

Otoño 1963 - Primavera 1964.